



VIA

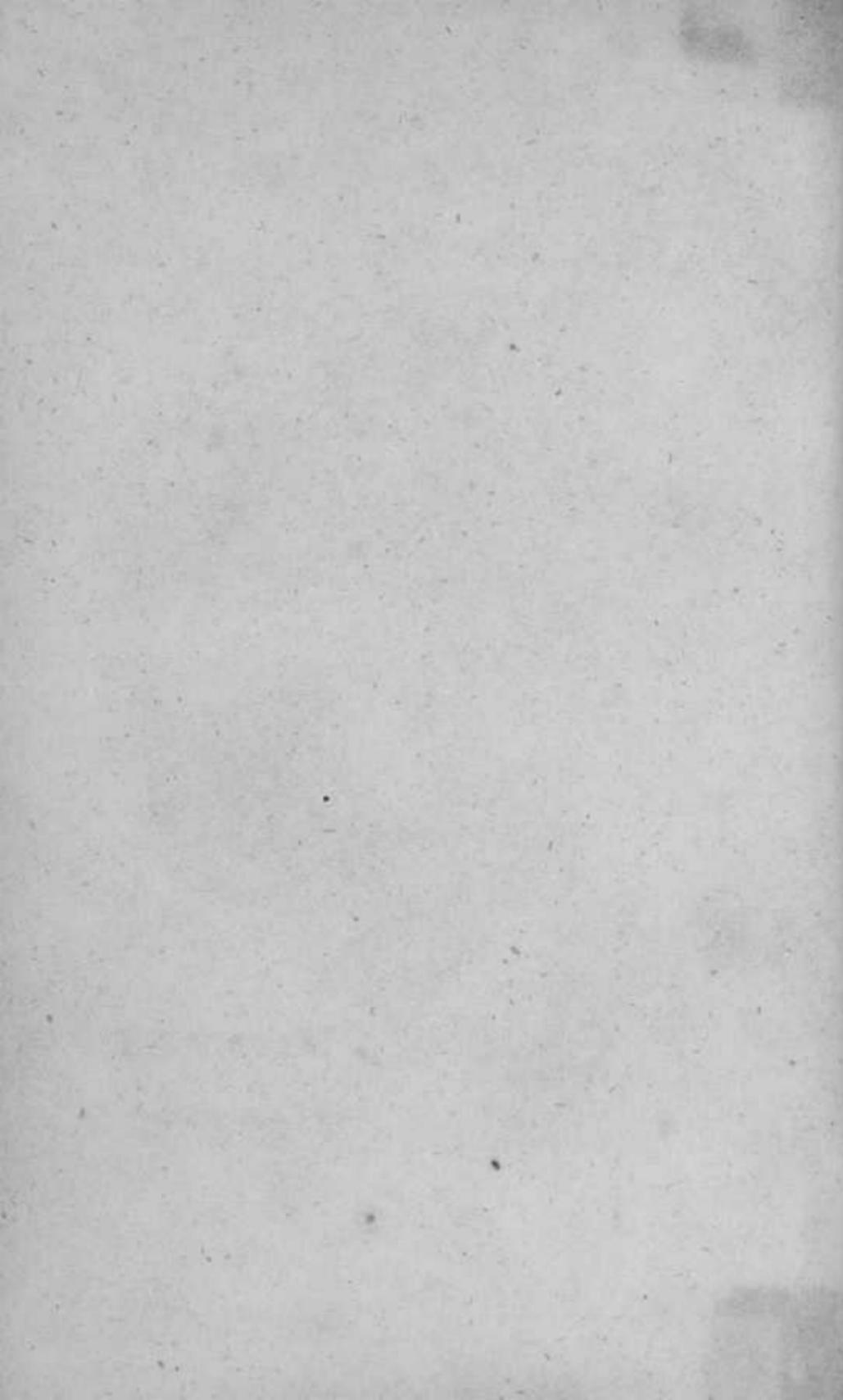
NAPOLEON BONAPARTE

---

TOMO VI

1215175

7195917



VIDA

DE

NAPOLEON BONAPARTE.

---

TOMO VI.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

PROBLEM SET 1

DATE: \_\_\_\_\_

NAME: \_\_\_\_\_

SECTION: \_\_\_\_\_

INSTRUCTOR: \_\_\_\_\_

TA: \_\_\_\_\_

PROFESSOR: \_\_\_\_\_

STUDENT ID: \_\_\_\_\_

GRADING: \_\_\_\_\_

REMARKS: \_\_\_\_\_

VIDA  
DE  
NAPOLEON BONAPARTE,

PRECEDIDA

DE UN BOSQUEJO PRELIMINAR DE LA REVOLUCION FRANCESA.

ESCRITA EN INGLES

Por sir Walter Scott,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

Por M. L.

i adornada con dos láminas.

---

TOMO SEXTO.

---

Fondo bibliográfico  
Dionisio Hierrojo  
Biblioteca Pública de Seria

BARCELONA: 10162  
POR JUAN I JAIME GASPAS.

1830.

Con las licencias necesarias.

Es propiedad de los EDITORES.

---

Se halla venal,

En Barcelona, librería de OLÍVA.  
Madrid, en las de PEREZ i CUESTA.  
Cádiz, en la de HORTAL i COMPAÑÍA.

# VIDA

DE

## Napoleon Bonaparte.

---

---

### CAPITULO I.

#### RESUMEN DEL CAPITULO I.

ESPEDICION INGLESA EN LA CALABRIA Á LAS ORDENES DE SIR JOHN STUART. — CARÁCTER DE LOS HABITANTES DEL PAÍS. — BATALLA DE MAIDA. — DERROTA DE LOS FRANCESES. — LOS INGLESES EVACUAN LA CALABRIA. — ATAQUE DESGRACIADO DE BUENOS-AIRES. — DERROTA DEL GENERAL WHITELOKE. — ESPEDICION CONTRA LA TURQUÍA I SUS DEPENDENCIAS. — ENVIO DE LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE DUCKWORTH PARA AMENAZAR Á CONSTANTINOPLA. — ESTA ESCUADRA PASA LOS DARDANELOS I VUELVE Á REPASARLOS SIN NINGUN FRUTO. — ESPEDICION CONTRA ALEJANDRIA. — EL GENERAL FRAZER OCUPA ESTA PLAZA. — ATAQUE DE ROSETA. — DERROTA DE LAS TROPAS INGLESA. — ABANDONAN EL EGIPTO. — CURAZAO I EL CABO DE LA BUENA-ESPERANZA CAEN EN PODER DE LOS INGLESES. — ESPEDICION CONTRA COPENHAGUE. — LA CIUDADELA LOS FUERTES I LA ESCUADRA, SE RINDEN

Á LOS INGLESES.—EFECTOS QUE PRODUCEN EN FRANCIA I EN RUSIA AQUELLOS ACONTECIMIENTOS.—COALICION DE LA FRANCIA, LA RUSIA, EL AUSTRIA I LA PRUSIA, CONTRA EL COMERCIO INGLÉS.

## CAPITULO I.

**E**l tratado de Tilsit es un acontecimiento de mucha importancia en la historia de Napoleon. En ninguna época pareció su poder establecido con mas solidez ni mas debilmente disputado. La causa secreta que en último resultado debia destruirle se hallaba como el gusano del árbol de los bosques, encerrado i oculto en el seno de aquel que estaba destinado á minar i consumir. Este es pues el momento mas á propósito para echar una ojeada general sobre el carácter interior de su gobierno cuando todo el porvenir parecia depender de él, i antes de la desgracia, que hasta entoces le era desconocida, dictáse la conducta del hombre que no habia seguido mas reglas que las de su propia voluntad. En su consecuencia, nos proponemos dar en el capítulo siguiente una idea del gobierno de Bonaparte durante el periodo mas brillante de su grandeza.

Mas ante todas cosas debemos indicar algunos sucesos políticos i militares, los cuales sino produjeron por de pronto mas que un ligero efecto sobre el corriente de los asuntos, sirvieron no obstante para poner en evidencia el carácter de las partes interesadas i para espli-

car los incidentes ulteriores, á que se siguieron consecuencias todavia mas importantes.

En medio de estos incidentes de un interés general, no debe olvidarse la tentativa que hizo la Inglaterra para sustraer del gobierno intruso de José Bonaparte la Calabria que pertenecia á los Borbones de Nápoles. Es bien conocido el carácter de los habitantes de este país montañoso: supersticiosos, detestando el yugo del estrangero como todos los habitantes de un país salvaje i casi sin leyes; iracundos, i siempre dispuestos á vengar con el acero sus injurias públicas ó privadas; exitados igualmente por la sed del botin i conservando una especie de adhesion salvaje á su rey Fernando, cuyas costumbres le habian hecho popular entre los italianos i mas particularmente entre las clases inferiores, los calabreses fueron obligados muy facilmente á tomar las armas por los agentes que la córte de Sicilia enviaba para sublevarlos. Estas gentes que no reconocian leyes ningunas, que hacian la guerra con gran crueldad, i que eran capaces de sujetarse á la disciplina, formaron entre ellos varias partidas que pensaban i obraban mas bien como bandidos que como verdaderos patriotas. Individualmente dieron en algunas ocasiones muestras de mucho valor i de una especie de habilidad instintiva que les enseñaba á escoger sus emboscadas, á defender sus desfiladeros i á hacer de este modo un género de guerra de bandidos, en la cual los franceses experimentaron pérdidas considerables. No obstante; era muy evidente que si sus esfuerzos no estaban sostenidos por fuerzas regulares los fran-

ceses destruirían en detalle con su táctica estas tropas insurreccionadas. Con el objeto de evitar su ruina i satisfacer al mismo tiempo á los urgentes deseos de la córte de Palermo, el comandante de las tropas inglesas enviadas para defender la Sicilia, sir John Stuart, preparó una espedicion contra la córte vecina de Italia, i desembarcó en el golfo de santa Eufemia cerca de las fronteras de la Calabria ulterior, á principios de junio de 1806, no teniendo consigo mas que unos cinco mil hombres escasos.

Apenas estuvo efectuado el desembarco, cuando el comandante ingles advirtió que el general Reynier encargado por José Bonaparte del cuidado de defender la Calabria, habia reunido fuerzas casi iguales á las suyas, i se habia establecido sobre Maida, villa situada á unas diez millas de Santa Eufemia, con el objeto de dar una batalla. Sir John Stuart no perdió un solo instante i marchó á su encuentro. Reynier confiado en su caballería en el valor de sus soldados i en su habilidad, abandonó una fuerte posicion que ocupaba en la ribera opuesta del Amata, i el dia 6 de julio bajó á las llanuras para oponerse á los ingleses que tanto habia despreciado.

Los dos ejércitos se pusieron en orden de batalla á las nueve de la mañana; el uno al otro se atacaron á la bayoneta como de un mútuo consentimiento despues de dos ó tres descargas, i por último se desordenaron i emprendieron la fuga los franceses, á pesar de las exortaciones i los esfuerzos de sus valientes oficiales.

En vano se esfuerza Reynier para restablecer el combate con la caballería pues se ve batido sobre todos los puntos.

La principal ventaja que sacaron los ingleses de la batalla de Maida, fué el efecto moral que produjo en los insurgentes calabreses, habiendo creído imposible poder continuar haciendo la guerra con unos auxiliares de un carácter impetuoso, sanguinario é indomable. Habiéndose introducido entre las tropas inglesas una especie de enfermedad peculiar de este país llamada la *malaria*, sir John Stuart hizo embarcar su pequeño ejército, i volvió á Sicilia, ciñéndose por entonces los ingleses á defender aquella isla.

Todos los hombres ilustrados de Inglaterra comenzaban á ver que el gobierno siguiendo una política tímida i desagradable, no empleaba en esta importante guerra mas que débiles expediciones i ensayos, todos de ornamentos insuficientes para conseguir el objeto, i que no podia dejar de producir un descontento funesto. Se abandonó la idea mezquina de no hacer la guerra sino por un objeto puramente ingles como se decia, esto es de separar de la causa comun aquellos esfuerzos que hubieran podido salvar á nuestros aliados, i de buscar solo pequeños resultados de los cuales podia la Inglaterra sacar un interés particular.

El amor á la ganancia abusa con facilidad de sí mismo: nuestros principales mercaderes i fabricantes se habian imaginado que encontrarían un inmenso mercado para todo lo que tiene relacion con las comodidades de la vida en las vastas llanuras de Buenos-Aires, pobla-

das por cristianos salvajes, conocidos con el nombre de *guachos* cuyos muebles consisten en calaberas de caballos, su alimento en carne de buey cruda i agua, su ocupacion en coger con lazos el ganado salvaje, i su pasatiempo favorito el de aniquilar los caballos con corridas forzadas. \* Desgraciadamente prefirieron su independencia á nuestras percales i musolinas.

Se enviaron contra este miserable país dos expediciones sucesivas i ninguna de ellas fué provechosa al honor i á los intereses de la nacion inglesa. Un puñado de soldados ingleses tomó posesion de Buenos-Aires el 27 de junio de 1806, pero bien pronto fueron atacados por los naturales del país i por algunas tropas españolas que los rodearon en la plaza del mercado, i consumiéndolos con un fuego vivísimo les obligaron á rendir las armas i entregarse prisioneros. Un débil destacamento ingles se apoderó de la ciudad llamada Maldonado situada sobre la costa. Otra nueva expedicion se efectuó en octubre de 1806 para reforzar esta tropa i obrar con mas ventaja en esta parte de la América meridional, que la nacion inglesa consideraba como favorable á su comercio sin querer salir del error sobre este particular. Fué tomado Montevideo. Marchó sobre Buenos-Aires un númeroso cuerpo de tropas mandado por el general Wittheloke, hombre cuya reputacion era usurpada i que tenia un concepto

---

\* Toda la política inglesa habia girado sobre este ege ó resorte de egoísmo desde la revolucion francesa.

muy elevado en el ejército, sin haber hecho mucho la guerra. Este general manifestó á un mismo tiempo su incapacidad i su poltronería; hizo avanzar sus columnas hasta dentro de las calles, á pesar de que sabia muy bien que los tejados estaban cubiertos de tiradores espertos; i á fin de que los ingleses no tuviesen ningun medio de defensa, no les permitió que cargasen sus fusiles como si las murallas pudiesen tomarse á la bayoneta. Una de las columnas se vió en la necesidad de rendirse, otra se apoderó de una fuerte posicion apesar de una viva resistencia, i para hacer cesar el modo de defensa empleado por los habitantes hubieran tal vez bastado algunos tiros de fusil, mas Witelocke juzgó que valia mas destruir con ellos un tratado á fin de obtener los prisioneros ingleses, i renunciar de este modo á ningun otro ataque contra la colonia. Un consejo de guerra desaprobó la conducta que observó en esta circunstancia.

Tambien fué poco honrosa para el gabinete británico una espedicion dirigida contra la Turquia i sus dependencias, i ofreció á las armas inglesas tan poco suceso, como las intentonas hechas sobre la América del Sud. Esta espedicion habia sido el resultado de una guerra entre la Inglaterra i la Puerta que todavia era su aliada contra la Francia; porque en este conflicto extraordinario de las naciones, se habia mostrado tan rara la fortuna que los aliados se convertian en enemigos i los enemigos, concluían entre ellos estrechas alianzas, i esto precisamente un momento antes de proclamar definitivamente la paz ó la guerra. Se habia ya

pasado el tiempo en que la sublime Puerta miraba las querellas i las guerras de las potencias cristianas con aquella indiferencia despreciable que tienen los hombres por las disputas de los mas inmundos animales. Estaba entonces en tal contacto con estas potencias, que sus diversas revoluciones escitaban en ella un verdadero interés.

La invasion del Egipto irritó á la Puerta, i la hizo contratar una alianza con Rusia i la Inglaterra, alianza que duró hasta el momento en que Bonaparte se apoderó de la dignidad imperial. Intimidados los turcos por el inmenso poder á que habia llegado, le mandaron una embajada para felicitarle sobre su advenimiento, i manifestarle el deseo que tenian de cultivar su amistad.

Napoleon cuyas miradas se volvian algunas veces involuntariamente ácia el oriente i que sobre todo deseaba romper la buena inteligencia que reinaba entre la Puerta i el gabinete ruso, envió á Sebastiani como embajador á Constantinopla, general bien conocido por su destreza en las intrigas del oriente, como lo hizo ver en el famoso informe que contribuyó á romper la paz de Amiens. Bien pronto se echó de ver el efecto de las promesas, amenazas é intrigas de este emperador. Los turcos se habian obligado á no cambiar los hospodares ó gobernadores de la Moldavia i de la Valaquia. Sebastiani supo irritar con facilidad el orgullo otomano sobre esta cláusula del tratado i le dispuso á no someterse á ella. Se cambiaron los dos hospodares contra lo convenido en las estipulaciones i aunque los turcos luego

que se apercibieron del riesgo á que se habian espuesto ofrecieron restablecer los gobernadores depuestos, la Rusia con justo resentimiento les declaró la guerra é invadió sus provincias.

Durante este tiempo envió la Inglaterra una escuadra á las órdenes de Tomás Duckworth para obligar á la Puerta Otomana á despedir el embajador frances i hacerla volver al sistema político que Sebastiani la habia hecho abandonar. El almirante Duckworth pasó los Dardanelos apesar de los numerosos cañones con que están coronados sus castillos, i que lanzaban de sus enormes bocas de fuego porciones de marmol en lugar de balas ordinarias. Mas si se habian propuesto obrar contra los turcos de otro modo que metiéndoles miedo, no supieron aprovecharse de la ocasion. Hubo un cambio de billetes i mensajes que duró hasta el momento en que los turcos completaron una línea formidable de fortificaciones, mientras que los vientos contrarios no permitian siquiera tentar un esfuerzo para destruir á Constantinopla, que sir Thomas habia no obstante presentado como la alternativa á que estaban reducidos los turcos. El almirante ingles volvió á pasar los Dardanelos de un modo muy poco honroso, odiado por las amenazas que habia hecho i despreciado por no haberse atrevido á ponerlas en ejecucion.

No tuvo resultados mas brillantes otra expedicion dirigida contra Alejandría. Cinco mil hombres desembarcaron bajo las órdenes del general Frazer, i se apoderaron de la ciudad sin dificultad alguna; pero una division que tenia orden de atacar á Roseta, renovó en esta otra

parte del mundo los desastres de Buenos-Aires. Por una imprevisión i una falta de pericia imperdonables de nuestra parte, esta división se dejó llevar á las calles estrechas de una ciudad oriental, en las que el enemigo que habia guarnecido de hombres los terrados i los tejados de las casas, degolló á su gusto los sitiadores sin correr el menor riesgo. Tambien se dieron otros ataques tan mal concertados como el anterior para rendir esta plaza, mas los ingleses se retiraron del Egipto el 27 de setiembre de 1807, despues de haber perdido mas de la quinta parte de sus soldados tanto por estos combates como la intemperie del clima.

Era una compensacion muy pequeña para tantos reveses la de haber podido tomar i guardar la isla de Curazao que se quitó á los holandeses. Mas la posesion del cabo de Buena-Esperanza fué para la Inglaterra de una alta importancia, tanto quanto la toma de posesion de esta plaza le costó muy poca gente.

Los primeros síntomas del cambio efectuado en la política de la Inglaterra se conocieron en la famosa expedicion de Copenhague, la que probó una energía i una determinacion que desde algun tiempo no se habia visto en las operaciones militares de la Gran-Bretaña.

Muchos indicios hicieron sospechar que el emperador Alejandro en la nueva alianza que habia formado con el emperador de la Europa occidental, estaba pronto á entrar en su resentimiento i sus proyectos hóstiles contra la Inglaterra. Casi no era de esperar que el desgraciado Gustavo de Suecia entrase voluntariamente en la alianza proyectada de la po-

tencia del norte cuya ruína estaba resuelta probablemente; pero la cesion de la Dinamarca era de la mas grande importancia. Esta potencia poseía todavia una escuadra, i la isla de Zelandia la hacia dueña del Báltico por su situacion.

Por esta causa i viendo que las tropas francesas se aproximaban á Holstein, á Jutland i á la Fionia, creyó el gobierno ingles obrando con arreglo á los datos que habia obtenido, conforme sobre las intenciones del enemigo, hallarse con derechos para exigir de la Dinamarca una prenda de la conducta que se proponia observar luego que principiases las hostilidades, i una seguridad razonable de que una vez dada esta prenda no será abandonada con ligereza.

Entonces se preparó una expedicion formidable, la que tanto por humanidad como por política se hizo tan imponente que les fué imposible á los valientes i fieros dinamarqueses una resistencia, ni esponer sus quejas con motivo de un modo de obrar tan duro de parte de la Inglaterra. Veinte i siete buques de guerra i veinte mil hombres de tropas fueron enviados al Báltico, bajo las órdenes de lord Carreau para apoyar la negociacion con la Dinamarca, que todavia se esperaba concluir sin recurrir á las armas. Fué conducida la flota con muchísima destreza por entre los escollos del Belt, i dispuesta de tal modo que fueron suficientes noventa velas para bloquear las costas de la Zelandia.

Bajo semejantes auspicios entabló la negociacion. M. Jackson, enviado ingles estaba en-

cargado de una comision muy delicada cerca del príncipe real cual era la de hacerle presente que esperaba la Inglaterra que Su Alteza esplicaria sus sentimientos de una manera nada equívoca i que optaria entre ella i la Francia. A esta peticion se añadió una peticion desagradable, cual fué que era preciso que la Dinamarca entregase á la Inglaterra su escuadra i su material, para asegurarse de cualquiera protestacion que hiciese de amistad ó de neutralidad, i esto no á título de propiedad, sino para devolverlo á la Dinamarca tan luego como volviesen los motivos que la obligaban á exigir estas seguridades. A fin de obtener que el príncipe accediese á estas proposiciones se le ofreció una estrecha alianza i toda la proteccion que la Inglaterra podia concederle; últimamente se le hizo entender que podria servirle de excusa para la Francia las fuerzas que la Inglaterra desplegaba contra la Dinamarca, si queria hacerlas valer para probar asi que se habia visto obligada á someterse á las solicitudes de la Gran-Bretaña; i al mismo tiempo se le intimó que en caso de negativa iban á emplearse contra él estas mismas fuerzas.

Asi que se advirtió que los dinamarqueses trataban de eludir una respuesta con el objeto de ganar tiempo i hacer á toda prisa los preparativos de defensa, desembarcaron los ingleses, dispusieron sus baterías i empezaron el bombardeo que ocasionó un terrible incendio. Algunas tropas que se hallaban reunidas en la isla fueron dispersadas por las de sir Authur Wellesley, nombre ya muy célebre en la India, pero citado entonces por la primera vez,

en las guerras de Europa, en fin los dinamarqueses abandonaron una defensa inútil, i tanto la ciudadela como los otros fuertes de Copenhague se entregaron al general ingles el 8 de setiembre. Se fletaron con la mayor prontitud posible los navios dinamarqueses, é igualmente una gran cantidad de trasportes i un material considerable con lo que hubiera sido muy fácil á los franceses equipar una flota, si se hubieran apoderado de ello.

Como al ataque contra Copenhague sucedieron circunstancias que no era difícil presentar bajo distinto colorido, la Francia lo mismo que su gefe Napoleon habia mostrado desde el principio de la guerra el mayor desprecio por el derecho de las naciones neutrales, bien sea cuando la invasion del Egipto, estando en paz con la Puerta, bien sea cuando se apoderó del Hano-ver siendo aliado de la Alemania, ó bien sea en este mismo instante que era cuando meditaba apropiarse la España i Portugal; la Francia i Napoleon, decimos, manifestaron un grande horror á la violencia ejecutada contra la capital de la Dinamarca. La Rusia se ofendió tambien hasta el grado de probar que mezclaba el resentimiento de ver destruidos sus proyectos con la afectacion de su celo por los derechos de la neutralidad. Mas el espíritu de energía i de atrevimiento con que la Inglaterra habia formado i ejecutado su plan, infundió un terror saludable en todas las demas naciones i les advirtió que si tomando el carácter de neutrales apoyaban secretamente á los enemigos de la Gran-Bretaña no lo harian impunemente.

Véase la conducta de la Rusia que fué la mas singular. Un oficial ingles célebre literato fué empleado por el emperador Alejandro ó por aquellos que se suponian sus mas íntimos consejeros, para comunicar al ministerio ingles la expresion de la secreta satisfaccion que probaba el emperador al ver la habilidad i destreza que habia desplegado la Gran-Bretaña, previniéndose i adelantándose á los proyectos de la Francia por su ataque de Copenhague. Se convidó á los ministros ingleses para que comunicasen con el czar como con un príncipe que aunque precisado á ceder á las circunstancias no por eso dejaba de estar ligado mas que nunca á la causa de la independendencia europea. Viéndose de este modo obligado el ministerio inglés á esplicarse, desenvolvió sus miras para contrabalancear el poder exorbitante de la Francia por medio de una confederacion del Norte que tomara un carácter defensivo i ofensivo. Se suponía que la Suecia entraria gustosa en una alianza semejante, i que la Dinamarca no dudaria adherirse á ella alentada por el ejemplo de la Rusia que debia ser el cuerpo i el alma de esta coaliacion.

El ministerio ruso recibió con la mayor frialdad esta comunicacion tan diferente de la disposicion que habia manifestado cuando solicitó la confianza del ministerio ingles, que la negociacion abortó completamente.

Inmediatamente que la Inglaterra reusó la mediacion del emperador Alejandro en su querella con la Francia, este hizo conocer el proyecto en que se fijaba. En una proclama ó manifiesto que dió, hizo ver quanto

sentia el haber entablado con la Inglaterra unos convenios que reconocia muy perjudiciales para la Rusia; últimamente reconocia el principio de neutralidad armada que proclamó en un monumento de la sabiduria de Catalina la Grande. Un ukase ó decreto imperial dado en el mes de noviembre de 1806 puso un embargo sobre los barcos i propiedades británicas. Pero los capitanes ingleses tuvieron aviso en tiempo oportuno favorecidos de la nacion rusa, i tambien por los oficiales á quienes el gobierno habia encargado el cuidado de hacer ejecutar esta órden; i aprovechando un viento favorable dieron á la vela ochenta barcos cargados i entraron en Inglaterra.

El Austria i la Prusia se vieron obligadas á seguir el ejemplo de la Rusia i á declarar la guerra al comercio ingles; por manera que Bonaparte conoció que habia dado un grande paso ácia su objeto principal, i destruido por este medio toda especie de inteligencia que pudiese unir á la Inglaterra con el continente.

---

---

## CAPITULO II.

### RESUMEN DEL CAPITULO II.

ESTADO DEL GOBIERNO INTERIOR DE NAPOLEON EN LA ÉPOCA DE LA PAZ DE TILSIT. — ABOLICION DEL TRIBUNADO. — CONSEJO DE ESTADO. — PREFECTURAS. — SU OBJETO I NATURALEZA. — CÓDIGO NAPOLEON. — SUS MÉRITOS I DEFECTOS. — ESFUERZOS LAUDABLES DE NAPOLEON PARA HACER EJECUTAR ESTE CÓDIGO.

## CAPITULO II.

**E**n este período del poder de Bonaparte que parecia entonces hallarse establecido bajo unas bases duraderas, creemos conveniente echar una ojeada rápida, no sobre todos los pormenores interiores de su administracion, porque para ello serian necesarios muchos volúmenes, pero á lo menos sobre el carácter general de su gobierno sobre los medios de que se valió para consolidar su imperio, i sobre la naturaleza de las relaciones que existian entre él i sus súbditos.

El principio en que descansaba el gobierno de Bonaparte, i que casi por sí solo le daba

el poder absoluto era el que en todos los tiempos i en todas las sociedades han creído necesario el despotismo para fundar sus dominios; este principio es, que el individuo que debe ejercer la autoridad i que tiene en sus manos las riendas del poder, debe consagrar exclusivamente su persona i sus talentos al servicio del estado, al paso que la nacion por su parte debe merecer un sacrificio de esta clase por la ciega obediencia á su voluntad. Algunos déspotas han preferido esta pretension á una sumision universal sobre la descendencia de familia, i segun la doctrina de Filmer, sobre su derecho á representar el padre primitivo de la tribu siendo de este modo los herederos legítimos del poder patriarcal. Otros han alterado el testo de la Escritura i trastornado el sentido comun para probar que la Providencia habia dictado las leyes á su favor i establecido su derecho. Seguramente que Napoleon no podia tener pretensiones al derecho hereditario; pero se fundaba voluntariamente sobre el segundo principio haciéndole valer algunas veces acerca de los demas, i considerandose él mismo como una persona predestinada por el cielo para el poder soberano, i á la que no podian detenerle en su curso.

Nadie le habia ayudado con sus consejos para allanarle el camino de su engrandecimiento; nadie le habia servido de guia en el peligroso movimiento de elevacion que conduce al poder; nadie habia tenido bastante parte en su promocion para reclamar el mérito de un aliado por humilde que fuese. Parecia que Napoleon habia llegado al colmo de las grandezas, por medio de un poder mas fuerte que el de ningun socorro hu-

mano, i que aun sobrepujaba todo cuanto podia esperarse de sus grandes talentos. Bonaparte conocia tan bien el carácter de la nacion francesa, que estaba seguro de hacerla soportar facilmente su poder á la que sujetaba ofreciéndola de antemano como compensacion la preeminencia por la superioridad de sus armas, i creando despues los cuerpos municipales por cuyo medio él solo era el verdadero gobernante; estos cuerpos intermediarios, bien que insuficientes para todo lo que exigiria una nacion acostumbrada á ser gobernada por leyes justas, aseguraban á la vida i á la propiedad de los ciudadanos una proteccion tan deseada por todos aquellos que durante este largo período de la revolucion habian sido las víctimas de la crueldad, de la rapiña i de la mas estravagante tiranía, mas odiada todavia por el pretesto de libertad con que se cubria.

No puede haberse olvidado que Bonaparte heredero de la revolucion, se apropió las formas i modificaciones del gobierno directorial, tal cual las habia alterado el espíritu de Sieyès en algunos sentidos; pero no subsistieron mas que como formas, i no tuvieron en la administracion ningun impulso verdadero. Los miembros del senado i del cuerpo legislativo se convirtieron en criaturas pasivas, pensionadas por el emperador, dóciles á sus mas pequeñas voluntades, los intermediarios de la promulgacion de las leyes que queria dictar. Se instituyó el tribunado contra los actos arbitrarios del poder, contra los arrestos, destierros, ataques contra la libertad de imprenta i otros cualesquiera, mas Bonaparte suprimió enteramente este cuerpo

bajo el pretesto de los gastos que ocasionaba al gobierno despues de haber limitado sucesivamente su autoridad i sus derechos despues de haber impedido que sus deliberaciones fuesen públicas, i despues en fin de haberle privado de sus miembros los mas atrevidos. En efecto, este cuerpo cayó enteramente en la nulidad, luego que se alteró su primitivo carácter, haciendo que el senado nombrase los tribunos en lugar de hacerlos elegir por el pueblo, lo que excluía á aquellos hombres bastante independientes para arrostrar la cólera del poder, cuando son llamados para censurar sus usurpaciones; no obstante, como mientras que este cuerpo subsistia, su nombre solo recordaba algunas ideas de libertad republicana, juzgó el emperador mas conveniente el abolirle.

En el consejo de estado existia el consejo deliberativo del emperador, cuyas sesiones presidia él mismo, i que le fué de un gran socorro durante el curso de su reinado. Las funciones de este cuerpo tenian un carácter de anomalía, abrazando la legislacion política ó los negocios judiciales segun la órden del dia; en una palabra, este consejo era el remedio de Bonaparte cuando tenia necesidad de ayudarse con el aviso modo de pensar ó conocimientos de los demas; i recurrió muy á menudo al consejo de estado para formar aquellas resoluciones que inmediatamente hacia las ejecutasen sus ministros.

El ministerio ostensible dictaba i ejecutaba como en las demas naciones las deliberaciones del consejo de estado, ó las resoluciones que Bonaparte adoptaba sin comunicarselas, porque

puede suponerse cómodamente que no admitia á los miembros de este consejo á la discusion de sus secretos políticos.

Una de las partes de la organizacion del gobierno de Bonaparte de que hacia mas alarde, fué el establecimiento de sus prefecturas que verdaderamente le facilitaron el formar la agencia mas eficaz que se ha conocido nunca.

Cada prefecto debia ser el gobernador supremo de un departamento, lo que equivalia á los antiguos empleos de teniente rey, de gobernador de provincia; ellos representaban la persona imperial en toda la estension de sus prefecturas, i se cuidaba mucho de elegir los individuos que habian de llenar estas funciones, de entre aquellos que se queria ganar ó recompensar; recibian unos sueldos considerables i muchas veces exorbitantes, i algunos subian hasta quince veinte ó treinta mil francos. Napoleon sostenia que este gasto era la consecuencia inmediata de la produccion que le forzaban á atraer los hombres mas bien por sus intereses que por sus derechos.

Igualmente se escogian los prefectos entre los hombres que por su nacimiento i condicion no habian tenido ninguna relacion directa con el departamento que iban á administrar; porque un motivo principal de la política de Napoleon era el de *despaisarlos*. Dependian enteramente del emperador, quien podia á su antojo mudarlos ó deponerlos: á estos funcionarios de tanta importancia era á quienes estaba confiada la administracion de los departamentos.

Los prefectos, dice Napoleon, en virtud de la autoridad de que se hallaban investidos i

de los recursos locales que tenían á su disposición eran unos *pequeños emperadores*; i como no tenían fuerza sino por el impulso primero del que eran unos meros órganos; que toda su influencia no derivaba mas que de su empleo momentáneo; que no conocian á nadie; que les era indiferente el país que gobernaban, reunian todas las ventajas de los antiguos grandes agentes absolutos sin ninguno de sus inconvenientes. » Por medio de los prefectos se comunicaba con rapidéz á las estremidades del imperio el movimiento que daba al centro del gobierno, i por este mismo medio se transmitian como por encanto á cuarenta millones de habitantes la influencia de la corona i la ejecución de sus órdenes.

La *impulsion*, sirviendonos de la espresion de Napoleon, que daba la corona á sus agentes subordinados i que les hacia obrar en sus departamentos, se efectuaba muy á menudo por medio de una carta circular i de una proclama que les instruía de la medida particular que el gobierno queria imponer. Estas cartas iban firmadas por el ministro del departamento, á quien pertenecia el asunto, i se concluía ordenando al prefecto, que manifestase por su actividad su celo por el emperador i por los intereses de la corona. Invocado asi, el prefecto transmitia la orden á los suprefectos i á los alcaldes de los pueblos de su departamento, quienes estimulados por los mismos motivos que habian hecho obrar á su superior, se esforzaban con el ansia de distinguirse por medio de una activa condescendencia á la voluntad del emperador, i de merecer un informe favorable mos-

trandose los agentes mas activos i sumisos á sus mas leves deseos.

Ademas de esto era un deber de los prefectos asegurarse si en las ceremonias públicas se hacian con exactitud los honores al gefe del estado, i recordar á las autoridades municipales la necesidad de dirigir en ciertas ocasiones representaciones al gobierno manifestando su admiracion por los talentos del emperador i declarando su afecto á su persona. En el *Monitor* era donde se cuidaba de insertar estas efusiones. las que si quisieramos buscar en dicho periódico, nos ofrecerian los modelos mas estrordinarios de redaccion que jamas han podido producir los anales de la adulacion. Basta decir que un alcalde, que creemos fué el de Amiens, afirmó en su éstasis de admiracion leal, que la Divinidad despues de haber creado á Bonaparte, hubiera debido descansar como despues de haber creado el universo. Semejantes esfuerzos de imaginacion i de retórica, deben no parecer sino mirarse á un mismo tiempo impíos i ridículos, i hubiera podido pensarse que una persona de talento i de gusto como Napoleon los habria contenido i aun reprimido si fuese religioso. Pero él sabia muy bien quanto influa en el espíritu público el sonido de aquellas alabanzas que solo la exageracion podia hacer variar, puesto que todas ellas se dirigian á un mismo objeto.

Tales son algunos de los rasgos de la administracion provincial de Bonaparte, cuyos agentes ejecutaban en todos los puntos de la Francia la voluntad de su gefe sin vacilar un momento.

Otro cambio mucho mas importante introdujo el emperador aunque no tuvo su origen en su gobierno; tal fué la renovacion entera de las leyes del reino de Francia por el célebre Código á que Napoleon dió su nombre, i cuya ejecucion han mirado sus admiradores como suficientes para asegurar á su autor el derecho de ser llamado con justicia el bienhechor del país que gobernó. Bacon nos enseña, es verdad, que cuando se han amontonado leyes sobre leyes con tal confusion que se hace indispensable revisarlas i recopilar su espíritu en un sistema nuevo é inteligible, con justo derecho se da el nombre de legisladores i bienhechores del género humano á los que desempeñan este encargo. Antes de la revolucion se vituperaba con razon á la Francia (i este fué en efecto uno de los grandes vicios que contribuyeron para producir este inmenso i violento cambio), que hubiesen conservado sus leyes i usos particulares las diferentes provincias, villas i lugares inferiores del reino que en diversas épocas se habian reunido al cuerpo del estado: los viajeros al atravesar la Francia estaban aburridos i aturdidos de hallar en muchos casos importantes que el sistema i el carácter de las leyes á que debian sujetarse cambiaban á medida que ellos mudaban de caballos de posta. Esta rara incoherencia de leyes i esta subdivision de jurisdicciones eran un manantial de inconvenientes para los súbditos, especialmente cuando en los cantones de alguna estension no tenian las autoridades ni la experiencia, ni el carácter suficientes para ejercer las funciones que se les habian confiado.

Hacia ya mucho tiempo que se sentian los males que resultaban de un estado de cosas semejantes, i muchas veces se habia propuesto antes de la revolucion el establecimiento de un sistema uniforme de legislacion para todo el reino. Pero se hallaban comprometidos tantos intereses diversos, i ademas de eso estaban ocupadas las administraciones sucesivas de Luis XVI i de su abuelo con asuntos tan urgentes, que jamas se adoptó con seriedad este proyecto ni aun siquiera se deliberó sobre él.

Despues de la revolucion del 18 de brumario, no vió Napoleon otro medio mas seguro para hacer este suceso popular i ligar su propia autoridad con los intereses de la Francia que emprender una tarea que sus predecesores habian creido superior á sus fuerzas; esto era demostrar de un golpe una noble confianza en la estabilidad de su poder i el deseo laudable de ejercerle para asegurar á la nacion ventajas permanentes. Una órden de los cónsules fecha el 24 de termidor año VIII, encargó al ministro de la justicia que examinase en una junta compuesta de muchos sabios jurisconsultos, cuatro proyectos estractados sobre el modo de reunir las juntas nacionales para formar un código civil: esta junta estaba encargada de indicar el plan mas apetecible para llegar á este objeto, i de discutir las bases sobre las cuales debia estribar la legislacion en asuntos de materias civiles.

El discurso preliminar del primer proyecto de código civil es admirable por la manera con que los informantes consideran i rebaten las miras generales é ilusorias admitidas por la parte

menos ilustrada del público, sobre la naturaleza del trabajo que la comision tenia que llenar.

Los individuos de la comision legislativa francesa, imaginaron sabiamente que era preciso redactar el nuevo código bajo un sistema que concediese cuanto fuese posible una proteccion igual á las diversas especies de derechos declarados i reconocidos en el estado actual de la sociedad: ellos no podian hacer de otro modo; i segun nuestra opinion, su código no llena todavia sino incompletamente este objeto principal. Por el contrato social abandona un individuo á la sociedad el derecho de protegerse i vengarse por si mismo bajo la reserva i la espresa condicion, de que la ley defenderá i castigará aquellos que le ultrajen. Bacon ha llamado la venganza una suerte de justicia salvage; un individuo que pide justicia no hace, pues, mas que ejercer un perseguimiento modificado i legítimo de su venganza que á la verdad debe templarse por los sentimientos de moral i religion de la parte interesada, pero que la ley está destinada á facilitar en compensacion del freno que impone á las pasiones humanas. Por consecuencia, no podrá detenerse la manía de pleitear; solo podrá disminuirse estableciendo de antemano tantas reglas cuantas sean necesarias para abrazar el mayor número de casos que puedan presentarse, i confiandose en la autoridad de los jueces, penetrados del espíritu de la ley para la solucion de aquellos que no puedan decidirse al pie de la letra.

Procedióse á la organizacion de esta grande obra nacional, con la prudencia i la delibera-

cion que exigia la importancia del objeto. Los ministros del consejo empezaron por la publicacion i aplicacion de las leyes en general, despues de haber dividido los puntos de legislacion segun las distinciones admitidas por los jurisconsultos; de este punto preliminar pasaron á la consideracion de los derechos individuales, mirados sobre diferentes aspectos, á los derechos que conciernen á la propiedad, i en fin, á aquellas formas legales de procedimientos, por las cuales deben esplicarse, probarse i confirmarse los derechos de los ciudadanos, sea en los casos que nos interesan mas que á sus personas, sea en aquellos en que se halla comprometida la propiedad; de esta manera adoptando la division i en cierto modo las formas de las institutas de Justiniano, tomó en consideracion la comision, siguiendo este mismo modelo cada division con arreglo general i adoptó en su clasificacion las máximas ó elementos destinados para servir de base á la nueva jurisprudencia francesa. Reunidos ya los principios generales i fijados con atencion se ciñeron los individuos de la comision á deducir de ellos los corolarios i los principios secundarios en suficiente número, para prever i resolver hasta donde podia alcanzar el espíritu humano, las numerosas cuestiones que necesariamente debia hacer nacer la aplicacion práctica de los principios generales á las transacciones variadas i embrolladas de la vida humana: puede bien presumirse que una tarea tan difícil dió lugar á una viva discusion entre los miembros de la comision; i como su informe despues de haberle pesado con atencion en la junta, debia some-

terse al consejo de estado antes de presentarle al cuerpo legislativo, debe pensarse que se emplearon todos los medios imaginables para considerar i revisar con madurez este cuerpo de leyes nacionales, que al fin adoptó la Francia, bajo el nombre de Código Napoleon, i continuó arreglando los derechos de los franceses con el nombre de código civil.

Seria hacer una gran injusticia á Napoleon si pasamos en silencio el vivo interés i la parte que tomó en las discusiones de esta comision á pesar de sus muchas ocupaciones: asistia constantemente á las sesiones de la junta como igualmente á las del consejo de estado encargado de la revision de las leyes; i aunque debe creerse que ignoraba la ciencia complicada del derecho público, no obstante, era tal la viveza de su genio calculador i su facilidad de argumento; era tal su talento para generalizar i abrazar una materia en su conjunto, por la inspiracion de su genio i de su tino, que estuvo en el caso de resolver algunas sutilezas que mas de una vez embarazan á los jurisconsultos de profesion, i de deshacer como si fueran telarañas, las dificultades técnicas ó metafísicas que tenian para los legistas una apariencia de serios embarazos.

Algunas veces propuso tambien Napoleon contemplando solo el lado vulgar i superficial de una cuestion, alteraciones que hubieran sido muy fatales para la administracion de la justicia i para el desarrollo i mejora de la ley municipal; era de opinion que no debia pagarse á los abogados i procuradores sino cuando triunfara la causa de su cliente: si se hubiese

adoptado esta medida, hubiera sido suficiente para cerrar las puertas de la justicia por que ningun legista habria querido abandonar asi una gran parte de sus medios de existir, ni consentir que la parte contraria dependiese de la incertidumbre de una transaccion arriesgada. Un letrado no es mas responsable de la pérdida de un pleito que un *jockrey*\* lo es de no ganar el premio de la corrida; ninguno de ellos puede prever con certeza el éxito del asunto, i no pueden hacerse responsables si su habilidad i destreza no tienen un éxito favorable.

Al código civil de Napoleon se siguió el código de procedimientos para los asuntos civiles, i un código de comercio mirado como suplemento de la ley municipal; i tambien un código penal i otro de procedimientos criminales; el conjunto forma un sistema entero de jurisprudencia redactado por los hombres mas ilustrados del siglo que tenian á su libre disposicion todos los materiales que sobre esta materia podian suministrarles los tiempos antiguos i modernos; no debe pues causar sorpresa que una nacion que en cierto modo carecia de leyes municipales, fijas i ciertas, despues de su revolucion, recibiese como un gran favor un código de esta especie.

Considerado el código como una produccion muy juiciosa i sabia i como un manual de sagacidad legislativa escita la admiracion general por la manera clara i sabia con que en él estan

---

\* Esta voz equivale á la de criado montado, vestido á la ligera.

redactados i esplicados los axiomas. No hay en dicho código mas que un pequeño número de particularidades, que establecen una diferencia entre sus principios i los de la ley romana, que en la mayor parte de los contratos ha merecido que se la considere como la fuente de todas las reglas judiciarias. La mas notable de estas diferencias se halla tal vez en los artículos que arreglan lo que llaman *consejo de familia*, asunto que no parece ser de tanta importancia para llamar la atencion. Fijado el código civil, se proveyó para que le ejecutasen con regularidad los tribunales convenientes; i á fin de que no dependiesen los jueces de los regalos del litigante, por sus honorarios, como sucedia antes de la revolucion, se pagaron sus emolumentos á costa del estado. Como en Francia no puede haber esta clase de individuos que en la Inglaterra, se llama *magistratura sin salario*, reciben los jueces de paz desde ochocientos hasta mil i ochocientos francos. Los jueces de primera instancia se hallan en una clase superior al de los jueces de paz, i su sueldo mayor es el de tres mil francos. Los jueces de los tribunales supremos gozan de cuatro á cinco mil francos, i los de *alta corte de casacion* no tienen mas que diez mil francos, con los que apenas pueden sostener su clase en la capital; mas aunque tan mal pagados, la situacion de los jueces franceses fué honrosa á los ojos de sus conciudadanos, i han conservado este carácter por su actividad i su imparcialidad en el ejercicio de sus funciones.

Se introdujo el sistema del jurado en la justicia criminal en medio de las aclamaciones de

la asamblea nacional. Bonaparte encontró los jurados demasiado escrupulosos é importunos. Puede en esto haber alguna verdad puesto que difícilmente se convencian los jurados cuando hallaban el menor pretesto para salvar al culpable, i que con pretesto de la minuciosa reserva que guardaban los jurados en sus funciones, quedaban sin castigo muchos crímenes horrosos; mas Napoleon guiado por otros motivos que los del bien público, hizo bien pronto uso de su poder para instituir tribunales investidos de un carácter medio militar, i encargados de condenar sin el voto del jurado los crímenes que tenian un color político. Ya hemos hecho alusion á esta violacion de los mas preciosos derechos de los súbditos, cuando hemos hecho mencion del proceso de traicion intentado contra Jorge, Pichegrú i Moreau. Jamas hubiera pronunciado un jurado de *verdict* contra este último, cuyo delito era solo el de haber tenido comunicacion con Pichegrú: este era un motivo de sospechas, pero no una prueba de culpabilidad positiva. Echadas á un lado las causas políticas se conservó el procedimiento por jurado en el código frances para todas las cuestiones criminales esclusivamente, i parecia haberse estendido la administracion general de la justicia lo suficiente para proteger al inocente i castigar el culpable.

La agricultura francesa se mejoró mucho despues de la division de las grandes propiedades i de la abolicion de las cargas feudales que pesaban sobre los labradores; podia pues considerarse la Francia en un estado floreciente á pesar de las contribuciones de guerra i lo que

es mas raro á pesar de la conscripcion. Bajo un gobierno estable aunque severo se protejia la propiedad i el fomento mas útil que recibia la agricultura, era la seguridad que se daba al labrador de recoger cuando habia sembrado.

No sucedia lo mismo con el comercio, arruinado por una guerra marítima tan prolongada, acompañada de tantas prohibiciones ridículas, i por la obstinacion con que Bonaparte sostuvo su sistema continental. Esperaba por este sistema arruinar á la larga el comercio de la potencia rival; pero todo el peso recayó desde luego sobre la Francia, cuyos puertos no contenian mas embarcaciones que las del cabotage de las costas i los barcos de pescadores; en fin, habia dejado de existir en gran parte el comercio de Marsella, Burdeos, i Nantes.

Por otro lado, los capitalistas que habian puesto su dinero sobre los fondos públicos ó que estaban interesados en los suministros de los numerosos ejércitos de Napoleon, i la multitud de personas de grande influencia encargadas de la recaudacion ó de los gastos de las rentas del tesoro, eran necesariamente adictadas á un gobierno, en el que apesar de la vigilancia del emperador, hacian grandes ganancias, no obstante de repartir este pillage entre los ministros generales que los protegian. Napoleon aunque económico i calculador consumado, no era capaz de poner un término á las depredaciones de aquellos á quienes confiaba el poder cuando algunas veces quiso hacerlo sinceramente. En sus conversaciones de Santa Helena, hace frecuentes alusiones á la venalidad i á la corrupcion de aquellos que empleaban en los pun-

tos eminentes, sin encontrar en su codicia un motivo suficiente para privarse de sus servicios. De este modo estan marcados Fouché, Talleyrand, i muchos otros; i como sabemos cuanto tiempo i en cuantas ocasiones diferentes empleó estos hombres de estado debemos suponer que fuese la que se quiera su opinion, en cuanto á los individuos estaba perfectamente dispuesto á no hacer caso de sus dilapidaciones, para aprovecharse de sus talentos, aun cuando las prácticas de esta naturaleza eran demasiado escandalosas para que dejasen de llamar la atencion: la manera con que Napoleon tenia costumbre de censurarlos i reprimirlos no era tal que pudiese reconocerse en él un sentimiento moral ó algun deseo de usar de un rigor extraordinario para impedir el que volviesen á repetirse. Fundamos esta conclusion en la siguiente anédocta que contaba á Las Casas.

Hablando de los generales i alabando el desinterés de alguno de ellos, añade: "Massena, Angereau i Brune eran unos saqueadores intrépidos." En una ocasion, la rapiña del primero apuró la paciencia del emperador, i fué singular el modo de castigarle. No le destituyó del mando de que se habia hecho indigno por un vicio tan contrario al verdadero espíritu nacional. No despojó al saqueador de su ganancia mal adquirida por una sentencia judicial, ni le hizo que restituyera á sus dueños lo que les habia robado, pero á fin de hacer sentir al general que no se habia conducido bien, giró Bonaparte una letra de cambio de dos ó tres millones de francos contra el banquero del delincuente, é hizo poner esta suma al débito

de Massena i crédito del tirador. Fué estremo el embarazo del banquero: no se atrevia á oponerse á las órdenes del emperador; observó humildemente i titubeando que no podia hacer honor á la letra de cambio sin la autorizacion de su comitente. »Pagad dijo el emperador, i dejad que Massena se reuse á daros esta autorizacion á sus riesgos i peligros.» El banquero contó i llevó el dinero por cuenta del general, sin atreverse éste á hacer la mas mínima observacion. No era esto castigar un peculado sino mas bien partir el provecho. Esta transacion se asemeja mucho á la que nos dice Lesage de un ministro español, que insistia en que le dieseñ su parte de dinero empleado en corromper á su secretario.

Junot dió el mismo escándalo cuando á su vuelta de Portugal hizo ostentacion de los diamantes i riquezas adquiridas por la opresion de este país; recibió de Bonaparte un aviso amistoso para que fuese mas prudente en las apariencias; pero su rapiña bien conocida no le impidió obtener muy luego el gobierno de la Iliria.

Por otra conversacion del emperador sabemos que su consejo de estado era de una admirable utilidad, para las pesquisas severas que queria hacer sobre las cuentas públicas. El procedimiento de esta *cámara estrellada* i el temor de ser citados ante el gran juez, inclinaban ordinariamente los prevenidos á alguna compostura; i cuando se les habia hecho devolver uno, dos, ó tres millones, se habia enriquecido el gobierno, ó segun las ideas de Bonaparte, se habia satisfecho á la ley. La verdad parece ser, que Bonaparte aunque per-

sonalmente despreciaba este vicio, estaba bien persuadido de que la avaricia que despues de todo no es mas que una especie de ambicion secundaria i sórdida, es para los espíritus vulgares el mas poderoso de los estímulos i prodigaba voluntariamente el oro á los que le deseaban, todo el tiempo que sus servicios le hacian fácil la posesion i conservacion del poder ilimitado á que habia llegado. En un país donde las desgracias i los desastres de toda especie, tanto públicos como privados, habian puesto un gran número de individuos en estado de adquirir grandes fortunas por medio del agio, se escitaba prontamente el amor al dinero, i la esperanza de satisfacerle se fundaba sobre la opinion gigantesca de un soberano, que continuamente estaba urdiendo nuevos planes de conquista, i cuyos talentos incomparables parecian haber encontrado el arte de coronar con buenos resultados las empresas mas dificiles.

Ya hemos tenido la ocasion de hacer observar la multitud de monumentos públicos que se erigieron bajo el gobierno de Bonaparte. Los templos, los puentes, los acueductos son á la verdad monumentos que hacen á la monarquía popular, porque todos los ciudadanos gozan de ellos igualmente, i porque este gasto, mas que ningun otro, sirve para transmitir á la posteridad la memoria de la grandeza del siglo. Bonaparte no podia ser insensible á ninguno de estos dos motivos. Su espíritu se estendia á mas que buscar algun goce en los objetos puramente personales, i el que habia hecho lo bastante para elevarse durante su vida sobre los demas hombres,

debía naturalmente desear que los monumentos públicos sirviesen para perpetuar su nombre de generacion en generacion. En consecuencia emprendió é hizo ejecutar algunos de los mas bellos trabajos de los siglos modernos: el camino del Simplon i los astilleros de Anvers son monumentos gigantescos de su espíritu público.

Por otro lado, Napoleon ponía sus miras como ya lo hemos demostrado, en producir un efecto inmediato por medio de proposiciones i de planes adoptados con precipitacion, decretados del mismo modo, é insertados íntegros en el diario del gobierno, pero que se abandonaban con la misma facilidad que se emprendian ó que jamás pasaban de la insercion que de ellos se hacia en el *Monitor*. Las costumbres activas de Bonaparte, su facilidad para decidir á primera vista los asuntos militares ó administrativos, escitaban á un alto grado el asombro i la admiracion de sus súbditos. Durante los cortos intérvalos de paz que hubo bajo su reinado, procuraba engañar la impaciencia que le causaba esta inaccion, visitando con gran rapidez los departamentos de la Francia. Viajando con una celeridad increíble, á pesar de acompañarle ordinariamente la emperatriz Josefina: luego que llegaba á una ciudad de alguna importancia, montaba á caballo, i acompañado de un edecan i de su mameluco Roustan, que apenas podian seguirle, formaba como al vuelo el cálculo del país, de sus recursos, de su industria, de su poblacion ó de los inconvenientes inherentes á estos mismos parages. Obtenido de este modo el conocimiento de las localidades, daba audiencia á las auto-

ridades municipales, i entrando á menudo en los pormenores mas pueriles, aterraba á estos oficiales municipales probándoles que conocia mejor que ellos estos lugares, cuyos alrededores acababa de recorrer á galope por la primera vez, i donde ellos habian pasado su vida. La admiracion era pues universal sobre la facilidad de observacion del emperador, i el *Monitor* recogia las circunstancias para admirar á la Francia. Entonces se proyectaban algunos trabajos públicos que solicitaban las autoridades municipales, ó cuya idea sugeria la benevolencia del soberano, pero muy á menudo quedaban sin ejecutarse, no siendo suficientes los fondos del tesoro imperial en todas las circunstancias, para este esplendor de las empresas de Napoleon; ó absorviendo estos fondos una nueva guerra, ó nuevos proyectos ambiciosos, cosa que sucedia muy á menudo, era necesario suspender cualquiera otro objeto de gasto.

Contemplando la ciudad de París i atravesando las provincias de la Francia, debe convenirse en que Bonaparte supo imprimir á sus monumentos pacíficos un sello de magnificencia, que no es indigno de este genio á la vez elevado i profundo que hizo tan grandes prodigios en la guerra.

La vida interior i doméstica de Napoleon estaba habilmente adaptada á su rango eminente. Si amó los placeres, si tuvo sus pasiones, se ocultaron con cuidado, i quedaron desconocidas, ó por lo menos no se manifestaron por ninguna de aquellas debilidades que hubieran podido nivelar al emperador con los de-

mas hombres. Su conducta con la emperatriz Josefina era regular i ejemplar. Desde su advenimiento al trono, hasta su fatal divorcio, como el mismo Napoleon le ha llamado, tuvieron el mismo cuarto i la misma cama por espacio de muchos años. Dicen que los zelos de Josefina causaron algunos disgustos á su marido, sobre quien tenia en efecto muchos derechos, pero que los sufrió con paciencia, i escapó á la repreension hecha á tantos héroes i hombres de genio, por otra parte invulnerables, de no haber sabido serlo contra las seducciones de las mugeres. Sus amores fueron pasajeros: á escepcion de Josefina i María Luisa, que ejercieron sobre él un legítimo ascendiente, no se cita ninguna muger á quien haya consentido tomar ningun poder sobre su espíritu.

Mantenia con magnificencia la dignidad del trono; i limitaba sus gastos por este amor al orden que inspiraba á Bonaparte su costumbre de los cálculos matemáticos, que contribuían en cierto modo á esta regularidad exterior i á este decoro que siempre conservó. Una vez hablando Bonaparte de su gusto particular, dijo que su libro favorito era una coleccion de logaritmos, i que su diversion era la de resolver los problemas. La persona á quien el emperador hizo esta declaracion singular no pudo menos de contarsela á un oficial del palacio imperial, quien se aseguró de que no solamente se divertia Bonaparte con los cálculos aritméticos, sino que tenia tal gusto por los números, hasta el extremo de comparar en los gastos de su casa, el precio á que le ponian

ciertos objetos con la postura primitiva del mercado; i casi siempre encontraba este precio mucho mas escesivo de lo que debia ser, por razones que es inútil deducir en este lugar. Vemos en el *Memorial del señor de Las Casas* que tambien descubria un recargo considerable en los precios de las franjas de oro que adornaban una de las salas de recibimiento. Todavía se cuenta una anécdota bastante curiosa. Habia encomendado al mas hábil relojero de París que le hiciese un reloj, que fuese digno por su trabajo i su riqueza de que el emperador de los franceses pudiera ofrecerle como un presente á su hermano el intruso rey de España. Aun estaba el reloj entre las manos del artífice, cuando recibió Napoleon la noticia de la batalla de Vitoria. »Todo está concluído ahora con José,» tales fueron las primeras palabras que pronunció: »Dad contraórden para que no se haga el reloj,» añadió.

Esta anécdota no indica por otra parte ninguna indiferencia por la suerte de su hermano, ni el deseo de ahorrar una pequeña suma; solo prueba el cálculo riguroso de un aritmético acostumbrado á balancear una pérdida por una economía, por pequeña que fuese. Con todo eso, aunque el emperador descendiese hasta estos pequeños pormenores, no suponemos que se hallase en su esfera natural; por el contrario, desde el primer año de su consulado, descubrió en la cuenta que se dió de las rentas del estado, un error de dos millones de francos i le hizo rectificar; otra vez, por medio de esta habilidad que le habia dado su gusto particular por los números, i que una

práctica constante le hacia llegar al mas alto grado, advirtió que habian recargado las cuentas de la guarnicion de París en mas de sesenta mil francos. El descubrimiento que hizo el primer magistrado de dos errores semejantes, debió garantizar para lo sucesivo mas regularidad en las cuentas de las diversas administraciones.

Reflexionando sobre esta singularidad notable, se deja ver á las claras el carácter de Bonaparte. Por medio de sus rápidas i poderosas combinaciones fué feliz como general, i el mismo espíritu de cálculo se encuentra en casi todas las circunstancias de su vida pública ó privada.

Los gastos de palacio, i los particulares del emperador, se arreglaban todos con mucha atencion conforme á los propios cálculos de su magestad imperial. El mismo se vanagloriaba de haber simplificado de tal modo los gastos de los antiguos reyes de Francia, que su monteria, aunque mantenida con la mayor magnificencia, costaba mucho menos que la de los Borbones; pero debe recordarse en primer lugar que Napoleon se habia desembarazado de la obligacion en que se hallaban los Borbones de dar grandes sueldos á todas las personas de su casa; en segundo lugar, que ya no existia bajo el gobierno imperial la *halconeria*, género de caza que en la opinion de muchas personas es mas interesante i mucho mas pintoresco que ningun otro, i que ocasionando gastos escesivos i reales, conviene particularmente á los príncipes soberanos.

La córte imperial no solo se distinguia por una etiqueta muy severa, sino tambien por el

lujo que los grandes oficiales de la corona estaban obligados á ostentar en sus trages i en sus coches los dias de ceremonia pública. Esto era para ellos un grande objeto de quejas, porque á pesar de que por muchos respetos veía Bonaparte sobre sus intereses, que les facilitaba los medios de adquirir riquezas, que les daba soberbias dotaciones i rentas considerables, i que empleaba con frecuencia una influencia á la cual con dificultad podia resistirse, para procurarles casamientos ventajosos, no obstante los enormes gastos á que se hallaban forzados para presentarse en la córte del emperador, les impedian el realizar ninguna fortuna para mantener su familia. Bonaparte gustaba de representar este gasto como una contribucion echada sobre sus cortesanos, para sostener las manufacturas francesas; con todo eso, estos gastos eran tan grandes, que era fácil de ver que aunque él queria que su nobleza sirviese á embellecer su córte por su brillantez estaba muy lejos de permitirle que adquiriese ningun poder real, ni que formase por la influencia de sus riquezas una barrera entre el trono i el pueblo.

Era singular la composicion de la córte de Bonaparte. Entre sus duques i sus mariscales del imperio se veían descendientes de los antiguos nobles que habian sido rayados de la lista de los emigrados; de ellos decia Bonaparte con una amarga ironía: »Yo les he abierto las filas de mi ejército, i han reusado entrar en ellas; les he abierto mis antecámaras, i se han precipitado en tropel.

El ceremonial de las Tullerías era de una gran pompa, espléndidas las fiestas públicas, i

la etiqueta severa hasta la minucia. Bonaparte daba á esto gran importancia; segun él, todas estas ceremonias caracterizaban la fuerza i la dignidad de su gobierno; él mismo se habia acostumbrado á respetar estas formas esterioras que forman la magestad, como si toda su vida hubieran sido el objeto especial de su atencion.

Muchos amigos i partidarios de Bonaparte, elevados como él bajo la influencia de la revolucion, dudaban que hiciera bien en imitar el ceremonial de las antiguas córtes de Europa, i de manifestarse apresurado en rivalizar con ellas sobre los solos puntos que necesariamente debian serle poco ventajosos en efecto, la etiqueta no hiere la imaginacion sino por su antigüedad i una larga costumbre; i esto era lo que no podia hacer el ceremonial de una córte naciente. Ellos hubieran querido que la dignidad de la córte de su señor residiese en su importancia i en su superioridad real; i aunque se hubiesen abandonado los principios republicanos, hubieran deseado que la simplicidad varonil de las costumbres republicanas hubiera continuado caracterizando un trono, cuya base se apoyaba sobre la revolucion. Los cortesanos que pensaban de este modo podian encontrar algun consuelo en el tráge i hábitos del emperador. En medio de aquel brillante aparato de bordados, de órdenes, de condecoraciones i de todo lo que exige la etiqueta mas esquisita, se distinguia el emperador por la extrema sencillez de sus vestidos i de sus modales. Un simple uniforme, con un sombrero sin mas adorno que una escarapela

tricolor, era todo el aderezo del que daba á los demas aquellas magníficas decoraciones i en cuyo honor se habian hecho aquellos trages tan ricos; puede suceder que Napoleon pensase que la suntuosidad de los vestidos sentaria mal á un hombre de mediana estatura, que habia engordado un poco en sus últimos dias, ó tal vez queria persuadir que aunque exigia de los demas que se conformasen estrictamente con la etiqueta, la dignidad imperial le dispensaba de una obligacion recíproca con respecto á su persona.

Puede ser tambien que Bonaparte satisficiera su gusto por los cálculos i el orden que hemos indicado como uno de los principales rasgos de su carácter, moderando sus gastos personales, i evitando los de un guardarropa real espléndido; pero hubiera valido mas que hubiese podido inspirar este mismo espíritu de economía á las mugeres de su familia. Josefina con todas sus amables calidades, era pródiga, como lo son generalmente todas las criollas, i no lo era menos la Paulina Borghese. Los esfuerzos de Napoleon para limitar sus gastos, dieron lugar algunas veces á singulares incidentes. En cierta ocasion encontró Napoleón en casa de Josefina una modista de una gran reputacion, con la cual la habia prohibido su marido que tuviese trato alguno á causa de sus precios exorbitantes. Irritado de esta desobediencia á sus órdenes, hizo conducir la modista á Bicetre; mas el crecido número de coches de las damas de la córte que iban á consultar á esta modista en su prision, le convenció que era mas poderosa la popularidad de aquel orá-

culo de las modas que la autoridad imperial; de este modo terminó bien pronto una lucha que parecía divertir al público, i se puso en libertad á la artista para hechizar i desollar á su placer las damas elegantes de París.

En otra ocasion, la inclinacion irresistible de Josefina por gastar, suscitó un incidente que se parece á una anécdota de la historia de algun sultan. Desesperado un acreedor de la emperatriz porque esta no le pagaba, detuvo el coche del emperador un dia que iba á San Cloud con la emperatriz, i le presentó un memorial pidiendo se le pagára. Bonaparte obró como en igual circunstancia hubiera obrado Saladino: perdonó la osadía de este hombre en atencion á la justicia de su demanda, i mandó que se le pagase inmediatamente.

En efecto, un sentimiento de equidad, i el afecto que profesaba á su muger, le inclinaron á satisfacer á este acreedor, aunque vituperando los gastos i el poco orden que ocasionaban semejantes peticiones.

Siendo este amor al orden una regla principal del gobierno imperial, Bonaparte censuró severamente todo lo que atacaba públicamente al decoro público. La moral es en sí misma el cumplimiento i el fin de todas las leyes; ella sola constituye un código nacional; en su consecuencia estaban arregladas las costumbres de la córte imperial de modo que no causasen escándalo, en el caso de que algunas veces no estuviesen exentas de sospecha. Bonaparte no toleró el juego, este vicio natural i favorito de una córte, i se opuso á él con todo su poder; pero sufrió que el ministro de

policía le autorizase de un modo horroroso: no podemos dar crédito á sus palabras cuando afirma que aquellas casas de juego que pagaban sumas enormes á Fouché, existían sin que él lo supiese. Esta asercion de Napoleon no puede persuadirnos que ignoraba el principal manantial de la renta que sostenía la policía. En esta ocacion, como en otras muchas, se vió en la necesidad de transigir con su moralidad, en atencion á los beneficios pecuniarios que podían resultar para el estado.

Bonaparte tomaba un vivo interés por aquellas diversiones públicas que agradan por lo general: iba muy amenudo al teatro, casi siempre disfrazado.

Su gusto particular, unido á las circunstancias políticas, le inclinaron á fomentar el teatro. El célebre Talma, á quien sus talentos superiores habían colocado al frente de los cómicos franceses, recibió la prueba (tanto por la acogida que le dispensaba Napoleon, como por el testimonio mas material de una pension) de que nunca había olvidado la benevolencia que en otro tiempo había manifestado al jóven alumno corso. Se tomaban todas las precauciones necesarias para que las comedias ó tragedias que se representaban en los diversos teatros no pudiesen despertar sentimientos ó recuerdos desfavorables para el gobierno imperial.

A fin de obtener Bonaparte en ciertas ocasiones la aprobacion i la amistad de los que reclamaban el título esclusivo de amigos de la libertad, había querido para él mismo por partidario de las ideas liberales, i se había pronunciado en favor de la libertad de imprenta,

i de los otros medios de censura que pueden oponerse á la autoridad ejecutiva. No era fácil conciliar sus opiniones de entonces (ó mas bien lo que él habia dicho ser las suyas) con una práctica diametralmente opuesta.

En ninguna época, ni en ningun país libre, se encadenó jamas la imprenta como lo estaba entonces en Francia. Los diarios no podian insertar ninguna noticia política que de antemano no hubiese publicado el *Monitor*, órgano del gobierno, i el mismo Bonaparte revisaba este diario oficial en ocasiones importantes. Los diarios cotidianos no tenian el permiso de anunciar una obra de una manera crítica ó explicativa, si no se conformaban exactamente con la opinion de los que dirigian dichos periódicos.

Por la atencion sostenida que Napoleon ponia en la redaccion del *Monitor* se ve claramente que contaba tanto sobre su influencia para dirigir el espíritu de los franceses, como sobre el poder de sus armas, sobre su reputacion militar, i sobre sus recursos inmensos para dominar las demas naciones europeas.

---

---

## CAPITULO III.

### RESUMEN DEL CAPITULO III.

SISTEMA DE EDUCACION INTRODUCIDO EN FRANCIA POR NAPOLEON. — UNIVERSIDAD. — SU NATURALEZA I OBJETO. — LICEOS. — PROYECTO DE UN ESTABLECIMIENTO EN MEUDON.

## CAPITULO III.

**B**onaparte se habia elevado á la dignidad imperial por su reputacion guerrera, i desgraciadamente para él, sus ideas se inclinaban tan constantemente ácia la guerra i la victoria, que dejaba á un lado todas las medidas relativas á la paz, como asuntos de muy poca importancia. Se habia criado en cierto modo sobre el campo de batalla. Su genio poderoso era seguramente bastante capaz para abrazar todas las situaciones diversas de la vida humana, pero estaba mas familiarizado con la guerra i sus estragos, i por consiguiente todo su gobierno tomó un aspecto decididamente militar.

En tiempo de la república se ocuparon en muchos proyectos concernientes á la instruccion de la juventud francesa, cosa que entonces era tanto mas necesaria, quanto que habiendo destruido la revolucion todos los colegios i establecimientos destinados á la instruccion, cuya mayor parte dependian mas ó menos de la Iglesia, habia quedado la nacion sin medio alguno de educacion pública. Estos proyectos, i no podia ser de otro modo, se resentian de los sofismas singulares de aquella época. Los unos no pudieron llevarse adelante por falta de fomento, los otros por falta de medios. Con todo eso, existian en Francia dos ó tres clases de escuelas consagradas á diferentes estudios, á pesar de que no se adoptó ningun proyecto fijo de educacion, i de que iban siempre en aumento la ignorancia i los vicios de la nueva generacion; porque no podrá suponerse que una nacion tan grande i tan civilizada pudiese tolerar la falta absoluta de medios para instruir la juventud, fuesen las que fuesen las circunstancias en que se hallaba.

Segun aquellos planes de educacion cada pueblo debia tener una escuela i un maestro á fin de dar á los niños los primeros i mas indispensables principios de la educacion. Este proyecto no habia tenido buen éxito, por la pobreza de los pueblos, que debian soportar estos gastos. Mientras tanto algunos encontraron los fondos necesarios, otros hicieron que pagasen la mitad de los gastos los alumnos que se aprovechaban de aquellos útiles establecimientos; de este modo se instituyeron las escuelas primarias en muchos pueblos, aunque cierta-

mente se hallaban en un estado precario i desfalleciente.

Las personas instruidas ó que pretendian serlo, establecieron por especulacion, ó con la ayuda de alguna contribucion particular, escuelas secundarias para enseñar las lenguas antiguas i modernas, la geografía i las matemáticas.

Luego que el clero católico recobró por el concordato una parte de su dignidad i de su influencia, hizo ver que pretendia volverse á poner á la cabeza de la instruccion pública, que tuvo enteramente entre sus manos antes de la revolucion. Sostenidos los seminarios por las liberalidades de los particulares, i bajo la inspeccion del obispo, se destinaban exclusivamente para educar á los jóvenes que debian ordenarse, i habian obtenido el título de escuelas eclesiásticas.

Tal era el estado de las cosas cuando Bonaparte puso en ejecucion su gran proyecto de una universidad nacional, compuesta de un gran maestro, de un canciller, de un tesorero, de diez consejeros perpetuos, de veinte consejeros ordinarios i de treinta inspectores generales, que formaban una especie de consejo imperial, cuyas decisiones debian ser absolutas en todas las cuestiones concernientes á la educacion. Todos los colegios i todos los maestros estaban sujetos á la autoridad de la universidad nacional; no podia abrirse escuela ninguna sin un título ó diploma del maestro, i sin pagar una contribucion considerable. La política del gobierno era de disminuir cuanto fuese posible el número de las escuelas secundarias i eclesiásticas, á fin de

que la educacion pública se hiciese en los liceos ó academias.

La disciplina en estos liceos era en parte militar, i en parte monástica; los provisosores, censores i maestros debian ser solteros; los profesores casados no podian residir en el interior del establecimiento. Los jóvenes estaban enteramente separados de sus familias; no podian tener correspondencia mas que con sus parientes, i solamente entonces por la mediacion de los censores i bajo su vigilancia. Toda la educacion se hallaba sometida á la constante i estricta investigacion de la universidad. El gran maestro podia echar fuera toda persona que le desagradase, i semejante sentencia la hacia inhábil para ocupar un empleo civil.

Generalmente debe alejarse de los ojos de la juventud, en los lugares consagrados al estudio, aquella pompa i aquel aparato de guerra que pueden en esta edad distraer la atencion de los estudios serios. Los liceos de Bonaparte se establecieron sobre principios contrarios; todo se hacia en ellos al son del tambor; todo arreglo interior estaba montado sobre un pie militar. En una época en que la profesion de soldado abria á la ambicion un porvenir brillante, no debe sorprender que los jóvenes se acostumbrasen desde sus primeros años á mirar esta profesion como la sola digna de un hombre de valor. El cariño que tenian estos jóvenes alumnos al emperador, cariño que tenian gran cuidado de inspirarles sus maestros, se escitaba todavía mas, recordándoles que solo á él eran deudores del beneficio de su educacion; de este modo todo cuanto

les rodeaba, propendia á enseñarles el objeto de que toda su vida debia ser de sacrificarse por el servicio del emperador, i que este servicio exigia de ellos que siguiesen la carrera de las armas.

En cada liceo habia ciento i cincuenta becas, de las que veinte suplían todos los gastos del alumno; las demas no entraban en estos gastos mas que por las tres cuartas partes, i tambien por la mitad; los parientes debian en tal caso suplir lo que faltaba al fondo de estas medias ó tres cuartos de beca. Todos los años salian de los liceos doscientos i cincuenta alumnos, escogidos entre los mas adelantados, para entrar en las escuelas militares; los alumnos ponian toda su ambicion en ser comprendidos en esta eleccion. Asi todo conducia á los jóvenes alumnos de los liceos á considerar la vida militar como la carrera mas apetecible i la mas natural que pudiesen seguir; i Bonaparte completó de este modo sobre la generacion actual este cambio que vaticinó en cierto modo cuando dijo: »Los curas miran este mundo como una diligencia que debe conducirnos al otro; yo pretendo llenar este coche público de buenos reclutas para mi ejército.»

Entre todos los establecimientos necesarios para la educacion, los únicos que sostuvo el gobierno fueron las escuelas centrales ó los liceos, i los cursos en ellos se reducian generalmente al latin i á las matemáticas; conocimientos ordinarios de una academia militar.

---

---

## CAPITULO IV.

### RESUMEN DEL CAPITULO IV.

PORMENORES MILITARES.— CONSCRIPCION.— SU NATURALEZA I SUS EFECTOS.— SU RIGOR INEXORABLE.— NUEVO MODO DE HOSTILIDADES.— CONSTITUCION DE LOS EJÉRCITOS FRANCESES.— MARCHAS FORZADAS.— LA PECOREA.— SU NATURALEZA.— SUS EFECTOS TANTO SOBRE EL PAÍS ENEMIGO COMO SOBRE EL MISMO SOLDADO FRANCÉS.— POLÍTICA DE NAPOLEON CON RESPECTO Á SUS OFICIALES I SOLDADOS.

## CAPITULO IV.

Hemos patentizado que el sistema de educacion que se habia adoptado en Francia propendia á inclinar todas las miras i las esperanzas de la juventud ácia la carrera militar, i prepararla á obedecer á los llamamientos de la conscripcion. Este medio de reclutar la fuerza militar, el mas formidable que nunca se haya establecido en una nacion civilizada, en 1798

se propuso originariamente al consejo de los quinientos. Una serie de listas contenian los nombres de todos los jóvenes del imperio, de edad de veinte i cinco años, i el gobierno se hallaba autorizado á llamarles sucesivamente á proporcion de las necesidades del estado. Estaban divididos en cinco clases; la primera comprendia los que habian cumplido veinte años antes de empezar el año por el cual se pedia la conscripcion, observándose la misma regla con respecto á las otras cuatro clases de los que habian cumplido veinte i uno, veinte i dos, veinte i tres, veinte i cuatro, i veinte i cinco años; sin embargo, en práctica, no se pedian los conscriptos de la segunda clase hasta que los de la primera estuviesen incorporados en el ejército, no acostumbrándose á pedir mas que una clase todos los años; i como la primera clase producía de sesenta á ochenta mil hombres, una leva forzada i general proporcionaba facilidades inmensas al gobierno, i era un impuesto exorbitante para el pueblo.

La conscripcion francesa se hacia aun mas cruel por el excesivo rigor de sus condiciones; no se hacia la menor distincion entre el hombre casado, cuya ausencia podia causar la ruina de su familia, i el que siendo soltero podia servir sin ningun obstáculo. El hijo de viuda, el que mantenía un padre anciano i sin medios, no tenían derecho á ninguna exencion. Tres hijos podían arrebatarse sucesivamente á sus padres desolados, i ni aun siquiera se permitía asegurarse de un sustituto antes del sorteo de la conscripcion. Los inútiles para el servicio pagaban una especie de multa propor-

cionada á la cuota parte de las contribuciones que ellos ó sus parientes pagaban al estado, que variaba desde cincuenta francos hasta mil i doscientos. Podia ponerse un sustituto, pero era difícil i muy estipendioso procurárselo, porque la ley exigia que los sustitutos no solo tuviesen las calidades precisas para el servicio militar, sino que estuviesen domiciliados en el mismo distrito territorial que el sujeto que debian reemplazar, i que hubiesen sorteado. Los que podian llenar todas estas formalidades que exigia la ley, conocian su valor, i no se decidian á servir á no ser que se les pagasen sumas considerables.

En el gobiernó de Napoleon, nada se ejecutaba con tanto rigor como la leva de las conscripciones. El magistrado municipal que por su destino debia cuidar de que todos los individuos que por su edad se hallaban en el caso de la ley, compareciesen ante él para el sorteo, se veía precisado bajo las penas mas severas, á no manifestar la mas leve indulgencia. Nada menos que un castigo infamante ó un presidio amenazaban al mismo magistrado que hubiese favorecido á un individuo sujeto á la conscripcion. Esta misma ley castigaba con el mayor rigor á los conscriptos refractarios; los empleados públicos les perseguian por todas partes, i cuando estaban presos, se les trataba como reos convictos de un crimen infame: vestidos con el sayal del deshonor, i arrastrando una cadena, se les condenaba como esclavos á trabajar en las fortalezas: si se fugaban, sus parientes eran responsables, i muchas veces multados ó castigados con mas severidad.

La revolucion francesa introdujo en Europa una manera de conducir las hostilidades que hacia pesar todas las cargas de la guerra sobre el país que tenia la desgracia de ser el teatro de las operaciones militares, i el vencedor en vez de arruinarse se proporcionaba de esta suerte nuevos recursos, como vamos á manifestarlo.

Al principio de la campaña el órden de un ejército frances debia ser enteramente completo. Se dividia en divisiones considerables, llamadas cuerpos de ejército, cada uno de los cuales lo mandaba un rey, virey, mariscal ú oficial general cuyos títulos se fundaban en antiguos servicios. Cada cuerpo de ejército se componia de seis á diez divisiones mandadas, cada una de ellas, por un general de division: las divisiones se subdividian en brigadas, i cada una de estas, mandadas por un general de brigada, tenia dos ó tres regimientos, de dos ó tres batallones cada uno. La fuerza de un cuerpo de ejército podia variar de cincuenta á ochenta mil hombres i aun mas: el comandante en gefe de un cuerpo de ejército ejercia plenamente la autoridad militar, i no estaba sometido á dar cuentas de su conducta sino al mismo emperador. Raramente el emperador sujetaba á los oficiales que eran capaces de ejercer semejantes empleos al mando de otro igual, i tan pocos ejemplos hubo de ello, que si hubiese tomado semejante disposicion, es muy dudoso que la hubiesen obedecido. Este sistema de dividir sus fuerzas en ejércitos separados i casi independientes, con los cuales cada general estaba encargado, bajo su responsabilidad, de la ejecucion de una parte de un plan vasto i

complicado, daba una gran celeridad á los movimientos de los franceses, bajo la direccion del genio superior que habia formado el plan de campaña, i muchas veces contribuyó á hacerles obtener los mas brillantes resultados. Pero siempre que era preciso combinar dos cuerpos de ejército para una misma operacion era indispensable que el emperador mandase personalmente.

Con semejante organizacion, el ejército frances penetraba en los países estrangeros á marchas forzadas, sin que de antemano se hubiesen hecho acopios ni almacenes para su subsistencia, contando con vivir á espensas de los habitantes. Bonaparte era hábil en este sistema, i la combinacion de las grandes masas por medio de aquellas marchas rápidas era uno de los principales principios de su táctica. Esta especie de guerra se hacia con poco gasto á espensas del tesoro, pero era á costa de una imposicion enorme sobre la vida de los hombres, i de un acrecentamiento incalculable de miseria. El objeto habitual de Napoleon era sorprender al enemigo con la rapidez de sus marchas, i despues de haberle derrotado en una gran batalla, apoderarse de su capital, imponer contribuciones, hacer la paz mas ventajosa que le fuese posible, i por último volverse á París.

En estas brillantes campañas, ordinariamente el ejército emprendia su marcha con provisiones, es decir, que cada soldado llevaba pan i galleta para algunos dias: tambien conducian ganados que se mataban á medida que se iban necesitando. Estas provisiones se sacaban comunmente de las grandes ciudades i de

los distritos populosos en donde las tropas habian estado acantonadas. Los caballos de la caballería llevaban asimismo el forraje necesario para dos ó tres dias, i el ejército abastecido de esta suerte avanzaba á marchas forzadas para llegar pronto al punto adonde la expedicion se dirigia. El soldado impaciente de verse tan pesado, pronto se alijeraba de su carga, ora consumiendo demasiado pronto sus víveres, ora tirándolos: entonces, temiendo los oficiales que el soldado padeciese por falta de víveres, antes que pudiese hacérsele otra distribucion regular, le autorizaban á procurárselos por medio de las pecoreas, es decir, por el saqueo. Para asegurarse de que estos abastecimientos violentos se recojerian i distribuirian con órden, se destacaban un cierto número de soldados de cada compañía para ir á buscar víveres en las aldeas inmediatas al camino ó al terreno en donde la tropa estaba acampada: los soldados estaban autorizados á exigir que los habitantes que les entregasen sus provisiones sin paga ni recibo, i puesto que hasta este punto en nada contravenian á la disciplina, no será extraño suponer que no se limitaban á tomar víveres, sino que exigian dinero ú objetos de valor, i cometian otros excesos.

Debemos confesar que el carácter intelectual de los franceses, i el buen humor que forma la base de su genio nacional, hacian su conducta mas llevadera de lo que pudiera esperarse de los vicios de semejante sistema, mientras que las provisiones fuesen abundantes i el país populoso: hasta se observaba una

especie de órden en este desórden de la pecoreía, i se tenía cuidado de que las provisiones que se obtenían por medios tan irregulares, se distribuyesen con la mayor regularidad. La disposicion ordinaria de los soldados, cuando no les provoca la resistencia, no les inclina á la crueldad; su buena disciplina i la buena educacion que la mayor parte de los soldados franceses habían recibido, junto con la costumbre que todos habían contraído de obedecer á sus gefes, les impedia de formar compañías de verdaderos bandidos, i de destruirse entre sí por sus propios excesos.

Ninguna otra tropa mas que las francesas hubiera podido subsistir de esta suerte, pues ningun otro ejército tiene bastante sumision al mando de sus oficiales.

Pero la parte mas asquerosa de este sistema de pecoreía se descubria cuando el ejército marchaba por un país pobre i poco poblado, ó bien cuando el carácter nacional ó las facilidades locales animaban á los habitantes á oponer resistencia: entonces los soldados se animaban é irritaban, ora por la falta de víveres, ora por la dificultad de procurárselos. A proporcion que se aumentaban los obstáculos, se ostinaban i se volvian crueles; se abandonaban á toda especie de violencias, i todavia acrecentaban su propia necesidad, destruyendo todo lo que no podian consumir. Sin embargo, Bonaparte con estos sacrificios conseguia el objeto que se habia propuesto: desplegando súbitamente sus masas ante un enemigo sorprendido i aterrorizado, recibia el precio de su celeridad con una victoria decisiva, i suminis-

traba nuevos motivos de triunfo al *Monitor*. Tanto contaba en la prontitud de sus movimientos, que, si un oficial le pedia algun tiempo para ejecutar sus órdenes, su respuesta notable era siempre: „Pídame vm. cualquier cosa, menos tiempo.” Esta celeridad era indispensable con un sistema de marchas forzadas, no teniendo nunca ningun almacen establecido.\* Pero despues de la batalla, los muertos no podian quejarse; los que sobrevivian eran victoriosos, pronto olvidaban sus padecimientos, i la conscripcion, que continuamente completaba las filas del ejército frances, reparaba la pérdida de los soldados que las fatigas ó el acero habian diezclado durante la campaña.

Bonaparte seguia una política muy diestra con su ejército. Sus mariscales, generales i oficiales, recibian pruebas de su estimacion i liberalidad, pero nunca les trataba con familiaridad; pues siempre se observaban estrictamente las formas de la etiqueta. Acaso pensaba que la igualdad que en otro tiempo entre ellos habia existido, hubiera podido venirles demasiado á la memoria si les hubiera permitido mas intimidad. Pero con respecto á los soldados que no podian interpretar mal semejante familiaridad ni prevalerse de ella, Bonaparte observaba una conducta enteramente opuesta; les permitia que se dirigiesen á él mismo siem-

---

\* Bonaparte no podia tener almacenes en los países que sus ejércitos atravesaban, pero es muy cierto que en todas las plazas fuertes de las fronteras tenia siempre acopios considerables.

pre que se les ofrecia, i oía con mucha atencion sus peticiones, sus quejas i hasta sus convenciones; se informaba si sus demandas ó quejas eran fundadas, i si lo eran, inmediatamente obtenian satisfaccion. Despues de una batalla, tenia la costumbre de consultar en los regimientos que se habian distinguido para saber quienes eran los individuos que merecian la cruz de honor ú otra distincion militar; en aquellos momentos, cuya importancia se conocia, se olvidaban todos los males que se habian sufrido durante la campaña; los soldados ya no miraban á Napoleon en medio de ellos, como el hombre ambicioso que les habia arrancado de sus hogares para ejercitar su valor en un país lejano, i que habia comprado la victoria sometiéndoles á las mas duras privaciones, sino como un padre de quien todos los soldados eran hijos i á quien el honor de cada uno de ellos le era tan caro como el suyo.

---

## CAPITULO V.

## RESUMEN DEL CAPITULO V.

SISTEMA CONTINENTAL. — SU NATURALEZA I SUS EFECTOS. — DECRETOS DADOS EN BERLIN I EN MILAN. — ÓRDENES DEL CONSEJO INGLÉS. — ESPAÑA. — GODOY. — SU INFLUENCIA. — SU CARÁCTER I SUS MIRAS POLÍTICAS. — NEGOCIOS DE PORTUGAL. — TRATADO DE FONTAINEBLEAU. — MARCHA DEL PRÍNCIPE REGENTE DE PORTUGAL PARA EL BRASIL. — JUNOT ENTRA EN LISBOA. — SU RAPACIDAD INSACIABLE. — EL EJÉRCITO FRANCÉS ENTRA EN ESPAÑA.

## CAPITULO V.

La Francia que de acuerdo con la Rusia, habia preparado el tratado de pacificación, se ocupaba en recoger las ventajas que esperaba sacar. Parece que el principal objeto de Bonaparte, era consolidar i dar mayor vigor á lo que él llamaba su sistema continental, para romper i destruir mas tarde los débiles restos de las comunicaciones que la Inglaterra conser-

vaba por su comercio exterior con las naciones del continente.

El tratado de Tilsit i sus consecuencias proporcionaban grandes facilidades á Napoleon para conseguir este objeto. La Francia era suya; la Holanda, aunque nominalmente, estaba bajo la dominacion de su hermano Luis, estaba en gran parte á su disposicion; su hermano Gerónimo era rey de Westfalia, i segun la política acostumbrada de Napoleon iba á contraer un enlace digno de este nuevo rango. Ya hemos dicho que Gerónimo por las órdenes de su hermano se habia visto precisado á separarse de Isabel Paterson, hija de un respetable vecino de Baltimore con quien se habia casado en 1803, i en la época de que hablamos se casó en el palacio de las Tullerías con Federica Catalina, hija del rey de Wurtemberg.

La Prusia i todos los puertos libres de las ciudades anseáticas se cerraron al comercio ingles, cuanto un poder militar i absoluto puede hacer ejecutar semejante prohibicion. La Rusia no se manifestó tan dócil sobre este importante objeto como podia prometerse de los artículos del tratado de Tilsit i de los empeños secretos entre Napoleon i el czar; pero Alejandro era demasiado poderoso para que pudiese medirse con rigor el grado de apoyo que debia prestar á este sistema anticomercial, i tambien quizás la posicion particular de la Rusia no hubiera permitido al mismo czar el dar toda la estension que Napoleon hubiera querido á su sistema continental.

Entonces se vió la lucha mas extraordinaria que jamas se haya visto entre naciones ci-

vilizadas: de una parte la Inglaterra i los países que encontraban los géneros ingleses no solo de un uso agradable, sino tambien de verdadera necesidad, i de otra parte la Francia, cuyo gefe queria imperiosamente que la Gran-Bretaña no tuviese la menor comunicacion con el continente, ni pudiese disfrutar de las ventajas de un comercio libre.

Los decretos de Berlin fueron confirmados por otros todavía mas positivos i vejatorios; por uno su fecha en Hamburgo á 11 de diciembre de 1807, i otro de Milan de 27 del mismo mes, Napoleon declaró la Inglaterra en estado de bloqueo. Prohibió á todas las naciones, no solo que traficasen con ella, sino que admitiesen ningun producto de las manufacturas inglesas bajo pretesto alguno. Bonaparte puso agentes en todos los puertos de mar i en todas las ciudades de comercio; publicó un decreto mandando que no se recibiese ningun buque en los puertos del continente, sin un certificado de origen que acreditase que los tales buques no tenian á bordo ningun género ingles; á estos reglamentos opuso otros la Inglaterra, denominados las órdenes del consejo. Se permitia á las banderas neutrales que comerciasen con los países amigos de la Gran-Bretaña, mientras tocasen á un puerto ingles i pagasen ciertos derechos: los neutrales, colocados entre las dos grandes potencias beligerantes, se encontraban en una alternativa muy desagradable. Si omitian tener una orden del consejo eran apresados por los corsarios ingleses que cubrian los mares, i si habian pagado los derechos en los puertos ingleses i llegaba á

saberse, eran confiscados cuando llegaban á los puertos sometidos á la influencia de la Francia. Esta lucha se sostuvo con tenacidad en todas las costas marítimas de Europa, entre el hombre mas poderoso que ha existido jamas, i las necesidades i deseos de la sociedad que dominaba, necesidades i deseos que no eran menos poderosos porque los fomentaba el lujo.

Principalmente con la península española, que estaba nominalmente bajo la dominacion de sus antiguos príncipes naturales, hacia la Inglaterra un comercio muy estenso. Es verdad que Bonaparte se aprovechaba de una parte considerable de los beneficios, puesto que, particularmente el Portugal, le pagaba crecidas sumas para que tolerase su comercio con la Inglaterra; pero al cabo la debilidad del Portugal i la desunion total de la familia real de España, sugirieron á Napoleon, la idea de usurpar para su familia, ó mas bien para si mismo, aquella pingüe porcion del continente europeo. De ahí dimanó aquella prolongada lucha sobre la cual dijo despues con amargura: «Esta desgraciada guerra me ha perdido; ha dividido mis fuerzas, multiplicado mis esfuerzos i atacado mi moralidad.»\* Pero ¿podia acaso prometerse un resultado mas feliz de una usurpacion marcada por una traicion sin ejemplo en los anales de la Europa? Antes de entrar en esta era nueva é interesante época de

---

\* *Diario de Santa Elena.* «I con todo no podia dejarse la Península abandonada á las maquinaciones de los ingleses, á las intrigas, etc.»

la historia de Napoleon, es necesario que recordemos algunas de las relaciones que habia habido entre la Francia i la Península desde la revolucion.

Manuel Godoy, favorito de Carlos IV, era entonces el ministro absoluto de España. Habia recibido el título de príncipe de la paz, por haber cooperado á la pacificacion de Basilea que terminó la guerra que la Francia revolucionaria sostenia contra la España. Por el tratado subsiguiente de San Ildefonso, habia formado una alianza ofensiva i defensiva entre las dos potencias, i desde entonces la España habia seguido sin vacilar, la marcha que exigia la política interesada de Bonaparte. Pero aunque ausiliase los deseos del dominador frances, parece que Godoy alimentaba en secreto la esperanza de sustraerse al yugo de la Francia, pues, sin ninguna necesidad aparente, i cuando estalló la guerra entre esta potencia i la Prusia, convocó las tropas, las hizo tomar las armas, i les dirigió una proclama presuntuosa i al mismo tiempo equívoca, en la cual decia que la patria estaba en peligro, i que esperaba un grande esfuerzo de las armas españolas para salvarla. Bonaparte recibió esta proclama en el campo de batalla de Jena, i dicen que juró vengarse de la España. La noticia de esta gran victoria pronto cambió la actitud marcial de Godoy, que no encontró mejor medio de escusa que la de suponer que su intencion habia sido la de defenderse de una invasion que los moros habian proyectado. Napoleon consintió en cerrar los ojos con esta esplicacion poco diestra que le descubrió los sentimientos

particulares de Godoy con respecto á él i á la Francia, caso que hasta entonces hubiese estado en duda; i aunque disimuló, es cierto que nunca echó en olvido el armamento precipitado de 1806.

Sin embargo, antes de espulsar á los Borbones del trono de España como habia resuelto, creyó Napoleon que era mas conforme á su política emplear sus fuerzas para someter el Portugal.

La flor del ejército español, que consistia en diez i seis mil hombres bajo las órdenes del marques de la Romana, habia pasado al norte de la Europa como auxiliar de la Francia; i otro destacamento mandado por O'Faril servia en Toscana. La España debilitada de esta suerte por la ausencia de sus mejores tropas, la conquista del Portugal sirvió de pretesto para introducir el ejército frances en la Península i dictar leyes en ella.

El gobierno de Portugal en aquella época era sumamente débil; su ejército estaba desorganizado, i la nobleza habia perdido toda su energía; la única esperanza que le quedaba para continuar existiendo con el nombre de reino independiente, era comprar la clemencia de la Francia; tambien se persuadia que la España no permitiria que se violase su territorio por el placer de ver aniquilar un vecino, antiguo aliado, de quien nada podia recelar.

Poco despues del tratado de Tilsit, la Francia i la España de comun acuerdo requirieron al príncipe regente de Portugal, para que cerrase sus puertos á la Inglaterra, confiscase las propiedades inglesas, é hiciese prender á todos

los ingleses que se encontrasen en cualquiera parte de sus estados. El príncipe accedió á pesar suyo á la primera demanda, i se negó positivamente á ejecutar las otras, que violaban la fé de los tratados i los derechos de la hospitalidad. Se previno á los comerciantes ingleses que seria prudente que cortasen todo negocio comercial i se ausentasen de un país que ya no tenia medios de protegerles.

Mientras tanto en Fontainebleau se firmaba un tratado singular para la particion del antiguo reino de Portugal. Se estableció un plan regular para invadir aquel reino con los ejércitos españoles i franceses, conquistarlo i dividirlo en tres partes. Las provincias del norte debian formar un pequeño principado para el rey de Etruria (que cederia á Napoleon sus estados de Italia), otra parte debia darse en soberanía á Godoy con el título de rei de los Algarbes, i la tercera parte debia permanecer en secuestro hasta concluída la guerra. Por el tratado de Fontainebleau, Napoleon conseguia dos ventajas de mucha importancia: la primera la conquista de Portugal, i la segunda que en esta expedicion se emplearian el mayor número de soldados españoles, privando de esta suerte á la España de su socorro: es imposible creer que nunca pensase que Godoy i el rey de Etruria ganasen cosa alguna en las estipulaciones que se hacian á su favor.

Junot, uno de los mas codiciosos, mas extravagantes i mas disolutos entre todos los generales franceses, hombre que el mismo Bonaparte ha señalado como un monstruo de rapacidad, recibió la órden de marchar ácia

Lisboa, i tuvo encargo de procurar reconciliar con el yugo de los invasores á una nacion que no habia provocado la guerra ni pensado en oponer la menor resistencia.

Dos cuerpos de ejército formados de tropas españolas i francesas apoyaron el ataque de Junot. Un ejército frances de cuarenta mil hombres se formaba en Bayona, por consecuencia del tratado de Fontainebleau, destinado segun se suponía, á obrar como ejército de reserva, en caso de que la Inglaterra enviase tropas á Portugal; pero no debia entrar á España sino en una crisis que necesitase su presencia. Pronto veremos cual era el verdadero objeto de este ejército de reserva, i en que circunstancia debia realmente entrar en el territorio español.

Entre tanto Junot avanzaba sobre Lisboa con tanta rapidéz, que su ejército se aniquiló i desorganizó por el cansancio de las marchas forzadas. Pero esto era una consideracion de poca importancia: no ignorando el príncipe regente que no podria oponer una resistencia efectiva, estaba decidido á no hacer ninguna, para que los franceses no tuviesen ningun pretexto para tratar el Portugal como país conquistado; decidióse pues á someterse á las duras condiciones que la Francia i la España le habian dictado secuestrando las propiedades inglesas, i tratando como prisioneros á los súbditos de la Inglaterra; pero habia diferido á propósito la ejecucion de estas medidas hasta el momento en que alcanzaria á muy pocos individuos. La factoria inglesa, que se hallaba establecida desde mucho tiempo en Lisboa, habia dejado las aguas del Tajo el día 18 de octu-

bre, con sentimiento de todos los portugueses. El residente ingles, lord Strangford, aunque conmovido de la penosa precision en que se hallaba el príncipe regente para obrar de esta manera, se vió sin embargo en la necesidad de considerar estas medidas hostiles como una declaracion de guerra. Despues de haber mandado quitar las armas de la Gran-Bretaña de las puertas de su casa, salió de Lisboa, i se fué á bordo de la escuadra de Sidney Smith, que estaba entonces apostada cerca del Tajo. Se envió al marques de Marialva como embajador extraordinario cerca de las cortes de Francia i de España, para representar que el príncipe regente habia cumplido con todas las demandas, i solicitar que se retirasen las tropas que marchaban contra Lisboa.

Junot i su ejército ya habian pasado las fronteras de Portugal; sus soldados, segun decia, eran amigos, aliados i protectores de los portugueses: venia á preservar á Lisboa de la suerte de Copenhague i sustraer á sus habitantes del yugo de los tiranos marítimos de la Europa. Prometia que se observaria la mas severa disciplina, i ademas del saqueo continuo i de las exacciones, los franceses cometian toda especie de desórdenes, sacrilegios i actos de desprecio, tanto mas escandalosos, quanto que se ejecutaban á los ojos de un pueblo religioso. Nada pudo retardar la celeridad de Junot, pues sabia muy bien que los deseos mas ardientes de su amo eran apoderarse de la familia real de Portugal, i principalmente del príncipe regente.

Pero aunque el carácter natural de este Príncipe era blando i conciliador, manifestó en

aquella ocasion sentimientos dignos del heredero de la casa de Braganza. Estaba resuelto á no humillarse á las plantas del vencedor i no seguir cautivo la pompa de su triunfo. El reino de Portugal poseía mas allá del Atlántico vastos territorios en donde la familia real podia ir á buscar un refugio: el embajador ingles ofreció todo cuanto podria proporcionar la escuadra, i ademas, circunstancia en el dia bien conocida, garantizó que la Inglaterra no reconoceria ningun otro gobierno que los invasores pudiesen establecer en Portugal, en perjuicio de la casa de Braganza. El príncipe regente i toda la familia real se embarcaron á bordo de los navíos de línea portugueses, aviados con precipitacion i en no muy buen estado para navegar; haciendo ver á la Europa moderna una de aquellas emigraciones tan frecuentes en la antigüedad, cuando los reyes i los príncipes, arrojados de sus reinos por el brazo de hierro de la violencia, iban á fundar nuevos establecimientos en tierras lejanas. La familia real se embarcó en medio de los llantos, de los gemidos i bendiciones del pueblo, i en el parage mismo en donde Vasco de Gama \* desplegó sus velas para ir á descubrir ácia el oriente nuevos reinos para Portugal. El tiempo estaba sombrío como el semblante de todos los actores i espectadores de aquella escena de desolacion, i la firmeza del príncipe regente mereció la aprobacion general de la nacion que abandonaba; pues no ignoraba ésta que si hubiese permanecido mas se esponia á recibir insultos, i no

---

\* En 28 de octubre de 1607.

podía de ninguna manera mejorar la suerte de sus vasallos.

Junot solo se hallaba á una jornada de Lisboa cuando supo esta noticia que le puso furioso. Sabia cuanto la fuga de este príncipe, i la resolucion que habia tomado, disminuirla á los ojos de Bonaparte el lustre de las ventajas que hasta entonces habia obtenido. Una vez dueño del príncipe regente, Bonaparte podia esperar que el monarca le cederia la posesion del Brasil, i las adquisiciones de ultramar tenian para él un atractivo de novedad; pero el imperio de la casa de Braganza en el nuevo mundo ya estaba fuera de sus alcances, i Junot, habiendo salido tan mal de su empresa, debia tener algunos motivos para temer el desagrado i la cólera de su amo.

Estenuada de cansancio por las marchas forzadas, mal equipada i enteramente estropeada, la vanguardia francesa llegó el 1.º de diciembre á Lisboa, i desde alli pudo descubrir Junot todavia las velas que se llevaban una presa tan bella. Sin embargo, este general pronto volvió á confiar en su propio mérito: siempre habia estado muy unido con Bonaparte, cuya fortuna constantemente habia seguido con la mayor fidelidad: semejante apoyo, i su casamiento con una señora llamada Comena, que se decia oriunda de los emperadores griegos de este nombre, le parecian títulos suficientes para poder esperar que su amo le daria el trono vacante de Lisboa, i obró como si ya estuviese revestido del supremo poder: tomó posesion de la casa que pertenecia al comerciante mas rico de la ciudad, i á pe-

sar de que recibia mil i doscientos cruzados cada mes para su mesa, obligó á su patron á que hiciese todo el gasto de su casa, que sostenia con un lujo estravagante. Sus oficiales le imitaron, i los soldados no tardaron en seguir el mismo ejemplo. Las exacciones i la rapacidad del ejército frances escedieron á todos los escesos que hasta entonces habian cometido. De ello resultaron disputas entre los franceses i los habitantes de Lisboa; corrió sangre, hubo ejecuciones públicas, i los invasores, buscando todos los medios de disolver el ejército portugues, manifestaron la intencion positiva de retener esclusivamente el reino bajo su autoridad.

En fin, este designio se hizo público por una proclama que espidió Junot consecuente á las órdenes de Bonaparte. En ella se decia que habiendo el príncipe del Brasil abandonado su reino, habia de hecho abdicado la soberanía, i que el Portugal siendo ya una propiedad de Napoleon, seria gobernado por el general en gefe frances en nombre del emperador: en consecuencia se sustitnyó en todas partes el pabellon frances á las armas de Portugal; se secuestraron las propiedades del príncipe regente i las de cuantos le habian seguido; haciéndose una reserva á favor de los que volbiesen antes del dia 15 de febrero, siendo así que la proclama era del 1º del mismo mes. Luego se impuso á aquel desgraciado país una contribucion de cuarenta millones de cruzados (veinte i dos millones i medio de pesos fuertes) repartida en una poblacion que no llegaba á tres millones de almas.

En la misma época, poco mas ó menos, confesó Napoleon francamente á sus mas hábiles consejeros Talleyrand i Fouché, que habia decidido que la rama española de la casa de Borbon dejase de reinar. Estos hombres de estado, muy sagaces, se opusieron á este proyecto; i dicen que la contradiccion de Talleyrand fué muy tenaz. Posteriormente, Napoleon ha creído mas ventajoso suponer que Talleyrand habia sido su consejero en la guerra de España, bien asi como el principal culpado en la muerte del duque de Enghien. En las *memorias de Fouché* se lee un trozo interesante de la conversacion que sobre este particular tuvo con el emperador, cuya autenticidad creemos que no puede dudarse. Esta conversacion nos ofrece, bajo un punto de vista digno de admiracion, los argumentos empleados en pro i en contra de aquella medida extraordinaria i decisiva: »Sufra el Portugal su suerte, dijo Fouché, pues en la realidad, no es mas que una colonia inglesa; pero el rey de España no os ha dado ningun motivo de queja; no ha sido mas que el mas humilde de vuestros prefectos; ademas, cuidado que no os equivoqueis sobre el carácter de los españoles; ahora teneis entre ellos un partido porque os consideran como un gran monarca i un poderoso aliado; pero no olvidéis que el pueblo español nada tiene del carácter flemático de los alemanes. Este pueblo está apegado á sus leyes, á su gobierno, á sus antiguas costumbres, i seria un error grave juzgar su carácter nacional por el de las clases elevadas, que tanto alli como en todas partes son corrompidas

i miran con indiferencia la suerte de su país; lo repito, cuidado que con una agresion semejante no transformeis un reino sumiso, útil i tributario, en un segundo Vendee."

Bonaparte respondió á estas advertencias proféticas con observaciones sobre el carácter despreciable del gobierno español, la pusilanimidad del rey i la incapacidad del ministro; en cuanto al populacho, que la influencia de los frailes podria hacer insurreccionar contra él, una sola descarga de artillería bastaria para dispersarlo. »El albur que juego, decia, es muy considerable; continuaré en mi propia dinastía el sistema de familia de los Borbones, i uniré para siempre la España á la suerte de Francia. Tened presente que el Sol nunca se pone en el inmenso imperio de Carlos Quinto."

Napoleon persistió, pues, en su proyecto, por mas que le hiciesen ver los riesgos que podian resultar.

Sin embargo, antes de apoderarse de esta presa, que tan fuertemente le tentaba, Napoleon pasó á Italia. Este viage precipitado tuvo varios motivos; por decontado, queria cortar toda comunicacion con la familia real de España para no verse en la precision de explicarse sobre la naturaleza precisa de sus pretensiones, antes de estar preparado á sostenerlas con la fuerza; pensaba tambien en asegurarse la mayor ventaja que fuese posible del tratado de Fontainebleau, antes de rasgarlo como un papel inútil, como era su intencion, en cuanto á las estipulaciones que contenia á favor de los Borbones. Bajo pretesto de este tratado espulsó á la reina viuda de la Toscana ó Etruria,

como entonces se llamaba. Esta princesa por la esperiencia tuvo la primera noticia de un tratado hecho sin conocimiento suyo, que la desposeía de sus propios estados, no menos que de los que Bonaparte la habia garantizado, i que en cambio recibiria una indemnizacion en Portugal: esta última clausula aumentó su afliccion; pues no deseaba, dijo, tomar parte en los despojos de nadie, i mucho menos de los de un amigo. En cuanto llegó á España i reclamó del rey su padre que se la hiciese justicia, supo que el tratado de Fontainebleau se habia reconocido válido en cuanto la privaba de sus territorios, pero que no debia tener efecto alguno tocante á la indemnizacion que se la habia prometido. En otra época, ó en cualquier otro país, esto hubiera sido un acto inicuo de la fuerza i de la violencia contra la debilidad, pero los negocios mucho mas importantes de España hicieron olvidar los de Etruria.

Despues de haber hecho todos sus preparativos, resolvió Bonaparte principiar el primer acto del gran drama que amenazaba á la España. Escribió desde la Italia á Cárlos IV, que consentia en la propuesta que le habia hecho de unir el príncipe de Asturias con una parienta suya, conservando hasta el último momento las apariencias de la amistad, i dió orden al ejército frances que estaba ya reunido en Bayona, de entrar en España por varios puntos, i de apoderarse de las plazas fuertes que protegian las fronteras de aquel reino.

## CAPITULO VI.

## RESUMEN DEL CAPITULO VI.

LOS FRANCESES SE APODERAN FRAUDULENTAMENTE DE FIGUERAS, PAMPLONA, BARCELONA, MONJUICH I SAN SEBASTIAN. — EL REY CARLOS SE PROPONE EMBARCARSE PARA LA AMÉRICA DEL SUR. — INSURRECCION DE ARANJUEZ. — CARLOS ABDICA LA CORONA Á FAVOR DE FERNANDO. — MURAT ENTRA Á MADRID. — CARLOS RETRACTA SU ABDICACION. — EL GENERAL SAVARY LLEGA Á MADRID. — CARTA DE NAPOLEON Á MURAT, RELATIVAMENTE Á LA INVASION DE LA ESPAÑA. — SE INDUCE Á FERNANDO PARA QUE SALGA Á RECIBIR Á NAPOLEON. — SE DETIENE EN VITORIA I SABE, AUNQUE TARDE, LOS DESIGNIOS DE NAPOLEON CONTRA ÉL. — SE JUNTA CON NAPOLEON EN BAYONA. — ESTE COMUNICA SUS PROYECTOS Á ESCOIZIZ I CEVALLOS QUE SE RESISTEN TENAZMENTE. — HACE VENIR Á BAYONA Á CARLOS, LA REINA I GODOY. — ESCENA ODIOSA EN LA CUAL HACE ABDICAR Á FERNANDO Á FAVOR DE SU PADRE, QUIEN EL DIA SIGUIENTE CEDE SU CORONA Á NAPOLEON. — FERNANDO CONFIRMA, Á SU PESAR ESTA CESION. — FERNANDO I SUS HERMANOS PRISIONEROS EN VALENCAY. — JOSÉ BONAPARTE NOMBRADO REY DE ESPAÑA LLEGA Á BAYONA. — CONVÓCASE UNA ASAMBLEA DE NOTABLES.

## CAPITULO VI.

No se pronunció una palabra, no se hizo el menor movimiento para oponerse á la entrada de aquel numeroso ejército frances en el territorio de una potencia amiga i aliada. Ni el rey, ni Godoy, ni nadie se atrevió á quejarse de esta infraccion al tratado de Fontainebleau, que, estipulando la formacion de un ejército frances en Bayona, decia positivamente que no pasaria las fronteras sin el consentimiento del gobierno español. Recibidos en las ciudades como amigos i aliados, el primer paso de los franceses fué apoderarse por una mezcla de fuerza i de astucia de las plazas i fortalezas, que por su situacion en la frontera francesa son las llaves de la España. Los pormenores de esta entrada son muy curiosos.

En Pamplona, algunos soldados que en apariencia se entretenian tirándose unos á otros puñados de nieve en la esplanada de la ciudadela, continuaron esta diversion hasta que encontrasen un momento oportuno para precipitarse sobre el puente levadizo, apoderarse de la puerta, i facilitar la entrada de un destacamento que á este efecto estaba apostado.

Duhesme, que mandaba las tropas francesas en Barcelona, habia obtenido del gobierno español que montasen las guardias los soldados de ambas naciones. Suponiendo que sus tropas iban á ponerse en marcha, las hizo formar

delante de la ciudadela; un general frances\* iba galopeando de una parte á otra bajo pretesto de pasar revista, i luego se dirigió ácia la puerta del fuerte, haciendo ademan de querer hablar á los franceses que estaban de guardia: un cuerpo de tropas ligeras italianas se precipitó detrás del general i su séquito, i la ciudadela de Barcelona cayó en su poder. El castillo de Monjuich, que puede llamarse verdaderamente la ciudadela de Barcelona tuvo la misma suerte.

De San Sebastian se apoderó un cuerpo de soldados franceses que se habian admitido en el hospital como enfermos; i así los primeros resultados de la invasion francesa fueron haberse apoderado sin costarles un tiro de cuatro fortalezas, que cada una de ellas hubiera detenido un ejército años enteros ante sus muros.

Nada puede compararse á la consternacion de la nacion española cuando vió sus fronteras invadidas, i cuatro plazas de las mas fuertes del mundo perdidas para la España. La indignacion i el dolor se pintaban en todos los rostros; i si Cárlos i su hijo hubiesen hecho un llamamiento, aunque fuese tardío, al valor del pueblo, no hubiera sido en vano. Pero Godoy, aquel objeto del ódio público, no ignoraba que en el instante mismo, él hubiera sido la víctima de cualquier movimiento patriótico general; tuvo buen cuidado de no encargarse mas que las medidas de seguridad, en las cuales él podia tener una parte personal. Habia co-

---

\* Era Lechi, italiano, que mandaba la division italiana.  
(Editor).

nocido que la intencion de Napoleon era apoderarse de la España, i no veía cosa mejor para la familia real que seguir el ejemplo que habia dado el Portugal, cuando los españoles mismos habian invadido este reino, é ir como la familia de Braganza á buscar un asilo en las provincias de la América meridional. Pero este acto, que en el príncipe del Brasil, rodeado de fuerzas superiores, era disculpable i aun magnánimo para evitar el cautiverio, en el rey de España hubiera sido una desercion pusilánime de un puesto que todavia tenia infinitos medios para defenderlo.

Sin embargo, siguiendo el dictámen de Godoy se resolvió marchar á América, i se reunieron tropas con la mayor precipitacion para asegurar la retirada de la familia real hasta Cádiz, en donde debía embarcarse. El terror i la perplexidad del rey se acrecentó todavia con una carta que Napoleon le escribió de intento, en que manifestaba un gran resentimiento de la frialdad que Cárlos habia demostrado sobre el enlace proyectado entre ambas familias. Atemorizado Cárlos, respondió que nada deseaba con mas ardor que la próxima conclusion de este casamiento, i al mismo tiempo aceleraba los aprestos de su viage. Probablemente este era el efecto que Napoleon habia querido producir. Si el rey se embarcaba para América podría servirse de su nombre para contener el partido del príncipe de Asturias, i Napoleon todavia tendria mas probabilidad de estender su influencia en aquellas regiones que producen los metales preciosos, cuando las hubiesen gobernado el débil Cárlos i el disoluto Godoy.

La resolución que el rey habia tomado de dejar su residencia real de Aranjuez para ir á Cádiz i embarcarse para Nueva - España, comenzó á divulgarse entre las altas clases del pueblo. El consejo de Castilla hizo una representacion contra las intenciones de su soberano: el príncipe de Asturias i su hermano protestaron contra esta medida: el pueblo acompañando los sentimientos del heredero presuntivo i del consejo, consideró la partida del rey como el efecto de los consejos del odioso privado, i amenazó que se valdria de la fuerza para impedirlo. Este monarca indeciso i desgraciado, mudaba, sino de opinion, por lo menos de language con cada consejero, i á cada nueva alarma.

El dia 17 de marzo se fijó una proclama del rey en las paredes del palacio, en la cual manifestaba su intencion de permanecer en España, i correr la suerte de sus vasallos. El pueblo lleno de júbilo se reunió en gran número debajo del balcon, al cual se asomó la familia real para recibir las gracias de la muchedumbre, por la resolución que habia tomado de permanecer en España; pero el movimiento que por la tarde se notó entre los guardias, el crecido número de carruages i los bagages, parecian indicar la intencion de marchar por la noche. Mientras que el espíritu de los espectadores estaba en la mayor agitacion por todas aquellas apariencias tan opuestas á la proclama del rey, se suscitó una disputa entre un guardia de corps i un paisano, i el guardia tiró un pistoletazo. El ruido del tiro bastó para hacer estallar la irritacion de la muchedumbre,

con tanta rapidéz como la llama hubiera causado la esplosion de un almacén de pólvora. El corto número de tropas de la casa real que allí estaban no pudo contener la plebe. En medio de este tumulto violento solo se oía el grito general: ¡*Muera Godoy!* Por la noche la casa de este fué saqueada, i fueron ultrajados cuantos se tenian por amigos ó consejeros suyos.

En la mañana siguiente se apaciguó el tumulto, porque supieron que el rey habia despedido á su ministro; i el pueblo que no habia dejado de buscarle, al cabo le encontró. Fué aporreado, herido, i no sin dificultad le salvó Fernando la vida, prometiendo que le haria juzgar por un tribunal con todo el rigor de la ley. El pueblo estaba enagenado de gozo por este primer triunfo, cuando el 20 de marzo, para completar la satisfaccion, el rey anciano abdicó á favor de Fernando, que era el ídolo de sus vasallos, declarando que de su espontánea voluntad i sin ninguna violencia, deseaba abandonar el timon del gobierno para pasar el resto de sus dias en una provincia lejana. La abdicacion fué notificada formalmente á Napoleon por medio de una carta que le escribió el mismo Carlos. En tanto el ejército frances mandado por Joaquin Murat, cuñado de Bonaparte, se acercaba apresuradamente á Madrid. El mismo dia de la insurreccion de Aranjuez estaba en Aranda de Duero, i su marcha ácia Madrid hacia indispensable que el gobierno español tomase al cabo alguna medida decisiva. Fernando habia formado un ministerio compuesto de los hombres de estado que la opinion pública señalaba como los me-

jores patriotas, i, que se suponía ser los mas ardientes adversarios de Godoy. El consejo del nuevo rey no tenia bastante tiempo para detener los progresos de Murat, aun cuando hubiese tenido valor para hacerlo; pues era un huésped que hubiera sabido arrancar por fuerza lo que no se le hubiese concedido de buena voluntad: pronto se supo que á esta visita poco lisonjera debia seguirse muy pronto otra todavía mas temible. Napoleon, que habia vuelto apresuradamente de Italia á París, se disponia á pasar á Bayona, para venir á Madrid para ser testigo él mismo de los acontecimientos de la península española.

Para infundir mas terror al jóven rey i á su nuevo gobierno con la venida del emperador de los franceses, el embajador de Francia, Beauharnais, no reconoció la autoridad de Fernando, i guardó un silencio misterioso i de mal presagio, al paso que todos los representantes de las demas potencias cumplieron al nuevo rey en nombre de sus soberanos. Pronto se presentó Murat acompañado de toda la pompa militar: diez mil hombres entraron con él en Madrid en donde fueron recibidos con una hospitalidad cordial, i mas de treinta mil se acantonaron en las inmediaciones. Este general presentaba un aspecto sombrío i receloso, i aunque manifestó amistad á Fernando i buena voluntad para su causa, reusó reconocerle definitivamente como rey.

Se alojó en el palacio de Godoy; Fernando costeaba todos los gastos de su casa con una liberalidad real; procuraba conocer sus mas mínimos deseos para satisfacerlos; pero en vano

se le interrogó, pues siempre se remitía á la determinacion de Napoleon, que aconsejaba á Fernando esperarse con paciencia i por la cual debia dejarse guiar. Con la engañosa esperanza que sugerian los consejeros franceses de que las espresiones de cortesía i obsequio bastarian para apaciguar al sultan ó al sátrapa, se presentó á Murat con gran ceremonia la espada de Francisco 1.<sup>o</sup> que se conservaba guardada en una caja magnífica en memoria de su cautiverio despues de la batalla de Pavía, para que la remitiese á Napoleon. La esperanza de que las severas decisiones de Bonaparte se suavizarian con semejante obsequio era tan quimérica como la del que creyese resfriar un hierro hecho áscua con una gota de perfume líquido.

Pero aunque Murat i Beauharnais tuviesen el mayor cuidado en no pronunciar una palabra que pudiese comprometer su secreto, daban particularmente consejos á Fernando, como sus mejores amigos, i le aconsejaron que enviase su hermano el infante D. Carlos para recibir á Napoleon á su entrada en España, tanto para asegurarle de su respeto como para introducirse en su gracia. Fernando consintió en ello, como una cosa que no se atrevia á negar; pero cuando llegó el caso de pedirle que él mismo saliese de la capital para ir al encuentro de Napoleon al norte de la España ya completamente ocupado por las tropas francesas, no dió respuesta alguna, i despues de haber tomado el parecer de Cevallos, uno de sus mas sábios consejeros, se negó á hacer lo que se le pedia, por lo menos hasta que le hubiesen espresamente avisado que Napoleon habia pasado la

frontera. Salir á recibir al emperador de Francia cuando hubiese entrado en España, seria un acto de cortesanía; pero ir á buscarle hasta el territorio frances, seria una cobardía no menos que una imprudencia.

Murat entre tanto bajo pretesto de oír todos los partidos en esta disension de familia, sin saberlo Fernando, entabló correspondencia con sus padres. Se dijo que el rey habia declarado que su abdicacion no habia sido voluntaria, i si arrancado por la violencia, como una consecuencia de la insurreccion de Aranjuez. Con esta suposicion los agentes de Bonaparte le informaron que si Fernando se presentaba indócil podrian despreciar su título, i negociar con Carlos como legítimo poseor todavia del trono de España.

Pronto se presentó un nuevo actor en este teatro en el cual los incidentes se iban complicando; este era Savary, á quien Bonaparte muchas veces habia confiado negociaciones delicadas. Su mision ostensible era de informarse particularmente de los motivos de la insurreccion de Aranjuez i de la abdicacion del rey. Afectó no creer que las esplicaciones que daba Fernando sobre el particular fuesen tan satisfactorias para su soberano como lo eran para él mismo; ganó la voluntad del jóven monarca aparentando aprobar su conducta é interesarse en su causa; i tomando el language de la amistad, aconsejó á Fernando i aun le suplicó que saliese á recibir á Bonaparte que estaba en camino para venir á Madrid; rodeado Fernando de tantas dificultades, no vió otro recurso que el de acceder, pues la capital estaba rodeada

por un ejército de cuarenta mil hombres, i otros treinta mil tenían aseguradas las comunicaciones de Murat con la Francia; al paso que la España, privada de sus tropas que Napoleon habia enviado para servirle como aliadas en países lejanos, veía el resto de sus fuerzas, que acaso no pasaban de treinta mil hombres, dispersado en todo su territorio, i casi en todas partes observado i contenido por sus supuestos aliados: por consiguiente, si Fernando permanecia en Madrid no estaba menos en poder de los franceses, que avanzando ácia el norte para salir al encuentro de Napoleon; al paso que, abandonar la capital, i levantar su estandarte contra la Francia en una provincia lejana, parecia una resolcion que solo podria dictarla la desesperacion.

Parece que Murat, cuya ambicion personal tenia interes en que se verificase la sumision entera de la España, no veía ningun obstáculo en cuanto no se trataba de resistencia militar. La penetracion del emperador se estendió mucho mas; i si lo juzgamos por una carta que escribió á Murat el 29 de marzo parece que le encargó que esperase hasta que hubiese pensado bien todos los lances que podian resultar de la ejecucion de su proyecto. Le observaba que la abdicacion de Cárlos habia complicado estraordinariamente los negocios i le ponía en una gran perplexidad. »No creais que atacareis una nacion desarmada, i que bastará presentar tropas para someter la España. La revolucion del dia 20 de marzo prueba que los españoles tienen energia: tendréis que haberlas con un pueblo nuevo, que tiene to-

do el valor i entusiasmo que solo se encuentran en los hombres que las pasiones políticas no han relajado.

»La aristocracia i el clero dominan la España: si temen por sus privilegios i su existencia, harán levantar el pueblo en masa contra nosotros i podran eternizar la guerra. Tengo partidarios; pero si me presento como conquistador ya no tendré ninguno.

»El príncipe de la Paz es detestado porque se le acusa de haber entregado la España á la Francia. Este es el cargo que ha servido para la *usurpacion* de Fernando. . . . .

No quiero que se cometa ninguna violencia con los ancianos de esta familia real; nunca es útil hacerse aborrecible é inflamar los ódios.”

En este documento notable habla Napoleon de los eventos de una guerra popular, i de los riesgos que se originarían de la intervencion de la Inglaterra; luego prosigue examinando cual es la marcha que conviene á su política. »¿Iré á Madrid? ¿Ejerceré alli un acto de gran protector, fallando entre el padre i el hijo? Dificil me parece hacer reinar á Cárlos IV: su gobierno i su privado son tan detestados del pueblo que no podrian sostenerse tres meses.

»Fernando es enemigo de la Francia, i por esto le han hecho rey. Colocarle en el trono, seria servir las facciones que de veinte años á esta parte quieren la destruccion de la Francia, i un enlace de familia seria un débil medio de union entre ambos estados.

”No apruebo el partido que ha adoptado Vuestra Alteza imperial de apoderarse con tanta precipitacion de Madrid: era necesario tener el ejército á diez leguas de la capital. No podiais tener ninguna seguridad de que el pueblo i la magistratura iban á reconocer á Fernando sin algunas contestaciones; el príncipe de la Paz debe tener partidarios entre los empleados; i de otra parte, aun cuando no fuera mas que por el hábito, al rey padre se le profesa un afecto que podria producir resultados desagradables; pero vuestra entrada en Madrid, al paso que ha disgustado á los españoles, ha servido poderosamente á Fernando. He dado orden á Savary de presentarse al nuevo rey, para ver lo que pasa: se pondrá de acuerdo con Vuestra Alteza imperial, i yo veré el partido que ulteriormente deberá tomarse; entretanto, he aquí lo que juzgo conveniente prescribiros: no me empeñeis á una entrevista con Fernando en España, á menos que por la situacion de las cosas juzgueis que deba reconocerle como rey de España. Os comportareis bien con el rey, la reina, i el príncipe Godoy; exigireis de nuevo i les tributareis los mismos honores que antes. Hareis de suerte que los españoles no puedan sospechar el partido que adoptaré, cosa que no os será difícil, pues yo mismo no lo sé.” Napoleon encarga luego que se haga entender á todas las clases, insinuándose con maña, que deben prometerse las mayores ventajas de una union la mas íntima con la Francia. Exorta á Murat á que confie sus propios intereses á su cuidado; le dice que tendrá á su disposicion el Portugal, i le recomienda la

mas severa disciplina en el ejército. Por último, le manda que evite toda esplicacion con los generales españoles, i todo encuentro con sus tropas. » No debe, dice, dispararse un solo tiro; » i en otro párrafo se sirve de esta expresion casi profética: *Si la guerra llegase á encenderse, todo estaria perdido.*

Esta carta es interesantísima, porque demuestra que á la perspicacia de Napoleon no se le escapó ninguna de cuantas circunstancias podria acarrear la insurreccion española, aunque su codiciosa ambicion le haya precipitado en los peligros que su prudencia habia previsto i señalado. Un objeto de tanta importancia como la posesion de la España, unida al imperio frances, le pareció digno de su política, aun corriendo la suerte de escitar la valerosa poblacion española á tomar las armas, i provocar de esta manera una guerra nacional que él mismo conocia de antemano que deberia ser eterna.

Para sostener las intrigas de Murat se preparó otra por bajo mano, dirigida á encubrir las intenciones de Napoleon, i dar á entender á los consejeros de Fernando que el emperador no queria hacer uso de su poder sobre la España, á menos que no fuese para obtener algunas ligeras ventajas que en nada perjudicarian á la autoridad real ni á la independencia del territorio. Duroc tuvo algunas esplicaciones á este efecto con el enviado de España, Izquierdo, que lo avisó inmediatamente á los consejeros de Fernando. Izquierdo daba á entender que Napoleon se contentaria con que la España le cediese la Navarra i una porcion de

territorio ácia el norte, en cambio del Portugal, que el emperador no tendria dificultad en cederlo á la España. Semejante cambio, injusto bajo el aspecto de la política i de la moral, hubiera podido considerarse como un rescate quizás ventajoso, en la situacion crítica de la España, i atendido el carácter del hombre que habia tendido al derredor de este reino indefenso todos los lazos de su poder.

Fernando dominado sucesivamente por la triste i crítica situacion en que se hallaba, se determinó á hacer saber á su consejo de estado que habia pensado ir hasta á Burgos para recibir á su fiel amigo i poderoso aliado el emperador de los franceses. Su ausencia, decia, seria de muy pocos dias, i en el ínterin creaba una junta suprema de gobierno, cuyo presidente seria su tio el infante D. Antonio. Fernando antes de salir deseó hablar á su padre, pero se le respondió secamente que S. M. estaba descansando i no se le podia incomodar.

El 11 de abril, dia fatal i hora funesta, sirviéndonos del lenguaje de los cronistas españoles, Fernando se puso en camino acompañado de Savary, que solicitó con instancia este honor, asegurándole que encontrarían á Bonaparte en Burgos. Pero en Burgos no se tenia la menor noticia del emperador de los franceses; i solo cuando Fernando siguiendo su viage hubo llegado á Vitoria, supo que Napoleón acababa de llegar á Burdeos i se dirigia á Bayona. Fernando se detuvo en Vitoria, en donde le dejó Savary para ir á Francia á presentarse á su amo, i darle parte de cuanto habia adelantado en su mision.

Temiendo tanto pasar adelante como retroceder, i conociendo sin embargo lo ridículo de su posicion, Fernando pasó momentos muy tristes en Vitoria, que todavia lo fueron mucho mas al oír á D. Mariano Luis de Urquijo: este era un noble español, hombre de mucho talento que habia penetrado los designios de Napoleon, i que venia á informar al nuevo rey i á sus consejeros, que la intencion del emperador era apoderarse de su real persona, deponer los Borbones de España, i nombrar un individuo de su familia para reinar en lugar suyo.

Otro español, llamado D. José de Hervás cuñado del mariscal Duroc, i amigo íntimo de Savary, habia concebido tan violentas sospechas de esta trama, que su parecer dió nuevo peso al de Urquijo. Fernando i sus consejeros atónitos, i sin saber que partido debian tomar, no podian alegar otra cosa, sino que no era verisimil que un héroe como Napoleon pudiese meditar tanta felonía. » Los hombres dotados de talentos extraordinarios, replicó Urquijo, cometen grandes crímenes para obtener grandes resultados, i no por eso deja de llamárseles héroes. » Se ofreció á ir él mismo á Bayona en calidad de embajador de Fernando, aconsejándole que sin perder tiempo se retirase en alguna parte de su reino, en donde libre al menos, sino poderoso, pudiese tratar con Napoleon sobre bases mas iguales.

Fernando creyó que ya era demasiado tarde para seguir este prudente consejo, i en vez de buscar los medios de escaparse, escribió á Napoleon recordándole cuanto habia hecho para

acreditarle que era un verdadero amigo de la Francia, i ganar de este modo la voluntad del emperador. La respuesta fué pronta, pero terrible i de siniestro presagio. En ella le trataba como príncipe de Asturias, i no como rey de España; le reprendia porque le habia escrito á escondidas de su padre. Le notificaba que habia tomado al Príncipe de la paz bajo su proteccion, i le daba á entender que no debia censurar las faltas de su madre, porque publicando sus faltas no podria evitar las sospechas injuriosas que podrian poner en duda su legitimidad. Sin embargo, le aseguraba de su constante amistad, le decia que deseaba ardientemente verse con él para hablar de los asuntos de Aranjuez, añadiendo que si la abdicacion de Cárlos era voluntaria, no tendria ningun escrúpulo en reconocerle como rey de España.

Cevallos, que como ya hemos dicho era uno de los consejeros mas sabios de Fernando, en cuanto vió esta carta, cuyo sentido era tan equívoco, deseó con el mayor ardor que su amo saliese de Vitoria i se volviese atrás. Los habitantes de Vitoria procuraron impedir el imprudente viage que Fernando queria proseguir i llegaron hasta á cortar los tirantes de las mulas; sin embargo, Fernando continuó su camino entró en Francia i llegó á Bayona, poniéndose de esta suerte á la entera dependencia i discrecion del autócrata frances. Era esta una posicion que no hubiera podido realizarse en ninguna parte de España, como Napoleon se lo habia dicho á Murat, i ahora Fernando por lo menos era un rehen, ó acaso un prisionero.

Bonaparte recibió á este príncipe , inquieto sobre su suerte , con una distincion muy lisonjera ; le convidó á comer , i le trató con aquellos miramientos que los soberanos comunmente se tributan entre si cuando están juntos ; pero la misma tarde le envió á Savary , cuyas insinuaciones habian determinado á Fernando á emprender aquel viage , para informarle que la dinastía de los Borbones ya habia acabado de reinar en España , i que el príncipe debia prepararse á abandonar á Napoleon todos sus derechos sobre los dominios de sus progenitores.

Bonaparte se esplicó claramente con el canónigo Escoiquiz , como que era la persona que mas facilmente podia persuadir á Fernando , para que se conformase con la suerte que el emperador habia decidido. Los Borbones , decia , eran sus enemigos mortales i los de su familia , i por lo mismo su política no le permitia dejarlos reinar en España , que eran incapaces de gobernar con acierto , i habia resuelto que en lo venidero la España estuviese mas bien gobernada ; que sus quejas se acallarían i que su alianza con la Francia quedaria fijada de una manera inalterable. » El rey Carlos , decia , está pronto á cooperar á esta revolucion , trasfiriéndome sus propios derechos. Siga Fernando el sabio ejemplo de su padre , i tendrá la corona de Etruria casándose con mi sobrina ; de lo contrario , trataré esclusivamente con el rey Carlos , i cuanto Fernando podrá esperar será el permiso de volverse á España cuando las hostilidades se rompan entre nosotros. » Escoiquiz justificó la insurreccion de Aranjuez i defendió la causa de su antiguo discípulo. » Protegiendo á Fernando,

decía , Napoleon se grangearia la estimacion i el afecto de los españoles ; pero queriendo someter la nacion á un yugo estrangero , perderia para siempre su amistad." Bonaparte repelió semejantes argumentos. » Los nobles i las clases elevadas , dijo , se someterán para asegurar sus propiedades , i algunos castigos severos refrenarán al populacho." Declaró que estaba decidido á ejecutar su plan , aun cuando costase la vida de doscientos mil hombres. » La nueva dinastía , replicó Escoiquiz , en este caso estará encima de un volcan , i para contener una poblacion de esclavos descontentos , será insuficiente un ejército de doscientos mil hombres." Bonaparte le interrumpió haciéndole observar que nunca podrian estar acordes sobre estos principios , i añadió que á la mañana siguiente haria conocer su voluntad irrevocable.

Debemos hacer justicia á Napoleon : en toda aquella extraordinaria discusion , no procuró ni una sola vez disfrazar su política interesada. » Deseo , dijo , que los Borbones cesen de reinar , i que mi familia les remplace en el trono de España." Declaro que este arreglo era el mejor para la ventaja de ambos países , i sobre todo que el poder no menos que la voluntad para ejecutar su intento. Jamas se ha visto una espoliacion violenta i arbitraria que menos se hubiese paliado. Bonaparte continuó argumentando con Escoiquiz siempre de muy buen humor , i tirándole la oreja con familiaridad , le dijo ; » Con que , canonigo , ¿ vmd. no quiere entrar en mis miras ? — Muy al contrario , contestó Escoiquiz , yo quisiera poder persuadir á Vuestra Magestad que adoptase las

mias, aun cuando me costase las orejas." En efecto en este momento Bonaparte se las tiraba un poco fuerte.

Mas violenta fué la discusion con Cevallos, pues Bonaparte era tan violento por su carácter, como tranquilo i moderado por reflexion i política. Oyendo á Cevallos, en una esplicacion que este tuvo con Champagni, ministro frances, que apoyaba con alguna energía sobre el carácter de los españoles, i sobre los efectos que produciria en ellos el modo como se habia reducido á Fernando, Bonaparte se abandonó á toda la violencia de su carácter; trató á Cevallos de traidor, puesto que habiendo servido al rey padre ahora era uno de los consejeros del hijo, i acabó con esta declaracion característica: »vmd. deberia adoptar ideas mas liberales, ser menos susceptible sobre el punto de honor, i por último ver que sacrifica los intereses de la España á una fidelidad ilusoria para los Borbones."

Como Cevallos se habia manifestado tan tenaz como Escoiquiz se encargó esta negociacion, si tal puede llamarse por parte de Fernando, á D. Pedro Labrador. Este insistió como preliminar indispensable, que se le hiciese conocer si el rey Fernando era libre, i si lo era, porque no se le volvia á su pueblo. Champagni contestó que semejante regreso probablemente no se permitiria antes que el emperador i Fernando se hubiesen puesto de acuerdo. Cevallos, por su parte, presentó una nota que recordaba las circunstancias que habian traído á Fernando cerca del emperador, i declaró la intencion de su soberano de marcharse inmedia-

tamente. La verdadera respuesta á esta nota fué doblar la guardia del rey i de su hermano, á quienes empezaron á vigilar de cerca; hasta un gendarma se permitió oponerse á la salida de uno de los infantes.

Todas estas esperiencias solo sirvieron para convencer á Bonaparte que Fernando i sus consejeros no eran tan dóciles como se lo habia prometido, i que seria necesario hacer parecer de nuevo en este singular teatro á Cárlos, su muger i su ministro. En consecuencia mandó á Murat que sin detencion hiciese pasar á Bayona al rey padre, la reina i Godoy. El rey, la reina i Godoy, en poder de Napoleon, fueron unos instrumentos dóciles de su política, particularmente Godoy, pues veía en Fernando un enemigo personal.

En cuanto llegó Cárlos á Bayona protestó altamente que su abdicacion del 20 de marzo habia sido solo un efecto de la fuerza, i pidió que su hijo le volviese la corona que le habia quitado con violencia.

Fernando alegó que la abdicacion de su padre habia sido voluntaria, i citó las distintas declaraciones del rey Cárlos sobre este particular. Pero protestó que si se les permitia á ambos volver á Madrid i convocar córtes, estaba pronto á hacer ante ellas una renuncia de todos los derechos que la abdicacion de su padre le habia dado.

Cárlos en su respuesta declaró que no habia venido al campo de su poderoso aliado como un rey rodeado del lustre de su diadema, sino como un infeliz anciano, á quien se habia arrebatado el trono. Trató con desprecio la convo-

cacion de córtes. » Los soberanos, decia, deben hacer todo para el pueblo; pero no deben sufrir que el pueblo arregle su suerte á gusto suyo: » Por último, aseguraba á su hijo que solo el emperador de Francia podia salvar á la España i que Napoleon estaba decidido á no permitir nunca que Fernando disfrutase aquella corona. En varias partes de esta amonestacion paternal, se dice que Cárlos acusaba á su hijo del crimen que mas peligroso era en aquellas circunstancias, cual era ser opuesto á los intereses de la Francia.

Fernando replicó á este manifiesto con un tono firme i respetuoso; invocaba, con mucha razon, la situacion en que se encontraba, como una prueba de que su confianza en la Francia no habia tenido límites, i concluía diciendo que puesto que las condiciones con que habia ofrecido volver la corona á su padre le habian desagradado, abdicaria sin ninguna condicion; solamente queria estipular que se le permitiese volver á España, i abandonar un lugar en donde cuanto él ó su padre podrian firmar no se consideraria como un acto de su libre voluntad.

A la mañana siguiente Fernando se vió precisado á presentarse á sus padres; Napoleon estaba con ellos. El *conclave* le recibió sentado, i el rey padre alucinado le llenó de improperios los más injuriosos. Bonaparte, ha manifestado cuanto le habia escandalizado aquella escena. La situacion del príncipe le movió á piedad, pero esta emocion no tuvo bastante fuerza para hacerle intervenir á su favor. Confuso de una escena tan horrorosa i al mismo

tiempo tan soez, Fernando firmó al fin la renuncia que se le había pedido en términos tan violentos. Esto sucedió el día 6 de mayo de 1808; pero el jefe director de aquel drama no había esperado hasta aquel momento para comenzar sus operaciones.

Dos días antes de la abdicación de Fernando, es decir el 4, Carlos, representando todavía el papel de rey, que había dejado en Aranjuez, había nombrado á Joaquin Murat lugarteniente general del reino i presidente del gobierno. Al mismo tiempo se publicó una proclama encargando espresamente á los españoles que no diesen oídos á consejos de traidores; todos agentes de la Inglaterra, que quisiesen sublevarles contra la Francia; i en fin que la España no tenia ninguna esperanza fundada de salvacion sino en la amistad del gran emperador.

El mismo día, i sin esperar que la renuncia de su hijo hubiese fortificado sus derechos, Carlos renunció á todas sus pretensiones sobre la España i sus territorios de ultramar, en favor de su amigo i fiel aliado el emperador de los franceses. Para conservar alguna apariencia de respeto á las formas exteriores, se estipuló que la cesion solo se verificaria bajo la condicion espresa que se conservaria la integridad é independendencia del reino, i que la religion católica seria la única que se profesaria en España. En fin todas las confiscaciones hechas, todas las penas aplicadas á consecuencia de la insurreccion de Aranjuez se declaraban nulas i sin efecto. En fin, en otros siete artículos arregló todo lo que era neces-

rio para su casa, la reina, el Principe de la Paz i algunos partidarios suyos. Se les prodigaron títulos, rentas i heredamientos considerables, pues el pingüe donativo del rey exigia una recompensa proporcionada.

Sin embargo, para dar un derecho en apariencia mas legítimo que el que resultaba de la enagenacion que hacia Cárlos de una corona ya abdicada, era necesaria una abdicacion de Fernando á favor de Napoleon. Por de contado cuantas instancias se habian hecho con Fernando no habian producido resultado, resistiéndose con firmeza; pero se encontraba enteramente en poder de Napoleon, i el fin trágico del duque de Enghien podia enseñarle que el emperador no gastaba ceremonias con los que se le presentaban como obstáculos á sus miras: sus consejeros tambien le aseguraron que cuantos actos firmase mientras estuviese en cautividad no imponian obligacion alguna ni á él, ni á la nacion. Por último, cediendo á las circunstancias que le rodeaban, Fernando hizo tambien un tratado para la renuncia de sus derechos; pero no obtuvo el reino de Etruria, ni su casamiento con la sobrina de Bonaparte, ni ninguna de las demas ventajas de que se habia hablado al principio de la negociacion; su perplexidad en servir al emperador todo se lo hizo perder.

Asi pues, en cambio del poderoso reino de España sobre el cual Fernando abandonaba los derechos hereditarios que le competian, este príncipe no obtuvo mas que una pensión *honorífica* i un retiro agradable i seguro que no debia ser absolutamente una cárcel. Los infan-

tes hermanos suyos, adhiriendo al mismo tratado que despojaba á Fernando de su herencia, fueron recompensados de la misma manera con pensiones que les permitian seguir el sistema de vida á que les condenaba esta abdicacion. Se habia señalado á Fernando para su residencia el palacio de Navarra con sus dependencias; pero se le condujo con sus hermanos á Valencay, hacienda soberbia que pertenecia al célebre Talleyrand; este, decian, llevó este castigo por haber diferido de opinion con su amo sobre la manera como debia conducirse con respecto á la España. Los príncipes cautivos observaron las reglas de conducta que se les habian impuesto, sin pensar en escaparse, ni en oponer la menor resistencia á la voluntad del vencedor. Durante mas de cinco años que duró la guerra de España bajo el nombre de Fernando, el monarca destronado nunca dió á Napoleon el menor pretesto de estrecharle ó concebir la menor sospecha de él.

Solo faltaba colocar en el trono de España una nueva dinastía, como Napoleon la llamaba, aunque en realidad solo pensaba llamar á él á un hombre que le fuese allegado muy inmediato i enteramente dependiente de su voluntad. Resolvió, pues, sacar á su hermano mayor José del trono de Nápoles, en donde, como italiano i acostumbrado al idioma, á los usos i á los modales del país, habia adquirido alguna popularidad, i darle, otro reino, mucho mas difícil de dominar i gobernar. Joaquin Murat, gran duque de Berg, como se le llamaba, que en aquel momento mandaba el ejército de ocupacion de Madrid, fué destinado

á ocupar el trono que José dejaba vacante. Se mandó á José que se presentase en Bayona ante su hermano, i hubo de prepararse, conforme á las instrucciones que se le dieron durante el viage, á representar su papel en aquella escena teatral, sin ninguna observacion. Entonces se anunciaron públicamente los proyectos de Napoleon, i se convocó una asamblea de diputados de todas las provincias i reinos de España para reconocer al nuevo rey, i fijar la constitucion que en lo sucesivo debia regir en España.

Se señaló esta reunion para el dia 15 de junio en Bayona, i el objeto que se propuso á su exámen fué la regeneracion de la España bajo los auspicios de Napoleon.

Pero ya en este reino habian sucedido acontecimientos que podian hacer presentir que la presa de que Bonaparte disponia con tanta libertad todavia no la tenia, i acaso no debia tenerla nunca en su poder. Es cierto que habia obtenido por el engaño mas audaz, las mismas ventajas que poco antes habia conseguido despues de sus victorias completas en grandes batallas que le habian sometido naciones poderosas. Se habia asegurado de la capital haciéndola ocupar por un ejército de cuarenta mil hombres: las plazas fronterizas estaban en su poder, le ponian en estado de mantener sus comunicaciones con Madrid, i tenia en fin á su disposicion las personas de la familia real, habiéndolas reducido á la dura necesidad de servirle de órgano para comunicar al pueblo su voluntad. Sin embargo, la España tenia en sí misma elementos de oposicion que en ninguna parte habian existido con igual energía.

---

## CAPITULO VII.

### RESUMEN DEL CAPITULO VII.

LA INDIGNACION DEL PUEBLO ESPAÑOL CONTRA LOS FRANCESES LLEGA Á SU COLMO. — INSURRECCION DE MADRID EL DIA 2 DE MAYO EN LA CUAL PERECEN UN CRECIDO NÚMERO DE SOLDADOS FRANCESES. — MURAT HACE PUBLICAR UNA AMNISTIA, I NO OBSTANTE HACE ARCABUCEAR MAS DE DOSCIENTOS PRISIONEROS ESPAÑOLES. — ANUNCIO Á LA NACION DEL NOMBRAMIENTO DE MURAT COMO LUGAR-TENIENTE GENERAL DEL REINO POR EL REY CARLOS I DE LA ABDICACION DE FERNANDO. — MURAT PRESENTA AL CONSEJO DE CASTILLA EL NUEVO PLAN DE GOBIERNO. — SE DIRIGEN Á BONAPARTE OFICIOS DE SUMISION. — CONVOCACION DE LOS NOTABLES DEL REINO PARA EL 15 DE JUNIO EN BAYONA. — EL ESPÍRITU DE OPOSICION SE ESTIENDE POR TODA ESPAÑA.

## CAPITULO VII.

Los españoles escitados facilmente por la invasion de su territorio, i mas particularmente

ofendidos de que semejante agresion viniese de una nacion rival, estaban tanto mas escitados á resistir i vengarse de la manera insidiosa i pérfida con que se habia privado de su patria, de sus defensores i de sus fortalezas fronterizas, su capital invadida, la familia real presa con la mayor felonía, i todo esto por un aliado que no podia alegar la menor sombra de pretesto que justificase semejante violencia.

Atendido el carácter de los españoles i la provocacion que habian recibido, era imposible suponer que su indignacion tardase en manifestarse. Los habitantes de Madrid habian observado, con una inquietud sombría, los acontecimientos públicos que habian sucedido despues del imprudente viage de Fernando á Bayona. Toda la familia real habia pasado sucesivamente á esta ciudad, i tambien Godoy, que el pueblo deseaba con las mayores ansias ver castigar como criminal con la patria. El interes que inspiraba la suerte de los tristes restos de la familia real, pues la reina de Etruria i sus hijos, el infante D. Antonio, hermano del rey padre, i D. Francisco, hermano menor de Fernando, todavia estaban en Madrid; este interés, decimos, cada dia era mas visible en el pueblo.

En los últimos dias de abril, Murat hizo ver á D. Antonio, que todavia conservaba nominalmente la autoridad de regente, la orden que prevenia que la reina de Etruria i sus hijos debian pasar á Bayona. Hubo algunas discusiones sobre el particular, i habiéndose entendido la voz entre el pueblo, los vecinos en general pareció que estaban determinados á no

permitir que los restos de la familia real pasasen á Francia ; pues el camino de este imperio , parecido á la cueva del leon de la fábula , no ofrecia la menor señal que indicase que nadie pudiese volver. Las noticias que se recibian de Bayona cada dia eran menos favorables á los partidarios de Fernando ; el dia 30 de abril se estuvo esperando con la mayor impaciencia el correo , que regularmente llegaba por las noches , como que debia dar á conocer las últimas intenciones de Napoleon con respecto á su huesped real ; pero no llegó , i el pueblo se retiró manifestando un descontento sombrío. El dia siguiente , 1º de mayo , viéronse reunir en la puerta del Sol i en las inmediaciones de la casa de correos , una multitud de hombres cuyas miradas amenazadoras anunciaban siniestros designios , i que dicen , tenian armas escondidas debajo de sus capas. Se mandó reunir la guarnicion francesa , pero este dia se pasó sin derramar sangre.

El 2 de mayo las calles presentaban un espectáculo no menos amenazador. El gentío que en ellas habia estaba agitado por el rumor que habia cundido de la salida de los últimos individuos de la familia real. En efecto la reina de Etruria i sus hijos subieron en un coche con D. Francisco , hermano menor de Fernando , jóven de catorce años que manifestaba sentir todo el horror de su desgracia , pues lloraba amargamente. Al ver esto , estalló el furor general ; en el mismo momento el populacho de Madrid asaltó impetuosamente por todas partes á las tropas francesas. Fué considerable el número de franceses que perecieron

en este tumulto, pues los españoles les atacaron con navajas i cuchillos, de que se sirven con mucha destreza.

Murat hizo avanzar tropas para detener las consecuencias de una esplosion que dias habia estaban temiendo. Algunas descargas de metralla i la caballería desocuparon las calles; pero fué necesario batirse tenazmente mas de tres horas para convencer á los habitantes de Madrid de que se habian empeñado en una lucha que no les dejaba ninguna esperanza. A mediodia algunos individuos del gobierno español se juntaron con los generales franceses mas humanos, particularmente el general Harispe, i procuraron separar los combatientes; por último cesaron aquellas extraordinarias hostilidades despues de haber durado tanto i con tal furor, entre hombres casi desarmados contra las mejores tropas del ejército frances.

Se publicó una amnistía, i con todo Murat hizo perecer un crecido número de españoles que habian preso durante la refriega, i aun despues de ella: los arcabucearon en pelotones de cuarenta ó cincuenta cada vez, i como se mandó á los habitantes que iluminasen sus casas durante toda aquella horrorosa noche, se veía el suelo cubierto de muertos i moribundos como si hubiese sido en mitad del dia; i estas ejecuciones militares se renovaron los dos ó tres dias siguientes, probablemente con mas atencion en la eleccion de las víctimas; pues á los insurgentes les juzgó entonces una comision militar francesa; que segun aseguran, ascendieron por junto de dos á trescientos hombres, i el 5 de mayo hizo Murat una

proclama en la cual manifestaba menos severidad.

Muy violenta habia sido aquella crisis, i tanto mas lo pareció á los franceses cuanto que nunca se habian encontrado en situacion semejante; pero Murat habia rechazado el ataque de los españoles con tanta celeridad, i con tanto rigor lo habia hecho castigar, que creyó que bastaria la severidad para precaver semejantes desórdenes. Los habitantes de Madrid renunciaron, al parecer, á una oposicion inútil, i semejantes al toro que la primera estocada ha herido mortalmente, sufrieron que los conquistadores prosiguiesen su fatal proyecto sin resistir ni someterse.

Las noticias llegaron entonces con bastante rapidéz para imponer obediencia á los que deseaban conservar títulos i honores. D. Antonio ya habia salido para Bayona, i el dia 7 de mayo se publicó en Madrid la declaracion del rey padre que nombraba á Murat lugar-teniente general del reino. Luego se publicó la abdicacion de Fernando, que como menos esperada causó mas sentimiento, i tambien una proclama hecha en su nombre i en el de los infantes D. Carlos i D. Antonio, que recomendaba se abandonase toda idea de resistencia i se obedeciese implicitamente el poder irresistible de la Francia.

Murat descubrió al consejo de Castilla el plan de gobierno que se destinaba á la España, este consejo por medio de una esposicion aduladora, i luego por una diputacion elegida en su seno que pasó á Bayona, habló de la resurreccion de la monarquía española como cierta

é infalible, pues que un hermano de Napoleón el Grande iba á ocupar el trono. Se consiguió que los demas cuerpos del estado mandasen iguales felicitaciones; i Madrid, cuyas calles estaban todavía manchadas con la sangre de sus ciudadanos, manifestó en apariencia el júbilo que le cabia por este acontecimiento, por medio de sus oficiales municipales. A instancia de Murat, como lugar-teniente general del rey Carlos, i luego por orden de Bonaparte cuando estuvo investido del poder supremo por la abdicacion de aquel monarca, se convocó en Bayona una junta de notables, para el dia 15 de junio. Las ciudades que estaban bajo una influencia mas inmediata de los ejércitos franceses fueron las primeras en mandar sus diputados para encontrarse en la convocacion.

La noticia de la insurreccion de Madrid del dia 2 de mayo se habia comunicado como una chispa eléctrica á las provincias mas remotas del reino, i en todas partes, como una señal de alarma, habia inspirado un violentísimo espíritu de oposicion contra los invasores. En todos los puntos de España se levantaba un solo grito de guerra i venganza; i este movimiento era tan universal i simultáneo, que la voluntad general parecia bastante fuerte para vencer ó despreciar todos los obstáculos que podrian originarse de un acontecimiento tan inesperado, i de la sorpresa del país, que no se hallaba preparado para defenderse.

La Vizcaya, Galicia, Cataluña, Andalucía, Valencia i otras provincias de España, tenian cada una de ellas su capital, su gobierno interior i sus medios particulares de defensa, aunque

Madrid estuviese en poder del enemigo. En toda la España estalló simultáneamente el mismo patriotismo, excepto en las ciudades ocupadas por los franceses, i aun en ellas bastantemente se manifestó el espíritu del pueblo. La clase mas ínfima del pueblo casi en todas partes dió el ejemplo de la resistencia; i cada vez que sus gefes naturales i sus superiores se declararon francamente por la misma causa, los insurgentes se pusieron tranquilos en las filas que la subordinacion les señalaba, i cuantas medidas dictaban los acontecimientos se adoptaron con vigor i unanimidad: pero cuando las autoridades se oponian al impulso popular, ó dejaban sospechar, con sus esperas i tergiversaciones, que no estuviesen enteramente adictos á la causa nacional, estallaba el furor del pueblo, entregándose á los mas grandes excesos. En Valencia, antes que hubiese podido organizarse la insurreccion, un clérigo despreciable llamado Calvo se puso á la cabeza del populacho, é hizo asesinar mas de doscientos franceses establecidos en aquella ciudad, sin que pudiese acusárseles de otro crimen que el de ser franceses. El pueblo de Cadiz, que concibió sospechas del gobernador Solano, le asesinó con la mayor barbarie, i en varios puntos de la Península se señaló el principio de la insurreccion con semejantes actos de crueldad.

Sin embargo, entre estas esplosiones del furor popular, se dieron pruebas de la gravedad i buen juicio que caracteriza á la nacion española. Adoptó con prudencia todas las disposiciones que se hacian para organizar su defensa; en cada provincia se confió el poder

supremo á una junta nombrada por el pueblo, que, en general, hizo buenas elecciones: estas juntas necesariamente eran independientes en sus gobiernos respectivos, pero mantenian relaciones amistosas muy activas unas con otras, las cuales de comun acuerdo concedieron la supremacia á la de Sevilla, que era la ciudad mas grande i rica despues de Madrid, i cuyos gobernantes, en aquella época, casi todos eran hombres íntegros i de talento.

Estas juntas interinas obraron con vigor. Los ricos pagaron contribuciones patrióticas, el clero envió alhajas de las iglesias para acuñar moneda, i los pobres entraron en las filas de los defensores de la patria ó trabajaron en las fortificaciones que exigia la posicion de varios puntos: todos obedecieron con placer. Las tropas de línea españolas, en cualquier parte que se hallasen, abrazaron invariablemente el partido de su país, i apenas la insurreccion habia comenzado, cuando ya la nacion habia tomado un aspecto temible. Ahora diremos cual era la conducta de Napoleon.

Esta crisis, que tanto habia temido en la carta profética que habia escrito á Murat al principio de esta guerra, que debia ser tan duradera, se habia decidido en las calles de Madrid el dia 2 de mayo; la matanza de los habitantes i las ejecuciones sucesivas que mandó Murat, habian dado la señal á una fermentacion que pronto debia aumentarse hasta hacer tomar las armas á todo el pueblo español.

La noticia de la insurreccion de Madrid llegó á Bayona el dia 5 de mayo, el dia mismo en que el débil rey padre habia abando-

nado sus derechos sobre la corona de España á Napoleon; la sangre que se habia derramado pareció una nueva razon para decidir á Fernando á dar su adhesion al acto de renuncia. A Napoleon le importaba muchísimo obtener sin el menor retardo un acto que le suministrase un pretesto, i que en apariencia le diese derecho para servirse de sus soldados disciplinados contra el pueblo español. Cevallos dice que, para vencer la repugnancia de Fernando, se valió Napoleon de las espresiones mas violentas, i mandó á su cautivo que eligiese entre la muerte ó la sumision á su voluntad.

En Francia, se presentó al público la insurreccion de Madrid como una mera esplosion popular, bien que, quizás para inspirar terror, se supusiese que habian perecido mas de mil españoles, pillos despreciables de la mas ínfima clase de la plebe, cuya destruccion, decian, habia sido un motivo de placer para todos los buenos ciudadanos. Pero el *Monitor* guardó un profundo silencio sobre la insurreccion mas formidable que estallaba por toda España. Parecia que el pueblo español habia recibido á los franceses como libertadores, como si esta nacion tan orgullosa, que contaba tantos siglos de gloria, hubiese esperado que el emperador de los franceses decidiese á su antojo de su suerte, imitando la obediencia pasiva de las repúblicas humilladas de Venecia ó de Génova.

José, que llegó á Bayona el dia 5 de junio, recibió el homenaje á los llamados representantes de la nacion española, consintió en garantizar su nueva constitucion, prometió labrar la felicidad de la España, i solo habló

de los descontentos del reino, para manifestar su intencion de querer ignorar las particularidades de aquellas conmociones efímeras.

En fin, Napoleon se marchó para la capital de su imperio, recientemente aumentado, i José se preparó á cumplir el destino que su hermano le habia preparado. El viage de José no fué largo ni rápido, aunque el *Monitor* no hablase mas que de la alegría general que los españoles manifestaban con músicas i festejos todas las noches debajo de las ventanas de su nuevo soberano. Los sonidos que realmente resonaban en sus oídos eran mas enérgicos i guerreros que los de la guitarra. El ruido de una insurreccion que imperfectamente se habia oído del otro lado de los pirineos, i que apenas querian creer de buena voluntad, se engrosaba i tomaba mayor cuerpo á medida que el rey intruso iba acercándose al teatro de su usurpacion. Hallábase en la misma posicion que un cazador, que creyendo encontrar el tigre preso en el lazo que le ha tendido, experimenta la cruel sorpresa de verle libre i furioso. Como José no tenia el menor conocimiento militar, se juzgó prudente que se quedase en Vitoria hasta que las medidas que los generales de su hermano habian tomado hubiesen abierto i asegurado el camino hasta la capital. Es muy singular que la ciudad fronteriza que vió su confusion al comenzar semejante empresa, presencié tambien los reveses que la terminaron vergonzosamente por la derrota que experimentó en 1813.

Ninguna duda, ningun siniestro presagio acompañó el retorno de Napoleon á París. Los franceses estaban demasiado deslumbrados con

la adquisicion que acababa de hacer el grande imperio, que parecia asegurada por las medidas que en Bayona se habian tomado para que pudiesen examinar el crimen la injusticia i violencia, en que se fundaba aquella transaccion.

Atravesando Pau, Tolosa, Montauban i otras ciudades de la Francia meridional, el emperador fué recibido con los honores debidos á un semi-dios: las calles sombrías i antiguas del medio dia estaban tapizadas de flores, i los ramos de laurel formaban bóvedas de verdor; las paredes exteriores de las casas estaban adornadas con ricos tapices ó pinturas magníficas; la poblacion corria precipitadamente al encuentro del emperador; los prefectos i corregidores apenas encontraban espresiones para manifestar la admiracion que les causaba Napoleon. Burdeos fué la única ciudad que permaneció triste i silenciosa; pero Nantes i el Vendée, que tan fieles se habian manifestado á la causa de los Borbones, no se quedaron atrás en el júbilo general; todos los habitantes corrieron para complimentar al hombre que con mano firme i atrevida acababa de arrancar la corona de la última rama reinante de aquella ilustre casa. Los dioses, dice un poeta pagano, muchas veces castigan la locura de los mortales, concediéndoles el objeto de sus importantes deseos. Los que en aquella época se regocijaban de ver la aparente reunion de la España al imperio frances, estaban muy distantes de prever que costaria la vida á un millon de franceses, i el hombre que recibia todas aquellas felicitaciones ignoraba que acababa de abrir un abismo debajo de sus pies que al cabo debia acarrear su ruina.

---

---

## CAPITULO VIII.

### RESUMEN DEL CAPITULO VIII.

PLAN DE DEFENSA DE LAS JUNTAS ESPAÑOLAS.— IMPEDIDA ALGUNAS VECES POR EL ARDOR DE LOS EJÉRCITOS INSURRECCIONADOS.—CRUELDADES DE LAS TROPAS FRANCESAS; VENGANZA DE LOS ESPAÑOLES.—SUCESOS DE LA INVASION.— DERROTA EN RIOSECO.— TRIUNFO DE NAPOLEON.— ENTRADA DE JOSÉ EN MADRID.— SU RECIBIMIENTO.— DUHESME SE VE FORZADO Á REPLEGARSE SOBRE BARCELONA, I MONCEY Á ABANDONAR Á VALENCIA.—CASTAÑOS DERROTA Á DUPONT EN BAYLEN: SU EJÉRCITO QUEDA PRISIONERO.— EFECTO DE ESTA VICTORIA, I CAPITULACION.— JOSÉ EVACUA Á MADRID I SE RETIRA Á VITORIA.— DEFENSA DE ZARAGOZA.

## CAPITULO VIII.

Aunque los generales franceses que habian entrado en España se hallaban rodeados de la insurreccion, no por eso concibieron miedo alguno; estaban bien persuadidos de que su su-

perioridad en el arte de la guerra, i la excelente disciplina de sus tropas, no tardarian en hacer sentir á los españoles toda la locura de su inútil resistencia. Ya no mandaba Murat el ejército de ocupacion; habia vuelto á Francia para desde allí ir á tomar posesion del trono de Napoles, vacante por la promocion de José, cuyo trono recibia el nuevo rey en recompensa de sus servicios, del mismo modo que en otro tiempo hubiera podido pasar de grado en grado para llegar á un alto grado militar. Savary que, como ya hemos visto habia contribuido poderosamente para decidir á Fernando al fatal viage de Bayona, quedó mandando en Madrid, i echó mano de todos los medios rigurosos para poner un término á la insurreccion que habia estallado en todos los puntos donde los franceses no tenian una fuerza armada suficiente para oponerse. No podemos indicar aqui sino ligeramente el carácter que tomó esta guerra desde su principio, i cuales fueron sus mas notables incidentes.

Las juntas españolas habian sabiamente recomendado á sus compatriotas que evitasen toda accion general; que sacasen ventaja de las dificultades que ofrece la naturaleza del país á un ejército de invasion; que dirigiesen sus operaciones sobre los flancos i retaguardia del ejército frances i sus comunicaciones; en fin que empeñasen al enemigo en una guerra de avanzadas. En efecto, el valor i el instinto natural de un pueblo acostumbrado desde su infancia á hacer uso de las armas de fuego, le dan sobre los soldados de profesion mas ventajas que las que creen los tácticos. Mas á pe-

sar de que semejante plan de defensa fué trazado con mucha destreza, i que casi siempre surtió buen efecto donde le siguieron, no siempre pudieron los gefes españoles evitar la lid con el enemigo en batalla campal, i entonces fueron batidos. Una de las causas que contribuyeron á un error tan fatal, fué el carácter de aquellos ejércitos insurreccionados, ó mas bien de aquellas masas de paisanos armados. Confiados en su número i en su valor, ignoraban la superioridad que las tropas francesas debian tener sobre ejércitos desorganizados, superioridad que les daban su disciplina, su caballería, su artillería, i la combinacion de todos sus movimientos. Estaban impacientes al ver la miseria á que necesariamente se veía reducido el país por semejante sistema de guerra defensiva, i al ver las continuas privaciones que tenian que sufrir. En algunas ocasiones, cuando los oficiales se negaban á conducirlos al enemigo, creyendo poner de este modo un término á la guerra de un solo golpe, atribuían semejante oposicion á la cobardía, ó á la traicion, i cualquiera de estas sospechas, era para aquel gefe una sentencia de muerte.

Estos cuerpos de insurgentes se hallaban algunas veces empeñados contra su voluntad, en una accion general, fuese por falta de provisiones de que jamas estaban bien provistos, fuese por las maniobras superiores de un enemigo diestro. En la mayor parte de las acciones campales triunfó constantemente la disciplina francesa sobre el valor irreflexivo de los patriotas, i les hizo experimentar grandes pérdidas.

La crueldad de los vencedores marchitaba entonces con frecuencia la victoria, i dañaba verdaderamente la causa que defendia. Se trataba á los españoles que se armaban contra un pérfido extranjero i contra un rey intruso como á rebeldes cogidos con las armas en la mano; se ejecutaba militarmente á los prisioneros que caían en poder de los vencedores, i los pueblos que habian hecho resistencia quedaban entregados al furor licencioso del soldado, que no respetaba ni sexo ni edad. Los franceses se acordaban tal vez, que en el principio de las campañas de Italia forzaron con semejantes ejemplos de severidad á los insurgentes de Lombardía á deponer sus armas, i consolidar por este medio las ventajas que Napoleon habia logrado con la destruccion de las tropas austriacas. Mas fué muy diferente el resultado en España. Cada nueva atrocidad de esta especie, era una injuria que querian vengar, i como tal la creía una nacion entera que jamás quiso perdonar una injuria. Los españoles trataban con la barbaridad mas horrible á los enfermos, heridos i rezagados del ejército frances, cuando caían en sus manos, lo que sucedia muy amenudo; la venganza endurecia el corazon, i exaltaba las pasiones de los dos partidos que cada uno sufría á su vez. La guerra tomó un carácter salvaje, sanguinario i atréz, i parecia que ya no tenia por objeto someter, sino esterminar al vencido.

La naturaleza del país era muy desventajosa al método que los franceses habian adoptado para la subsistencia de sus tropas, lo que aumentaba mas al encono de los españoles.

Algunos países de España son á la verdad muy fértiles; pero tambien se hallan inmensas llanuras enteramente estériles, i montañas incultas en donde sus mismos habitantes encuentran dificilmente su subsistencia; es imposible en estos lugares hallar lo necesario para mantener un ejército. Entonces era necesario para procurarse provisiones que los merodeadores se alejasen mucho de la línea de marcha, i nada habia mas peligroso, porque á pesar de que son escelentes los caminos reales de España, no obstante los caminos de travesía, i todas las comunicaciones para llegar á los pueblos son los peores que puede imaginarse, cortados con mucha facilidad, i defendidos por apostaderos i emboscadas. Hace mucho tiempo que Enrique IV dijo, que si un general penetraba en España con un pequeño ejército, seria destruido; i si entraba con uno grande, moriria de hambre; por lo tanto era imposible que dejase de frustrarse la empresa gigantesca de Bonaparte, por una de estas dos razones.

Al primer movimiento de las columnas francesas en las provincias insurreccionadas, parecia que la victoria acompañaba sus pasos en todas partes. Lefebvre Desnouettes dispersó á los españoles en Aragon el 9 de junio: en el mismo mes batió el general Bessieres á los insurgentes en muchos encuentros, mantuvo la Navarra i la Vizcaya bajo la dominacion francesa, i reprimió la sublevacion en Castilla la Vieja. Es cierto que estas ventajas eran muy pequeñas, en comparacion de las que Bessieres obtuvo en una batalla campal sobre los dos ejércitos españoles reunidos, compuestos de

las fuerzas de Castilla i de Leon juntamente con las de Galicia.

El primero de estos ejércitos estaba á las órdenes del general Cuesta que Southey nos representa como un anciano valiente, enérgico, terco, que poseía en alto grado los elementos que componen el carácter resuelto indomable i fuerte de los españoles. Su ejército estaba lleno de celo, pero en tal estado de insubordinacion, que recientemente habia matado atrocemente á uno de sus oficiales generales por sospechas injustas de traicion. El ejército gallego se hallaba tambien mal disciplinado, i públicamente habia despedazado á Filangieri, su general, sin mas motivo aparente que el de haberle creído ocupado en ponerse á la defensiva, mas bien que en tomar la ofensiva. Blake excelente soldado, que gozaba de la confianza del ejército, pero que no poseía grandes talentos militares sucedió á Filangieri en aquel mando tan arriesgado, i habiéndose reunido con Cuesta, marcharon sobre Burgos los dos ejércitos. Ambos generales tenian una opinion enteramente contraria. Cuesta á pesar de la derrota que sufrió cerca de Cavezon, queria esponerse á la suerte de una batalla; tanto era lo difícil que creía conservar tropas insubordinadas. Blake por el contrario, temiendo la superioridad de la táctica de los franceses, pedia con instancia que no se arriesgase una accion general. Bessieres no les dió tiempo para escoger; avanzó sobre ellos mientras estaban apostados cerca de Medina de Rioseco; i en 14 de julio sufrieron los ejércitos combinados de Galicia i Castilla la mas sangrienta derrota que jamás esperimentaron los

españoles. Los patriotas pelearon con el valor mas denodado, i se dice que fueron sepultados en el campo de batalla mas de veinte mil hombres de una i otra parte.

Napoleon gozoso cuando recibió la noticia de aquella victoria: «Esta es, dijo, la batalla de Villaviciosa. Bessieres acaba de poner la corona sobre la cabeza de José.» En el hecho, la victoria de Rioseco abrió á José el camino, quien sin obstáculo ninguno pudo avanzar desde Victoria hasta Madrid. Hizo su entrada en la capital con gran pompa; pero no recibió ninguna felicitacion pública, á escepcion de la que las autoridades se vieron precisados á presentarle; i los *vivas* que iban dando al rededor de su coche, cuando entró, algunos miserables, i una turba de muchachos, gente pagada por el gobierno intruso. Los franceses recogieron el dinero que se echó al pueblo cuando se hizo la proclamacion, i solo ellos llenaron los teatros en los que hubo entrada gratis en honor del nuevo rey.

Con todo eso, las ventajas que Bessieres habia tenido en Castilla, no tardaron en contrabalancearse por las pérdidas que los franceses sufrieron en las demas provincias. Duhesme, cuyas tropas se habian apoderado con tanta perfidia de Barcelona i de Figueras, creyó que no solamente tenia fuerzas suficientes para mantenerse en la Cataluña, sino que tambien podia enviar una parte de sus tropas para ayudar á someter Valencia i Aragon. Los catalanes son i han sido siempre un pueblo guerrero, acostumbrados al manejo de la escopeta, i tan buenos tiradores como los del Tirol; no se

amedrentaron á la vista de algunas pérdidas parciales; defendieron valerosamente la garganta del Bruch i otros desfiladeros: i despues de muchos combates obligaron al general frances á verificar su retirada sobre Barcelona, habiendo perdido una parte de sus tropas i su reputación.

Todavía fué mas funesto para los franceses el ataque de Valencia por el mariscal Moncey. Este mariscal habia logrado algunas ventajas sobre los insurgentes que defendian las inmediaciones de la ciudad; mas cuando avanzó con la esperanza de tomar la plaza, fué recibido con toda la energía que puede oponer una poblacion entera. Los ciudadanos se precipitaron sobre las murallas de la ciudad para defenderlas; los frailes con la espada en una mano i el crucifijo en la otra, animaron al pueblo para que pelease en nombre de Dios i del rey; las mugeres, despreciando el peligro, llevaban ellas mismas las municiones i los refrescos á los sitiados. Fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron para penetrar en la ciudad, i Moncey careciendo del refuerzo que Duhesme debia enviarle de Barcelona, se vió obligado á abandonar su empresa, i emprender su retirada, inquietado vivamente hasta que se reunió con el ejército frances que ocupaba las dos Castillas.

No era comun en las guerras de Napoleon que sus tropas i sus generales se hallasen desconcertados de este modo, i en la necesidad de renunciar á sus planes de campaña. Pero aun amenazaba á la division de Dupont un destino mas severo que el que acababan de experimentar Duhesme i Moncey.

Luego que Murat ocupó á Madrid, envió á Dupont, oficial de una grande reputacion á Cádiz, nombrandole su gobernador. \* Aunque seguramente era muy útil asegurarse de esta ciudad importante, i proteger la escuadra francesa que se hallaba en su puerto, Napoleon juzgó que esta tentativa era urgente sin duda, por que deseaba dejar abierto el paso á Carlos IV, en el caso de que se decidiese á huir á la América del sud. Dupont recibió contraórden i se detuvo en Toledo hasta que, manifestando enteramente su oposicion á los franceses los habitantes de Andalucía i de Cádiz, volvió á recibir la órden de avanzar á todo riesgo, con el objeto de asegurarse de esta plaza marítima, i proteger la escuadra francesa que se hallaba en ella. En su consecuencia, apresuró su marcha Dupont por detrás de la cadena de montañas llamada Sierra Morena; forzó el paso del Guadalquivir en el puente de Alcolea, avanzó sobre la antigua Córdoba i la sometió.

Asi llegó este general á las fronteras de Andalucía; pero estaba ya decidida la suerte de Cádiz. Esta rica ciudad comerciante habia abrazado la causa nacional, i se hallaba ya en poder de los españoles la escuadra francesa. Sevilla estaba enteramente insurreccionada; su junta la mas activa de todas, organizaba fuerzas considerables, i las mandaba al general Castaños, quien habia ya ocupado el campo de San Roque cerca de Gibraltar, á la cabeza de un cuerpo arreglado de diez mil hombres.

---

\* Por el gobierno intruso.

(Editor).

Con las brigadas de los generales Vedel i Gobert que se reunieron á Dupont, contaba éste veinte mil hombres; entonces creyó que tenia suficientes fuerzas para dar un golpe decisivo en la Andalucía, siempre que pudiese atraer al viejo Castaños á aceptar el combate. Dupont emprendió la marcha: ocupó Baylen y la Carolina, i tomó á la fuerza la antigua ciudad de los moros, Jaen. Durante este tiempo el sábio general español habia organizado sus nuevas tropas: desde el momento en que los franceses se apoderaron de Jaen, se llenaron de admiracion al verse atacados vigorosamente i por fuerzas superiores, que les obligaron á evacuar la plaza, i retirarse sobre Baylen, despues de una obstinada resistencia. Dupont envió inmediatamente pliegos á Savary, que entonces se hallaba en Madrid, para hacerle conocer las dificultades de su posicion. Decia que sus tropas no tenian otro pan que el que ellas se preparaban cortando las espigas, moliéndolas, i cociéndolas ellas mismas; todos los paisanos habian abandonado los trabajos de los campos para tomar las armas; cada dia se hacian mas atrevidos los insurgentes; ya tomaban la ofensiva, i era muy urgente que le enviase refuerzos considerables, fuese para conservar su posicion, fuese para tentar cualquiera cosa de importancia contra el enemigo. Estos pliegos cayeron en poder de Castaños, que obró en consecuencia.

El 16 de julio dos fuertes divisiones españolas atacaron á los franceses en diferentes puntos, los desalojaron de Baylen i los rechazaron sobre Andujar, al mismo tiempo que Cas-

taños á la cabeza de un gran número de tropas ocupaba de tal modo á Dupont, que no pudo marchar al socorro de sus generales de brigada, uno de los cuales, Gobert quedó muerto en la accion. En la noche del 18 se trabó de nuevo el combate por la tentativa que hicieron los franceses para volver á tomar á Baylen. Por ambos lados pelearon los soldados como unos desesperados; los españoles, que sabian muy bien que iban á llegarles socorros, se mantuvieron firmes i ocuparon el pueblo. La accion duró una gran parte del dia, i Dupont, despues de un honroso esfuerzo para ganar la victoria, fué derrotado en todos los puntos, i tambien rodeado por las fuerzas superiores de los españoles, que le fué imposible retirarse; no le quedó mas recurso que capitular. El i sus soldados se rindieron prisioneros de guerra. Se estipuló para la brigada de Vedel, que no estaba bajo las órdenes inmediatas de Dupont, i que no se hallaba tan envuelta como las otras, que seria conducida á Francia en navíos españoles: pero no se observó esta parte de la convencion de Baylen, i toda la division de Dupont quedó prisionera.

La batalla i capitulacion de Baylen, sobre todo por sus consecuencias, fueron el desastre mas grande que jamas sufrieron los ejércitos franceses desde que reinaba en el orizonte la estrella de Napoleon; estas eran, como él mismo decia, las horcas caudinas de su historia militar. Mas de tres mil franceses habian perecido en el campo de batalla, diez i siete mil se habian rendido prisioneros; la provincia mas fértil de la España, la Andalucia, se

hallaba libre de los ejércitos franceses; i las ricas ciudades de Sevilla i de Cádiz, podian entonces emplear para sostener la causa nacional todos los recursos que les daban sus tesoros, i una poblacion numerosa i disciplinada. La batalla de Baylen destruía la idea de invencibilidad que hasta entonces se atribuía era adicta á Napoleon i á su fortuna; esta idea, parecida á un talisman, habia paralizado muchas veces las resoluciones i los esfuerzos de sus enemigos, quienes, peleando contra él se creían en cierto modo unas víctimas que luchaban contra la voluntad del destino. La España recobró todo su valor para persistir en una empresa cuyos principios la daban tantas esperanzas; i las naciones que estaban bajo la dominacion francesa observaron con interes una lucha que les permitia tener iguales esperanzas. Se hallaba destruido el encanto funesto que las habia obligado á someterse á su suerte, i estaba cerca el momento en que podrian mostrarse los dignos émulos del pueblo español.

Hasta ocho ó diez dias despues no se supo nada en Madrid de la batalla de Baylen; José Bonaparte vió claramente que no estaba seguro en la capital, i se preparó para abandonarla. Despues de haber permitido generosamente á las personas que formaban el nuevo gobierno, que siguiesen su suerte, ó se pudiesen de parte de la nacion si asi lo preferian, se retiró á Vitoria, donde protegido por la guarnicion francesa, i á poca distancia de la frontera, podia esperar con seguridad el fin de los acontecimientos.

La inmortal defensa de Zaragoza capital de Aragon fué otro hecho memorable de aquella guerra, i que sirvió aun mas que la victoria de Baylen para demostrar cual era el carácter de la resistencia de los españoles. Esta antigua ciudad está rodeada de una tapia de diez pies de alto, construida por los godos, los romanos, ó los moros; en toda su estension no es mas que un circuito que no se halla flanqueado por ninguna pieza de fortificacion. La guarnicion de Zaragoza casi no se componia mas que de paisanos: su jóven gobernador D. José Palafox, quien debió su nombramiento de capitan general á la casualidad de encontrarse alli, no se habia hecho distinguir hasta entonces mas que por la parte que habia tenido en las frívolas diversiones de la córte. Zaragoza no presentaba pues medio alguno de defensa, i habiendo deshecho el general frances Lefebvre Desnouettes todos los insurgentes que se habian mostrado en campo raso, creyó que no tenia mas que avanzar para apoderarse de la capital de la provincia. Pero jamás se vió el valor i al patriotismo oponer semejante defensa, i trastornar por tanto tiempo todos los esfuerzos de un enemigo que poseía todas las ventajas militares de que carecian enteramente los sitiados.

El 15 de junio hicieron los franceses prueba de apoderarse de la plaza por un golpe de mano, i fueron rechazados con pérdida. El 27 vinieron en mayor número, i ayudados con mas regularidad por la artillería, lograron apoderarse de un barrio llamado el Torrero; entonces cercaron la plaza mas estrechamente,

hicieron caer una lluvia de bombas sobre sus edificios, que los habitantes sacrificaron gustosos á la causa nacional, i en medio del incendio que habian causado estos proyectiles, trataban de forzar las puertas de la ciudad sobre muchos puntos á un mismo tiempo. Todos los ciudadanos acudieron á los puntos amenazados; no hubo diferencia de clases, edades, ni sexos; los frailes pelearon con los legos, i muchas mugeres manifestaron un valor digno de los hombres mas intrépidos.

Furioso Lefebvre al ver la defensa que tan obstinadamente hacia una plaza sin recurso, segun todas las reglas ordinarias olvidó á su vez las reglas de la guerra, i sacrificó sus tropas, mandándolas tomar la plaza á la bayoneta, cosa que probaron mas de una vez. Ya empezaban á faltar las municiones en Zaragoza; pero los habitantes consiguieron fabricar pólvora de cañon en abundancia: llega el hambre; se someten á este cruel azote: las enfermedades dejan huecos en las filas de los defensores de la patria; los que sobrevivieron llenaron voluntariamente los deberes de los que habian sucumbido. De nada les sirvió el haberse apoderado del convento de santa Engracia, apesar de que les proporcionó poner sus avanzadas hasta dentro de la ciudad. El general frances anunció su victoria de un modo lacónico, diciendo: "Zaragoza, guerra á muerte." Se ejecutó esta amenaza. Los ciudadanos pelearon de calle en calle, de casa en casa, de habitacion en habitacion. Los dos partidos ocuparon muchas veces diferentes cuartos de una misma casa, i no los separaron mas que montones de cadá-

veres. Esta lucha sangrienta duraba ya muchas semanas, cuando la defensa heroica de Zaragoza escitó la admiracion, i el valor de los que abrigaban en su seno los mismos sentimientos que sus intrépidos habitantes, i á principios de agosto entró en la plaza un refuerzo considerable. Los habitantes volvieron á ganar terreno en los combates subsiguientes, i habiendo llegado ya á saberse la rendicion de Dupont, juzgó prudente Lefevre evacuar el dia 8 de agosto el barrio de la ciudad donde se habia alojado. Hizo volar la Iglesia de Santa Engracia, prendió fuego á muchas casas de que se habia apoderado, i abandonó una ciudad que tan valerosamente habia resistido á sus soldados.

Tal vez no hay nada que iguale en la historia al valor indomable de que dieron prueba los españoles en esta ocasion, como no sea la defensa de Numancia por sus antepasados. Este sitio sirvió para acrecentar la esperanza i la confianza en la causa patriótica, mucho mas todavía que la batalla de Baylen; i el país que habia producido hombres como Palafox i los defensores de Zaragoza, pudo con mucha probabilidad proclamarse tan valiente que no podia ser conquistado.

Ahora es necesario indicar los efectos que produjo en Inglaterra i Portugal esta importante revolucion.

## CAPITULO IX.

## RESUMEN DEL CAPITULO IX.

ZELO DE LA GRAN-BRETAÑA POR LA CAUSA ESPAÑOLA.—SE DECIDE Á ENVIAR UNA ESPEDICION Á PORTUGAL.—SUCESOS ACAECIDOS EN ESTE REINO.— JUNTA DE DIPUTADOS PORTUGUESES CONVOCADA EN BAYONA.— AUDIENCIA SINGULAR QUE RECIBIERON DE BONAPARTE.—IMPRESION QUE PRODUGERON SOBRE EL PORTUGAL LOS ASUNTOS DE ESPAÑA.—SIR ARTHURO WELLESLEY.—SU CARÁCTER COMO GENERAL.—SE PONE Á LA CABEZA DE LA ESPEDICION INGLESA ENVIADA Á PORTUGAL.—ATACA I DERROTA Á LOS FRANCESES EN ROLISSA.—SE ESTIENDE LA INSURRECCION I SE HACE GENERAL.—BATALLA I VICTORIA DE VIMEIRA.—TOMA EL MANDO SIR HARRY BURRARD NEALE.—LE REMPLAZA SIR HEW DALRYMPLE, I TIENE EL EJÉRCITO INGLÉS TRES GENERALES EN VEINTE I CUATRO HORAS.—CONVENIO DE CINTRA.

## CAPITULO IX.

Ayudar á los españoles en cuanto fuese posible para sostenerlos en una lucha que tanto ho-

nor les hacia, fué el único deseo de toda la Inglaterra, porque aquella causa no solo abrazaba los intereses de la Gran-Bretaña, sino tambien los de todo el mundo. Fundada sobre una base tan estensa i tan generosa, toda la nacion inglesa aprobó la resolucion de sostener la España en su lucha contra la Francia.

Solo quedaba por decidirse en que forma se acordarian los socorros de la Inglaterra; á fin de que de ellos resultase la mayor ventaja posible á la causa de la independenciam de la Península. Parecia que la mayor parte de los españoles opinaban del mismo modo que los diputados de la junta de Asturias, quienes enviados á toda prisa á Inglaterra, reusaron la asistencia por entonces de un ejército auxiliar, »porque la España decian ellos, tenia gente de sobra.» Entonces se les envió en abundancia armas, municiones i vestuario; marcharon oficiales experimentados á todos los puntos en donde sus talentos i sus servicios pudiesen ser de alguna utilidad para los insurgentes. Se declaró concluída la guerra con la España, i libres ya de sus cadenas los prisioneros españoles, bien vestidos i mantenidos á espensas de la Inglaterra, volvieron casi en triunfo á sus hogares.

El gabinete ingles resolvió al mismo tiempo enviar un crecido número de tropas á Portugal, para tomar parte en la emancipacion de aquel reino, que parecia poderse efectuar con mas facilidad por los progresos que habia hecho la insurreccion española.

Hemos dejado al Portugal bajo el gobierno de Junot, que el mismo Napoleon nos le repre-

senta como un hombre cuya vanidad no podia igualarse sino con su rapiña, i que se condujo como un tirano con un pueblo sometido, del cual exigió enormes contribuciones.

Apenas puede adivinarse de que modo queria Napoleon disponer de este antiguo reino.

Jamás habia tenido por objeto el arreglar la suerte de este país el tratado firmado en Fontainebleau, que sirvió de pretesto para ocupar el Portugal: las diversas partes contratantes despreciaron aquel acto como si jamás hubiera existido. Parece ser que mas tarde tuvo Bonaparte algun deseo de reorganizar el Portugal, puesto que convocó en Bayona una dieta ó asamblea de los diputados del reino, á fin de dar una apariencia de regularidad al cambio que trataba de introducir.

Los diputados se reunieron en el sitio indicado, i apesar de que sus conferencias no tuviesen ningun resultado material, no obstante, como dice el abate Pradt que se hallaba presente, esto dió una idea demasiado curiosa del espíritu i de los estilos de Napoleon para no dejarse engañar. Despues de haber escuchado con indiferencia el discurso que pronunció el conde de Lima, que pertenece á una antigua familia noble de Portugal, abrió Napoleon la discusion con un tono ligero, i dijo: «Señores, aun no sé yo lo que podré hacer de vms.; esto dependerá de los acontecimientos de España; i en tal caso ¿se hallarian vms. en estado de constituirse en un pueblo separado? ¿Se reconocen vms. capaces para hacerlo? Su príncipe se ha dejado conducir al Brasil por los ingleses; en esto ha

cometido una gran falta, i no tardará en arrepentirse. Un príncipe, dijo, volviéndose de buen humor ácia el abate Pradt, es como un obispo; debe tener su residencia.”

Despues de hacer muchas preguntas sobre objetos en que parecia estaba mal informado, volvió en fin sobre el asunto de esta conferencia. “¿Qué desean ser vms., señores portugueses? ¿Quieren vms. ser españoles? — Esta pregunta hecha por el mismo Napoleon, despertó el orgullo de los portugueses; porque es bien público el encono i el ódio que tienen á la otra nacion de la Península, contra la cual han defendido mucho tiempo su independencia. El conde de Lima se levantó con viveza, puso la mano sobre su espada, i respondió á aquella cuestion insultante con un *no* articulado con fuerza, i que retumbó en toda la sala. Bonaparte no se ofendió, i aun pareció que le habia divertido este rasgo de orgullo nacional. Despdió la junta de los diputados, sin llevar mas adelante el asunto para que los habia convocado, i en seguida dijo á las personas que le rodeaban, que el conde de Lima le habia tratado con un *no* soberbio. Igualmente manifestó algun afecto á este arrogante caballero, pero rompió toda conferencia con los diputados portugueses. Esta escena es muy curiosa, porque sirve para probar hasta que punto se habia familiarizado el espíritu de Napoleon con aquellos traspasos de pleitos homenages, i con aquellas enagenaciones de soberanías, supuesto que, en una circunstancia en que se trataba de un reino, cuya antigua nombradía merecia por lo menos

algunos miramientos, pensaba en fijar los destinos de un pueblo, del que tenia un conocimiento imperfecto, i trataba aquella cuestion con tanta ligereza. Bien pronto dejó de tener necesidad de aquella junta de personajes de Portugal, i todos los diputados recibieron orden de trasladarse á Burdeos, en donde quedaron olvidados, i en la miseria, hasta que se hizo la paz general, que les permitió volver á sus casas.

Un movimiento tan general como la revolucion que se hizo en todas las provincias de España, no podia dejar de obrar con sinpatía sobre el Portugal, tan inmediato á la España, i sobre el cual pesaba con tanto rigor el yugo frances, no solamente hiriendo el orgullo nacional i destruyendo la independendencia del país, sino privándole de todos sus recursos, i maltratando á sus habitantes. Bien pronto se manifestó entre los portugueses el mismo sentimiento de que estaban animados los españoles. Oporto, la segunda ciudad del reino, habia ya hecho el primer esfuerzo para insurreccionarse; pero los franceses, ayudados por las autoridades locales á quienes tenian miedo, consiguieron contener el pueblo; la segunda tentativa fué mas dichosa; los portugueses echaron á los franceses de la ciudad de Oporto i de sus inmediaciones, i se pusieron bajo la autoridad de una junta provisional, á cuya cabeza se hallaba el obispo. El incendio de la insurreccion se comunicó con rapidez en todos sentidos, i se sublevaron los portugueses en todas las partes en donde los franceses no tenian una fuerza capaz para contenerlos. Se derramó mu-

cha sangre. Los franceses al mando del general Loison salieron de la plaza fronteriza de Almeyda, á fin de reprimir la insurreccion de Oporto; pero en su marcha fueron vivamente incomodados por el general Silveyra, noble portuguez, que se puso á la cabeza de la poblacion armada. Loison se vió en la necesidad de renunciar á su proyecto i de volverse á Almeyda, á pesar de tener consigo cuatro mil hombres de tropas. En Beja, Leiria, Evora i en otras partes, triunfó la disciplina de los franceses sobre la oposicion de los ciudadanos i paisanos; i para esparcir mas el terror entre ellos, se estendió la mano sangrienta de la ejecucion militar sobre las ciudades i demas pueblos que se habian sublevado. Mas la inhumanidad de los vencedores solo sirvió para acrecentar el número i la ferocidad de sus enemigos, pues aquellos que habian visto quemar sus casas, arrancar sus viñas, i forzar sus mugeres, ya no apreciaban la vida sino con la esperanza de vengarse; i cuando el número, su posicion, ó cualquiera otra ventaja les proporcionaba la ocasion, se vengaban con la mas inhumana crueldad.

Se habia dado ya á la vela desde Cork una expedicion compuesta de seis mil hombres, al mando de Sir Arthuro Wellesley hijo segundo del conde de Mornington. Sir Arthuro Wellesley habia visto i hecho la guerra en la India sobre una grande escala. Superior con este motivo á todos los oficiales generales del ejército europeo de la Inglaterra, quienes no tenian su talento, ó por lo menos su esperiencia, conocia perfectamente los medios de sostener un

ejército en campaña. Familiarizado con la combinacion i el conjunto de los grandes movimientos de tropas en regiones tan vastas, su genio natural le hacia capaz de aplicar las reglas del arte de la guerra que habia hecho en la India, á otros países i contra un enemigo diferente; temible por sus planes de batalla, dichoso en la accion misma, se distinguió aun mas por aquella actividad i sagacidad, que no estando jamas satisfechas con una victoria inútil, seguian hasta el fin las ventajas que habia obtenido por sus sábias disposiciones i el valor de sus tropas. Jamas se hallaba absorto su espíritu por el acontecimiento actual, cualquiera que fuese su importancia. A todo esto añadia Sir Arthuro Wellesley una decision tan firme, que una vez tomado un partido, contemplaba con sangre fria el fin del acontecimiento, i quedaba inmóvil á aquellas dudas, i á aquellas vacilaciones que los hombres mas resueltos han manifestado á veces en circunstancias apuradas, pero que disminuyen la energía de los gefes i agotan el valor de los soldados.

Los talentos de Sir Arthuro Wellesley eran bien conocidos en la India, en donde durante la brillante campaña de Asaye batió completamente los mahrattes, i concluyó victoriosamente una larga guerra, cuyo fin parecia dudoso.

La espedicion inglesa para la Península tocó en la Coruña, i las noticias que alli supo Sir Arthuro Wellesley le decidieron á escoger el Portugal para el teatro de sus operaciones, como el punto en que mas debian influir sus resultados sobre la causa general. Habiendo abierto sus comunicaciones con Oporto, supo bien pronto

que Dupont habia sido derrotado, i que el rey intruso habia abandonado á Madrid.

Hallándose disponible por la capitulacion de Baylen un cuerpo de tropas inglesas destinado para sostener á Castaños, se embarcó i vino á reunirse con Sir Arthuro Wellesley. Al mismo tiempo se supo que el ejército ingles iba á ser reforzado inmediatamente con quince mil hombres, i que Sir Hew Dalrympe le mandaria en gefe. Este oficial era gobernador de Gibraltar, i habia manifestado mucha sabiduría i energía animando á los patriotas españoles, i ayudándoles con sus consejos i con su apoyo. Mas sin injuriarle podemos decir que parecia que no habia poseído aquella reunion poco comun de talentos militares i políticos, que en la presente crisis exigia imperiosamente la situacion de general en gefe del ejército de Portugal.

Sir Arthuro Wellesley hizo desembarcar su ejército en la bahía de Mondego, i avanzó sobre Leiria siguiendo la costa, á fin de poder comunicar con la escuadra, que tenia á bordo todas las provisiones. Los generales franceses Laborde i Thomieres fueron destacados de Lisboa para detener los progresos del enemigo, i habiendo abandonado Loison el Alentejo, se puso en marcha para reunirse con sus compatriotas. Sir Arthuro Wellesley con una actividad que impidió la union de Loison i de Laborde, atacó á este último el 17 de agosto, en el instante en que esperaba á su compañero en una fuerte posicion serca de la villa de Rolisa. Tomando á los franceses por el frente i el flanco, los obligó á retroceder. Esta primera vic-

toria fué el primer suceso real que el ejército inglés obtuvo en los numerosos acontecimientos de la guerra de la Península. Laborde se retiró ácia Torres Vedras, sobre cuyo punto se habia dirigido igualmente el general Loison.

La insurreccion portuguesa se estendió i se generalizó. Junot vió muy pocas esperanzas de apagar el incendio, sino conseguia batir al general inglés en una batalla campal. Con este designio llamó todas las guarniciones francesas, á escepcion de las de Lisboa, Yelves, Almeyda i Peniche; i reuniendo todas sus fuerzas en Vimeira, cerca de Torres Vedras se decidió á aventurar la suerte de una batalla.

En este intervalo habia desembarcado sin dificultad alguna en esta costa peligrosa una parte de los socorros prometidos á Sir Arthuro Wellesley, i se habian reunido al grueso del ejército en el momento en que marchaba contra el enemigo. No fué una circunstancia tan dichosa la llegada á la costa de Sir Harry Burrard Neale, oficial de una clase superior, que comunicó con Sir Arthuro.

Las dificultades de la situacion de Junot en esta época, le habian decidido á arriesgar una accion general, i hallándose ya los ejércitos cerca el uno del otro, en lugar de atacar Sir Arthuro Wellesley, como se habia propuesto, se halló el mismo atacado por Junot en el memorable dia 21 de agosto, cerca de la ciudad de Vimeira. El ejército inglés estaba evaluado en diez i seis mil hombres, i los franceses contaban cerca de catorce mil. Estos atacaron con dos divisiones; la de la izquierda,

mandada por Laborde , i fuerte de cerca de cinco mil hombres , i la de la derecha á las órdenes de Loison i mucho mas numerosa. El centro ó la reserva mandado por Kellermann, ocupaba el espacio entre las dos divisiones que empeñaban el combate , i servia para coordinar sus movimientos.

Trabóse la batalla por todas partes. La brigada del general Fergusson fué atacada sobre la derecha por el general Loison con un ímpetu i un vigor igual al de Laborde. Las tropas se cargaron á la bayoneta ; i tanto alli como en Maida , avanzaron los franceses con valor , pero perdieron el corage en el momento de la mezcla fatal.

Por todos lados se retiraban los franceses. Habian abandonado su artillería , i huían desordenados ; era ganada la batalla , el vencedor no tenia mas que alargar la mano para coger los frutos de la victoria , pero desgraciadamente se habia concluido por entonces el tiempo del mando de Sir Arthuro Wellesley. Durante la accion desembarcó Sir Harry Burrard , quien por miramientos reusó tomar mando alguno hasta que pareciese haberse concluido la batalla ; mas entonces , resistiendo á las representaciones de Sir Arthuro , á las del general Fergusson , i á las de los demas oficiales generales , interpuso su autoridad para impedir que se persiguiese al enemigo. Encontraba que era imprudente aquella medida , á causa de la numerosa caballería de los franceses ; tal vez puede suceder que temiese demasiado su superioridad en la táctica militar. De este modo el combate de Vimeira , en sus consecuencias directas , pareció solo ser un nue-

vo ejemplo de una victoria alcanzada por los ingleses sin ningun resultado.

Sir Hew Dalrymple habia salido de Gibraltar en una fragata, i llegó en este intermedio para remplazar á Sir Harry Burrard, del mismo modo que este habia remplazado á Sir Arthuro Wellesley, asi tuvo el ejército ingles sucesivamente tres comandantes en gefe en veinte i cuatro horas. Antes de desembarcar Sir Hew Dalrymple, se habia ya pasado el momento de aprovecharse de la victoria; porque los franceses habian tenido el tiempo necesario para llegar á la posicion de Torres-Vedras, cuya exclusion habia sido el objeto principal de Sir Arthuro. Este general conocia bien entonces, como lo demostró mas tarde, cuan ventajosa podia ser aquella posicion para defender á Lisboa.

Pero Junot habia padecido demasiado en la batalla de Vimeira, i se hallaba rodeado de muchas dificultades para pensar en encapricharse en la defensa. El ejército ingles victorioso amenazaba su frente; los insurgentes, animados por el éxito de la batalla, inquietaban sus costados; la escuadra inglesa podia obrar sobre su espalda, i la populosa ciudad de Lisboa no podia contenersela sin una gran fuerza militar. Si á las ventajas que los ejércitos españoles obtuvieron en Andalucía se hubieran seguido los mismos resultados, podian haber entrado en Portugal, i puéstose de acuerdo con el ejército ingles. El general frances, acosado por las circunstancias, propuso evacuar el Portugal, sus pueblos i fortalezas; lo que inmediatamente se convino por el tratado de Cintra. Segun los artículos de este convenio, debia

transportarse á los franceses á su país, con todas sus armas, su artillería, todo cuanto les pertenecía, i apoyados en esta última cláusula, se llevaron una gran parte del botin que habian arrancado á los Portugeses. Una escuadra rusa mandada por el almirante Siniavin, que se hallaba en el Tajo, se entregó á los ingleses en clase de depósito segun se declaró, lo que prueba que los ingleses evitaban emplear con la Rusia el language i los derechos de la guerra, apesar de que las dos potencias se hallaban en un estado de hostilidades abiertas.

---

---

## CAPITULO X.

### RESUMEN DEL CAPITULO X.

DOBLEZ DE BONAPARTE Á SU REGRESO Á PARÍS. —  
BOLETINES OFICIALES DEL *MONITOR*. — INFORMES DE  
CHAMPAGNY, MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANEROS,  
EN QUE PIDE UN LÉVANTAMIENTO DE OCHENTA MIL  
HOMBRES. — LE CONCEDE EL SENADO. — EXÁMEN DE  
LAS RELACIONES DE LA FRANCIA CON LAS DIFEREN-  
TES POTENCIAS DE LA EUROPA. — ESPÍRITU GENERAL  
DE RESISTENCIA QUE SE MANIFIESTA EN ALEMANIA. —  
LA RUSIA. — ENTREVISTA DE NAPOLEON I DE ALE-  
JANDRO EN ERFURT EL 27 DE SETIEMBRE. — SE SE-  
PARAN AMIGOS EN LA APARIENCIA EL 17 DE OCTU-  
BRE. — SENTIMIENTOS DE AQUELLOS AUTÓCRATAS. — ES-  
CRIBEN DE COMUN ACUERDO AL REY DE LA GRAN-  
BRETAÑA, I PROPONEN LA PAZ GENERAL SOBRE EL  
PRINCIPIO DEL *UTI POSSIDETIS*. — POR QUE SE DE-  
SECHÓ ESTA PROPOSICION. — RESULTAS DEL ASUNTO DE

ESPAÑA. — CATALUÑA. — VUELVE Á ESPAÑA EL MARQUÉS DE LA ROMANA. — EJÉRCITOS DE BLAKE, DE CASTAÑOS I DE PALAFOX. — ESPEDICION DEL GENERAL MOORE. — DESESPERA DE LA CAUSA ESPAÑOLA. — SUS PLANES. — DERROTA DE BLAKE I DE CASTAÑOS. — TRAICION DE MORLA. — SIR JOHN MOORE SE RETIRA Á LA CORUÑA. — REVERSES DURANTE SU RETIRADA. — BATALLA DE LA CORUÑA I MUERTE DE SIR JOHN MOORE.

## CAPITULO X.

**D**urante algun tiempo despues de su llegada á París, guardó Bonaparte un profundo silencio sobre los asuntos de la Península, salvo algunas seguridades generales para decir que todo iba bien, i que los movimientos parciales, escitados por los agentes de la Inglaterra, habian sido en todas partes reprimidos por la sabiduría del gran consejo, i por el apoyo diligente de los buenos ciudadanos, que no veían otra seguridad para la España, sino en el antiguo pacto de familia de los Borbones, renovado en la dinastía mas feliz de Napoleon.

Mas un sistema de embustes i enredos se parece á una espada mal templada, que no solamente se halla espuesta á romperse en el momento que mas falta hace al que la tiene, sino que tambien le hiere con los pedazos que saltan en su mano. La verdad se hace tan evidente, que ya no puede negarse. Era imposible ocultar que Portugal habia recobrado

su independencia; que Junot i su ejército habian sido arrojados de Lisboa; que Dupont habia capitulado en el sud de la España; que el rey José habia debido abandonar á Madrid, i que casi todos los puertos de la Península, que durante el mes de marzo habian estado en cierto modo cerrados herméticamente á las embarcaciones i al comercio ingles, recibian entonces á los individuos de la Gran-Bretaña como amigos i aliados.

El Monitor del 14 de setiembre, que desde algun tiempo no contenia mas que detalles científicos, poesías líricas, ó críticas de teatros, dió cuando menos se esperaba una relacion circunstanciada i mañosamente arreglada de la insurreccion de la España. Estaba apoyada sobre la conducta sanguinaria de los insurgentes; en ella se presentaban como inmensos los sucesos que habian obtenido los ejércitos franceses, i como de muy poca consideracion las pérdidas que habian sufrido. Dupont habia obrado como un traidor, ó como un hombre de muy poca capacidad. Se detallaban con énfasis los sufrimientos de Zaragoza, pero la relacion oficial callaba sobre los resultados del sitio. Se alababa mucho la victoria de Medina de Rioseco, i la salida del rey José se atribuía al aire de Madrid que era muy nocivo para su salud. M. de Champagny, ministro de relaciones exteriores, dirigia al emperador dos informes sobre el estado de los negocios de España: el primero tenia por objeto justificar la tentativa de Napoleon para apoderarse de aquel reino; su fecha era de Bayona i subia al 14 de abril, época en que Bonaparte

se hallaba poco dispuesto para entrar en ninguna discusion sobre su derecho, puesto que creyéndose con bastante poder para realizar su proyecto, no le quedaba duda alguna de que la inmensa ventaja i la gloria que la Francia sacaria de la sumision de la España, defendieran suficientemente su causa ante la gran nacion. Mas luego que se frustraron sus primeros esfuerzos, i que le pareció absolutamente necesario intentar otros mas grandes, fué preciso popularizar esta empresa, haciendo ver que los motivos que le habian dirigido se fundaban en la política, ya que no fuese en la justicia.

A decir verdad, aquel documento no trata mas que el primer punto. En él se dá á entender que el gobierno español abrigaba sentimientos de hostilidad contra la Francia: se hace tambien mencion en él del manifiesto de Godoy, cuando la guerra de Prusia; mas el motivo principal, que es el que M. de Champagny confiesa i apoya, es sin contradiccion un sofisma indecente i grosero. »Naturalmente autoriza la justicia, dice este hombre de estado, lo que la política hace necesario.» De este modo, el interés se hallaba en oposicion con lo que es honesto i honrado, ó, hablando en estos términos, se justificaba la inmoralidad del acto con el esceso de la tentativa.

El segundo informe de M. Champagny estaba redactado en un tono muy diferente i casi siniestro. Su fecha era de París en primero de setiembre, i achacaba al oro i á las maquinaciones de los ingleses el fomento de las turbulencias de España, para oponerse á los pla-

nes que su magestad imperial habia formado para la felicidad de aquel país.

El resto del informe revelaba indirectamente á la nacion francesa, sin servirse para ello de espresiones precisas, que se habian desconcertado los proyectos del emperador sobre la España; que habia hallado una enérgica resistencia en donde él esperaba encontrar la mas completa sumision, i que era menester que la Francia hiciese los sacrificios mas grandes, para que su gefe pudiese completar la empresa que tan temerariamente habia principiado. Además de lo que él decia sobre el estado deplorable de los asuntos de España, daba á entender Champagny que los del Austria exigian que la Francia aumentase sus ejércitos, i tuviese mucho cuidado, por que aquella potencia se ocupaba desde algun tiempo con el mayor esmero en acrecentar su fuerza militar. Este último razonamiento traía por conclusion la urgente necesidad de anticipar un levantamiento de ochenta mil hombres sobre la próxima conscripcion.

El senado, á quien se mandaron estos informes acompañados de un mensaje del emperador, no dejó de autorizar aquella nueva letra de cambio tirada sobre la sangre i la vida de la poblacion francesa. Los senadores apoyaron la solicitud del inexorable acreedor. "La voluntad de la Francia, dijeron aquellos complacientes senadores, es la misma que la de su emperador. La guerra con la España es política, justa i necesaria."

Armado de este modo Napoleon con todos los poderes que podia proporcionarle su vasto imperio, no tuvo otra cosa que desear sino redu-

cir por la fuerza la insurreccion española, i arrojar de la península á sus auxiliares los ingleses.

Pero en tanto que se hacian inmensos preparativos para una empresa que la experiencia habia demostrado seria muy dificil de ejecutarse, era necesario para él en primer lugar, que se asegurase hasta que punto se hallaban comprometidas sus relaciones con el pequeño número de potencias europeas que aun conservaban alguna sombra de independendia, por no haberse realizado sus proyectos sobre la España.

En 1807 i 1808, humillada el Austria por haberse visto forzada á perder una parte de su propio territorio i de su influencia, mas bien que reconocida de la importancia que la habian permitido conservar, manifestó una grande actividad en la reorganizacion de sus ejércitos. Se reformaron muchos abusos; se introdujo en ellos una disciplina mas perfecta; llamaron á los soldados viejos, i se hicieron las levassobre una escala mas grande en todos los dominios austriacos. Sujetaron la *landwehr* i la guardia nacional al servicio, por medio de una conscripcion semejante á la de la milicia de Inglaterra. Se aumentó considerablemente el ejército de línea austriaco. La dieta de Hungría votó una leva de doce mil reclutas para 1807, i de diez i ocho mil para 1808: contaba entonces aquella nacion guerrera ochenta mil soldados de tropas regladas, entre ellos treinta mil hombres de caballería. Todo parecia que anunciaba la guerra á pesar del amor por la paz que respiraban las respuestas del gabinete austriaco, á las representaciones que le hacia la Francia.

El aspecto amenazador del Austria, i la propagacion de los principios antigalicanos en toda la Alemania, obligaron á Bonaparte á asegurarse la amistad del emperador de Rusia. Fiándose poco Napoleon de sus ministros en una ocasion tan importante, deseó tener una comunicacion directa con el emperador Alejandro, que consintió en ello con mucho gusto.

Los dos emperadores se volvieron á ver en Erfurt el 27 de setiembre, con la misma apariencia de cordialidad que cuando se separaron; ni una ligera sombra de sospecha parecia haber alterado su amistad. Fiestas magníficas i brillantes señalaron esta reunion, i los teatros de París enviaron sus primeros actores para entretener los ocios de las noches.

No se olvidó la política en medio de todos aquellos placeres; i Bonaparte encontró á su poderoso aliado tan tratable como en Tilsit. No solamente ratificó Alejandro las transacciones de la España, sino tambien el acto subsiguiente, por el que Napoleon se apropiaba el reino de Etruria, que segun los primeros proyectos sobre la España indicados en Tilsit por Bonaparte, debia recibir Fernando en compensacion de la herencia que se le quitaba. Por su lado estipuló el czar que Bonaparte no podria de modo alguno impedir que la Rusia se engrandeciese á costa de la Turquía. Tambien ofreció á Bonaparte los socorros de su alianza, si el Austria se decidia á declararle la guerra. Ya le obligaban á ello los tratados anteriores, i entonces no tenia ningun medio para anularlos. Las conferencias de Erfurt se concluyeron el 17 de octubre en medio de fiestas sun-

tuosas, del mismo modo que habian principiado. Una de aquellas fiestas se celebró en el mismo terreno donde se dió la batalla de Jena, batalla que hirió profundamente á la Prusia aliada desgraciada de Alejandro.

Apesar de toda la apariencia de cordialidad que reinaba entre los dos emperadores, es probable que Alejandro no necesitaba de los recuerdos que aquel campo de batalla le representaba, para éscitar en él algunos zelos contra su temible aliado. Ya vislumbraba la posibilidad de que se levantase entre ellos alguna querrela, i deseaba ardientemente que no apurase el Austria su fuerza nacional, precipitándose en una lucha que él mismo se hallaria forzado, apesar suyo, á sostener contra ella. Tampoco volvió Napoleon de Erfurt con una entera confianza. Se habia propuesto nuevamente el enlace ya proyectado de una archiduquesa de Rusia con el emperador de los franceses, i se habia eludido á causa de la diferencia de religion. Dicese que las verdaderas causas que impidieron aquel matrimonio, fueron las objeciones de la emperatriz reinante, objeciones que se fundaban en el carácter de Napoleon i la naturaleza de su derecho al trono que ocupaba. No pudo desecharse ni eludirse semejante proposicion sin herir los sentimientos personales de Napoleon, por mas rodeos que hubiesen buscado; i como á él no podia obscurecersele, que el motivo de religion que habian alegado no era el solo que hubiera hecho reusar sus ofertas, debia hallarse picado, caso que no viese una afrenta en semejante conducta. No obstante, si se habia disminuído su amis-

tad, eran suficientes los vínculos de un interés mutuo que existian entre aquellos dos grandes autócratas, para que Bonaparte no pudiese dudar de la ayuda actual de la Rusia. A fin de estrechar mas aquella union, i de hacer conocer á la Europa entera la amistad que les ligaba en aquel momento, escribieron los dos emperadores una carta al rey de la Gran-Bretaña para proponerle una paz general, diciendole que ellos admitian el principio de *uti possidetis*, que se dejaria á todas las potencias contratantes en posesion de lo que habian adquirido durante la guerra. Esta proposicion, como podia esperar sucediese, cayó por sí misma cuando la Inglaterra pidió que fuesen admitidos para tratar el gobierno español i el rey de Suecia.

Durante este tiempo no hicieron traicion los españoles á la causa que habian abrazado. Confíose á una junta central ó suprema la direccion de los negocios de su país trastornado. Esta junta compuesta de los delegados de todas las juntas provinciales, habia fijado su residencia en la villa de Madrid, que habia vuelto á caer en poder de los españoles, la cual nada olvidó para organizar la defensa del país. Desgraciadamente dos grandes causas, que ambas provenian de un mismo principio, eran nocivas para los esfuerzos que en si mismo no eran ni intempestivos ni mal dirigidos.

Lo que mas favoreció la insurreccion, como ya lo hemos hecho observar, fué la division de la España en muchas provincias separadas i como independientes las unas de las otros, puesto que cada provincia, sin inquie-

tarse sobre la suerte de las otras, i ni aun de la capital, habia preparado todos los medios de una resistencia individual; mas esta misma division impidió el que cada provincia obedeciese los decretos que emanaban de la junta suprema, cuando la guerra tomó mayor aumento. No obstante, disminuían la gravedad de aquellos inconvenientes algunas circunstancias favorables: durante algun tiempo el valor de los gefes españoles, i la energía del pueblo, compensaron la falta de unidad i la inesperienza de los generales.

Los habitantes de la Cataluña guerreros como los del Tirol, son naturalmente muy buenos tiradores, i recorren la campaña en cuerpos irregulares bajo el nombre de *somatenes* ó *migueletes*. Casi toda la provincia corrió á las armas. Los catalanes, sostenidos por un pequeño cuerpo de cuatro mil hombres, que vino de Andalucía, consiguieron hacer levantar el sitio de Gerona, mandado por el general Dubesme, á pesar de carecer de almacenes, de caudales i de todo género de material. Tan grandes fueron las ventajas que obtuvieron sobre el enemigo, que un cuerpo auxiliar ingles, á las órdenes de un general tan atrevido i sabio como el conde de Peterborough, á ejemplo de aquel gefe intrépido hubiera probablemente tomado Barcelona i Monjuich á los franceses, i librado completamente la provincia de las tropas enemigas.

La vuelta del general La-Romana, que venia á ayudar á defender su país, fué otra circunstancia que favoreció mucho la causa española. Este noble personaje, uno de los me-

jores capitanes de la España en aquella época, lleno por otro lado de patriotismo i de talentos, mandaba aquel cuerpo de diez mil hombres, que Bonaparte habia decidido á Godoy á unir al ejército frances, en el norte de la Europa, porque su ausencia debia servir á su ambicion cuando pusiera en ejecucion sus proyectos de invasion en España. Aquellos diez mil hombres estaban por la mayor parte confinados en la isla de Funen, en el mar Báltico, para que alli ignorasen, mientras asi lo exigiese el interés de Napoleon, los sucesos que agitaban su patria; no obstante abordó disfrazado en la isla un agente diestro, é intrépido, llamado Robertson, cura católico, de origen escocezes, i consiguió establecer comunicaciones entre el general español i el almirante ingles Keates. Mas tarde, i por medio de combinaciones tan atrevidas como bien dirigidas, logró La-Romana sacar el mayor número de sus tropas de la situacion precaria en que se habian colocado, i por último el embarcarlas para España. Este hábil oficial queria que aquella pequeña fuerza de nueve ó diez mil hombres fuese el alma de un ejército arreglado. Aunque no pudo realizar aquel proyecto, su cuerpo de veteranos reanimó la esperanza, i la confianza de los españoles.

Se habian formado en España tres ejércitos que debian obrar simultaneamente. Han hecho subir su número á ciento i treinta mil hombres, pero á lo sumo tenian cien mil. Tal era la organizacion miserable de su comisaría, que se hizo sentir en los campos la falta de provisiones aun antes de abrirse la campaña. Tres

generales mandaban aquellos ejércitos con poderes independientes los unos de los otros; este era un vicio de la época, i particular del país. Sobre la frontera del oeste estendia Blake su línea desde Burgos hasta Bilbao, disputando á los franceses la posesion de aquella capital de la Vizcaya, donde al fin se mantuvo. En Soria estaba el cuartel general del ejército del centro, á las órdenes de Castaños. El cuerpo del este, al mando de Palafox, ocupaba el país entre Zaragoza i Sangüesa. Habiéndose acercado mas á las fronteras los dos ejércitos laterales, que el del centro, la disposicion general formaba una media luna que presentaba su frente cóncava al enemigo.

Los ejércitos franceses, en número de cerca de sesenta mil hombres atrincherados en sus posiciones al norte de la España, esperaban bajo la proteccion de las fortalezas que ocupaban, que Napoleon les tragese refuerzos que les permitiesen volver á tomar la ofensiva. Era de la mas alta importancia la cooperacion de un ejército auxiliar británico, i la Inglaterra, que aun no habia tomado una parte directa en los asuntos de España, se hallaba dispuesta á hacer grandes esfuerzos en su favor.

En la entrevista que los dos emperadores tuvieron en Erfurt, resolvieron, como ya llevamos dicho, ofrecer la paz al gobierno británico, ora con la esperanza de que esta paz pudiese ser favorable á las pretensiones de Bonaparte, á la monarquía universal, i á los proyectos de Alejandro sobre la Turquía, ora que aquellos dos monarcas quisiesen atribuirse el honor de haber manifestado sus intenciones pa-

cíficas. Dirigieron pues colectivamente al rey de Inglaterra una carta en la cual manifestaban sus deseos de una paz general. En respuesta á aquella comunicacion, declaró el gobierno británico en una nota oficial, que el rey de Inglaterra queria tratar en union con sus aliados el rey de Suecia, i la autoridad que administraba en España á nombre de Fernando VII: la admision de las reclamaciones de aquellas potencias, debió desconcertar los planes de la Francia i de la Rusia. Esta codiciaba la Finlandia; aquella queria la paz con la Inglaterra, sobre todo porque por este medio hubiera ganado tiempo para aniquilar todos los medios de resistencia en España; mas se hacia inútil la paz, si en el tratado se estipulaba la independenciam de aquel país; esto es precisamente lo que rompió la negociacion, i la Inglaterra no se prestó á ella, sino para mostrar la firme resolucion en que se hallaba de tomar parte en la causa de los patriotas españoles. » Sus acciones correspondieron con sus palabras. Se habia decidido, como hemos visto, reforzar el ejército de Portugal con diez mil hombres. El mando en gefe se dió al general Moore, nombre famoso en los anales militares de la Gran-Bretaña, i el único oficial (puesto que el carácter del vencedor de Vimeira no daba lugar á otra eleccion) en quien se fijase la confianza pública para un encargo de aquella importancia; mas el gobierno ingles, por falta de esperiencia, aunque manifestando el vigor necesario, no echó de ver entonces la necesidad de una accion rápida é instantánea.

Los que estaban en estado de conocer mejor los proyectos del ministerio británico, es-

peraban ver llegar las tropas del general Moore ácia el 21 de agosto; pero sir John Moore i su ejército no se movieron hasta principios de octubre. La expedicion habia ya llegado, i aun se dudaba de su certeza.

Para llenar las intenciones del gobierno británico, creyó sir John Moore que debia dividir sus fuerzas. Embarcó diez mil hombres para la Coruña, á las órdenes de sir David Baird, i resolvió avanzar sobre el norte de la España á la cabeza de unos diez i seis mil hombres, que era el resto del ejército. Parece que en aquella época comprendian ó habian practicado tan poco los generales ingleses la ciencia de la guerra sobre una vasta escala, que en lugar de hacer reconocer cuidadosamente el país por oficiales inteligentes, se atuvieron para la marcha de las tropas á las noticias inexactas que recogian aceleradamente de las gentes del campo. Segun sus informes, juzgó necesario el general Moore dividir su ejército en cinco divisiones, que maniobraron todas en la direccion de Salamanca i de Valladolid, en donde debian encontrar á sir David Baird, que venia de la Coruña. Este movimiento principió el 7 de noviembre; pero por desgracia, antes que llegasen nuestras tropas al punto de la accion, se hallaban ya los ejércitos españoles derrotados i dispersos.

Por parte de Napoleon no hubo incertidumbre, vacilacion ni pérdida de un tiempo tan precioso. Atravesaba la tierra como un cometa que atraviesa el cielo, renovándolo todo á su paso. El dia 14 de octubre se hizo el tratado de Erfurt. El 25 del mismo mes, abrió el mismo

la sesion del cuerpo legislativo ; al dia siguiente partió para la frontera de España. Habia reunido alli numerosos elementos de conquista. En efecto , si manifestaba ó afectaba manifestar una escesiva confianza en su fortuna i en su estrella , no por eso abandonaba nada al caso , i cuidaba siempre de conservar los medios de ejecucion proporcionados á la grandeza de la empresa.

Sucesivamente habian ido llegando cerca de cien mil hombres i tomado posesion sobre el Ebro. El cuartel general estaba en Vitoria. Esta ciudad honrada con la presencia del rey intruso , lo fué mucho mas con la del mismo Bonaparte , que llegó ocho dias antes que las tropas inglesas hubiesen empezado á moverse de Portugal ó de la Coruña.

Era muy importante para Bonaparte destruir el ejército de Blake que se hallaba opuesto á la ala derecha de los franceses , antes que sir John Moore pudiese socorrerle. Despues de algunas escaramuzas , empeñó en Espinosa la batalla una division francesa , á las órdenes del mariscal Victor con el general español. La accion duró tres horas despues del mediodia i se continuó en la mañana siguiente ; mas entonces los franceses rodearon la posicion del enemigo , i Blake , vencido , abandonó el campo de batalla con el objeto de sostenerse en Reinosa donde tenia sus almacenes generales.

Durante este tiempo el activo Napoleon habia dado golpes no mennos funestos sobre los demas puntos de la línea española. Habíase reunido bajo las órdenes del conde de Belveder,

jóven valiente, aunque sin experiencia, un cuerpo de tropas destinado para cubrir á Burgos, i sostener el costado derecho del ejército de Blake. Se componia aquel cuerpo de algunas reliquias del antiguo ejército, de los guardias walones, de los guardias españoles, i de un batallon de voluntarios formado de estudiantes de Salamanca i Leon. Tambien alli ganaron los franceses. Aquellos jóvenes, á quienes el amor de la patria habia conducido al campo de batalla, no le abandonaron á la vista del peligro; cayeron entre las filas, i la muerte cubrió de luto á una gran porcion de respetables familias españolas. A la derrota del conde de Belveder, se siguió la toma de Burgos. Este acontecimiento proporcionó igualmente al duque de Dalmacia el medio de ligar sus operaciones con las de los generales franceses que maniobraban contra el desgraciado Blake, con el objeto de arrojarle de Reinosa. Rodeado por todas partes el general español, no encontró otro medio para salvar el resto de sus tropas, que el de retirarse ácia Santander; pero lo hizo con tanta precipitacion i desórden, que su ejército podia considerarse en un estado completo de derrota i desorganizacion. La desgracia de Blake era tanto mas sensible, quanto que aniquilaba enteramente aquel hermoso cuerpo de ejército que la Romana condujo del Báltico, del cual pereció una gran parte sin gloria en los peñascos de Espinosa, por haberle empeñado imprudentemente en batallones aislados.

El ála izquierda del ejército español que en aquel momento se estendia desde Bilbao hasta hasta Burgos, i á cuyo socorro avanzaban las

fuerzas británicas se hallaba pues enteramente aniquilado; dejando de este modo á descubierto el costado izquierdo del ejército del centro á las órdenes de Castaños, que por consecuencia se hallaba en una posicion muy crítica. Hubiera querido aquel viejo militar replegarse sobre sus espaldas, evitar una batalla, i conservar sus tropas para una ocasion mas favorable; pero se le habia reunido Palafox, que mandaba en gefe el ejército de Aragon; i la junta suprema habia enviado un comisario al campo de Castaños para observar la conducta del general, á imitacion de la antigua convencion nacional de Francia. Aquel personage de oficio se unió con Palafox i los demas gefes militares para combatir las razones de Castaños, i acusándole de traidor i de cobarde, le forzaron á correr los riesgos de una accion.

Se verificó esta en Tudela el 22 de noviembre, i tuvo los mismos resultados que Castaños habia previsto. Perecieron allí un crecido número de españoles, perdieron la artillería i bagages, i por la primera vez cayeron en poder de los franceses una multitud de prisioneros. Castaños se retiró sobre Calatayud con las reliquias de su ejército. Palafox volvió á entrar en la heroica ciudad de Zaragoza, cuyo renombre debian acrecentar las desgracias que la esperaban. Desde entonces tenia libre el enemigo el camino real de Madrid, á menos que no le detuviesen en los desfiladeros de Somosierra algunos destacamentos apostados sobre aquellas montañas, ó que los habitantes desesperados de Madrid no le permitiesen la entrada en aquella capital. Una parte de la pobla-

cion contaba mucho con aquellos desfiladeros, ignorando cuan fácil era á la táctica moderna forzarlos ó rodearlos. La mayor parte de los ciudadanos tomaron aquel aire sombrío i feróz que entre los españoles anuncia ordinariamente un acceso de furor. Llegaron de las inmediaciones muchos miles de paisanos, para contribuir á la defensa de la capital, i animados con el ejemplo de sus compatriotas de Zaragoza, amenazaban á los franceses con una guerra á cuchillo.

Tenia Madrid ocho mil hombres de tropas de línea; podia defenderse sin duda ninguna, i el pueblo parecia que estaba resuelto á hacerlo. Empezaron los preparativos con un entusiasmo general. Desempedraron las calles, se parapetaron, i se atrincheraron en las casas, que guarnecieron con la fusilería, i toda la poblacion trabajaba en formar baterias, no solo durante el dia, sino tambien toda la noche.

Si Palafox hubiera mandado en Madrid, se hubiera aventurado una resistencia á todo riesgo; pero su gobernador era aquel mismo D. Tomás Morla, que habia reemplazado á Solano en Cádiz. Su conducta ulterior parece probar que desesperanzado de salvar á su país, pensaba desde entonces en pasarse al partido del usurpador. Lo cierto es, que en el momento en que los habitantes de Madrid tuvieron necesidad de recurrir á su experiencia i autoridad, no hallaron en él ni estímulos, ni instrucciones, ni medios de defensa. Bien pronto veremos de que modo alucinaron las generosas ideas del pueblo.\*

---

\* Esta espresion manifiesta el espíritu nacional del autor,

En medio de todos aquellos desastres, sir John Moore llegó á Zaragoza, i sir David Baird á Astorga donde hizo alto. El general Moore se hallaba muy embarazado, i su situacion le causaba profundas inquietudes; como conocia la fuerza, i el valor de los ejércitos franceses, hubiera temido confiar demasiado en los españoles. Por otra parte, no ignoraba lo entusiasmados que estaban los ingleses por la causa española; sabia tambien que se fundaban grandes esperanzas, tanto sobre sus propios talentos, como sobre el valor del ejército mas brillante que jamas salió de Inglaterra, i conocia que era preciso aventurar alguna empresa digna de ambos. Oficiales i soldados pedian en alta voz que los condujesen al enemigo; mas la derrota de Castaños en Tudela, parecio haber aniquilado la última esperanza de sir John Moore, i de un golpe se decidió á empesar su retirada ácia Portugal.

Antes de adoptar definitivamente aquella medida, juzgó conveniente consultar á M. Frere ministro ingles en Madrid, sobre las mayores ventajas que podria ofrecer una maniobra atrevida sobre la capital. Era natural que la diferencia de carácter i costumbres entre los dos individuos le hiciese ver las cosas bajo un aspecto diferente. M. Frere, literato i poeta distinguido, lleno de ardor por la causa española, suponía voluntariamente en los demas las emi-

---

que habria preferido ver la villa de Madrid reducida á cenizas, como hubiera sucedido haciendo una resistencia inútil.

(Editor).

nentes calidades de que estaba dotado, i esperaba ver hacer milagros. Fué de opinion, como hubiera podido hacerlo un Espartano, que el general Moore debia arriesgarlo todo, i volar al socorro de Madrid. El general que era el solo responsable, no vió las cosas del mismo modo; en efecto sus conocimientos militares no le permitieron contar mucho con el éxito de una defensa emprendida por cuerpos irregulares contra los ejércitos disciplinados de la Francia. No obstante, estrechado por sus propios deseos, é importunado por el gobierno español, resolvió maniobrar contra la parte nordeste del ejército frances, con el doble objeto de proteger á La-Romana que se esforzaba con un celo infatigable para reunir las reliquias del ejército de Galicia, dispersado en la accion de Cuesta, i de impedir que el enemigo marchase ácia el sud con la idea de acabar de someter á toda la península.

Mas en el momento en que el general Moore se determinaba á aquella maniobra atrevida, comprendió tambien que iba á atraer sobre sí fuerzas muy superiores, á cuya presencia le hubiera sido difícil i peligroso el poderse retirar. No obstante, dió orden á sir David Baird, que habia empezado ya á retrogradar sobre la Coruña, de volver á entrar en Astorga, é hizo conocer su intencion de marchar adelante, sucediese lo que quisiese, añadiendo al mismo tiempo aquellas palabras de triste presagio: »Yo entiendo que se debe marchar con tiento, porque si el balon se rompe, i Madrid sucumbe, tendrémós que echar á correr.»

La suerte de Madrid no estuvo dudosa mucho tiempo, mas no se decidió (esta es por

lo menos la opinion general) sin una gran traicion por parte de los que se manifestaban sus mas celosos defensores. Los desfiladeros de Guadarrama i de Somosierra habian caído en poder de los franceses, los de Somosierra particularmente, que el pueblo de Madrid consideraba como unas nuevas Termopilas, ó como otro valle de Roncesvalles, se habian tomado en una carga de lanceros polacos. Estas tristes noticias de acuerdo por otra parte con las melancólicas prevenciones del general Moore, no detuvieron su movimiento sobre la línea de comunicacion del ejército frances. Contaba unir de este modo sus operaciones con las de La Romana, ó bien si se hallaba perseguido por fuerzas superiores, efectuar su retirada por Galicia sobre la Coruña donde le esperaban los barcos de transporte.

Sir John Moore abandonó á Salamanca el 7 de diciembre, dirigiéndose sobre Mayorga, donde se reunió el 20 con sir David Baird. Quinientos hombres del regimiento n.º 15.º de húsares destrozaron ó dispersaron un número casi doble de caballería francesa. Este acontecimiento reanimó la confianza de las tropas, esperando dar batalla á Soult que se habia atrincherado detrás del rio de Carrion; habia llegado al último grado el entusiasmo del ejército ingles, cuando se supo que Soult habia recibido refuerzos considerables; que Bonaparte avanzaba ácia Madrid á la cabeza de diez mil hombres de su guardia, i que las tropas francesas que se dirigian ácia el sud de la España, habian vuelto la espalda ácia el nordeste, como para envolver i destruir el ejército ingles. Este era precisa-

mente el peligro que Moore no habia cesado de conocer, aun cuando ejecutaba el movimiento que le ponía en semejante posición. El único medio que le quedaba para salvarse, era el de retirarse á Galicia, i atravesar toda la provincia. Hacia muchas semanas que se ocupaban de los medios de mantenerse en aquel país montañoso, ó por lo menos de hacer una retirada en buen orden. La division de sir David Baird la habia atravesado marchando sobre Astorga; mas el estado mayor de los ejércitos ingleses estaba tan mal organizado en aquella época, que no habia apariencia de que hubiesen tomado el mas mínimo informe sobre los caminos, ni sobre las posiciones fuertes i ventajosas que ofrece el país para una guerra defensiva.

Otra desgracia mas deplorable todavia provino de la animadversion natural i profunda que nuestros ejércitos tienen á un movimiento retrogrado. El soldado ingles, lleno de esperanza i de confianza cuando marcha adelante, no posee aquella flexibilidad i elasticidad de carácter que permite á los franceses hacerse reparar en una retirada, por su inteligencia, su disciplina i su maña, asi es que muy pronto se amotinaron é insubordinaron unas tropas desazonadas i descontentas. Irritadas contra los españoles, á quienes acusaban injustamente de haberlas vendido con la tibieza de su celo, cometieron sobre los habitantes indefensos excesos de barbarie imperdonables, que se multiplicaron á pesar de los esfuerzos del general en jefe para apaciguar su furor.

Los franceses que habian alcanzado la retaguardia inglesa cerca de Benavente, i hecho

pasar el río á un grueso cuerpo de caballería imperial, fueron rechazados i derrotados el 29 de diciembre, quedando prisionero su general Lefebvre Desnouettes: desde aquel momento se contentaron con observar á los ingleses en su retirada, sin atacarlos.

El comandante en jefe se reunió en Astorga el 30 de diciembre con el general La-Romana, i cinco mil españoles resto del ejército de Galicia. Estas tropas carecian de vestuario, de armas, de municiones, de paga: en una palabra de todo menos de valor, i de aquel entusiasmo patriótico que hubiera coronado el éxito si la fortuna hubiera favorecido el buen derecho.

El general español proponia no obstante hacerse firme en aquella posicion; pero dejando aparte los talentos de La-Romana i el valor de sus soldados, aquel refuerzo no era suficiente para decidir á sir John Moore á suspender su retirada, que desde luego confesó queria efectuar sobre la Coruña.

La escasez de víveres, la completa ignorancia del país con relacion á lo militar, exigian retirarse á marchas forzadas; i aquella precipitacion con que se ejecutaron estos movimientos irregulares, fué la causa de que los soldados abandonasen sus filas, i saqueasen la comarca; nuestras tropas trataron pues como país conquistado un país aliado, cuyos habitantes á su vez usaron con ellos de severas represalias. El tiempo estaba obscuro i lluvioso, los caminos obstruidos con la nieve medio desecha, los vados impracticables; todo se reunia para embrazar una retirada, semejante á la de un ejército vencido en un país desconocido, por en

medio del cual los que huyen se ven obligados á abrirse un camino del modo que pueden. Abandonaron i destruyeron los bagages i municiones; los enfermos i heridos quedaron á merced del mas fuerte; i el crecido número de soldados, que en aquel momento de desesperacion se entregaban al vicio nacional de la borrachera, aumentó considerablemente el de los hombres inútiles; hasta la caja militar abandonaron en el camino: jamas se ha conocido retirada mas desdichada.

Una circunstancia saludable contuvo por segunda vez los excesos de los soldados; en efecto, al primer ruido de una proxima batalla volvian á aparecer en el ejército la energía i la disciplina. Esto es lo que particularmente sucedió el 6 de enero, cuando los franceses arriesgaron á atacar á nuestra retaguardia cerca de Lugo: apenas pudo esperar el ejército ingles un empeño, cuando los rezagados se apresuraron á volver á tomar sus filas, i el soldado amotinado se hizo tan dócil como en un dia de parada.

Habiendo reusado los franceses la batalla que se les ofreció, continuó su retirada sir John Moore á pesar de las mismas dificultades, i por último llegó á la Corniña, á donde desde el principio habia resuelto ir á abrigarse. Se preparaba á hacer embarcar sus tropas sobre los barcos de transporte destinados para recibirlos, cuando la presencia de Soult, que seguia sus pisadas, le hizo ver que no podria hacer su operacion, sino por medio de un tratado con el general frances, ó por el de una batalla, que pusiese á éste en estado de no po-

der oponerse á su embarco. Sir John Moore, tomó el último partido, el único que convino á la nobleza de su carácter, i ocupó una posicion muy poco favorable, delante de la ciudad para proteger su embarco.

El dia 16 de enero atacaron los franceses en columnas cerradas, i con su vivacidad acostumbrada. Mas sostuvieron el choque, i le rechazaron sobre todos los puntos. El valeroso general recibió una herida mortal durante la accion, en el momento mismo en que exortaba á los valientes montañeses del regimiento cuarenta idos, »á que se acordasen del Egipto, i que á falta de cartuchos hiciesen uso de sus bayonetas.»

De este modo pereció en el campo de la victoria, en reparacion de sus primeros reverses, uno de los mas valientes i mejores oficiales del ejército ingles. Se envolvió su cuerpo en una capa militar, en lugar de las vestiduras ordinarias i del ataud, i se depositó en una tumba que se abrió á toda prisa en las murallas de la ciudadela de la Cornia. Las tropas concluyeron su embarque el siguiente dia, dejando su general muerto, »solo con su gloria.»

Aquella cosecha de laureles estériles, mezclados con tantos cipreses, puso fin á una campaña emprendida por un ejército tan brillante, á las órdenes de un general de tanta fama. Digamos en honor de sir John Moore, que el último acto de su vida recobró ampliamente la reputacion del ejército que mandó.

## CAPITULO XI.

## RESUMEN DEL CAPITULO XI.

EL GENERAL BELLIARD OCUPA Á MADRID EN 4 DE DICIEMBRE DE 1808. — NAPOLEON VUELVE Á FRANCIA. — CAUSA DE SU VUELTA PRECIPITADA. — RELACION DE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE OCASIONARON UN ROMPIMIENTO CON EL AUSTRIA. — GESTIONES SECRETAS DE TALLEYRAND PARA MANTENER LA PAZ. — INMENSOS PREPARATIVOS DEL AUSTRIA. — DISTRIBUCION DE SUS EJÉRCITOS. — ESPUEZOS CONTRARIOS DE BONAPARTE. — EL EJÉRCITO AUSTRIACO ENTRA EN BAVIERA EL 9 DE ABRIL DE 1809. — NAPOLEON MARCHA Á SU ENCUENTRO PRECIPITADAMENTE. — DERROTA COMPLETA DE LOS AUSTRIACOS EN ABENSBERG EL 20, I EN ECHMUHL, EL 22. — SON ARROJADOS DE RATISBONA EL 23. — RETIRADA DEL ARCHIDUQUE CÁRLOS Á BOHEMIA. — NAPOLEON APRESURA SU MARCHA SOBRE VIENA, QUE SE ENTREGA Á LOS FRANCESES EN 12 DE MAYO DESPUES DE UNA CORTA RESISTENCIA. — EL ARCHIDUQUE JUAN SE RETIRA Á UNGRÍA.

## CAPITULO XI.

Despues de haber dado cuenta de la expedicion británica bajo las órdenes de sir John Moore, volvemos á la fortuna de Napoleon, á

quien las victorias de Reinosa, de Burgos i de Tudela abrian un camino triunfal hasta Madrid. Su cuartel general estaba el 1.º de diciembre en el pueblo de Chamartin, á corta distancia de la capital, desde donde tal vez oía tocar á rebato, señal cierta de una insurreccion general i de una resistencia desesperada. El entusiasmo de los habitantes de Madrid hubiera podido salvar la villa, si hubiera estado bien sostenido i dirigido. Se apoderaron del oficial que llevaba la intimacion, i costó mucho el impedir que le hiciesen pedazos. El dia 3 atacaron los franceses el palacio del Buen Retiro, que se habia fortificado como si fuese una ciudadela, i allí murieron muchos españoles defendiendo aquel puesto. El dia 4 abrió Morla las conferencias con Bonaparte: Morla é Iriarte otro noble español, de quien se habian concebido mejores esperanzas, se escusaron por el partido temerario que habian adoptado. Convinieron en que la villa no podia resistir, pero que el pueblo bajo i los voluntarios estaban resueltos á defenderla; que por consiguiente convendria concederles un plazo para dar tiempo á que se resfriase su furor, i desvaneciesen el miedo que tenian.

Bonaparte admitió aquellos diputados á su presencia; i con aquella audacia que caracterizaba algunas veces su lenguaje, les reconvino sobre su mala fé violando el tratado de Baylen; se quejaba amargamente de los españoles aquel mismo que se habia apoderado de la familia real en el momento en que humildemente se ponía bajo la proteccion de su poder; el que habia ocupado por la fuerza fortalezas en las

cuales sus tropas habian sido recibidas como aliadas; el que habia inundado las calles de Madrid con la sangre de sus habitantes; en fin, el que habia dispuesto arbitrariamente de la corona de España, sin mas derecho que el de la fuerza i el de su voluntad. Si un español hubiera podido replicar al amo de tantas legiones, contar ultrage por ultrage, engaño por engaño, gota de sangre por gota de sangre, ¡que balanza tan espantosa hubiera resultado contra Napoleon!

No obstante, bien pronto conoció el pueblo de Madrid que le habian abandonado aquellos que hubieran debido dirigirle i esforzarle, i su ardor se convirtió en desconfianza i desesperacion. Por último se concluyó un convenio militar, en cuya virtud el general Belliard tomó posesion de Madrid el 4 de diciembre. Los artículos fueron bastante favorables para probar que Bonaparte, á pesar de que afectaba despreciar la resistencia que el pueblo hubiera podido oponer, temia no obstante irritarle. Entonces publicó una proclama en la que manifestaba su intencion de regenerar la España: »Pero, concluía diciendo, si mis esfuerzos son inútiles; sino correspondeis á mi confianza, no me quedará otro arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas, i colocar á mi hermano en otro trono. Cefirán entonces mis sienes la corona de España, i sabré hacer que los malvados me respeten; pues Dios me ha dado la fuerza i voluntad necesarias para superar todos los obtáculos.»

Dos operaciones de importancia llamaron entonces la atencion de Bonaparte; desde luego

era preciso dispersar el resto de las tropas que escaparon con Castaños de la derrota de Tudela i algunos otros cuerpos armados que ocupaban el mediodia de la España; ejecucion que era muy fácil para los franceses. Mas antes de proseguir sus ventajas en el mediodia, queria Bonaparte cortar la retirada á sir John Moore, dirigiendo una parte del ejército frances sobre Lisboa, por el camino de Talavera. El movimiento del general ingles sobre Salamanca frustró aquel proyecto. Napoleon no se creyó con fuerzas suficientes para marchar á un mismo tiempo sobre sir John Moore, rodear el ejército ingles, entrar en Portugal i ocupar á Lisboa. Difirióse pues, aquella última parte de su plan. Napoleon, como ya lo hemos visto, se puso á la cabeza de su guardia, se dirigió á Valladolid, i observó la retirada de sir John Moore; tuvo el placer de ver con sus propios ojos retirarse precipitadamente á su vista la gente que mas aborrecia, pero no seguramente la que temia menos. Se observó que jamas habia parecido tan contento i tan alegre como en aquel perseguimiento que los oficiales franceses llamaron *la correria de Benavente*; pero tambien presenció el espectáculo nada agradable de la escaramuza en que fué derrotado el general que mandaba la caballería imperial, i hecho prisionero su favorito el general Desnouettes. Hizo alto en la ciudad de Astorga, dejó á Ney con diez i ocho mil hombres para someter el país, i á Soult le dió el glorioso encargo de perseguir al ejército ingles i acabar de destruirle. Ya hemos visto hasta que punto cumplió Soult las intenciones de su amo.

El emperador se volvió á Valladolid , desde donde precipitadamente salió para Francia. Por un acto posterior declaró á su hermano José generalísimo de los ejércitos franceses en España.

En el momento en que se alimentaba con nuevas ideas ambiciosas , pareció que la actividad de su imaginacion se comunicaba á su organizacion física. Luego que el tiempo lo permitió , montó á caballo , i en el espacio de cinco horas i media hizo , segun dicen , la travesía de Valladolid á Burgos , es decir , treinta i cinco leguas de España , ó cerca de setenta millas inglesas , sin mas detencion que la precisa para mudar de caballos.

La increíble rapidez con que Bonaparte viajaba para volver á Francia , sin visitar siquiera á Madrid , ni esperar el que se decidiera la suerte del ejército ingles , sorprendió á cuantos le rodeaban. Algunos pensaban que en París se habia descubierto una conspiracion ; otros que se habia organizado en España un plan para asesinarle ; otros en fin alegaban causas diferentes ; pero bien pronto se supo , que lo que ocasionaba aquella prisa era un rompimiento próximo con el Austria.

Parece cierto que esta potencia fué la que provocó , i que no tenia para hacer valer ninguna de aquellas razones que ordinariamente emplean los gobiernos para cohonestar sus disposiciones hostiles. No alegaba agresion alguna reciente por parte de la Francia , ni sobre su autoridad , ni sobre sus dominios. En esta ocasion observa el abate de Pradt con su acostumbrada finura , que si Bonaparte no era un

religioso observador de la fé de los tratados, tampoco se puede decir que los demas estados obrasen con mucho mas escrúpulo respecto á con él. El mismo Bonaparte ha dicho, lo que era verdadero en un sentido, que la mayor parte de sus guerras, en cuanto á su causa inmediata, habian sido puramente defensivas por su lado; pero era una consecuencia natural de su política. Marchando abiertamente ácia la dominacion universal, todas las naciones debieron mirarle como un enemigo comun, á quien se hallaban autorizadas para atacar siempre que pudiesen hacerlo con ventaja, porque tampoco dejaba él escapar ninguna ocasion que se le presentase para dar un golpe á la independencia de la Europa.

A la verdad, la nueva ocasion que al Austria se presentaba, parecia muy seductora. Bonaparte se hallaba en España empeñado en lejanas conquistas; dejando á un lado la impopularidad de su causa, habia encontrado obstáculos hasta entonces sin ejemplo en su historia, i una resistencia de bastante gravedad para comprometer su reputacion de invencible.

Talleyrand, que temia otra guerra continental, tanto por el interés de Napoleon, como por el de la Francia, hizo muchos esfuerzos para encontrar medios de impedirla. Con este objeto se reunian por la noche, en casa del príncipe de la Tour et Taxis, Talleyrand i los condes de Metternich i Romanzow, en donde tenian sus conferencias secretas, que Napoleon ignoraba absolutamente; tanto es verdad que los soberanos mas hábiles i mas absolutos se hallan espuestos á ser engañados por sus mi-

nistros, lo mismo que los príncipes ordinarios; pero el Austria creía poder volver á pedir á Napoleon, en la hora de su decadencia, lo que ella se habia visto forzada á abandonarle en la hora de su fuerza; i apesar de la destreza de aquellos hombres de estado, no consiguieron conciliar los intereses del Austria i los de Bonaparte, quien sabia muy bien que la mas mínima concesion arrancada por la fuerza, comprometeria aquella alta reputacion militar que hacia la base de su poder. Viéndole ocupado en una guerra todavia dudosa en España, podia suponerse con razon que se alegraria de evitar una nueva lucha; pero con Bonaparte jamas resonaba en vano el sonido de la trompeta: respondió á este llamamiento, á pesar de todos los embarazos que se multiplicaban á su alrededor

El Austria desplegó en aquella grande circunstancia unos esfuerzos gigantescos. Sus ejércitos escedian en número á cuantos jamas habia levantado: subian á quinientos i cincuenta mil hombres á las órdenes del archiduque Carlos, á quien otra vez se le nombró generalísimo, comprendido en ellos el ejército de reserva.

Seis cuerpos de ejército de cerca de treinta mil cada uno, bajo las órdenes inmediatas del archiduque Carlos, debian sostener el principal peso de la guerra en Alemania. El séptimo cuerpo, al mando del archiduque Fernando, se hallaba acantonado en Galicia.

Bonaparte no tenia bastantes tropas para oponerse á cada una de aquellas masas formidables; pero recurrió á su vieja táctica, con

la esperanza de suplir á la inferioridad del número por una rapidéz de movimiento, tal que pudiese tener la superioridad sobre el punto donde se ventilase la querrela. Llamó los contingentes de la confederacion del Rhin, los del rey de Sajonia, i muchas divisiones que se hallaban en camino para España; por esta última medida diferia, ó por mejor decir, perdía la ocasion de someter aquel país. Ya tenía en Alemania los cuerpos de Davoust i del general Oudinot. Las guarniciones francesas establecidas en Prusia, i en las cercanías, vinieron á engrosar las filas del ejército; pero con todos estos refuerzos, Napoleon era todavía muy inferior en número al archiduque Carlos.

Este príncipe pasó el Inn el 9 de abril de 1809. El Austria empezaba pues aquella nueva lucha con la Francia por la invasion de la Baviera. Fundaba alguna esperanza sobre el descontento universal de los alemanes, sobre todo de los de la confederacion del Rhin i sobre el ódio que les inspiraba un sistema que en todas ocasiones hacia de ellos los instrumentos de la política francesa.

El ejército austriaco, embarazado con un inmenso tren militar, avanzaba con lentitud i hacia frecuentes paradas. Apenas anunció el telegrafo á Napoleon que se hallaba invadida la Baviera, salió inmediatamente de París para Francfort, sin guardia, sin equipage, sin un solo compañero por decirlo así, á escepcion de su fiel Josefina, que le siguió hasta Strasburgo, en donde esperó por algun tiempo el resultado de una campaña, cuyo fin debía ser tan fatal para su felicidad.

El archiduque se proponia tomar la ofensiva. Eran muy notorios sus talentos; su ejército infinitamente mas numeroso que el de los franceses ocupaba posiciones igualmente favorables para el ataque, ó para la defensa; i apesar de todo, Bonaparte logró en el corto espacio de cinco dias derrotar las masas formidables que tenia que combatir, por un efecto de combinaciones las mas bellas, i tal vez las mas asombrosas que su genio pudo concebir jamas.

Además, Napoleon encontró sus tropas en una posicion desventajosa. Se estendian estas sobre una dilatada línea entre Angsburgo i Ratisbona, presentando, por culpa de Berthier, segun se ha dicho, un inmenso intérvalo al centro. Cayendo el enemigo sobre este punto, podia dividir el ejército frances en dos, i amenazarle con un ataque por el flanco. Napoleon vió el error i las funestas consecuencias que podia tener. Inmediatamente tomó la atrevida resolucion de reconcentrar sus fuerzas, por medio de una marcha lateral i simultánea de las dos alas. Massena recibió órden de dirigirse por un movimiento oblicuo desde Angsburgo á Pfaffenhosen, i Davoust la de aproximarse al centro por una igual maniobra, desde Ratisbona á Neustadt. Aquellas marchas no pudieron ser sino marchas forzadas, habiendo tenido Davoust que hacer ocho leguas i Massena doce ó trece. En la noche del 17 salieron las órdenes para este último. Se le recomendaba sobre todo inteligencia i prontitud. Habiendose pasado el tiempo que se creyó necesario para ejecutar aquellos movimientos, Bonaparte con sus fuerzas del centro, cayó impetuosa-

mente sobre dos divisiones austriacas mandadas por el archiduque Luis i el general Hiller. Tal habia sido la exactitud de los cálculos de Napoleon, que Davoust pareció á punto fijo para tener estrechados los otros cuerpos austriacos que hubieran podido sostener las divisiones atacadas, mientras que Massena mas terrible todavia, llegando sobre la espalda del archiduque Luis, acababa la derrota del enemigo. Aquella victoria de Abensberg, obtenida el 20 de abril, rompió la línea de los Austriacos i fué el principio de sus desastres. El emperador los volvió á atacar al siguiente dia en Landshut, donde perdieron treinta piezas de artillería, nueve mil prisioneros, i gran número de municiones i bagages.

El 22 de abril, despues de este feliz principio, dirigió Bonaparte todas sus fuerzas, hábilmente distribuidas en muchas divisiones, avanzando por diferentes caminos sobre el principal ejército austriaco, que el archiduque Carlos habia reconcentrado en Eckmuhl, durante sus primeros reveses. Aquella batalla se mira como una de las mas admirables de la historia del arte militar. Mas de cien mil hombres fueron arrojados de todas sus posiciones, de resultas de los ataques sabiamente combinados de un enemigo, cuyas tropas llegaban sucesivamente sobre el campo de batalla, i ocupaban el puesto que se les habia señalado con tanta regularidad como las piezas de un tablero de damas. Todos los heridos austriacos, una gran parte de su artillería, quince banderas i veinte mil prisioneros quedaron en poder de los franceses. La retirada fué marcada con pérdidas análogas;

i el Austria frustrada otra vez en sus esperanzas de volver á tomar su influencia en la Alemania, se hallaba de nuevo reducida á combatir por su existencia como nacion.

Al dia siguiente, intentaron los austriacos proteger la retirada de su ejército, defendiendo á Ratisbona. Sin dificultad alguna se abrió una brecha en sus antiguas murallas; pero la fusilería de los sitiados fué por largo tiempo fatal para los franceses que quisieron subir al asalto. Era difícil encontrar hombres que de buena voluntad renovasen el ataque, cuando el impetuoso Lannes tomó una escala, i arrimandola contra la muralla: »Yo os haré ver, gritaba á sus soldados, que vuestro general todavía es granadero.» El ejemplo los arrastra, se apoderan de las murallas, i continua el combate en las calles de la ciudad, que no tardó en incendiarse. Un cuerpo frances avanzaba al paso de carga contra un cuerpo austriaco que todavía ocupaba la estremidad de una calle que estaba ardiendo: se halló detenido por algunos carros del enemigo: »Estos carros estan llenos de pólvora decia á voces el comandante austriaco; si se prende fuego perecemos todos juntos.» Cesa el combate; se reunen los dos partidos para evitar una desgracia comun, i logran salvar las municiones. En fin los austriacos fueron arrojados de Ratisbona; dejando en poder del vencedor muchas piezas de artillería, muchos bagages, i un gran número de prisioneros.

Durante aquella última refriega, estando Bonaparte entretenido con el mariscal de Palacio Duroc, i observando la accion desde alguna

distancia, fué herido de una bala muerta, que le hizo una fuerte contusion. »El que me ha apuntado desde tan lejos no puede ser sino un tirolés, dijo con frialdad el emperador; estas gentes son muy diestras.» Los que se hallaban presentes le hicieron ver que no debia esponerse de aquel modo. »¿Qué quereis que haga? les respondió; es presiso que vea todo lo que pasa.» Sobresaltados los soldados con la noticia de su herida, se agolparon á su alrededor; pero apenas quiso permitir que le curaran, tal era el deseo que tenia de montar á caballo, i de hacer que cesase la inquietud del ejército, mostrándose en medio de las filas.

De este modo cambió enteramente el aspecto primitivo de la guerra en el corto intervalo de cinco dias, término, digamoslo asi, que Bonaparte habia fijado para concluir los negocios de Alemania; i el Austria que habia emprendido aquella guerra con la esperanza lisongera de restablecer su antigua preponderancia en Europa, se hallaba ya reducida á continuar la lucha, en la incertidumbre de conservar su existencia política. En ninguna otra época de su carrera agitada, desplegó Napoleon un genio mas fuerte para triunfar de todos los obstáculos; jamas ejercieron los talentos de un solo hombre una influencia mas positiva sobre los destinos del mundo. No solo eran muy inferiores á las del enemigo las fuerzas que tenia en el campo de batalla, sino que, bajo el punto de vista militar, se encontraban en posiciones desventajosas, i en un estado imperfecto de organizacion. Napoleon llega en medio de todas estas desigualdades, i volvemos á repetirlo, sin

mas socorro, por decirlo así, que la fuerza de su genio, queda al cabo de cinco dias completamente vencedor de una lucha que se anunciaba bajo un aspecto tan terrible! No es menester asombrarse de que otros le hayan mirado, i que él mismo se haya considerado como un instrumento escogido por la providencia, que nada hay que pueda detenerle en su marcha, i cuyas armas son invencibles.

Mientras que las reliquias del ejército austriaco se retiraban precipitadamente sobre la Bohemia, empleó Napoleon los dias 23 i 24 de abril en pasar revista de sus tropas, i distribuyó entre ellas con largueza honores i recompensas. Entonces era cuando se presentaba con todas sus ventajas; si era demasiado soldado con los soberanos, nadie como él sabia ser soberano con los soldados. En esta ocasion dijo á un soldado, tocándole familiarmente en la mejilla: „Yo te hago caballero;” \* i le preguntó como se llamaba.

„Vos debéis saberlo, respondió el soldado, por que os socorrí con mi cantimplora cuando

---

\* „En este dia habia creado Napoleon los primeros grados de caballeros destinados para los sargentos, cabos i soldados, títulos transmisibles á sus hijos con dotación. Los que creían que se les habia hecho alguna injusticia en aquella distribucion de cintas i pensiones, podían, segun dicen, litigar libremente la causa de sus heridas. Dirigiéndose entre otros un soldado á Napoleon, queria absolutamente que personalmente le reconociese como soldado del ejército de Egipto. Tiene razon, dijo el emperador al mayor general, yo reconozco estos viejos bigotes; Berthier, este es de los míos, escribe su nombre, le doy la cruz de la Legion de Honor.” Esta anecdota se ha extractado de la campaña de 1809, por M. de Mortonval.

estábais muriendo de sed en los desiertos de la Siria.”

Napoleon se acordó inmediatamente del hombre i de la circunstancia. »Yo te hago caballero, volvió á decir; con una dotacion de mil i doscientos francos: ¿Que harás con tanto dinero?»— Beberé con mis camaradas á la salud del hombre que tanto necesitamos.”

Los generales tuvieron su parte en las larguezas imperiales, i con particularidad Davoust, el cual ejecutó de un modo tan admirable las maniobras que ordenó Napoleon, que á él fué á quien se atribuyó el haber ganado la batalla. Fué creado príncipe de Eckmuhl. Entraba en la política de Bonaparte hacer llevar el nombre del campo de batalla á los generales que mas habian contribuído á la victoria, i unir el recuerdo de su valor con el del beneficio que habian recibido en recompensa; de este modo cada nuevo título que se concedia á un general ennoblecido, era un estímulo de gloria para todos los demas.

El archiduque Cárlos se retiró á Bohemia despues de la batalla fatal de Eckmuhl. Es este un país montañoso, cubierto de desfiladeros que favorecen la defensa, en donde hubiera podido reorganizar su ejército, recibir refuerzos de toda especie, i prolongar su resistencia en el caso que Bonaparte le hubiera perseguido; pero las victorias de los cinco dias memorables habian hecho á Napoleon dueño absoluto de la orilla derecha del Danubio, i del camino real de Viena, situado sobre esta misma orilla del rio. Fiel á su principio de herir directamente el corazon de su contrario, resolvió Napoleon mar-

char ácia la capital del Austria, en vez de perseguir al archiduque en Bohemia. Si hubiera adoptado este último partido, hubiera podido alargarse la guerra, i esto es precisamente lo que trató siempre de evitar el emperador frances; por otro lado, la preponderancia que la Francia iba á adquirir, alarmaba á la Rusia, que avanzaba con lentitud, i por decirlo así, contra su voluntad, como aliada de Napoleon, en términos que hubiera podido abrogarse un derecho de mediacion, que en el caso de habersele reusado se hallaba con fuerzas suficientes para tomarle de su propia autoridad.\* Añadámos á esto que el general austriaco Hiller, derrotado en Landshut, i separado del archiduque Cárlos, se habia puesto á la cabeza de una reserva considerable, i parecia querer defender el camino real de Viena. Bonaparte tenia pues al frente un enemigo temible, mientras que el archiduque Cárlos hubiera tenido la facilidad de cortar las comunicaciones del ejército frances sobre sus espaldas. Tambien amenazaba en el Tirol una insurreccion general, no solo de arrojar de aquellas montañas á los franceses i bávaros, sino de invadir á la Baviera; empezaban á manifestarse levantamientos en toda la Alemania; i era evidente que si la fortuna se hubiera pronunciado contra la Francia, casi todo el norte de aquella comarca se hubiera armado contra ella. Mas el aspecto

---

\* No obstante, Bonaparte habia hecho proponer al Austria la garantia de la Rusia i el Austria la rehusó. Véase el *Monitor* del 27 de junio de 1809, pag. 704, segunda columna. (Editor).

de aquellos peligros, que hubieran estremecido á un hombre menos atrevido que Bonaparte, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de obligar al Austria á hacer la paz, bajando por el Danubio, i ocupando por segunda vez la capital del Austria.

Inmediatamente tomó sus medidas para este efecto. El general Hiller demasiado débil para intentar defender el Inn, se replegó sobre Ebersberg, pueblo protegido por un fuerte sobre el Traun. Este rio ofrecia pocos parages vadeables, i corria entre dos orillas naturalmente escarpadas; un puente formaba el único punto de comunicacion con el pueblo, i mirada de frente la posicion, parecia inespugnable; la ocupaba Hiller con mas de treinta mil hombres, i una artillería formidable; esperaba poderse mantener en ella el tiempo necesario para restablecer sus comunicaciones con el archiduque Carlos, i concurrir con aquel príncipe á la salvacion de Viena, defendiendo el curso del Danubio.

El dia 3 de mayo atacó Massena la posicion de Ebersberg, i la tomó apesar de una resistencia desesperada, que probablemente costó tanta gente á los vencedores como á los vencidos.

El general Hiller se replegó sobre San Polten, pasó el Danubio por el puente de Munttern, que destruyó inmediatamente, i continuó su movimiento para reunirse con el archiduque Carlos, abandonando de este modo toda la orilla derecha del Danubio, i por consecuencia el camino real de Viena abierto á los franceses. Napoleon marchó con rapidéz, pero en buen orden i sin precipitarse, calculando lo que ne-

cesitaba de antemano para llegar á Viena antes que el archiduque, i tomando ademas todas las medidas necesarias para asegurar sus comunicaciones.

Los habitantes de aquella gran capital estaban llenos de patriotismo; desde las murallas hicieron fuego contra las primeras columnas francesas, i rehusaron rendirse á la intimacion que se les hizo. El archiduque Maximiliano era el gobernador de la plaza; habia hecho venir diez batallones de tropas de línea, i otros diez de landwerhr ó milicia; un granizo de granadas, que caían en la ciudad, fué para los habitantes el principio de los desastres inevitables de una defensa. El palacio del emperador de Austria se hallaba directamente expuesto á aquel terrible fuego. El soberano con la mayor parte de su familia se habia retirado á Buda en Ungría, i solo una persona estaba todavia en Viena, con motivo de hallarse enferma, que era la jóven archiduquesa María Luisa, que muy pronto fué emperatriz de Francia. Informaron á Bonaparte de esta circunstancia; se respetó el palacio, i se lanzaron sobre otros cuarteles los horribles proyectiles. No tardó en abandonarse el proyecto de defender á Viena. El archiduque Maximiliano salió de la ciudad con las tropas de línea; i el general Oreilly, que no tenia á sus órdenes mas que algunos batallones de milicias, firmó una capitulacion el dia 12.

Napoleon no entró en Viena, i estableció su cuartel general en Schoenbrunn, uno de los palacios del emperador de Austria en las cercanías de la capital. En tanto, el archiduque

Cárlos, que no habia podido impedir la caída de Viena, avanzaba con intencion de vengarla.

Habiéndose creído que el ejército principal era suficiente para asegurar la salvacion i la gloria del Austria, se habia dirigido el archiduque Juan á la Italia, como el archiduque Fernando á Polonia, para restablecer la autoridad de su casa en sus antiguos dominios. El archiduque Juan habia derrotado el 15 de abril á Eugenio virey de Italia, i le habia forzado á replegarse en la posicion de Caldiero sobre el Adige. Mas en el momento en que el príncipe austriaco hubiera podido aprovecharse de sus ventajas, recibió la noticia de los desastres de Eckmuhl, i del peligro que amenazaba á Viena. Vióse entonces en la necesidad de retroceder i dirigirse, si podia, ácia el reino de Ungría, en donde podia ser muy necesaria la presencia de su ejército. Se halló perseguido entonces por el príncipe Eugenio, que con la retirada del austriaco pudo reunirse á las tropas francesas en Dalmacia, de que se habia separado, i de este modo tomar la ofensiva con un aumento de fuerzas considerable.

Aquella lucha se continuaba pues con diversos resultados desde las orillas del Báltico hasta las del Adriático, i desde las provincias orientales de Alemania hasta las de la Ungría. Mas el mundo apartando sus miradas de las estremidades de la escena, las dirigia con ansia á las llanuras de Viena, en donde iban á encontrarse cara á cara Bonaparte i el archiduque Cárlos. Allí podia decidirse para siempre la suerte, i tal vez la existencia del imperio de Austria.

---

---

## CAPITULO XII.

### RESUMEN DEL CAPITULO XII.

POSICIONES DE LOS EJÉRCITOS FRANCES I AUSTRIACO DESPUES DE LA BATALLA DE ECKMUHL. — NAPOLEON PASA EL DANUBIO EL 20 DE MAYO. — ACCION ACALORADA DE ASPERN; AMBOS PARTIDOS SE ATRIBUYEN LA VICTORIA. — LOS DOS EJÉRCITOS RECIBEN NUMEROSOS REFUERZOS. — BATALLA DE WAGRAM, DADA EL 6 DE JULIO, I DERROTA COMPLETA DE LOS AUSTRIACOS CON PÉRDIDA DE VEINTE MIL PRISIONEROS. — ARMISTICIO CONCLUIDO EN ZNAIM. — FIN DE LAS OPERACIONES DE SCHILL I DEL DUQUE DE BRUNSWICK OELS. — DEFENSA DEL TIRÓL. — SU RESULTADO DESGRACIADO DEFINITIVAMENTE.

## CAPITULO XII.

**H**emos dejado á Napoleon concentrando su ejército al pie de las murallas de Viena, i disponiéndolo de suerte que se estableciesen comunicaciones con la Francia, no muy fáciles de mantener á causa de las distancias. Era dueño de Viena i de la orilla derecha del Danubio. El archiduque Cárlos llegaba por la orilla opuesta del rio, que, inchado con las lluvias i el desyelo parecia una barrera insu-

perable entre ambos ejércitos rivales. Cuando Napoleón se apoderó la primera vez de Viena en 1805, se habían conservado los puentes, de suerte que pudo marchar sin detenerse en busca de Koutousoff, i del ejército ruso; pero esta vez no tuvo Bonaparte la misma ventaja. No quedaba ni un solo puente mas arriba ni mas abajo de Viena para poder pasar el rio i acabar la guerra con una nueva victoria contra el archiduque. De otra parte, cada instante perdido en la indecision era muy perjudicial al emperador de los franceses. El archiduque Carlos esperaba á sus hermanos; estaba en su país, i no le era difícil hacer subsistir su ejército, al paso que Napoleón se encontraba en país enemigo, no debía esperar refuerzos, i podia encontrar obstáculos en el acopio de víveres para su ejército. La prudencia decidió, pues, á Bonaparte á mandar establecer un puente en el Danubio, i pasar el rio á la cabeza de su ejército para dar batalla al archiduque Carlos, que estaba en la margen opuesta.

En frente de Ebersdorf, lugar situado en la margen derecha, se divide el Danubio en cinco brazos que varias islas los separan, una de las cuales, muy grande, se llama Lobau. Dos de los brazos son muy anchos, i las islas que presentan una forma irregular, parecen formadas por los acarreos de las crecientes del mismo rio. Su superficie es desigual, cubierta en parte de bosques, pantanos i agua. Allí resolvió Bonaparte establecer un puente, i á este efecto reunió todos los barcos grandes i pequeños i todos los materiales de que pudo echar

mano. El ingeniero Aubri dió pruebas en aquella ocasion de mucha inteligencia i actividad.

Los franceses se vieron precisados á servirse de barcas de pescadores llenas de balas de cañon en lugar de anclas, i de valerse de otros materiales semejantes para cumplir su proyecto, trabajando sin interrupcion.

Reunidos ya los materiales el dia 19 de mayo, Napoleon visitó la isla de Lobau i dió sus órdenes para que se concluyese el puente con toda la celeridad que fuese posible; i fué tan bien obedecido, que el dia siguiente las tropas empezaron á pasar, aunque el puente no estaba acabado.

Cuando los franceses hubieron pasado el último puente, pues se estableció uno en cada brazo del rio, entraron en una pequeña llanura entre los dos pueblos de Aspern i Esling. El primero se halla situado en la izquierda á unas mil toesas del parage en donde estaba el último puente, i Esling al otro extremo de la llanura, á unas mil i quinientas toesas del mismo punto. Estos dos pueblos edificados con piedra de canteria, adornados con jardines, azoteas i patios, formaban cada uno una pequeña fortaleza, de las cuales el atrio de la Iglesia de Aspern i el vasto almacén de Esling podian considerarse como la plaza de armas i la ciudadela. El profundo foso que guarnecía los bordes del camino real que hay entre aquellas dos fuertes posiciones, las unia como una cortina une dos baluartes.

Napoleon, en cuanto hubo hecho pasar unos treinta mil hombres de infantería i seis mil

de caballería, hizo levantar un reducto para cubrir el extremo del puente sobre la izquierda; al mismo tiempo ocuparon las tropas Aspern i Esling, i la línea que los unia.

Algunos fuegos encendidos en las alturas lejanas de Bisamberg hicieron suponer á Lannes que el enemigo se habia concentrado en aquel punto. Pero mas cerca de los franceses, i á su frente se distinguia al horizonte una faja pálida de una legua de estension poco mas ó menos, producida por el reflejo de las numerosas hogueras que la elevacion del terreno no dejaba descubrir á los franceses.

Lannes dedujo de ello que solo tenian delante una fuerte retaguardia. Massena aseguró mas juiciosamente que estaba todo el ejército, i Napoleon queriendo decidir la cosa por sí mismo, montó á caballo al amanecer del 21; pero el terreno estaba tan ocupado por la caballería ligera del enemigo, que no era posible descubrir su posicion. Repentinamente se descubrió, i se presentaron los austriacos avanzando en cinco columnas, mandadas por los mejores generales, en doble número que el ejército francés, i con doscientos veinte cañones. Comenzó el combate por un ataque desesperado contra Aspern que fué ganado i perdido varias veces consecutivas, i fué horrorosa la carnicería; sin embargo, la tenacidad de los austriacos no pudo triunfar de la resistencia de los franceses. Los primeros atacaron tambien á Esling, pero con menos encarnizamiento, i hubo mucha pérdida de ambas partes.

La batalla habia empezado á las cuatro de la tarde, la noche se acercaba, i todavia nada

estaba decidida. El archiduque hizo avanzar su reserva, i dirigió sus varios cuerpos ácia Aspern, en donde el combate se seguia con mas vigor. No habia un jardin, azotea ni patio, que no fuese teatro de una lucha tenaz. Carros, galeras, rastrillos, arados, todo se convirtió en atrincheramientos. Las ventajas eran variadas, i ambos partidos estaban confundidos. Al anochecer, Massena quedó dueño de una parte de la plaza destruída por las bombas i cubierta de cadáveres. Los austriacos, que se habian apoderado de la iglesia i del cementerio, se atribuyeron la victoria por la derecha.

Durante aquella sangrienta jornada, tres ataques generales se dieron en Esling, que los franceses rechazaron con la mayor energía. Lan-nes que le defendía, estuvo por algunos momentos tan apretado, que no hubiera podido sostenerse si Napoleon no hubiera volado á socorrerle, i no le hubiese dado tiempo de respirar, haciendo ejecutar oportunamente i con mucha audacia una carga de caballería: solo la noche separó los combatientes.

El dia 22 empezó de nuevo el cañoneo: ambos ejércitos habian recibido refuerzos; Napoleon de la orilla izquierda i el archiduque de sus reservas de la retaguardia. Por decontado los franceses se llevaron la superioridad; volvieron á tomar la iglesia de Aspern, é hicieron un crecido número de prisioneros; pero se renovaron los ataques con el mismo furor que la víspera. Napoleon tomó entonces una resolución digna de su fama. Observó que el enemigo al paso que apretaba por Aspern en donde se apoyaba la izquierda de los franceses se sos-

tenía atrás, ó, hablando en términos militares, negaba su derecha i su centro, i sacó por consecuencia que uno i otro estaban debilitados para reforzar los cuerpos que atacaban á Aspern. Por lo mismo, hizo avanzar su derecha i su centro para atacar á los austriacos por aquellos puntos debilitados; el movimiento se ejecutó en escalones, empezando por la derecha; se arrojaron impetuosamente formidables masas de infantería, sostenidas por una numerosa artillería. Los austriacos fueron rechazados, i á punto de quedar derrotados; regimientos i brigadas se encontraron sin comunicacion, i el centro iba á quedar separado del ala derecha. El archiduque Cárlos llegó en aquel momento crítico; hizo avanzar sus reservas, llenó los vacíos que el ataque furioso de los franceses habia ocasionado en las filas, i cogiendo una bandera, él mismo condujo de nuevo sus granaderos al ataque.

Sobre este punto importante las relaciones de los dos ejércitos difieren completamente: los franceses aseguran que los austriacos, á pesar del valor heroico de su general, estuvieron á pique de experimentar una completa derrota; segun el archiduque Cárlos, por el contrario, la resistencia de los suyos tuvo un éxito completo, i los franceses fueron rechazados por todas partes. Todos estan acordes en que la corriente se llevó el puente que Bonaparte hizo establecer en el Danubio.

Los austriacos pretenden que este acontecimiento favorable se debió á los brulotes que habian echado al rio. Los franceses niegan la existencia de semejantes brulotes, i poco dis-

puestos á confesar el buen éxito de los planes de sus enemigos, atribuyen la destruccion de su puente, al choque de una gran cantidad de troncos de árboles i de barcas que acarreaaba la crecida extraordinaria del Danubio. El general Pelet conviene en que el río acarrió efectivamente vigas de uno ó mas molinos, en las cuales se encontraron materias inflamadas. Pero, ora bien los austriacos se valiesen del recurso muy natural de arrojar brulotes i vigas al río, ora bien, valiéndonos del lenguaje de la alegoría antigua, el antiguo é indómito Danubio hubiese querido sacudir el yugo extranjero, lo cierto es, que el puente se rompió, i que el ejército frances estuvo en un peligro muy inminente.

Bonaparte se vió, pues, precisado á retirarse para asegurar, ó mas bien, para restablecer la comunicacion con la orilla derecha. La retirada de los franceses dió motivo á que los austriacos avanzasen; volyieron á ocupar Aspern, i si los franceses no experimentaron pérdidas enormes, lo debieron á sus extraordinarios esfuerzos de valor i habilidad. A Lannes, cuya conducta en toda aquella jornada escitó la admiracion general, una bala de cañon le rompió ambas pierdas. Massena, en aquella crisis, conservó mucha serenidad i energía, i el ejército le debió en gran parte su salvacion.

En fin, las baterías del pueblo de Esling cubrieron la retirada de los franceses, apesar de que los austriacos lo atacaron repetidas veces con el mayor furor. La parte de puente que unia la grande isla de Lobau con la orilla izquierda en donde se combatia, no habia

padecido menoscabo, i se hallaba bien fortificada. Por este medio tuvo Napoleon la facilidad de reunir los restos de su ejército en la isla, evacuando enteramente la posicion que ocupaba en la orilla derecha. La pérdida de cada ejército pasó de veinte mil hombres entre muertos i heridos. Saint Hilaire, que era uno de los mejores generales franceses murió en el campo de batalla, i Lannes herido mortalmente, fué trasportado á la isla, conducido por doce de aquellos viejos granaderos, honor del ejército frances, empolvados, llenos de sangre, i tiznado el rostro con la pólvora que acaban de gastar. Estos valientes habian formado con sus fusiles cruzados i ramas de encina unas angarillas en las cuales llevaban al intrépido guerrero casi espirante. Divisó Napoleon aquella marcha fúnebre, i apenas hubo conocido á su amigo Lannes, cuando se apresuró para salir al encuentro. Detiénense los granaderos, i Bonaparte arrojándose al seno de su antiguo compañero de armas, le dice con voz ahogada en pena. »Lannes, amigo mio ¿me conoces? Soy el emperador! . . Soy Bonaparte! . . Soy tu amigo!» El mariscal al oír estas palabras, abriendo apenas sus cerrados párpados, se reanima un poco, hace algunos esfuerzos, i no pudiendo hablar, levanta sus brazos desfallecientes para echarlos al cuello de Napoleon que le tiene abrazado. Confúndense sus sollozos, enternécense tambien los granaderos acostumbrados á arrostrar mil veces impávidos la muerte, i quedan sobrecogidos de respeto i dolor. Pero temiendo Bonaparte que se agrave más la situacion de Lannes con aquella escena dolorosa,

manda que le lleven cuidadosamente á parage seguro, i que nada se omita para su curacion. Pocos dias despues murió el mariscal en Viena.

La noticia de esta terrible batalla se estendió á lo lejos, representándola los austriacos como una victoria completa i gloriosa. Tal hubiera sido si hubiesen ganado Aspern i Esling; pero solo puede considerarse como un ataque rechazado. En efecto, el proyecto del emperador habia salido fallido, él mismo se vió precisado á retirarse á la isla, i por consecuencia de una crecida extraordinaria, se encontraba separado de la márgen opuesta en donde estaban sus recursos. En suma su posicion era muy precaria.

El dia 23, inmediato siguiente á la terrible batalla de Aspern, Bonaparte con sus heridos, i el resto de su ejército se encontraba bloqueado en la pantanosa isla de Lobau i la de Entzersdorf, mas inmediata á la orilla izquierda, asi llamada por el pueblo de su nombre. Esta isla mas pequeña que la otra, de la cual no es buenamente mas que una obra avanzada, solo está separada de la márgen izquierda que ocupaban los austriacos, por un canal de veinte toesas de ancho. La destruccion de los puentes habia aislado enteramente á Bonaparte de la orilla derecha, en donde estaba su retaguardia mandada por Davoust.

Napoleon, habiendo reunido sus materiales con una celeridad prodigiosa, al segundo dia despues de la batalla consiguió restablecer sus comunicaciones con la orilla derecha, i de esta suerte los austriacos vieron desvanecida la posibilidad de sacar ventaja de su aislamiento. La

misma actividad en poco tiempo convirtió la isla de Lobau en un campo inmenso, protegido con fuertes baterías, i al abrigo de cualquier sorpresa de parte de los austriacos. Las otras islas pequeñas tambien fueron fortificadas, i el dia 1.º de junio el emperador estableció definitivamente su cuartel general en la isla de Lobau, que se le dió el nombre de isla Napoleon: este campamento era una ciudadela inmensa en donde habia todos los medios de arrojar á discrecion sobre el enemigo. Con una rapidéz increíble se vieron parecer pontones, i cuanto era necesario para construir tres puentes de barcas bajo un plan mas conveniente; se compuso el que se habia destruido en términos de no temer ya las aguas del Danubio. Reunió de nuevo las islas que ocupaban los franceses con la orilla izquierda, i los austriacos observaban con tanta admiracion al enemigo, que, aunque estaban en su propio terreno, i que la suerte de su patria dependiese del éxito de la campaña, parece que no suponian á Napoleon otro medio de comunicacion que aquel antiguo puente situado entre Aspern i Esling. Imbuidos en esta falsa idea, perdieron su tiempo en levantar fortificaciones, apesar de que nada era mas fácil que descubrir las tres nuevas construcciones de los franceses.

Durante algunas semanas ambos ejércitos recibieron refuerzos; los nobles austriacos i úngaros hicieron grandes esfuerzos para levantar á sus vasallos. Napoleon, por su parte, ordenó en toda la Alemania mas ó menos sometida á su influencia, levadas considerables para consumir la esclavitud de aquel país.

Pero se avanzaron ejércitos mas crecidos i poderosos desde la frontera del norte de la Italia, desde donde el archiduque Juan, como ya hemos dicho, pasaba á Ungría, para reunirse con el archiduque Cárlos; verificó su retirada, pero no sin verse ostigado. El príncipe Eugenio de Beauharnais, al frente del ejército destinado á combatir al archiduque Juan en Italia, habiendo reunido las tropas que se hallaban en Dalmacia siguió á los austriacos, les obligó varias veces á batirse, obtuvo muchas ventajas, i llegó tan pronto como ellos á las fronteras de Ungría. Era de esperar que la ciudad de Raab prolongaría su resistencia para dar tiempo al archiduque Juan de combinar sus movimientos con los de su segundo hermano el archiduque Regnier, que se ocupaba en organizar la insurreccion úngara, pero la fatalidad que dominaba en aquella campaña, quiso que Raab se rindiese ocho días despues de la derrota de aquel príncipe al pie de los muros de esta ciudad. El ejército de Italia verificó su reunion con el ejército frances, i el archiduque Juan, despues de haber pasado el Danubio en Presburgo, avanzó ácia el éste para juntarse con el archiduque Cárlos; pero Napoleon tenia mucho interés en impedir esta reunion.

El día 5 de julio á las diez de la noche, los franceses se pusieron en movimiento para pasar á la orilla izquierda del Danubio. Las lanchas cañoneras impusieron silencio á algunas baterías austriacas; i se evitaron las demas pasando el rio fuera de su alcance, por los nuevos puentes.

El dia siguiente al amanecer el archiduque Cárlos se halló estraordinariamente sorprendido, al ver todo el ejército frances establecido en la márgen izquierda, despues de haber dado vuelta á todas las fortificaciones que habia construido para detenerle. Esling i Entzersdorf habian caído en poder de los franceses, cuyo ejército presentaba su frente al ála izquierda del archiduque, amenazando á un tiempo su flanco i su retaguardia. El archiduque intentó enmen- dar su posicion estendiéndose por la derecha de los franceses, mientras que estos se precipitaron adelante para romper el centro de los austriacos, que se apoyaba sobre Wagram; este pueblo fué ganado i perdido, i ya no quedaba mas que una casa que la ocupaba el archiduque Cárlos, cuando la noche concluyó aque- lla refriega sangrienta, pero no decisiva. Se es- pidieron repetidos correos al archiduque Juan para apresurar su llegada.

El dia siguiente 6 de julio se dió la terri- ble batalla de Wagram, en la cual dicen que el archiduque Cárlos cometió el error enorme de es- tender su línea, debilitando su centro, i el ene- migo era tan activo, que no podia dejar de apro- vecharse de ella. Lauriston con cien cañones, i Macdonald al frente de una division escogida, cargaron el centro de los austriacos i lo rompie- ron. Napoleon desplegó todo su valor i sus cono- cimientos. Se presentó en lo mas vivo de la ac- cion, apesar de que mas de una vez peligró su vida por el granizo de metralla que su numerosa comitiva atraía de parte de los enemigos.

Parece que el desórden se introdujo en el ejército austriaco; se condujo mal el ála iz-

querda : se oyeron gritos de espanto , i los que hubieran debido dar ejemplo de firmeza , fueron los primeros en darlo de una fuga precipitada. Veinte mil prisioneros cayeron en poder de los franceses ; en una palabra , la derrota fué completa. El archiduque Juan , que llegó con parte de su ejército , antes que la accion estuviese enteramente concluida , se consideró muy feliz de poderse escapar sin que le viese el enemigo.

El emperador de Austria , no viéndose ya en estado de resistir , firmó un armisticio con Napoleon en Znaim , en virtud del cual evacuaba el Tiról , i entregaba las ciudadelas de Brunn i de Gratz , como prendas de la sinceridad con que deseaba la paz.

Este armisticio aniquiló todas las esperanzas de los valientes tirolese , i de los insurgentes alemanes , que con las armas en la mano habian querido reconquistar la independenciam de su patria. Pero la aparicion de aquellos patriotas , aunque en aquel momento no produjo ningun resultado notable , merece recordarse como que anunciaba un restablecimiento del espíritu nacional , i la cesacion de aquel letargo de esclavitud que hace sobrellevar al hombre una mudanza de amo con tanta paciencia como la del animal estúpido que presenta la cabeza al yugo. Espondremos en pocas palabras el resultado de las espediciones de Schill , del duque de Brunswich , i de la insurreccion de los tirolese.

La libertad de la Europa , la independenciam de Alemania , i la restauracion de la Prusia , determinaron á Schill , mayor de húsares al

servicio de Rusia, á emprender la manumision de su patria sin órden de su soberano. El movimiento proyectado por aquel intrépido soldado, tenia relacion con un plan de insurreccion general; pero fué descubierto antes que hubiese madurado la conspiracion. Viéndose Schill en la precision de precipitar la ejecucion de sus medidas, se puso á la cabeza de su regimiento, cuyo ardor era igual al suyo, salió de Berlin, proclamó la independendia de la Prusia, i logrando reunir un cuerpo de cinco á seis mil hombres, tomó posesion de muchas ciudades i de la pequeña fortaleza de Domitz; pero despues de haber atravezado muchas partes de la Alemania, vió malogradas todas sus tentativas para reforzar su pequeño cuerpo de tropas contra el cual Gerónimo Bonaparte habia reunido un ejército considerable. Schill desplegó constantemente mucha actividad, valor i talento; pero tenia tan pocas suertes en su favor, que sus admiradores no se atrevian á reunirse con él. Apretado muy de cerca, i á cada instante á pique de hallarse cercado por cuerpos de holandeses, westfalianos i dinamarqueses, se vió por último precisado á buscar una posicion defensiva, en la cual pudiese esperar socorros de Inglaterra para volver á continuar su espedicion, ó marcharse del continente. La ciudad de Stralsund convenia á este plan. Se presentó delante de sus puertas el 25 de mayo, se estableció en ella, reparó sus fortificaciones lo mejor que pudo, i se preparó para defenderse alli.

Pero conociendo Napoleon la necesidad que habia de apagar aquella chispa antes que cau-

sase un incendio, hizo marchar contra Stralsund un cuerpo considerable de holandeses i dinamarqueses que se apoderaron de la ciudad el 31 de mayo. Schill i sus valientes compañeros, se reunieron en la plaza, i se defendieron como unos desesperados. Hubieran tal vez triunfado, si Schill no hubiese perecido. Solo la muerte pudo salvarle del yugo del opresor de su patria. El rey de Prusia habia desaprobado desde el principio la empresa de Schill; i cuando la toma de Viena destruyó todas las esperanzas del Austria, publicó Federico una proclama en la cual declaraba fuera de la ley á él i á sus secuaces. Fundándose en el lenguaje de la Prusia, los franceses i los pueblos que marchaban como vasallos bajo su bandera, hicieron sufrir á los oficiales de Schill la pena debida á los ladrones i piratas, castigo que, desde Wallace i Llewellyn, han aplicado los tiranos muy amenudo á los que les hacian resistencia.

Apenas se habian concluido los movimientos de Schill, cuando el duque de Brunswick principió los suyos.

Aliándose el jóven duque con el Austria i obligándose á ponerse á la cabeza de un cuerpo de partidarios que la Inglaterra equipó i mantuvo, no quiso tomar empleo en el ejército de aquella potencia, ni figurar en ella como uno de sus generales. Prefirió hacer el papel mas noble de un hijo vengador de la muerte de su padre, i de un príncipe del imperio que trataba de recuperar, con la punta de la espada, la herencia que le habian quitado los estraños. Sus talentos i sus acciones probaron

que era capaz de desempeñar aquel doble papel. Hasta su uniforme i el de su caballería indicaban el dolor i la rabia. Era negro en señal de luto por la muerte del padre del príncipe; los alamares formaban las costillas de un esqueleto, i los cascos ó sombrero llevaban delante la figura de una calavera. Batió á los sajones en diferentes ocasiones i desplegó mucho valor i actividad; pero séase por falta de carácter en el general austriaco Am Ende, que debia cooperar con él, séase por la envidia secreta del Austria contra un aliado que aspiraba á hacerse independiente, aquella potencia le apoyó siempre muy tarde, i aun algunas veces le abandonó en el momento en que mas hubiera necesitado de su socorro.

Como quiera que sea, hallándose el duque momentáneamente dueño de Dresde, Leipsick i Lindeneau, obligó al rey de Westfalia á retirarse; ocupaba en tiempo del armisticio de Znaim, una parte considerable de la Franconia; pero abandonado por el Austria, en virtud de aquel convenio, vió concluirse su carrera arriesgada. Se hallaba entonces en Schleitz, ciudad de la Alta Sajonia; i en vez de escuchar á consejeros tímidos, i capitular con uno de los generales que le tenian cercado, resolvió abrirse un paso, i morir antes que rendir las armas que habia tomado para vengar á su padre i á su patria.

Abandonado de muchos de sus oficiales, perseveró aquel príncipe valiente en su desig-  
nio, dispersó algunos cuerpos de caballería que trataban de detenerle, i se dirigió á Halberstadt, ocupado por un regimiento de infantería

westfaliana, que queria reunirse con el general frances Rewell. Para impedir aquella operacion, atacó i derribó las puertas de aquella ciudad, derrotó á los westfalianos, les hizo mas de seiscientos prisioneros, i recorrió las calles con las aclamaciones de *¡Viva el duque de Brunswick!* *¡Vivan los húsares negros!*

Desde Halberstad se dirigió á Wolfenbittel, i desde alli á Brunswick, capital de los estados de su padre. La situacion desesperada en que vieron los habitantes llegar al jóven duque, no les impidió de prodigarle todas las señales de respeto i de ofrecerle sus servicios, en la firme inteligencia de incurrir por esto en la venganza de los que poco tiempo despues iban á ser dueños de aquel país.

Al dia siguiente salió el duque de sus estados hereditarios, llevando consigo los sentimientos que espresaban sus súbditos con sus gestos, sus lágrimas i sus votos; i despues de haber penetrado de viva fuerza, por en medio de mil obstáculos i peligros, hasta las orillas del mar Báltico, logró embarcar su legion, i pasó á Inglaterra, sin haberse deshonrado sometién dose al déspota que habia despojado á su familia. Su vida, salvada del suplicio, fué uno de los sacrificios con que mas tarde se compró aquella gran victoria que vengó completamente las armas de Alemania i de Brunswick.

La defensa del Tiról, que figurará en la historia al lado de las hazañas de Guillermo Tell, se concluyó igualmente en el hecho con el armisticio de Znaim. Apesar de eso, aquel valiente pueblo no abandonó á los austriacos que le abandonaban; en el mes de julio ata-

caron cuarenta mil franceses i bávaros el Tirol por la Alemania, mientras que por el lado de Italia penetraba el general Rusca, á la cabeza de diez i ocho mil hombres por Clagenfurt, en los Alpes tiroleses del medio dia. Los tiroleses, sin dejarse amedrentar con el peligro de aquella doble invasion, cayeron sobre los que atacaban en el momento que penetraban en sus desfiladeros, i los derrotaron. Los medios que causaron la destruccion de una division de diez mil franceses i bávaros, que entraron por el valle del Inn, servirán para explicar los demas triunfos de los tiroleses.

Los enemigos avanzaron en columna á lo largo del Inn, que forma en aquel parage un torrente rápido i profundo, donde están suspendidas enormes rocas sobre el rio i el camino. La vanguardia penetró hasta Prutz, objeto de la espedicion, sin hallar resistencia. No fué necesario mas para decidir al resto del cuerpo á internarse en aquel terrible desfiladero, en donde aproximándose las rocas demas en mas, parecian siempre prontas á cerrarse sobre ellos. No oían los soldados mas que los gritos de las águilas echadas de sus nidos, i el rugido del rio; los precipicios ocultos en parte por una espesa niebla, impedian poder ver ninguna figura humana. Al fin se oyó una voz al otro lado del barranco: „¿Es tiempo ya de principiar? — No,“ respondió de un tono de autoridad otra voz que, como la primera, parecia salir de las regiones superiores. El destacamento bávaro hizo alto, i envió á pedir órdenes al general en jefe. En aquel instante se comunicó la terrible señal: „¿En nombre de

la Santísima Trinidad dejadlo caer todo!" Enormes rocas i troncos de árboles amontonados desde mucho antes con este objeto, se precipitaron en todas las direcciones, i al mismo tiempo los tiroleses, que jamás yerran el tiro, principiaron su fuego mortal por detrás de todos los matorrales ó fragmentos de piedra que podian ocultarlos. Aquel terrible ataque, hecho contra toda la línea á la vez, destruyó en algunos instantes las dos terceras partes del cuerpo enemigo. Saliendo entonces los tiroleses de sus escondites, armados con sables, lanzas, hachas, hoces, garrotes i todos sus instrumentos agrícolas, cayeron sobre los demas, que destruyeron á su gusto. Habiéndose visto obligada á capitular la vanguardia, que habia llegado á Prutz, se calcula que solo pudo escapar de aquel funesto paso un número muy corto de individuos.

Pero todo el valor de los tiroleses, ayudado con la fuerza de sus montañas, no podia proporcionarles los medios de resistir á Napoleon, á quien la paz con el Austria permitia emplear sus inmensos recursos para invadir aquel país. El Austria misma, en cuyo favor se habian empeñado en aquella guerra terrible, en vez de estipular por su seguridad, les exortó con frialdad para que rindiesen las armas. Renunciaron, pues, á toda especie de resistencia como inútil. Hofer hizo dimision de su mando en jefe; i los bávaros se apoderaron de nuevo de un país que por sí solos no hubieran podido reconquistar jamas. Hofer i cerca de treinta jefes de aquellos heroicos patriotas fueron indignamente condenados á muerte.

para espiar los desastres que habia ocasionado su valor; pero su fama i su intrepidez estaban fuera del alcance del que á un mismo tiempo se exigia en su juez i su verdugo: el sitio donde se derramó su sangre, escitará siempre el entusiasmo de la libertad, como la puerta principal de un templo penetra el alma con la sublimidad de la religion.

Napoleon estaba asombrado en vista del peligro con que le amenazaba aquel espíritu nacional que nacia en España, que se habia manifestado en las empresas de Schill i del duque de Brunswick, i que habia escitado un incendio tan grande en el Tiról. El carácter temible de aquellas insurrecciones, le anunciaba que en lo sucesivo tendria que combatir no solamente los gobiernos, sino tambien el ódio de los pueblos; no solamente los esfuerzos del soldado, que por grandes que sean, pueden someterse á un cálculo, sino tambien la resistencia de la poblacion entera, que no puede apreciarse en su justo valor i que, aun en el seno del desórden i de la huída, encuentra medios de salvarse i de vengarse.

Pero no obstante, Napoleon, lo mismo que los demas conquistadores mas escrupulosos que él, no dejó de sacar ventaja de las disensiones civiles que agitaban las naciones con las cuales estaba en guerra, i siempre estuvo dispuesto á escitar ó apoyar las insurrecciones en casa de sus enemigos, siendo bastante conocidas sus comunicaciones con los descontentos de Irlanda i Polonia, i sus intrigas en España que tenian por objeto sublevar al pueblo contra su soberano.

---

---

## CAPITULO XIII.

### RESUMEN DEL CAPITULO XIII.

CONDUCTA DE LA RUSIA I LA INGLATERRA DURANTE LA GUERRA DEL AUSTRIA.—ESPEDICION INGLESA PROYECTADA EN EL CONTINENTE. — DESEMBARCA EN WALCHEREN. — SE MALOGRA. — SU RESULTADO DESGRACIADO. — CONDUCTA INCONSIDERADA I VITUPERABLE DE NAPOLEON CON RESPECTO AL PAPA. — SE ESPLICA ESTA CONDUCTA. — ENTRADA DEL GENERAL MIOLLIS EN ROMA. — DECRETO DE NAPOLEON PARA REUNIR LOS ESTADOS DE LA IGLESIA AL IMPERIO FRANCES. — ES ESCOMULGADO. — PIO VII DESTERRADO DE ROMA I ENVIADO Á GRENOBLE. — EN SEGUIDA TRASLADADO Á SAVONA. — REFLEXIONES SOBRE AQUELLA CONDUCTA. — NAPOLEON ATACADO POR UN ASESINO. — MIRAS DEL CULPABLE. — PAZ DEFINITIVA FIRMADA EN SCHOENBRUNN. — SUS CONDICIONES. — NAPOLEON VUELVE Á FRANCIA EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1809.

## CAPITULO XIII.

**H**asta el 14 de octubre de 1809 no se fijaron las condiciones de la paz con el Austria,

apesar de que tres meses antes se habia firmado el armisticio. Nos aprovecharémos de aquel intervalo para dar cuenta de algunos otros acontecimientos memorables, que ocurrieron durante aquel verano tan fecundo en acontecimientos. Principiarémos por una esposicion sucinta de los negocios de la Rusia i de la Inglaterra.

Apesar de la amistad personal entre los emperadores Alejandro i Napoleon, apesar de las convenciones de Tilsit, confirmadas despues en Erfurt, parece que Napoleon no pudo decidir á la Rusia á tomar parte francamente en una guerra que tenia por objeto la destruccion, ó por lo menos la humillacion del Austria. Es verdad que la córte de Petersburgo no habia tardado en asegurarse de las ventajas estipuladas para ella en las conferencias de que acabamos de hablar. La Finlandia habia sido separada de la Suecia, de la que habia hecho parte durante tanto tiempo para incorporarla á la Rusia, á la que servia de una frontera de mucha importancia. La Rusia habia igualmente, de acuerdo con la Francia, principiado las hostilidades contra la Puerta, con el fin de agrandar sus estados con la posesion de la Moldavia i de la Valaquia; pero aunque obtuvo una de aquellas ventajas, i tuviese la esperanza de obtener la otra incesantemente, no podia el gobierno ruso ver sin pena la suerte que amenazaba al Austria, tanto mas cuanto, que un tratado la obligaba á coadyuvar á su destruccion.

Los esfuerzos de la Inglaterra en aquella misma época, eran de naturaleza capaz de asombrar á todo el mundo; parecia que su pa-

bellon cubria todos los mares que bafiaban las costas de Italia, de España, de las islas Jónicas, i del mar Báltico; en cuantas partes se manifestaba una sombra de resistencia al yugo de Bonaparte, se invocaba el apoyo de los ingleses i se concedia al momento. En España sobre todo desplegaron su valor acostumbrado, i obtuvieron resultados útiles i brillantes las tropas inglesas mandadas por un gefe cuyo nombre figuraba ya al lado del de los mejores generales franceses, exceptuando Napoleon.

Independientemente de las tropas que mantenía la Inglaterra en el continente, podia tambien disponer para el mismo objeto de cuarenta mil hombres, i de una escuadra de treinta i cinco navíos de línea i veinte fragatas, para apoyarlos en cualquiera punto adonde los dirigiese.

El gobierno de la Gran-Bretaña se convino en dirigir la expedicion contra las fortalezas, las islas pantanosas i las costas peligrosas de los Países-Bajos, ó donde podia haber arsenales que destruir i navíos que tomar. Todas sus miras se dirigian sobre todo á Amberes; pero, apesar de que Napoleon daba grande importancia á los inmensos arsenales i almacenes de madera que habia fundado en el Escalda, de ningun modo parecia, que la utilidad que podia resultar de su destruccion fuese proporcionada á los riesgos i dificultades inseparables de un ataque semejante.

El comandante en gefe era el conde de Chatham heredero de los talentos de su padre, el gran ministro, que se hacia notar por una

lentitud i dejadéz que produjeron efectos sensibles en la marcha de los negocios en los empleos públicos que habia ocupado; por consiguiente no podian dejar de ser muy funestos aquellos defectos en una expedicion que ante todas cosas exigia una grande actividad.

El 30 de julio desembarcaron los ingleses en las islas de Sud Beveland i Wallcheren. El 1.º de agosto atacaron por mar i tierra á Fle-singa, ciudad principal del país, la cual se rindió el 15, i se envió á Inglaterra su guarnicion compuesta de cuatro á cinco mil hombres; pero no pasaron de alli las ventajas de los ingleses. Los franceses, por de pronto sobresaltados, tuvieron tiempo para serenarse de su espanto. Fouché, encargado de la direccion de la policia, i puede decirse del gobierno, puesto que al mismo tiempo era ministro del interior, puso sobre las armas, con una prontitud estraordinaria cuarenta mil guardias nacionales para remplazar las tropas de línea, de que estaban desguarnecidos los Países-Bajos. En una proclama con que logró maravillosamente escitar el ardor guerrero de los franceses, usó de la siguiente frase. »Hagamos ver á la Europa, que si el genio de Napoleon dá gloria á la Francia, no es necesaria su presencia para ponerla en estado de arrojar de su suelo á los enemigos.» Aquellas espresiones anunciaban tanta independenciam que no podian agradar á Napoleon. Parecia que Fouché se bastaba asi mismo: no era menester mas que esto para contrabalancear sus servicios.

Napoleon no estuvo tampoco muy satisfecho de la eleccion del mando de aquellas nuevas

levas : Bernardotte , general republicano distinguido , se habia opuesto á su elevacion por su adhesion al directorio. Hacia mucho tiempo que habia cesado toda especie de rivalidad , todo pretesto de disension entre ellos : por otra parte , eran parientes , siendo su muger cuñada de José , usurpador del trono de España ; con todo eso no podia mirarsele como un partidario acalorado del emperador. En la campaña de Viena , Bernardotte , príncipe de Ponte-Corvo , que mandaba una division de sajones , habia mas de una vez , i sobre todo en la batalla de Wagram , incurrido en las reprensiones de Napoleon por la lentitud de sus movimientos ; i estaba en una suerte de desgracia cuando volvió á París. Fouché , de acuerdo con Charke , le invitó á que se encargase de la defensa de Amberes. Bernardotte vaciló ; pero habiendo aceptado aquella mision , aprovechó el respiro que le daban los ingleses para poner la plaza en un estado completo de defensa , i reunió en el interior i bajo sus murallas mas de treinta mil hombres. Se abrieron las esclusas i se inundó el país ; fuertes baterías defendieron las dos orillas del Escalda , i fué casi imposible subir aquel rio.

Hubo disensiones entre los generales ingleses de mar i tierra , como frecuentemente sucede cuando se multiplican las dificultades , i no hay un hombre superior para combatirlas , i saber hacer una direccion general. Se abandonó , pues , el objeto de la espedicion ; la escuadra se hizo á la vela para Inglaterra ; i sin que sea posible adivinar los motivos de aquella determinacion , se reconcentró el ejército en su

funesta conquista, la isla de Walcheren. Los pantanos, los canales sin circulacion, los fosos abiertos en aquella isla, alimentan en ella una calentura de una naturaleza pestilencial i muy maligna, la cual es mucho mas peligrosa para los extranjeros, que para los indigenas, como muchas enfermedades del mismo género. Manifestóse aquella enfermedad entre las tropas inglesas con una gran intensidad, hizo muchas víctimas, i alteró para siempre la salud de los que sobrevivieron. La alegría que tuvo Napoleon viendo al ejército de su enemigo, condenado á una muerte obscura i vergonzosa, estalló en sus boletines, como si aquel contagio hubiese sido enviado por su policia, i no hubiera sido un efecto del clima i de los funestos pareceres que habian impedido sustraer de él á nuestros soldados. »Vemos con placer, escribia él mismo al ministro de la guerra, á los ingleses amontonados en los pantanos de la Zelandia. Tengámosles solamente estrechados, i bien pronto acabará con su ejército el aire mal sano, i las calenturas propias de aquel país.» Ultimamente, despues de haber perdido mas soldados que les hubieran costado tres batallas, hicieron volar los ingleses las fortificaciones de Flesinga, i se volvieron á Inglaterra.

No se ciñeron á esto solo los funestos efectos de aquella expedicion: la manera con que se habia conducido, habia hecho nacer disensiones en el gabinete, i de ellas resultó la retirada de uno de los mas hábiles i mas elocuentes de sus miembros, M. Jorge Canning, que renunció á los negocios en el momento en

que su talento hubiera podido ser mas útil para su país. Por otro lado, el nombramiento del marques de Willesley para la plaza de secretario de Estado, garantizó á la nacion que las medidas propuestas por aquel hábil hombre de estado serian apoyadas i ejecutadas con vigor por su hermano sir Arthuro, único general en quien se principiaba á tener confianza.

Mientras que la Inglaterra luchaba de este modo contra la Francia, decidió Napoleon desde el palacio de Schoenbrun, de la suerte del continente en todos los puntos donde los ingleses no podian impedirselo. Una de las revoluciones que menos esfuerzos le costaron, i sorprendieron mas á la Europa, en razon de los muchos recuerdos que resucitaba, fué la ocupacion de la ciudad de Roma, i de los estados de la Iglesia, por cuya medida el papa cesaba de ser un príncipe temporal.

Los mas grandes admiradores de Napoleon no pueden dejar de reconocer que su política dirigida menos bajo principios estables que con arreglo á las circunstancias cambiaba muy repentinamente segun la ocasion. Asi pues, una de las medidas mas sabias de su reinado, fué la del concordato que hacia resucitar la religion nacional en Francia, i restablecia el antiguo vínculo entre aquel reino i la Iglesia católica. En recompensa de aquel eminente servicio, consintió el papa Pio VII, en venir á París para sancionar la solemnidad religiosa con la bendicion del sucesor de San Pedro en la ceremonia de la coronacion de Napoleon. Parecia que una amistad cimentada de este modo, i que de mucha importancia para la

seguridad del papa estaba muy distante de ser indiferente para Napoleon, hubiera debido durar por lo menos algunos años; pero aquellos dos soberanos se observaban mutuamente con desconfianza. Pio VII, conocia que en su calidad de gefe de la Iglesia, habia hecho á Napoleon concesiones que su conciencia no podia aprobar sino con mucha dificultad. Debia, pues, contar con un reconocimiento proporcionado á los escrúpulos que habia superado; al paso que Napoleon estaba muy distante de apreciar los servicios de Su Santidad, i sobre todo de comprender las reprensiones que podia hacerse.

El papa á su regreso á Italia, manifestó sentimientos muy favorables á Napoleon. En su alocucion al sacro colegio, le habló de aquel poderoso emperador de los franceses, cuya fama se estendia á las comarcas mas retiradas de la tierra, de quien se habia valido el cielo como de un instrumento para restablecer la religion en Francia, en el momento en que se hallaba en mayor peligro, i que, por su condescendencia ácia su persona, merecia el mas vivo reconocimiento de la Santa Sede. Sin embargo de esto se quejaba Napoleon de que mas tarde habia principiado el papa á dejarse dirigir por los enemigos de la Francia, i habia escuchado los consejos de individuos que le representaban los derechos de la Iglesia como contrarios á los deseos del emperador. Establecióse, pues, una lucha no esplicita, pero continua entre el emperador i el papa; el primero trataba de estender i consolidar su nueva autoridad; el segundo de defender lo que quedaba de los antiguos i legítimos privilegios de la Iglesia.

No obstante, es muy probable que si no se hubiese tratado entre ellos mas que de materias espirituales, Napoleon hubiera evitado un rompimiento abierto, que sabia no podia dejar de causar un escándalo grave. Pero en la situacion en que se hallaba la Italia, los estados del papa escitaban vivamente su ambicion. Es sabido que estos se componen del espacio encerrado entre el reino de Nápoles, gobernado entonces por Murat, i las provincias del norte de la Italia; estas, comprendida la Toscana, incorporada de nuevo á la Francia, formaban un estado que bajo el nombre del reino de Italia hacia parte del imperio de Napoleon. Asi el patrimonio de la Iglesia era la única porcion de la península italiana que no estuviese directamente ó indirectamente bajo el imperio de la Francia; i como separaba los estados de Nápoles de los de Napoleon, hallaban los ingleses facilidades para hacer desembarcos desde Sicilia á Cerdeña, é introducir sus mercancías, que es lo que Napoleon sentia mas en su corazon. La guerra del Austria de 1809, i el ejército considerable que el archiduque Juan mandaba entonces en Italia, i que sin la derrota de Ecmuhl, hubiera podido hacer cosas grandes, hacian que Napoleon mirase con tanto descontento i desconfianza la independencian de los estados romanos.

En su consecuencia recibió su embajador la órden de representar al papa la necesidad de cerrar sus puertos al comercio británico, i de entrar en el sistema continental; en fin, de declarar de un modo mas esplicito que accedia á la confederacion formada entre los reinos de

Italia i Nápoles, ó en otros términos, de unirse á la coalicion armada contra el Austria i la Inglaterra. Pio VII consintió, aunque con trabajo, en cerrar los puertos á los ingleses; pero se negó positivamente á tomar parte activa en la guerra. Era, decia, el padre de todas las naciones cristianas, i no podia, sin faltar á aquel título, hacerse enemigo de ninguna de ellas.

Habiendo recibido Napoleon aquella respuesta, creyó que no debia ya guardar ningun miramiento con el papa. I á fin, dijo, de precaverse contra los inconvenientes que podian resultarle de la obstinacion del santo padre, hizo ocupar lo primero las ciudades de Ancona i Civita-Vecchia por las tropas francesas contra las cuales no habia ningun medio de resistencia.

El 2 de febrero de 1809, ocupó el general Miollis la ciudad de Roma á la cabeza de un cuerpo de tropas francesas, desarmó i licenció la guardia del papa, i envió su ejército al norte de Italia, prometiéndole como un consuelo, que ya no estaria mas bajo las órdenes de un Cura; i á fin de que el santo padre se hallase privado de todo apoyo en el conclave, recibieron orden los cardenales franceses, i los que habian nacido en países sometidos á la autoridad, ó á la ocupacion de los franceses de retirarse á su patria respectiva. Se instó de nuevo al papa para que se reuniese á la liga ofensiva i defensiva de la Italia, como el único medio de reconciliacion; se le pidió igualmente la cesion de algunas porciones de los estados de la Iglesia, como lo que únicamente podia

asegurarle el goce de lo demas. Pio VII se mantuvo firme en aquellos dos puntos; se negó á hacer parte de una alianza que repugnaba á su honor i despojar á la Santa Sede de la menor parte de su territorio. Aquel hombre respetable sabia muy bien que el valor personal del papa, podia contribuir poderosamente para detener la decadencia progresiva de la autoridad temporal de la Santa Sede.

En fin, el 17 de mayo publicó Napoleon un decreto, en el cual, hablando como sucesor de Cárlo-Magno, establecia los principios siguientes: 1º que su augusto predecesor habia dado Roma, i algunas otras porciones de territorio, como feudos á los obispos de aquella ciudad, pero sin desistir de su derecho de soberanía; 2º que la reunion de las autoridades religiosa i civil, habia sido siempre un manantial de confusiones, de que los pontífices se habian aprovechado para estender su poder temporal, so pretesto de defender su poder espiritual; 3º que siendo incompatibles las pretensiones temporales del papa con la tranquilidad i prosperidad de las naciones sometidas á Napoleon, i habiendo sido desechadas todas las proposiciones que habia hecho sobre aquel asunto, declaraba por un decreto que los estados de la Iglesia quedaban reunidos al imperio frances. Acompañaban á aquella declaracion algunos artículos que contenian medidas para la conservacion de los monumentos clásicos. El señalamiento de una renta de dos millones de francos que aseguraba al papa, i la declaracion de que los bienes i el palacio que pertenecian á la Santa Sede estaban exentos de

todas cargas é inspecciones ; en fin , el decreto que confiaba el gobierno interior de Roma á una consulta , ó junta de administracion á la cual se habia delegado el poder de adaptar para aquella ciudad la constitucion de Italia. En virtud del rescripto imperial , publicó aquella junta el 10 de junio una proclama en la cual se decia , que habia pasado á Napoleon la autoridad temporal que tenia el papa sobre la ciudad de Roma , pero que aquella ciudad continuaria siendo la residencia del gefe visible de la Iglesia católica.

Napoleon se habia lisongeadó sin duda poder atraer al papa á que sancionase la destruccion de su poder temporal , con tanta facilidad como habia obtenido de los Borbones de España la ratificacion de la usurpacion de la corona de España , herencia suya. Pero Pio VII tenia un alma de un temple mas vigoroso. En la noche siguiente á la publicacion de la proclama de los nuevos funcionarios , en cuya virtud se hallaba despojado de su poder temporal , echó mano el gefe de la Iglesia de sus armas espirituales , i en el nombre de Dios de quien emanaba su autoridad , i por medio de un breve redactado por él mismo , i sellado con el anillo del pescador , declaró que Napoleon , emperador de los franceses , i todos sus partidarios i consejeros habian incurrido en la sentencia solemne de la escomunion que fulminaba contra ellos. Es preciso añadir en honor de Pio VII , que bien diferente de las bulas fulminadas por sus predecesores en ocasiones semejantes , la actual no estaba promulgada sino como un castigo espiritual , i tam-

bien contenia la prohibicion espresa á todo el mundo de interpretarla de modo que viese en ella una autorizacion para atacar la persona de Napoleon ó la de alguno de sus partidarios.

Irritado el emperador violentamente con la obstinacion del papa i el valor que le habia arrastrado á adoptar una medida tan atrevida, resolvió castigarle. En su consecuencia los soldados forzaron el palacio quirinal residencia de Su Santidad, en la noche del 5 al 6 de julio; i presentandose el general Rodet delante del santo padre, exigió que inmediatamente renunciase á los bienes temporales que pertenecian á la silla de Roma.

„Yo no debo, ni quiero, ni puedo hacer semejante cesion, respondió Pio VII. He jurado á Dios mantener íntegras las posesiones de la santa Iglesia, i no quebrantaré mi juramento.”

Entonces declaró el general á Su Santidad que era preciso se preparase para partir de Roma.

„¿Ese es, pues, exclamó el venerable pontífice, el reconocimiento de vuestro emperador por mi extrema condescendencia ácia la Iglesia galicana, i ácia él mismo? Puede ser que bajo este aspecto sea mi conducta vituperable á los ojos de Dios, i que ahora quiera castigarme. Me someto humildemente á su divina voluntad.”

A las tres de la mañana metieron al papa en un coche, permitiendo que le acompañase un solo cardenal, i de este modo le arrancaron violentamente de su capital. Cuando llegaron á la puerta *del Popolo*, hizo observar el

general á Su Santidad , que todavia tenia tiempo para consentir en la cesion de sus dominios temporales ; el papa se negó con energía, i el coche continuó su camino.

En Florencia separaron á Pio VII del cardenal Pacca , i remplazaron al general Rodet con un oficial de gendarmas. Despues de un viage penoso , hecho en parte en una litera, i alguna vez con la luz de los hachones , salió aquel venerable anciano para Alejandría , i de alli fué trasladado á Mondovi , desde donde debia pasar los Alpes para ir á Grenoble.

Pero la singular aparicion del gefe de la cristiandad , escoltado por la gendarmería i vigilado como un prisionero de estado , escitó bien pronto el interés de los habitantes del mediodia de la Francia ; una poblacion numerosa se agolpaba para implorar la bendicion del Santo Padre , i tal vez con mas sinceridad que cuando visitando á Bonaparte , habia sido recibido con todo el esplendor de la córte imperial.

Al cabo de diez dias se vió que no era Grenoble una residencia conveniente para Pio VII ; probablemente porque alli escitaba demasiado interés , i fué trasladado de nuevo á Italia , i encerrado en Savona. Alli fué tratado con mucha dureza , i confinado en su cuarto , á lo menos durante algun tiempo. M. de Chabrol , prefecto de Montenotte , le entregó una carta de Napoleon , que le echaba en cara con mucha fuerza su obstinacion , amenazándole que convocaria en París un concilio de obispos para deponerle. »Yo pondré sus amenazas á los pies del crucifijo , dijo el papa con aquella firmeza que manifestó durante todo el curso de sus

trabajos , dejando á Dios el cuidado de vengar mi causa que se ha hecho la suya."

La creencia en la santidad , i digámoslo así, en la divinidad del carácter de jefe de la Iglesia , dió sin duda en aquella ocasion extraordinaria mas fuerza á los sentimientos de los católicos ; pero todos los católicos i protestantes censuraron los malos tratamientos i ultrages que hacian padecer á un anciano , á un cura , á un soberano , antes el amigo , el amo de Napoleon , i sin otro motivo que el de obligarle á despojarse de los bienes de la Iglesia , que habia jurado entregar intactos á sus sucesores. Parece que Napoleon se avergonzó mas tarde de su conducta ; en efecto , trató de escusarse como de un acto político , i de ningun modo sugerido por su carácter.

Considerada aquella medida politicamente , jamás hubo ninguna mas contraria á los intereses de la Francia i á los del emperador. Napoleon ganó con ella la ciudad de Roma , pero no necesitaba de esto para apoderarse de ella á su voluntad , al paso que de aquel modo perdió el apoyo , i atrajo sobre sí el ódio mortal del clero católico i de todos los individuos colocados bajo su influjo. Se hirió á sí mismo con sus propias armas , i aquella usurpacion injusta é imprudente le hizo perder todo el mérito que habia adquirido con el restablecimiento de la Iglesia católica.

Tan perjudiciales fueron para Napoleon las consecuencias de aquella falsa medida , como las que resultaron de la injusta invasion de España. Colocando Napoleon aquel reino bajo su autoridad inmediata , convirtió sus dóciles

aliados en un pueblo de enemigos irreconciliables, así como la pequeña vanidad de añadir á su imperio la antigua capital del universo, sublevó contra él á los católicos, i arruinó su propio trono.

Apesar de la vigilancia de la policía, de los arrestos multiplicados, i de los duros castigos que hacian sufrir á los que hacian circular las bulas del papa, se hallaban estas en manos de todo el mundo; i los motivos religiosos, aumentaron i propagaron contra Napoleon aquel ódio, que sordo al principio, se generalizó bien pronto á consecuencia de las conscripciones multiplicadas, de la destruccion del comercio, i últimamente, de todas las consecuencias funestas que provenian de las medidas de un gobierno, que no parecia vivir sino para la guerra.

Mientras que Napoleon disponia así de Roma i de su territorio desde Schoenbrunn, i discutía en sí mismo la grave cuestion de desmembrar el Austria, ó de hacerla su amiga, su vida estuvo espuesta á una de aquellas suertes que amenazan con mas particularidad á los déspotas. Habian anunciado muchas veces que el puñal de un entusiasta religioso ó político, que se sacrificase al buen éxito de su empresa, pondria un término á aquella ambicion desmedida.

Napoleon vivia muy retirado en Schoenbrunn, iba muy raras veces á Viena, i como en las Tullerías, pasaba su tiempo con sus generales, i con algunos de sus ministros, que se veían precisados á seguirle en sus campañas. Casi no se presentaba en público, sino cuando pasaba las revistas. En una de aque-

llas ocasiones, mientras desfilaba un cuerpo delante de él, le acometió de repente un jóven bien portado, que parecia pertenecer á la clase mediana, i quiso darle una puñalada. Berthier se arrojó entre su amo i el asesino, i Rapp detuvo á este último. Interrogado aquel jóven, mostró la serenidad de un fanático diciendo: que era natural de Erfurt, hijo de un ministro luterano, que habia recibido una buena educacion, i que tenia una decente subsistencia. Confesó su intencion de matar á Napoleon, como habiendo sido llamado por Dios para libertar de él á su país. No se achacaba aquel proyecto inescusable á ninguna intriga ó correspondencia, i ni sus modales, ni su pulso daban señal alguno de enagenacion mental. Dijo á Napoleon que penetrado del respeto que tenia á sus talentos, si hubiera podido obtener de él una audiencia, hubiera principiado exortándole á la paz, pero en el caso de que no lo hubiera conseguido, estaba resuelto á matarle.

„¿Qué mal os he hecho?“ le preguntó Napoleon.

„A mi personalmente, ninguno; pero sois el opresor de mi patria, el del universo; i vuestra muerte hubiera sido el acto mas glorioso para un hombre de honor.“

Stabbs, que así se llamaba, fué condenado á muerte i con razon; nada puede justificar el asesinato. Sufriendo la sentencia, manifestó la misma firmeza de fanático que habia demostrado su tentativa; i aquella aventura fué para Napoleon de una saludable, pero inútil advertencia del peligro, de que un hombre que desprecia su propia vida, puede amenazar la del

despóta mas grande, aunque se halle á la cabeza de su ejército.

Las negociaciones con el Austria se prolongaban apesar de la debilidad de aquella potencia. Entonces eran secretas las razones que retardaban la conclusion de la paz, pero poco tiempo despues fueron reveladas al público.

Se aproximaba ya aquella crisis que iba á decidir de la suerte del Austria. Champagny ministro favorito de Napoleon, duque de Cadore, habia pasado algun tiempo en Presburgo, con el objeto de arreglar con el príncipe de Metternich la estension de territorio, cuya pérdida debia espiar aquella desgraciada vuelta á las hostilidades. En fin, pareció el tratado de paz que contenia los artículos siguientes: 1º El Austria cedia á favor de los príncipes de la confederacion del Rhin el país de Saltzburgo i Berchtolsgaden. 2º Cedia á la Francia Trieste, único puerto de mar que poseía; los distritos de la Carniola i del Frioul, el círculo de Villach, i una parte de la Croacia i de la Dalmacia: aquella cesion aumentaba i fortificaba las provincias Ilirias que pertenecian á la Francia, quitándole al Austria la navegacion del Adriático, i la separaba del contacto con la Gran-Bretaña: renunciaba igualmente al pequeño señorío de Razons situado en el país de grisones: 3º El Austria cedia al rey de Sajonia una pequeña porcion de la Bohemia i la villa de Cracovia, i la parte occidental de la Gallicia en su calidad de duque de Varsovia: 4º últimamente, recibia la Rusia su parte, aunque pequeña de los despojos del Austria, en recompensa de los socorros que habia pres-

tado tan tarde i con repugnancia; consistia esta en una porcion de la Galicia oriental, que constaba de cuatrocientos mil habitantes, esceptuado Brodi, ciudad importante de comercio; escepcion que hizo en el emperador Alejandro una impresion desagradable, que no se recompensaba con la satisfaccion que podia darle lo demas.

Napoleon declaró en su correspondencia con la córte de Rusia, que por deferencia á los deseos de Alejandro habia concedido al Austria una paz mas favorable que la que debia esperar. Aquellas condiciones tan moderadas sorprendieron en efecto á la Europa.

Napoleon salió de Schoenbrunn el 16 de octubre, dos dias despues de firmado la paz definitiva, que tomó el nombre del palacio donde se habia hecho. Pero es digno de notarse que las medidas militares para que las tropas francesas evacuasen los estados del Austria, se ejecutaron con una prudencia estremada; se retiraron por escalones, i de un modo capaz de poderse sostener mutuamente, como si hubiesen maniobrado todavia en un país enemigo.

El 14 de noviembre recibió Napoleon en París las felicitaciones del senado, que insistia con demasiada complacencia en el mérito de haber conquistado con sus triunfos las palmas de la paz. Será preciso, dijeron los oradores, colocar aquellos emblemas encima de sus demas laureles, i esculpir en el frontispicio de un monumento que consagrará el reconocimiento del pueblo frances: „Al mayor de todos los héroes, que jamas venció sino para la felicidad del mundo.”

## CAPITULO XIV.

## RESUMEN DEL CAPITULO XIV.

MUDANZA QUE SE HIZO EN LA VIDA DOMÉSTICA DE NAPOLEON DESPUES DE LA PAZ DE PRESBURGO. — MOTIVOS QUE LO CAUSARON. — SUS DESEOS DE TENER UN HEREDERO. — PIENSA EN UN HIJO DE SU HERMANO LUIS; PERO SE MUERE MUY NIÑO. — CARÁCTER É INFLUENCIA DE JOSEFINA. — AFECTO ENTRE ESTA I NAPOLEON. — FOUCHÉ PROPONE Á JOSEFINA UN PLAN DE DIVORCIO. — SENTIMIENTO DE ESTA. — NAPOLEON LE ANUNCIA SU SUERTE EL DIA 5 DE DICIEMBRE. — SU SEPARACION FORMAL SE VERIFICA EL DIA 15 ANTE EL CONSEJO IMPERIAL. — JOSEFINA CONSERVA DE POR VIDA EL TÍTULO DE EMPERATRIZ. — LOS DESPOSORIOS DE BONAPARTE CON MARÍA LUISA DE AUSTRIA SE CELEBRAN EN VIENA EL DIA 11 DE MARZO DE 1810. — COMPARACION I CONTRASTE ENTRE JOSEFINA I SU SUCESORA.

## CAPITULO XIV.

Ningun período de la vida variada del hombre extraordinario cuya historia escribimos, nos

presenta acaso tanto interés como la época de la mudanza que se hizo en su existencia doméstica, poco tiempo despues de la paz de Presburgo. Las causas principales de aquella mudanza fueron las que tanto se arraigan en el corazon de los hombres en general; pero militaban aun otros que provenian de la situacion particular de Napoleon. El deseo de dejar una posteridad que nos represente mucho tiempo despues de haberse terminado nuestra carrera terrestre, trasmitiendo nuestros nombres á los que nos deben la vida i el rango que ocupan en la sociedad, es un sentimiento característico de la especie humana. En todos tiempos i países siempre se han mirado los hijos como un don del cielo, i el no tenerlos se ha considerado como una maldicion ó por lo menos como una desgracia. Este deseo de conservar en este mundo unos vínculos que vivan despues de nosotros por medio de nuestros descendientes, se hace todavia mas vehemente cuando debemos legarles una fortuna ó un elevado puesto en la sociedad; i de cualquier modo que se mire la vanidad de esta idea, pocas hay á que los hombres se aten con un afecto tan sincero como la esperanza de dejar á los hijos de sus hijos los bienes que han recibido de sus padres, ó que han adquirido con su propia industria. Este sentimiento lo inspira la ternura no menos que el amor propio, pues el amor que profesamos á nuestros hijos que vemos i tocamos, naturalmente se estiende á sus descendientes que quizás no verémos jamas. El amor á nuestra posteridad lejana en cierto modo es el ideal del afecto natural.

No era posible que el fundador de un vasto imperio, cual era el de Napoleon, fuese insensible á un sentimiento que se graba tan profundamente en nuestros corazones, i hace sentir su influencia al mas limitado propietario de una casa i algunas yugadas de tierra. Este sentimiento es tanto mas vivo cuando se trata de una herencia mas considerable; i nunca ha existido en la tierra, i es de desear que no permita la Providencia que jamás exista en el mundo un poder tan estenso i formidable como el de Napoleon; ademas, por muy grande que fuese, era una adquisicion de su propio genio, i por consiguiente Napoleon debia pensar con tanto mayor dolor que un edificio cimentado con tanta sangre i trabajo, se arruinaría en cuanto muriese el que lo habia edificado, ó que despues de este acontecimiento tomara las riendas del imperio, » alguna mano que no seria de su raza. »

El curso de la naturaleza ya habia hecho perder la esperanza de vencer la esterilidad de la emperatriz Josefina, cosa que á ella le causaba el mayor dolor. Bien convencida de cuan precarias eran las circunstancias de que parecia depender en lo sucesivo la subsistencia de su union con el emperador, algunas veces se abandonaba á arrebatos de zelos que, segun Napoleon, provenian menos de su afecto que del temor de perder una parte de su influencia con su marido, si éste debiese el nombre de padre á otra muger.

Sin embargo Josefina, si esceptuamos la desgracia que tuvo de no haber dado ningun hijo á su marido, es constante que tenia tantos

derechos á su afecto como hubiera podido tener ninguna otra muger. Habia sido partícipe de su fortuna mas humilde, i con su diestra conducta, durante la expedicion de Egipto, habia preparado el éxito brillante que obtuvo á su regreso; tambien habia contribuido mucho á hacer su gobierno bien quisto en el pueblo, templando los arrebatos de cólera á que le precipitaba su genio natural. Nadie podia conocer como Josefina todos los secretos de su carácter; nadie se atrevia como ella á esponerse á su descontento, antes que dejar de darle un consejo que creyese útil.

Para conservar esta influencia con su marido, Josefina hizo los mayores sacrificios personales, i los hizo no solo sin la menor repugnancia, sino con el mayor placer. Siempre le acompañó en los viages que él hacia con tanta rapidez; por malos que estuviesen los caminos ó el tiempo, nunca estos obstáculos lo fueron para que ella se pusiese en camino; por muy repentina que se decidiese la marcha, siempre la emperatriz estaba pronta, i á cualquiera hora su coche estaba corriente en un instante. La influencia que conservaba sacrificando sus gustos personales, la empleaba para servir los verdaderos intereses de su esposo, para aliviar á los afligidos i para desviar las consecuencias de las resoluciones precipitadas que Napoleon tomaba en un momento de cólera ó de mal humor.

Josefina, independientemente de su gran talento i de su carácter verdaderamente benéfico, habia ganado el corazon de su marido por algunas otras prendas.

La gracia i dignidad con que Josefina se presentaba en las fiestas de aparato de la córte, eran dignas de satisfacer el orgullo de Napoleón, que hubiera podido resentirse de que se la hubiese visto representar el papel de emperatriz con menos soltura i habilidad.

En fin, es indudable que Bonaparte, que como otros muchos que afectan despreciar la supersticion, no dejaba de ceder algun tanto á ella en el fondo de su corazón, creía que su suerte estaba unida de una manera indisoluble á la de Josefina: la amaba como ella merecia, i miraba su union como tanto mas íntima, cnanto que le parecia ver ligado á ella el talisman de su propio destino, que siempre habia parecido adquirir mas ascendiente bajo la influencia eficaz de la presencia de Josefina.

Apesar de todos estos vínculos era probable i aun evidente á los ojos de los políticos de las Tullerías, que por muy grande que fuese el afecto i veneracion que Napoleón profesaba á Josefina, al cabo cederia al deseo de tener herederos en línea directa, á quienes pudiese legar su pingüe herencia.

Fouché, ministro de la policia, el mas audaz intrigante político de su tiempo, descubrió pronto el punto al cual debia llegar definitivamente el emperador, i segun parece, formó el proyecto de asegurar la continuacion de su poder i de su crédito, tomando la iniciativa en una cuestion que Napoleón acaso podria tener algunos escrúpulos para entablarla por sí mismo.

El astuto consejero, habiendo formado ya sus conjeturas sobre las disposiciones secretas del emperador, resolvió hacer de modo que la

misma Josefina insinuase á Bonaparte la medida de su propio divorcio i de un segundo enlace, como un sacrificio necesario para consolidar el imperio i completar la felicidad del emperador.

Una mañana, estando en Fontainebleau, cuando la emperatriz salia de oír misa, Fouché la detuvo en la galeria, junto á una ventana, i con una audacia casi inconcebible, la manifestó poniendo en uso todos los miramientos i respetos que pudo sugerirle su espíritu, la necesidad de un sacrificio que le representó como no menos sublime que inevitable. Los ojos de Josefina se llenaron de lágrimas, mudó varias veces de color, sus labios se hincharon, i el consejero temió que cuando menos iba á darla un violento ataque de nervios. Sin embargo señoreó bastante su conmocion para preguntar á Fouché, si habia recibido la órden de hablarla en aquellos términos: él la respondió que no, añadiendo que no se habia arriesgado á hablarla de esta suerte sino porque habia previsto con certeza lo que infaliblemente debia suceder, i que por su parte la aconsejaba que pensase con la mayor atencion en una cosa que tocaba tan de cerca á su gloria i á su felicidad.

Consecuente á esta conversacion, parece que pasó una escena interesante i apasionada entre el emperador i su esposa. Bonaparte desaprobó naturalmente, i con verdad cuanto habia dicho Fouché, i se valió de cuantos medios estaban en su poder para desvanecer las aprehsiones de Josefina; pero se negó á desprenderse de Fouché, cuando ella le pidió su destitucion en castigo de la audacia de este ministro, que

habia tenido la osadía de burlarse de su sensibilidad; i esta negativa por sí sola hubiera debido convencerla, de que aunque el hábito de un antiguo afecto pudiese todavia mantener algun tiempo su influencia en el lecho nupcial, al cabo cederia á las sugerencias de la política, que no podian dejar de preponderar en el gabinete. En efecto, una vez entablada ya esta idea, el mayor obstáculo quedaba desvanecido, i libre ya Bonaparte del rubor de hacer directamente á Josefina una propuesta que ponía en duda su ternura i su gratitud, no necesitó mas que darla tiempo para que se familiarizase con la idea de un divorcio que la política hacia inevitable.

Las negociaciones que debian conducir á un divorcio, empezaron en la época de la entrevista de Erfurt, i se volvieron á entablar directamente poco tiempo despues que el emperador hubo regresado de la campaña de Wagram. El dia 3 de diciembre, asistió Bonaparte al oficio solemne en el cual se cantó el *Te-Deum*, en accion de gracias por sus victorias. Iba vestido con una magnificencia extraordinaria, en traje español, i llevaba un enorme plumage en el sombrero: los reyes de Sajonia i de Wurtemberg, que parecian sus satélites en aquella funcion, estaban á sus lados vestidos magnificamente, i permanecieron con la cabeza descubierta durante la ceremonia.

Al salir de la catedral, Napoleon fué á abrir la sesion del cuerpo legislativo. En su discurso ostentó las victorias que habia conseguido i los trofeos que habia conquistado; hasta se vanaglorió de haber reunido la Toscana

al imperio, como si pudiese considerarse nunca como un motivo legítimo de triunfo, el despojar sin resistencia á la viuda i al huérfano. En el estado en que se hallaban los negocios de España, no podia encontrar ningun motivo de orgullo; pero Napoleon cuando no podia vanagloriarse de lo presente, era liberal en promesas para anunciar un cambio pronto i feliz, i en cuanto acababa de contar hechos lisonjeros hablaba como un profeta.

» Cuando me presente al otro lado de los Pirineos, dijo, atemorizado el leopardo se precipitará en el océano para evitar su derrota i su ruina. El triunfo de mis armas será el del genio del bien sobre el genio del mal; el de la moderacion, del orden i de la moral sobre la guerra civil, la anarquía i todas las pasiones malévolas.» La ambicion i la injusticia siempre procuran disfrazar sus proyectos con la capa de estos exteriores lisonjeros. M. de Fontanes respondió al emperador en un discurso poético, que cuanto tenia relacion con él, debia elevarse en grandeza, i que cuanto estaba sometido á cualquiera otra influencia estaba amenazado de una próxima caída. » Es pues necesario, continuó, someterse á vuestra superioridad, pues que el heroísmo i la política dirigen á un mismo tiempo vuestros consejos.» A este discurso hizo Bonaparte una réplica en la cual volviendo el hilo de sus propias alabanzas, habló de los obstáculos que habia superado, i concluyó diciendo: » Yo i mi familia siempre sabremos sacrificar nuestros afectos mas tiernos al interés i á la felicidad de la gran nacion.» Estas últimas palabras, cuyo

sentido entendieron bien cuantos frecuentaban la corte, pronto dejaron de ser un enigma para la masa del público.

Dos días después, dió Napoleon á Josefina la cruel certeza de que su separacion estaba definitivamente decidida. Pero ni los muchos meses que se habian pasado desde que Fouché le habia hablado la primera vez de ello, ni los avisos que por varios conductos habia recibido de que esta medida estaba resuelta irrevocablemente, no pudieron darle fuerzas para oír que la lengua de un esposo idolatrado pronunciaba lo que, á pesar de las apariencias, en la realidad era una sentencia de repudio, i le dió un violento desmayo: Napoleon se conmovió sobre manera; pero ya se habia tomado la resolucion, i no podia variarla: se prosiguieron sin detencion los preparativos para la separacion.

El día 15 de diciembre, precisamente diez días después que la emperatriz conoció oficialmente su destino futuro, Napoleon i Josefina comparecieron ante el canciller mayor Cambaceres, la familia de Bonaparte, los principales oficiales del estado, en una palabra, ante el consejo imperial reunido. En esta reunion espuso Napoleon el gran interés nacional que exigia que dejase sucesores de su sangre, i herederos de su amor á su pueblo, para ocupar el trono en que la Providencia le habia colocado: añadió que desde muchos años habia renunciado á la esperanza de tener hijos de su amada esposa la emperatriz Josefina; que en consecuencia habia resuelto sacrificar los sentimientos de su corazon al bien del estado, i

pedir la disolucion de su matrimonio: decia que no tenia aun mas que cuarenta años, i podia esperar vivir bastante tiempo para inspirar sus mismos sentimientos á los hijos que la Providencia pudiese concederle, é instruirles en la ciencia del gobierno. Se estendió todavia mas sobre la ternura i fidelidad de su querida esposa, compañera suya durante quince años de una union feliz, la cual habiendo sido coronada por su propia mano, deseaba que conservase hasta la muerte el rango de emperatriz.

Josefina se levantó derramando copiosas lágrimas, i sollozando espresó en pocas palabras los mismos sentimientos que el emperador. Ambos esposos pidieron entonces al canciller mayor un certificado de su demanda mutua de separacion, que se les entregó en debida forma despues de la autorizacion del consejo.

Luego se reunió el senado, i el dia 16 de diciembre dió un senado-consulta ó decreto, autorizando la separacion del emperador i la emperatriz, i señalando á Josefina una renta de dos millones de francos, con la consideracion de emperatriz durante su vida.

Disuelto por la autoridad civil el matrimonio de Napoleon i Josefina, solo faltaba obtener la intervencion de las autoridades espirituales. El canciller mayor, competentemente autorizado por la pareja imperial, presentó una súplica al efecto al diocesano ó tribunal eclesiástico de París, que declaró sin vacilar disuelto el matrimonio, sin señalar no obstante, ningun motivo de la sentencia. A la verdad, los sábios i reverendos doctores de la oficialidad la declararon conforme á los decretos de

los concilios i á los usos de la Iglesia galicana, proposicion que les hubiera metido en una gran confusion, si se hubiesen visto precisados á apoyarla en ejemplos ó autoridades.

Cuando esta sentencia hubo disuelto definitivamente su matrimonio, el emperador se fué á San Cloud, en donde pasó algunos dias retirado, i Josefina fijó su residencia en la bella quinta de Malmaison, cerca de San German. Allí pasó la mayor parte de los últimos años de su vida, que solo se prolongó lo suficiente para ser testigo de la primera caída de su marido, acontecimiento que Napoleon hubiera podido evitar si hubiese querido tomar lecciones mas frecuentes de moderacion. Allí se ocupaba en cultivar las bellas artes, reuniendo algunas producciones preciosas; tambien estudió la botánica; pero sobre todo hizo casi todos los dias obras de beneficencia, de las cuales mas de una vez fueron partícipes los prisioneros ingleses que se hallaban en San German. Napoleon iba á visitarla con mucha frecuencia, i siempre la trató con el respeto que le era debido. Añadió un millon mas á su renta, para que no tuviese sujecion en el gasto á que estaba acostumbrada, que era su lado débil.

En cuanto se hubo terminado esta gran medida de estado, el dia 1.º de febrero se convocó el gran consejo para auxiliar al emperador en la eleccion de una nueva esposa. Se hizo entender que se habia propuesto un enlace con una gran duquesa de Rusia; pero que se presentaba el obstáculo de la diferencia de religion: tambien se trató de una hija del rey de Sajonia;

pero no fué difícil hacer entender al consejo que su eleccion debia recaer en una princesa de la casa de Austria. Al último de la sesion, Eugenio, hijo de la repudiada Josefina, fué comisionado por el consejo para proponer al embajador de Austria un casamiento entre Napoleon i la archiduquesa María Luisa. El príncipe de Schwarzenberg tenia sus instrucciones sobre el particular, de suerte que este casamiento se propuso, discutió i decidió en el consejo, i luego quedó ajustado entre los plenipotenciarios de ambas partes en el espacio de veinte i cuatro horas. Los esponsales de Napoleon i María Luisa se celebraron en Viena el dia 11 de marzo de 1810: á Bonaparte le representó Berthier, su ministro favorito, i el archiduque Carlos asistió á la ceremonia en nombre del emperador Francisco. Algunos dias despues, la novia acompañada de la reina de Nápoles se puso en camino para Francia.

Napoleon tuvo la sensatez de dispensarse del ceremonial que se habia hecho para la recepcion de María Antonia, cuyo casamiento con Luis XVI, aunque no se hizo ninguna alusion, bajo otros aspectos sirvió de modelo para esta solemnidad. Cerca de Soissons, un caballero solo, cuyo traje no tenia nada que le hiciese notar, pasó delante del coche de la nueva emperatriz, i tuvo la osadía de volver atrás. El coche se paró, abrieron la portezuela, i Napoleon dejando á un lado la etiqueta, él mismo se presentó á su esposa, i la acompañó á Soissons. La ceremonia del casamiento se celebró en París por el cardenal Fesch, tio de Bonaparte. Para celebrar aquella fiesta so-

lemne, se hicieron diversiones, conciertos é iluminaciones magníficas.

En la vida privada, nada podia contribuir ya tanto á la felicidad de Bonaparte como su enlace con María Luisa. Acostumbraba compararla á Josefina, concediendo á ésta todas las ventajas del arte i de las gracias, i dando á la obra todos los encantos de la sencillez, la modestia i la inocencia. Su primera esposa se valia de todos los resortes del arte para dar mayor realce á sus gracias, i la segunda solo se valia de la juventud i de la naturaleza para agradar: Josefina administraba mal sus rentas, i contraía deudas sin ningun escrúpulo; María Luisa se ceñia en los límites de las suyas, i si deseaba algun aumento, cosa que sucedia muy raramente, se lo pedia á Napoleon como una gracia: Josefina, acostumbrada á las intrigas políticas, la gustaba gobernar á su marido, tener influencia i guiarle, i María Luisa solo queria agradarle i obedecerle; ambas eran excelentes mugeres, de muy bello carácter i tiernamente afectas á Napoleon.

Por lo que respecta á su destino político, mas de una vez ha dicho Bonaparte que la alianza del Austria era un precipicio cubierto de flores, del cual le hizo acercarse inconsideradamente la esperanza de la felicidad doméstica; pero si así sucedió, la culpa fué del mismo Napoleon; sus vasallos i sus aliados pronosticaban muy diferentemente de las consecuencias de aquel enlace, i si no se realizaron estos pronósticos, podia quejarse de sí mismo.

Era de pensar que harto de victorias i cansado de sus proyectos, se hubiera dedicado á

consolidar el poder que deseaba transmitir á su posteridad, mas bien que hacer todavía mas odiosa i precaria su grandeza con nuevas miras de ambicion.

No ignoraba Napoleon estas esperanzas generales: procuró justificarse de antemano del equivocado concepto que estaba previendo.

» ¿ Los buenos ciudadanos se alegran sinceramente de mi casamiento? » preguntó un dia á Decres, ministro de la marina.

— Señor, si, muchísimo.

— I á lo que entiendo, piensan que el leon va á adormecerse.

— Señor, á decir verdad, tienen algunas esperanzas de esta naturaleza.”

Napoleon calló un instante, i luego añadió: » Se engañan; sin embargo, la culpa no está en el leon; el reposo no le seria menos agradable que á los otros. Pero ¿ no veis que al paso que en apariencia soy siempre agresor, en la realidad no hago mas que defenderme? »

Nos limitaremos por ahora á observar que el emperador Alejandro juzgó con demasiada exactitud las consecuencias que podria tener la alianza de Napoleon con la casa de Austria, cuando al saber esta noticia dijo: » ¡ En este caso, su primera empresa será confinar-me en mis bosques! » Tan cierto estaba Alejandro de que Napoleon sacaria de su alianza íntima con el emperador Francisco, medios de ataque contra la Rusia, i tan fácil le era prever los gérmenes de una guerra futura, todavía mas sangrienta que las precedentes, en una union que presentaba la seguridad de los beneficios de la paz á los políticos cuya vista no era tan perspicaz.

## CAPITULO XV.

## RESUMEN DEL CAPITULO XV.

LOS INGLESES SE APODERAN DE CASI TODAS LAS POSESIONES FRANCESAS DE ULTRAMAR. — EL LORD COCHRANE DESTRUYE UNA ESCUADRA FRANCESA DELANTE DE LA ISLA DE AIX. — I LUEGO EL LORD COLLINGWOOD DELANTE DE ROSAS. — CONTINUACION DE LOS NEGOCIOS DE ESPAÑA. — SOULT SE APODERA DE OPORTO: LE ATACA SIR ARTHURO WELLESLEY, LE DERROTA. — LOS PATRIOTAS VUELVEN Á TOMAR EL FERROL I LA CORUÑA. — BATALLA DE TALAVERA. — SIR ARTHURO WELLESLEY CREADO LORD WELLINGTON. — LOS EJÉRCITOS FRANCESES SE APODERAN DE MUCHAS CIUDADES I FORTALEZAS. — LA JUNTA SUPREMA SE RETIRA Á CÁDIZ. — CARÁCTER INDOMABLE DEL PUEBLO ESPAÑOL. — SISTEMA DE LAS GUERRILLAS. — CRUELDADES RECÍPROCAS DE LAS GUERRILLAS I DE LAS TROPAS FRANCESES. — AUMÉNTASE EL DESCONTEN-TO DE BONAPARTE. — SUS INMENSOS ESFUERZOS. — SE FORMA UN NUMEROSO EJÉRCITO BAJO LAS ÓRDENES DE MASSENA, CON EL NOMBRE DE EJÉRCITO DE PORTUGAL. — EL LORD WELLINGTON SE VE PRECIDADO Á ESTARSE EN INACCION POR LA INFERIORIDAD DE SUS FUERZAS. — BATALLA DE BUSACO, EN LA CUAL LOS FRANCESES SON DERROTADOS CON MUCHA PÉRDIDA. — FAMOSA RETIRADA DE WELLINGTON SOBRE TORRES VEDRAS.

## CAPITULO XV.

A pesar de la fama que Napoleón habia adquirido dictando al Austria el triunfante tratado de Schoenbrunn, i uniéndose con aquella antigua casa imperial que en diferentes ocasiones tantas pruebas le habia dado de una eterna enemistad, no se pasó esta época de su historia sin que experimentase varios reveses. Los pocos establecimientos extranjeros que todavía conservaba la Francia cayeron sucesivamente en poder de los ingleses. Cayena, la Martinica, el Senegal i Santo Domingo fueron conquistados i ocupados en las Indias occidentales, mientras que el lord Collingwood, con algunas tropas que habia subministrado la Sicilia, se apoderaba de las islas de Cefalonia, Zante, Itaca i Cerigo.

El valor intrépido i determinado del lord Cochrane se empleó en destruir una escuadra francesa que estaba bloqueada en la rada de la isla de Aix: se enviaron brulotes contra los buques franceses, i si no hicieron todo el estrago que se esperaba de ellos, por consecuencia de alguna mala inteligencia que hubo entre el lord Cochrane i el almirante Gambier, que mandaba en jefe, sin embargo, la mayor parte de los buques franceses fueron quemados, bararon i quedaron destruidos. El lord Collingwood destruyó tambien delante de Rosas un convoy frances muy considerable, bien asi como los buques de guerra que le protegian.

Todo anunciaba que la Inglaterra conservaba su imperio en el elemento que se ha llamado su elemento natal, al paso que los acontecimientos de España probaban que bajo un general que sabia ganar victorias, i sacar partido de ellas, las fuerzas de tierra de la Gran-Bretaña no eran menos formidables que su marina. Este asunto llama otra vez nuestra atencion ácia los negocios de la península, en donde puede decirse que se andaba sobre un terreno abrasado.

La evacuacion de la Coruña por el ejército de sir John Moore, i su regreso á Inglaterra, indispensable por la situacion desesperada en que se hallaba, dejó á Soult poseedor aparente de la Galicia; pues se le habian rendido las plazas de la Coruña i el Ferrol; pero la fuerza de la causa de España no consistia en murallas i fortalezas, sino en el valor indómito de sus animosos patriotas. Los gallegos continuaron defendiéndose con una guerra de partidas en la cual no pudieron vanagloriarse los invasores de grandes ventajas; i cuando Soult se decidió á entrar en Portugal, se vió precisado á dejar á Ney con fuerzas considerables para asegurar sus comunicaciones con España.

La espedicion de Soult tuvo un principio próspero, aunque destinada á un fin muy diverso. Derrotó al general La-Romana i le precisó á retirarse ácia Sanabria; tomó la ciudad fronteriza de Chaves, que muy luego á pesar de la tenaz resistencia que hizo su guarnicion volvió á tomarla un ejército portugues insurreccionado que mandaba el general Silveyra. El jefe del ejército invasor, descuidando sus ope-

raciones militares en su retaguardia, continuó su marcha ácia Oporto, ganó por asalto aquella hermosa ciudad después de tres días de resistencia, i permitió que sus tropas cometiesen las mayores crueldades, tanto contra los soldados como contra los ciudadanos desarmados.\*

Pero la situación del mariscal Soult después de este primer éxito era muy apurada. Los gallegos, recobrando toda su energía, se habían apoderado de Vigo i de otras plazas, i Silveyra, avanzando desde Chaves ácia el puente de Amaranto, se interpuso entre el general francés i la Galicia, i aseguró sus comunicaciones con los españoles.

Mientras que Soult estaba de esta suerte cercado en Oporto, el ministerio inglés no perdiendo el ánimo por el mal éxito de su última expedición, resolvió continuar defendiendo el Portugal, i formar una alianza todavía mas íntima con la junta suprema de España. No consultando mas que su opinion i la voz pública, prescindió de toda consideracion de clase i de antigüedad de servicio, para confiar el mando de las tropas que iba á mandar al continente, á sir Arthuro Wellesley. En efecto, apenas hubo desembarcado en Lisboa, justificó plenamente la

---

\* El mismo día en que los franceses entraron en Oporto, se restableció el orden: pero los soldados habían entrado en la ciudad por asalto; encontraron toda su población armada, incluso los aldeanos de las inmediaciones. El general Foy, que la antevíspera había entrado en la ciudad para intimar la rendición al obispo gobernador, había sido maltratado por las milicias, despojado de sus vestidos i arrojado á un inmundo calabozo de donde pudo escaparse felizmente.

(Editor).

opinion favorable que sus conciudadanos habian concebido; atravesó el Duero por varios puntos con una rapidez que los franceses no esperaban, i despues de una accion gloriosa bajo los muros de Oporto, obligó á Soult á evacuar aquella ciudad, i á emprender una retirada tan infausta que se asemejaba á la de sir John Moore. \* En este movimiento retrogrado, los franceses abandonaron su artillería, sus aprestos i sus bagages; despues de todos estos sacrificios, apenas pudo el general entrar en Galicia, conservando cuando mas las tres cuartas partes de sus tropas en donde consiguió reunir las con mucha dificultad. Ney, que se habia quedado como gobernador de aquella provincia, se veía estrechado por los patriotas, que batieron á los franceses en varios combates, y se apoderaron de las ciudades del Ferrol i la Coruña.

Sir Arthuro Wellesley no pudo acabar la destruccion de Soult persiguiéndole en Galicia, porque los franceses habian penetrado en Estremadura con fuerzas considerables; i el mariscal Victor que las mandaba ácia Andalucía, podia destacar una gran parte de sus fuerzas ácia Lisboa, si sir Arthuro Wellesley hubiese dejado descubierta aquella ciudad siguiendo los alcances de Soult, i esto era lo que debia pre-

---

\* Comparacion á que el autor se atreve á manera de insinuacion, i que es fácil de refutar: el mariscal Soult, aunque sorprendido i aislado, hizo una retirada honorífica; su ejército, que conservó sus banderas i sus armas, estaba pronto á entrar otra vez en campaña, al paso que Moore todo lo perdió.

venirse si fuese posible. El general ingles formó un plan admirable, cuya ejecucion le facilitó la marcha de Napoleon para la campaña de Austria; queria ir á Andalucia para unir las fuerzas inglesas con las de Cuesta, i atacar vigorosamente á los franceses, de suerte que pudiese á un mismo tiempo detener sus progresos en el sur, i poner en peligro su ocupacion de Madrid. Desgraciadamente parece que Cuesta no quiso consentir ni cooperar á ninguno de los planes combinados que le sometió el general ingles; i cuando se presentó una ocasion favorable para atacar á Victor antes que hubiese recibido los socorros que José i Sebastiani le llevaban de Madrid, declaró Cuesta que no convenia dar batalla.

Se perdió pues el momento precioso, i cuando estos aliados se vieron precisados el dia 18 de julio de 1809 á defenderse en vez de atacar, á pesar de estas circunstancias poco favorables, se dió la famosa batalla de Talavera de la Reina, en la cual los franceses fueron completamente derrotados. Las consecuencias de esta accion, fueron muy distintas de las que hubiera debido producir semejante victoria, porque reuniéndose las tropas francesas que estaban en varios puntos no dejaron á Wellesley otro medio de poner su ejército en seguridad que el de retirarse á Portugal, como lo verificó; i como le faltaron los bagages, abandonó mas de mil i quinientos heridos á merced de los franceses, que fueron tratados como debia esperarse de un enemigo generoso; pero este incidente proporcionó un bello pretesto á los franceses para disputar la victoria, á que

habian renunciado abandonando el campo de batalla.

En Inglaterra se promovió á la dignidad de par á sir Arthuro Wellesley, con el título de lord Wellington, i Bonaparte honró al vencedor de Talavera con el resentimiento violento que le inspiró aquella noticia.

Zaragoza, sitiada segunda vez, sostuvo su antigua fama, pero no con igual resultado, pues á pesar de todos sus esfuerzos no menos terribles que en el primer sitio la guarnicion i los ciudadanos, valientes los unos i los otros, faltos de medios de defensa, i sin ninguna esperanza de socorro, se vieron precisados á rendirse.

Tambien cayeron las ciudades de Gerona, Tortosa i Tarragona despues de una vigorosa resistencia, i parecia que la Cataluña, que es la mas belicosa de todas las provincias de España, estaba enteramente subyugada.

La Andalucía, la mas rica de las que sostuvieron la causa patriótica, fué realmente conquistada por consecuencia de la derrota que sufrió el ejército grande español en Ocaña, bajo el mando de Areizaga, en noviembre de 1809, despues que las tropas inglesas se hubieron retirado á las fronteras de Portugal; i José Bonaparte, á quien esta última victoria dejó el paso libre, entró triunfante en Córdoba el 17 de enero de 1810, i el 17 de febrero inmediato en la orgullosa Sevilla; sin embargo, aun no habia conseguido el premio principal de la victoria. La junta suprema se habia retirado á Cádiz, i esta ciudad, situada en una isla separada del continente, de un lado por un

canal, i de los demas por el océano, podia oponer una defensa muy tenaz.

Habia en Cádiz una guarnicion de veinte mil hombres ingleses, españoles i portugueses, bajo las órdenes del general Graham, oficial distinguido, cuyo mérito habia empezado á manifestarse en Tolon como el de Bonaparte. El mariscal Soult, general en jefe en España, se dispuso á emprender personalmente el sitio de aquella ciudad, cuya caída era casi una sentencia de muerte para la causa de los patriotas españoles.

Pero aunque estas importantes ventajas figurasen bien en el *Monitor*, tal era el carácter indómito de los españoles, irritados en sumo grado por la invasion de Napoleon, que las desgracias que hubieran abatido el ánimo de cualquier otro pueblo, parecia que en ellos no producian otro efecto, que escitarles á oponer una resistencia mas tenaz i desesperada. Cuando hablaban de la situacion de su país, nunca se manifestaban desalentados por sus desgraciados acontecimientos: decian que sus antepasados habian combatido dos siglos para sacudir el yugo de los moros, i no dudaban que en menos tiempo se libertarian de la dominacion de la Francia; pero todas sus esperanzas se fundaban en el tiempo, las ocasiones i su valor. Los acontecimientos de la guerra patentizaron, bajo muchos aspectos, que su esperanza no era infundada. Muchas veces los españoles se encontraron débiles creyendo ser los mas fuertes; pero otras se les vió fuertes, cuando segun todas las apariencias, eran los mas débiles. Cuando hubieron perdido la An-

dalucía, cuya defensa se había creído tan fácil, la provincia montuosa de Galicia, que los franceses habían atravesado recientemente en triunfo, persiguiendo á los ingleses, i apoderándose de paso de las dos importantes ciudades marítimas la Coruña i el Ferrol, se la arrebató el general La-Romana al frente de un ejército sin disciplina i mal equipado, auxiliado por los belicosos habitantes del país.

Otro tanto sucedió en Cataluña: apenas los franceses habían acabado de reducir las ciudades i fortalezas de que hemos hablado, se vieron detenidos, contrarestados, i muchas veces derrotados por los catalanes, bajo las órdenes de Lacy, Odonell i Eroles, que sostuvieron la causa patriótica al frente de los valientes somatenes ó migueletes. Aun cuando los franceses hubieron estendido sus conquistas hasta el Mediterráneo, i mientras que lanzaban sus rayos á las puertas de Cádiz, estaban tan distantes de poseer pacíficamente la Navarra i las demas provincias limítrofes de la Francia, como que no podia pasar ningun oficial, encargado de los partes, desde Burgos á Bayona, sin que le acompañase una buena escolta. Las partidas de españoles se presentaban hasta en las fronteras francesas, i hacian incursiones para exigir contribuciones á mano armada; i si tal era el estado de las fronteras mas vecinas de Francia, facilmente podrá concebirse que las provincias del interior no estaban mejor sometidas. En la realidad, no tenían los franceses otra influencia en toda la península, que la que se proporcionaban con

el sable i la bayoneta; i en cuantas partes era insuficiente este medio, el país estaba en una completa insurreccion.

El sistema general de las guerrillas sostenia esta resistencia tenaz, es decir que esta guerra de partidas, que se adaptaba particularmente al genio de los españoles, i al carácter de su país, presentaba á los agresores dificultades mucho mas insuperables que las que hubieran podido oponerles los ejércitos regulares, porque era menos fácil alcanzar aquellos cuerpos diseminados i batirlos en acciones generales.

Las cualidades del guerrillero ó soldado irregular pertenecen al carácter nacional del español: tranquilo, resignado, capaz de sobrellevar las mayores fatigas, ocultando bajo la apariencia de una gran serenidad un carácter ardiente é impetuoso, sabe esperar las ocasiones favorables, i no facilmente pierde el ánimo, á pesar de todas las dificultades i tropiezos. Los españoles son en general buenos tiradores, i diestros en manejar la lanza, la espada i el puñal, son temibles en una emboscada, i no lo son menos en una refriega si se llega á las manos, cuando combaten cuerpo á cuerpo; mas bien por sola la impulsión de la naturaleza, que segun las reglas del arte de la guerra. La terquedad del carácter castellano tambien tenia sus ventajas en aquel sistema particular de guerra: ni las promesas ni las amenazas hacian la menor impresion en el ánimo de los españoles; i si á las amenazas se seguia algun acto de severidad, solo servia para añadir al espíritu de hostilidad política el de la venganza personal, á cuya voz se presta el español con

mucha mas facilidad que á la de la prudencia y de la persuasion.

No eran los oficiales menos aptos que los soldados para aquella especie de guerra. Tal era el mando de una guerrilla, que solo podia deseárselo un hombre que se conociese capaz de ocupar aquel puesto eminente i peligroso; pocos oficiales españoles poseían entonces el conocimiento científico del arte de la guerra, i por consiguiente pocos entre ellos eran capaces de mandar ejércitos en campaña; pero las cualidades necesarias á un gefe de guerrilla, son naturales en el corazon del español, i la primera ocasion que se presenta las hace desarrollar. Entre estos gefes habia hombres de ilustre nacimiento que habian recibido una educacion militar; otros habian sido contrabandistas, labradores, ó habian ejercido varias profesiones, como lo prueban los nombres de guerra del Cura, el Médico, el Pastor i otros varios. Muchos de estos apellidos vivirán mucho tiempo con el recuerdo de sus hazañas, asi como los de Mina i el Empecinado, en cuanto á sus hazañas i hechos heróicos de aquel tiempo.

Estos hombres intrépidos conocian perfectamente las posiciones fuertes, los desfiladeros, los bosques, las montañas i lo desierto de las provincias en donde guerreaban, i las noticias exactas que les daban los aldeanos, les tenian al corriente de todos los movimientos del enemigo. Si un destacamento frances demasiado débil se ponía en marcha, corria el riesgo de ser cortado; si en una plaza se dejaba una guarnicion poco numerosa inmediatamente era atacada i cogida. Los objetos mas ténues, bien

asi como los mas importantes, fijaban la atencion de las guerrillas; un correo no podia dar un paso sin que le acompañase una fuerte escolta, i el rey intruso no podia distraerse en la caza, aun en las inmediaciones de la capital, á menos que se hiciese seguir por mil i quinientos hombres de su guardia.

El número de las guerrillas varió en diferentes épocas, á medida que sus gefes cobraban fama ó perdian la que habian adquirido. Algunos mandaban pequeños ejércitos ligeros de dos mil hombres i aun mas; otros i á veces los mismos gefes, despues de un reves de fortuna, se quedaban con solos quince ó veinte hombres. Varias veces intentaron los franceses coger i esterminar las partidas que mas les inquietaban, i para conseguirlo destacaban columnas móviles de diferentes puntos que debian reunirse al centro general de la guerrilla; pero á pesar de la actividad i maña que desplegaban en estas espediciones, raramente conseguian coger al enemigo descuidado, i si alguna vez sucedia, los guerrilleros se desordenaban, desaparecian por los senderos que solo ellos conocian, i cuando los oficiales franceses les creían enteramente aniquilados, se reunian en otro punto, guerreaban contra la retaguardia de los que un instante antes creían tenerlos cogidos, é interceptaban sus comunicaciones. De esta suerte, las guerrillas, que eran invisibles cuando se las buscaba, se presentaban en todas partes cuando podian dañar á sus enemigos. Perseguirles era una empresa tan vana como perseguir el viento, i querer cercarles era coger agua en un harnero.

Soult quiso valerse de la severidad para intimidar aquellos enemigos, que solo se dejaban ver por instantes, al paso que inquietaban sin cesar. Publicó una proclama que amenazaba tratar á los guerrilleros no como soldados regulares, sino como bandidos cogidos in fraganti, i que haria pasar por las armas á cuantos se cogiesen prisioneros. Los gefes españoles contestaron á esta proclama publicando lo que llamaban un real decreto, declarando que atendidas las circunstancias todo español era soldado i tenia derecho á todos los privilegios de la guerra, cuando se le cogia con las armas en la mano: anunciaban pues, que teniendo como tenian en su poder muchísimos medios de represalias, no tendrian el menor escrúpulo en hacer uso de ellas, haciendo perecer dos franceses por cada español que perderia la vida por consecuencia de la injusta i bárbara proclama de Soult. Estas amenazas se cumplieron por ambas partes.

Hemos delineado un ligero bosquejo del carácter particular de este sistema de guerra, que puede formar un capítulo muy curioso é interesante en la historia del género humano, i prueba cuan difícil es someter un pueblo determinado á no doblar su cerviz al yugo, aun cuando para conseguirlo se pongan en uso todos los medios militares mas formidables.

De órden del emperador se formó un ejército que debia apellidarse de Portugal; un ejército cual la península no habia visto otro tan numeroso. Los mismos franceses dijeron que tenía ciento i diez mil hombres; pero ciertamente era mas bien mayor que menor de ochenta

mil. Esta fuerza impotente se puso á las órdenes de Massena, príncipe de Estling, el primer nombre del ejército frances despues del de Napoleon, i venturoso en tanto grado que su amo tenia la costumbre de llamarle *l'enfant gâté de la victoire* (el hijo mimado de la victoria).

Las tropas inglesas del lord Wellington no pasaban de veinte i cinco mil hombres, i entre ellos habia tantos enfermos, que todos sus movimientos se limitaban necesariamente á la defensiva; sin embargo, tenia bajo sus órdenes una fuerza subsidiaria de treinta mil portugueses, en quienes cualquier otro general hubiera tenido muy poca confianza; los cuales recibian su paga i raciones de la Inglaterra, estaban sometidos á la disciplina inglesa, i tenian sus oficiales ingleses: pero no podia contar demasiado en las tropas portuguesas, compuestas la mayor parte de soldados bisonos, antes que hubiesen aprendido algo de la práctica bien asi como de la teoria de la profesion militar.

Asi pues, contrariado Wellington de una parte por la debilidad de las tropas inglesas, i de otra por la disciplina imperfecta de las portuguesas, se vió reducido á una inaccion temporal, i sufrió la mortificacion de ver caer las plazas fuertes de Ciudad-Rodrigo i Almeida, casi al frente de su ejército.

Desde mucho tiempo habia elegido la posicion en la cual pensaba organizar la defensa de Portugal, i desde mucho tiempo se habia ocupado en fortificarla: esta posicion era la de Torres Vedras, en la cual segun su propia declaracion ante el tribunal de informacion de

Cintra, se persuadía que Junot hubiera resistido despues de la batalla de Vimeira. Todos los movimientos previos de Wellington fueron hábilmente calculados para atraer al enemigo lejos de sus almacenes i de sus comunicaciones ácia aquel punto, sin permitir que los franceses pasasen mas adelante.

A pesar de la exactitud de las combinaciones del lord Wellington, la casualidad, ó por mejor decir, la presuncion del general frances le favoreció en términos de proporcionarle una ocasion inesperada de cubrirse de gloria en una retirada que la prudencia le habia dictado. Si Massena hacia justicia al valor de los ingleses, creía tener derecho de insultar el talento militar de su general. Veía, es verdad, que su movimiento retrogrado de las márgenes del Coa ácia Lisboa se hacia con la prudencia i serenidad de un hábil jugador de ajedrez; pero siempre era un movimiento retrogrado, i no pudo resistir á la tentacion de acelerar la retirada de las tropas inglesas con un ataque súbito i atrevido, i arrojarlas, sino al mar, por lo menos á sus navíos, ácia los cuales no dudaba que se dirigian. Este ataque acarreó la batalla de Busaco, que se dió el dia 27 de diciembre de 1810.

Aquel dia memorable se hallaba el ejército ingles en la sierra de Busaco: Massena, dando vuelta á la estremidad de la sierra, hubiera podido forzar al general ingles á emprender de nuevo su retirada; pero quiso ganar directamente la posicion. Cinco divisiones del ejército frances se empeñaron en el combate. Dos atacaron por la derecha; una de ellas ha-

biéndose abierto camino hasta la cumbre de la sierra fué rechazada á la bayoneta, i la otra habiendo experimentado pérdidas considerables por el fuego de los ingleses retrocedió antes de llegar á la cumbre. Las tres divisiones que atacaron por la izquierda tuvieron poco mas ó menos la misma suerte. Rechazado el enemigo en aquel terreno nada favorable, segun todos los cálculos perdió por lo menos dos mil hombres sin contar un crecido número de heridos.

Renunciando el ejército frances al arrojó de atacar de nuevo á la sierra, comenzó á dar vuelta á la estremidad, i se puso en marcha ácia Lisboa por la parte de Coimbra. Massena colocó allí una fuerte retaguardia, estableció sus hospitales i dejó los heridos; pero á los portugueses todavia no se les habia entibiado el entusiasmo que les habia ocasionado la victoria de Busaco. El coronel ingles Trant, que mandaba un cuerpo de milicias portuguesas, atacó valerosamente la plaza de Coimbra i la ganó en un instante: unos cinco mil hombres, bien que los mas de ellos heridos, cayeron en poder de los portugueses con todos los acopios de los hospitales franceses; i Massena, que no pudo volver á tomar aquella ciudad, perdió todas las provisiones i todos los almacenes que la fertilidad de las inmediaciones le habia facilitado, i cuyo depósito habia establecido en la plaza.

Ambos ejércitos quedaron muy sorprendidos, cuando vieron cesar repentinamente la retirada de los ingleses i la marcha de los franceses. Los primeros tomaron una posicion regular, que á fuerza de trabajo i habilidad llegó á po-

nerse en un estado casi inespugnable, pues la defendian reductos i baterías de grueso calibre. El Tajo i el puerto de Lisboa aseguraban su subsistencia abundantemente, i la fuerza de la posicion compensaba suficientemente la inferioridad numérica.

Por el contrario, los franceses que habian contado con entrar en Lisboa como conquistadores, se hallaron en un país que sus mismos cultivadores habian devastado, sin hospitales i sin almacenes á espaldas suyas, con un enemigo delante cuyas fuerzas acababan de experimentar, i rodeados de una poblacion hostil i casi enteramente sobre las armas. Si se podia decir que Massena en semejante posicion sitiaba á Lisboa, no por esto estaba él menos en un peligro inminente de verse reducido á los últimos extremos del hambre que ordinariamente acompaña á los sitiados. Parecia que por algun incidente extraordinario habia cambiado de situacion con los habitantes de aquella capital, sufriendo todos los males que pretendia imponerles.

Se suspendió entonces la guerra de una i otra parte. El lord Wellington habia conseguido su objeto i contaba defenderlo. Massena no sabia como empezar el ataque. El venado, acusado de cerca, se habia parado repentinamente, pero el podenco no osaba atacarle. Todas las miradas de Europa se dirigian ácia el Tajo, en cuyas orillas debian decidirse las pretensiones rivales de dos grandes generales, en nombre de dos naciones poderosas; pero este acontecimiento quedó suspenso muchos meses, i entretanto nuestra historia nos llama á otros objetos.

## CAPITULO XVI.

## RESUMEN DEL CAPITULO XVI.

EMPIEZA NAPOLEON Á DESCONFIAR DE TALLEYRAND I DE FOUCHÉ. — SE ESPLICA CON ESTE QUE LE SATISFACE POR EL MOMENTO. — FOUCHÉ Á ESCONDIDAS DE NAPOLEON PROCURA ASEGURARSE DE LAS MIRAS DE LA INGLATERRA CON RESPECTO Á LA PAZ. — SU PLAN SE FRUSTRRA POR SU CONTACTO SINGULAR CON OTRO PLAN SEMEJANTE QUE NAPOLEON HABIA FORMADO SIN SABERLO SU MINISTRO, I SE MANDA Á FOUCHÉ Á ROMA EN CALIDAD DE GOBERNADOR GENERAL. — SISTEMA CONTINENTAL. — SU OBJETO. — SISTEMA DE LAS LICENCIAS. — LUIS BONAPARTE. — PROCURA EN VANO LIBERTAR LA HOLANDA DE LOS EFECTOS DEL SISTEMA CONTINENTAL. — ABDICA EL TRONO, I SE RETIRA Á GRATZ EN STIRIA. — LA HOLANDA SE AGREGA AL IMPERIO FRANCES. — ESTA MEDIDA ES MUY PERJUDICIAL Á NAPOLEON EN EL ESPÍRITU DEL PUEBLO.

## CAPITULO XVI.

A medida que Napoleón aumentó su poder i le consolidó, empezó á mirar con predilección á ciertos ministros complacientes que preferían adivinar ó adoptar sus propias opiniones

mas bien que intentar francamente criticarlas i refutarlas.

La historia justifica á Napoleon, ó por lo menos le escusa el haber caído en este error que era muy natural. Conocia, i con mucha razon, que solo él habia sido creador de sus planes colosales, i aun, en gran parte, el instrumento que los habia ejecutado, i esto le inclinó á creer, que puesto que habia hecho tanto, podia igualmente hacer lo restante. Las opiniones de hombres como Talleyrand i Fouché servian de freno á ciertos proyectos concebidos con precipitacion i sostenidos con tenacidad; i su influencia, aunque invisible fuera del gabinete imperial, podia compararse á la quilla de un navío, que aunque oculta dentro del agua, sirve para mantener el equilibrio en medio de las olas, i modera la fuerza de impulsión que le dán las velas hinchadas por el viento; tal es tambien la péndola de un reloj que dirige i gobierna su principal resorte. Sin embargo, aunque Napoleon debiese hacerse cargo de estas ventajas, todavía era mas susceptible á un sentimiento de zelos, que le hacia sospechar que aquellos hombres de estado estaban mas dispuestos á crearse un interés separado en el gobierno i en la nacion, que á mirarse como completamente dependientes de la autoridad imperial.

Temia en fin que conservasen todavía relaciones con una sociedad política llamada de filadelfos,\* compuesta de antiguos republicanos

---

\* Véase sobre los filadelfos la obra curiosa sobre las sociedades secretas del ejército, que se atribuye á M. C. Nodier. (Editor).

i otros individuos que , si bien no profesaban una misma fe política , se reunian por el deseo comun de obtener algun grado de libertad , ya fuese aprovechándose de los débiles medios de represion que podia aun suministrarles la constitucion , de la cual se habian escludo con tanto esmero todos los medios de oposicion á la voluntad imperial , ya fuese esperando que Napoleon experimentase alguna desgracia que diese mas fuerza á sus quejas.

La desconfianza que Bonaparte tenia en sus ministros no estaba fundada en conjeturas vagas. Mientras estaba en España , recibió informes que al parecer indicaban que en el cuerpo legislativo se formaba un partido de oposicion contra la voluntad imperial. Será bueno tener presente que aquel cuerpo votaba por escrutinio , i la asamblea se quedó muy sorprendida i atónita cuando vió que las bolas negras desaprobando una medida que el gobierno habia sometido á su consideracion , se encontraban en número de ciento veinte i cinco , que formaban mas de la tercera parte de los individuos presentes.

Una nota oficial de 4 de diciembre , su fecha en Valladolid , inmediatamente hizo presente á los individuos de que se sospechaba aquella oposicion , que el derecho de desechar las leyes que se les presentasen en nombre del emperador , que con tanta audacia habian intentado ejercer , solo lo tenian en apariencia , i no debía considerarse como si les diese un poder real i efectivo. Las palabras de Napoleon , amante de las instituciones liberales , como se ha supuesto , son dignas de notarse.

» Nuestros males, dice, en parte nos han venido de una exageracion de ideas que ha conducido al cuerpo legislativo á considerarse como representante de la nacion, idea quimérica i aun criminal, pues que indicaria un derecho á una representacion que solo pertenece al emperador. El cuerpo legislativo deberia llamarse consejo legislativo; no tiene derecho de hacer leyes, pues no tiene el de proponerlas. En la gerarquia constitucional el emperador i los ministros son los órganos, los primeros representantes de la nacion. Si otras pretensiones, supuestas constitucionales, pervirtiesen los principios de nuestra constitucion monárquica, todo estaria perdido.»

Todo esto es muy inteligible, i prueba que en principio, si no en práctica, la constitucion monárquica de la Francia reposaba sobre la misma base de despotismo que sostiene la constitucion monárquica de Constantinopla, en donde los ulemas (legistas) tienen el derecho ostensible de resistir á los edictos del gran señor, i no se esponen á mas que á verse molidos en un almirez si se atreven á ejercerlo.

Bonaparte tenia sospechas muy violentas de que este genio indócil manifestado tan repentinamente por una asamblea tan complaciente, debia haber tenido el apoyo de Talleyrand i de Fouché. En consecuencia en cuanto estuvo de regreso á París, sondeó á este último ministro sobre la rebelion del cuerpo legislativo, i le preguntó cual era su opinion sobre la especie de medida que habia adoptado para reprimirla. Fouché habia representado demasiado el papel de espia de los pensamientos ocultos de los

otros, para tener la debilidad de dejar conocer los suyos. Adoptando los acentos del panegírico, aprobó plenamente el tono decidido de la nota oficial; declaró que este era el modo único de gobernar un reino, i añadió que si un cuerpo constitucional se arrogase un derecho de representacion nacional, el soberano no tenia otra alternativa que disolverlo al instante. »Si Luis XVI se hubiese conducido de esta suerte, dijo el ministro, acaso viviria aun, i hoy dia seria rey de Francia.» Admirado Bonaparte de la viveza i prontitud de esta respuesta, miró por un instante á su ministro con cierto aire de sorpresa, oyéndole manifestar opiniones tan distintas de las que habian dirigido la primera parte de su vida política. »I con todo, duque de Otranto, dijo Napoleon al ex-jacobino, ¿me parece que erais uno de los que enviaron á Luis XVI al cadalso?

—Es muy cierto, respondió el astuto ministro sin confusion ni empacho; i este fué el primer servicio que tuve el honor de tributar á V. M.»

Esta respuesta política salvó al ministro por el momento; pero no por esto dejó Napoleon de mirar en Fouché un objeto de desconfianza i aprehension, cuyo valimiento era inmenso, porque durante tanto tiempo habia estado á la cabeza de la policia; cuya doblez era impenetrable, i que daba bastante á conocer su deseo de asegurarse alguna autoridad individual separada, haciéndose, ó muy necesario para que no se le despidiese, ó muy formidable para recibir una ofensa impunemente.

Fouché encontrándose en esta situación con un amo vigilante i á la par zeloso, causa maravilla la audacia del hombre que no temia afectar una especie de independencian previniendo los deseos de Napoleon, i cuanto concernia al servicio público i aun al interior de la familia imperial. Vióse un ejemplo notable, bajo este último respecto, en la tentativa que hizo con la emperatriz Josefina con motivo del divorcio; i acaso por haber salido bien de este primer lance sin perder un ápice de su poder i de su valimiento, se animó á emprender un segundo negociado, de un carácter mas público i nacional, cuyo objeto era nada menos que sondear la posibilidad de hacer la paz con la Inglaterra.

Fouché tendió sus miradas por todas partes con mucho cuidado para descubrir que especie de concesiones podria hacer la Francia para calmar los zelos de Inglaterra, lisongeándose de que seria posible llegar á entenderse con el ministerio ingles, debilitado con la pérdida de M. Canning, i desanimado por las derrotas que habian experimentado los patriotas españoles, i con el fatal resultado de la expedicion de Walcharen. Las condiciones que voluntariamente hubiera concedido incluían la seguridad de la independencian de los dos reinos de España i Holanda, como si semejante garantía hubiese podido tener algun valor, cuando estos dos reinos reconocian por soberanos á dos hermanos de Napoleon, reyes que no eran mas que sus prefectos, i revocables á su antojo, como luego lo veremos. Tambien consentia en reconocer la monarquía de Sicilia en la persona del príncipe que la gobernaba, i la de

Portugal en la casa de Braganza. M. Ouvrard, que obtuvo permiso para pasar á Lóndres por negocios de comercio, tuvo encargo de Fouché para entablar esta negociacion furtiva i delicada con el marques de Wellesley; pero se malogró por una circunstancia muy singular.

Tambien Napoleon habia concebido la idea de saber á que condiciones podria hacerse la paz; i apesar del mal éxito de las dos tentativas que habia hecho para entablar una correspondencia personal con el rey de Inglaterra, habia dado un paso igual al de su ministro, encargando á M. La Bouchere, comerciante, i agente de una gran casa de comercio de Holanda, que sirviese de intermediario para una comunicacion con el gobierno ingles. De ello resultó que Ouvrard i el agente del emperador, ignorando cada uno de ellos la mision del otro, entraron en correspondencia casi á un mismo tiempo con el marques de Wellesley, que, de regreso de su mision á España, era entonces secretario de estado en el departamento de la guerra. Sorprendido el ministro ingles de ver dos intermediarios para un mismo negociado, sospechó, como era natural, que querian engañarle, i rompió toda correspondencia, tanto con Ouvrard como con su competidor en esta negociacion.

Napoleon debió necesariamente encolerizarse tanto contra Fouché, por haberse mezclado sin su consentimiento en un negocio de tanta importancia, que casi sorprende el ver que limitó los efectos de su resentimiento á quitarle el ministerio. Llamó á Fouché ante sí, i habiéndole arrancado la confesion de su nego-

ciacion secreta, añadió: „¿Con qué quereis hacer la paz i la guerra sin mi consentimiento?”

La consecuencia fué quitarle el ministerio de la policia, que lo dió á Savary; i poco tiempo despues se le mandó á una especie de destierro honorífico, nombrándole gobernador general de Roma. No le costó poco á Bonaparte arrancar de las manos de su antiguo ministro las notas confidenciales que le habia escrito relativamente á negocios de policia. Fouché sostuvo mucho tiempo que habia quemado aquellos documentos interesantes, i solo cuando se le puso en la alternativa de la sumision ó un calabozo, entregó por último los rescriptos imperiales, que seguramente contenian muchas cosas que hubieran sido preciosas para la historia. Este hombre de estado audaz, alejado por ahora del teatro de los acontecimientos, se presentará de nuevo en otras épocas de nuestra historia; i, como se ha notado de ciertas castas de aves marítimas, su aparicion raramente dejaba de anunciar el peligro i la tempestad.

Lo que principalmente llamaba la atencion de Napoleon desde que habian abortado las tentativas de paz con la Inglaterra, por consecuencia del contacto de su emisario confidencial con el de Fouché, era destruir la fuerza i minar los recursos de su rival, dando mas rigor i estension á lo que él llamaba el sistema continental europeo, que consistia en suprimir todo comercio, i reducir cada nacion, como en los tiempos de la primitiva barbárie, á contentarse de sus propias producciones, aunque fuesen insuficientes para las necesidades reales ó facticias que han creado los progresos de la sociedad.

Examinó, pues, todos los rincones de la Europa, con la intencion de cerrar el mas pequeño ancon, el mas mínimo puerto por donde fuese posible á un barco pescador desembarcar un cargamento de muselinas ó tegidos de algodón; i la autoridad absoluta que podia ejercer por todo el continente, excepto en Rusia i en la península, „todavía oprimida,“ nos permite compararle al activo alcaide de una cárcel, que á ciertas horas hace la visita de sus sombríos estados dando un martillazo á todas las rejas, para conocer con el sonido si están intactas, i ensayando todas las cerraduras para enterarse si sus cautivos tienen algun medio secreto de comunicacion con la parte libre del género humano. Asi pues, el comercio, vínculo delicioso que ata las unas naciones con las otras, cuya influencia es tan saludable á todos los estados, i tan necesaria á la existencia misma de muchos de ellos, corria el riesgo de verse enteramente aniquilado, á escepcion del que se hacia por un sistema de licencias.

La adopcion de este sistema, cuyo efecto fué paralizar en gran parte el del mismo sistema continental, que daba tanta importancia en hacerlo adoptar por todas las potencias neutrales, fué un singular sacrificio que hizo Napoleon, parte á la necesidad, i parte al deseo de acumular tesoros.

El sistema de licencias era una suavizacion del bloqueo continental, cuyo ejemplo habia dado la Inglaterra, concediendo proteccion á los buques neutrales que saliendo de un puerto británico, tenían una parte de su cargamento

compuesta de géneros ingleses ó de productos de sus colonias. Esto era lo que en término de comercio se llama un verdadero negocio. Compraban géneros ingleses los que querian sacar una ganancia vendiéndolos en alguna parte del continente, en donde tuviesen posibilidad de introducirlos. De la misma manera Bonaparte concedió licencias imperiales, que se compraban á un precio muy subido, en virtud de las cuales era permitido á los buques mercantes importar una cierta cantidad de frutos coloniales, bajo condicion de que esportarian géneros franceses por igual valor.

El primer soberano, cuyo trono se despalmó con este motivo, fué el hermano de Napoleon, Luis Bonaparte, que habia sido creado rey de Holanda. Segun todos los informes que hemos podido proporcionarnos, parece que Luis era un hombre amable, bien intencionado é íntegro, de un carácter caballeresco i de un humor melancólico, que habia conservado estudiando la filosofía sentimental de Rousseau. Pero segun su hermano, era un ideólogo, es decir un hombre dispuesto á hacer lo que es justo en principios mas bien que lo que las circunstancias hacen conveniente. Estaba implicado en algunas disenciones de familia, i vivia con bastante indiferencia con su muger, que disfrutaba de mas favor cerca de Napoleon que el mismo Luis. Desde que se habia visto en la precision de aceptar la corona de Holanda, habia hecho cuanto estuvo de su parte para que el país disfrutase de toda la proteccion que podia concederle el título de hermano de Napoleon; i si no podia evitar

enteramente á sus vasallos las desgracias que son consecuentes á un país conquistado i dependiente, procuraba aligerarlas cuanto sus medios se lo permitian. Los holandeses, hombres tranquilos i reflexivos, agradecieron los esfuerzos de Luis, i en general, le miraron como su amigo i protector; pero en la época de que hablamos, los males que amenazaban eran de tal naturaleza, que no permitian á Luis desviarlos ni suavizarlos. Otros países pueden tener un carácter mas ó menos comercial; pero la Holanda no existe sino por el comercio. La influencia del comercio habia conquistado su territorio anfibio al océano, i privada de esta influencia, pronto sus hermosas ciudades no serian mas que unas aldeas de pescadores, i sus ricos pastos recobrarian su primitivo estado de pantanos de agua salada, bajios i bancos de arena. Cien millones de francos, que las exacciones de los franceses habian sacado ya de los holandeses, debian valerles, como ellos querian imaginarse, algun derecho de utilizar los débiles medios de comercio que les quedaban, i que con la aprobacion del rey Luis, estaban casi enteramente empeñados en un tráfico con la Inglaterra, declarado entonces de contrabando.

Napoleon empleó órdenes i amenazas para determinar á Luis á que obligase á sus vasallos á que observasen mas rigurosamente el sistema continental, i Luis representó i suplicó en favor de la nacion á cuya cabeza se hallaba. Cada uno de los dos hermanos se obstinó mas i mas en su opinion, i al fin el emperador comenzó á conocer que ni el temor ni el afecto

podrian determinar á Luis á ser un agente de opresion en Holanda; su separacion de aquel país se vió claramente que seria una consecuencia de su tenacidad. En un informe que hizo Champagny duque de Cadore, se declaró que la situacion de Luis en el trono de Holanda se habia hecho muy crítica por la division de sus sentimientos entre los deberes imprescriptibles que debia cumplir con la Francia i su familia, i el interés que naturalmente debia tomar á la prosperidad del comercio holandes. Para poner fin á esta lucha en el corazon de Luis, este informe hizo saber al público que Napoleon queria llamar el príncipe de su sangre que habia puesto en el trono de Holanda, pues que el primer deber de un príncipe frances que ocupaba un lugar en la línea de la sucesion á la corona, le ataba esclusivamente á la Francia. Se anunció en el mismo informe, que la Holanda, privada de su rey, de su independencia nominal, quedaria reducida á una provincia de la Francia i ocupada por las tropas francesas; que pasarian á ella empleados de las aduanas francesas, i que de esta suerte se la quitarian los medios de perjudicar al sistema continental, tan necesario para subyugar á la Inglaterra, obstinándose en continuar relaciones comerciales con un pueblo proscrito por el imperio.

Este informe es particularmente interesante, en cuanto da á conocer las ideas de Bonaparte relativamente á los derechos i á la autoridad real de los soberanos que creaba i revocaba á su antojo, segun que los intereses de la Francia, ó mas bien los suyos, lo exigian ó pare-

cian exigirlo. Sin embargo, ó bien Napoleon se sonrojó por un instante de confesar tan descaradamente este hecho, ó bien creyó que semejante contradiccion de sus declaraciones repetidas podria producir un mal efecto en los westfalianos, súbditos de Gerónimo, i en los españoles, que deseaba lo fuesen de José, ó bien, acaso, las reconvenciones de Luis ejercieron alguna influencia momentánea en su espíritu; pues suspendió repentinamente este proyecto, i el dia 16 de marzo concluyó un tratado con Luis, cuyas condiciones estaban calculadas, se decia, para arreglar todos los puntos de contestacion entre ambos soberanos, i hacer que la independencia de la Holanda fuese compatible con la necesidad de conformarse al sistema continental.

Por este tratado, la Zelandia, el Brabante holandes, i los países situados á lo largo del curso del Rhin, tanto en la orilla derecha como en la izquierda, debia cederlos la Holanda á la Francia. Empleados de aduanas francesas debian ponerse en todos los puertos de la Holanda; este reino debia mantener un ejército de diez i ocho mil hombres, seis mil de los cuales serian franceses, i tripular una escuadra para el servicio de la Francia. El gobierno holandés debia prohibir los productos de las manufacturas inglesas. Luis consintió todavia en otras restricciones, con la esperanza de ablandar á su hermano, cuyos proyectos nada podia detener, i obtener de él que el resto del territorio de la Holanda conservase por lo menos el nombre de estado independiente; pero pronto se convenció de que no eran estas las in-

tenciones del emperador. En vez de seis mil franceses, se reunieron veinte mil en Utrecht, para estenderse desde allí en la Holanda, en vez de distribuirse en las costas, en donde solo su presencia podia ser necesaria para impedir el contrabando, que era el único pretesto que se daba para la introduccion de aquellas tropas extranjeras. Supo Luis que iban á tomar posesion de todo el país, i que el cuartel general de aquel ejército, que era enteramente independiente de su autoridad, iba á establecerse en Amsterdam su capital.

Viéndose Luis de esta manera despojado por su hermano de toda la autoridad en el reino del cual todavia se le llamaba soberano, se negó á conservar un título ilusorio i representar el triste papel de un monarca que no podia sostener sus derechos ni proteger á sus vasallos.

El dia 1.º de julio firmó un acto de abdicacion en favor de su hijo, que entonces era menor, espresando que si habia tenido la desgracia de haber disgustado personalmente al emperador su hermano, esperaba que este no castigaria por ello á su inocente hijo, que nunca le habia ofendido. En una carta escrita en Harlem en dicho dia, manifestó Luis los motivos de su abdicacion de una manera que hacia tanto honor á sus luces como á su corazon; hablando de su hermano guardaba una moderacion que daba mayor peso á sus justas quejas. »No podia consentir, decia, en conservar únicamente el nombre de rey, sin tener ninguna autoridad efectiva en su reino, en su capital, ni aun en su mismo palacio;

de otra manera no sería mas que un testigo de cuanto se hiciese, no pudiendo procurar dirigir el curso de los acontecimientos en el interes de su pueblo, i siendo no obstante responsable de las desgracias que no hubiera podido prevenir ni reparar.

Despues de haber escrito esta declaracion i haber tomado medidas para que llegase á conocimiento del público, que solo podia verificarse enviándola á Inglaterra, el ex-rey de Holanda reunió en su palacio en Harlem una sociedad escogida de amigos; se estuvo con ellos hasta despues de media noche, i entonces Luis metiéndose en un coche muy sencillo que le estaba esperando, dejó detrás de sí el nombre de rey i todos los bienes que eran patrimonio de la corona, mas bien que conservarlos sin poder cumplir con los deberes que en su modo de pensar eran inseparables. Se retiró á Gratz en Stiria, en donde vivió como un simple particular, del producto de una módica pension, consagrando sus ratos desocupados á la literatura.

Bonaparte, como era de esperar, no guardó ningun miramiento á los derechos del hijo de Luis, en cuyo favor el padre habia abdicado, contentándose con nombrar á aquel jóven príncipe, gran duque de Berg.

La suerte de la Holanda no estuvo mucho tiempo indecisa, i aun es probable que ya estaba decidida antes del primer informe de Champagny, en el cual el ministro daba á entender que la Holanda, con todas sus provincias, debia hacer parte integrante de la Francia. Este informe estaba en contradiccion con

la seguridad que Napoleon habia dado al senado, de que el Rhin se consideraria como límite natural de la Francia, i no estaba mas acorde con la supuesta determinacion de respetar i mantener la independenciam de la Holanda. Pero estas promesas del emperador cedieron á la fuerza de los argumentos de que se valió Champagny, su órgano ordinario en semejantes casos, para aconsejarle que incorporase al imperio frances el territorio de la Holanda, como se verificó declarándose que era parte integrante del mismo.

Pero esta usurpacion no quedó impune, pues hizo decaer á Bonaparte en la opinion pública, todavia mas que su atentado inaudito con respecto á la España. Es cierto que en Holanda no fué acompañada de aquellas escenas sangrientas é infaustas que se siguieron á las transacciones de Bayona; pero la invasion de la Holanda descubrió mas claramente el mayor defecto de Bonaparte que era la ambicion.



## CAPITULO XVII.

## RESUMEN DEL CAPITULO XVII.

GUSTAVO IV REY DE SUECIA PIERDE SU TRONO ; LE SUCEDA SU TIO. — MUERE EL PRÍNCIPE HEREDITARIO DE UNA CAÍDA DEL CABALLO. — CANDIDATOS PROPUESTOS PARA LA SUCESION. — CREYENDO LOS SUBCOS CONCILIARSE Á NAPOLEON, QUIEREN ELEGIR Á BERNA DOTTE, PRÍNCIPE DE PONTECORVO. — TENTATIVAS DE NAPOLEON PARA ENCADENAR LA SUECIA Á LA POLÍTICA DE LA FRANCIA. — ADHIERE EL PRÍNCIPE REAL AL SISTEMA CONTINENTAL Á PESAR SUYO. — PERMITE LA RUSIA LA IMPORTACION DE ALGUNOS GÉNEROS INGLESES EN CIERTOS PUNTOS DE MAR. — NEGOCIACIONES ENTRE LA FRANCIA I LA INGLATERRA PARA EL CANGE DE PRISINEROS I PARA UNA PAZ GENERAL; SE ROMPEN CON MOTIVO DE LAS PRETENSIONES EXAGERADAS DE BONAPARTE.

## CAPITULO XVII.

**D**estruido el reino de Holanda, se rompió violentamente un nuevo cetro, que el mismo Napoleón habia puesto en manos de su hermano para arrancarsele despues. En Suecia ci-

fieron la diadema en la frente de un hombre que salido del mismo punto que Bonaparte, no era, como él, mas que un soldado afortunado. Hízose esto con la esperanza de asegurarse la proteccion del emperador de los franceses, ó por lo menos con la de ponerse al abrigo de su enemidad. Hemos hecho notar muchas veces que Gustavo IV, jóven príncipe lleno de fogosidad é intrepidez, pero cuyos talentos militares, i sobre todo el poder, no eran iguales al espíritu emprendedor, parecia querer imitar á Gustavo Adolfo, ó Cárlos XII, sin reflexionar que el país que gobernaba habia decaído mucho de lo que habia sido entonces, i que él mismo se hallaba muy distante de poseer los mismos talentos que aquellos monarcas. La Suecia habia sufrido grandes pérdidas de resultas del atrevimiento con que aquel príncipe sostenia los antiguos principios de la aristocracia contra la Francia omnipotente.

En la guerra de 1806 á 1807 se habia apoderado la Francia de la Pomerania, única provincia que pertenecia á la Suecia en la costa meridional del mar Báltico. La Rusia tomó parte en aquella guerra, i animó á Gustavo para sostenerla; pero habiendo cambiado de política, despues del tratado de Tilsit, declaró la guerra á la Suecia, con el único objeto, i no hacia de ello un misterio, de apoderarse de la Finlandia, que efectivamente logró apropiarsela. Habia, pues, perdido la Suecia bajo el reinado de aquel malhadado monarca, mas de una tercera parte de su territorio; i los habitantes estaban decididos á tomar en caso necesario las medidas mas desesperadas para

asegurar la independencia de lo que les quedaba. Temian á la Rusia, que podia aspirar á la conquista de los últimos restos de aquella antigua monarquía; temian á la Francia, que podia unir la corona de Suecia con la de Dinamarca i Noruega, i enviar un ejército auxiliar para ayudarla á subyugar aquel país, en recompensa de la fidelidad i de las desgracias que habia sufrido. Mientras que aquellas calamidades estaban cerca de recaer sobre ellos, conocian los suecos que Gustavo Adolfo era demasiado obstinado para conjurar la tempestad con su sumision, i al mismo tiempo demasiado débil i tal vez demasiado desgraciado para resistir á su violencia. Aquel convencimiento acarreó una resolucion, la mas universal tal vez de todas cuantas se recuerdan en la historia.

El desgraciado rey fué arrestado en marzo de 1809, sin tener en su defensa mas espada que la suya; i aun temieron los conspiradores tan poco que pudiese hallar en el estado un partido que quisiese reemplazarle á la cabeza del gobierno, que consintieron en concederle su libertad i una pension decente, con tal que se mirase desterrado de Suecia para siempre; sentencia de destierro que comprendió igualmente, sin ningun miramiento por la justicia, á su esposa hermana de la emperatriz de Rusia, i á sus hijos, sin escluir al heredero de la corona.

Fué llamado al trono el duque de Sudermania, tio del príncipe destronado, i fué designado para sucederle Christiano de Augustenberg, príncipe de la casa de Holstein. El nuevo rey hizo la paz con la Rusia; pero le costó

aquella paz la Finlandia i la isla de Aland, que le fué preciso ceder á aquella potencia. Luego despues se firmó en París un tratado, en el cual prometia Cárlos XIII adherir al sistema continental, i cerrar sus puertas á todas las mercancías inglesas, salvo algunas restricciones á la sal i á los géneros coloniales. En desquite devolvió Napoleon á la Suecia la Pomerania i la isla de Rugen, reservándose no obstante las dotaciones que habia señalado á sus soldados ó á sus hechuras en aquellos territorios; pero, á pesar de que por aquel tratado se encontraba enteramente cambiado el sistema político de la Suecia, no estaba todavía aquel desgraciado país al cabo de la revolucion que le despedazaba interiormente.

Se hallaba el rey en una edad avanzada, i las miradas del pueblo se volvian con interés ácia su heredero, en el cual recaía casi todo el peso del gobierno, i de quien parecia estar satisfecha la nacion. Pero su gobierno fué de corta duracion: el 28 de mayo de 1810, mientras pasaba la revista de algunas tropas, cayó repentinamente de su caballo, i murió del golpe, dejando de nuevo á la Suecia sin mas gefe que su anciano monarca. Aquel acontecimiento agitó á toda la nacion i se propusieron muchos candidatos para la sucesion al trono.

De este número era el rey de Dinamarca, quien, despues de los sacrificios que habia hecho por Bonaparte, tenia algun derecho para esperar que fuese sostenido por el emperador de los franceses. El hijo del último rey, heredero legítimo de la corona, i que tenia como él el nombre de Gustavo, fué igualmente

puesto en la lista. Tambien tenia partidarios el duque de Oldenbourg, cuñado del emperador de Rusia. Pero habia fuertes objeciones contra cada uno de aquellos candidatos. Seguir el órden de sucesion legítima i llamar al trono á Gustavo, cuyos derechos no podian destruirse por la incapacidad de su padre, hubiera sido poner un niño á la cabeza del estado, i esponerse en circunstancias tan críticas, á verse en nuevos apuros i en nuevas incertidumbres, cuando se tratase de nombrar un regente. Una eleccion semejante podia servir por otro lado en lo sucesivo de pretesto á su padre para hacer revivir sus derechos á la corona. En cuanto al rey de Dinamarca, habian sido demasiado tiempo rivales la Suecia i la Dinamarca para que quisiesen obedecerle los suecos; i escoger al duque de Oldenbourg hubiera sido, por el hecho, someterse á la Rusia, cuya reciente conducta habia dado á la Suecia justos motivos de queja.

En aquella confusion, propusieron algunas personas una medida que pareció la mas sabia: la de conciliarse á Napoleon, poniendo la antigua corona de los godos en la cabeza de uno de sus generales, Juan Julian Bautista Bernadotte, príncipe de Pontecorvo. Estaba casado aquel célebre oficial con una cuñada de José Bonaparte, hija de un rico i respetable particular llamado Clariy, enlace que le habia procurado la ventaja de hacer parte de la familia imperial, i se habia ganado una gran reputacion en el norte de Europa, cuando sucesivamente habia sido gobernador de Hanover i administrador de la Pomerania sueca. En aquella

última ocasion se habia manifestado Bernadotte, segun decian, el amigo i protector de la nacion sueca, i hasta se llegaba á insinuar que no estaria lejos de renunciar al catolicismo para abrazar la religion de la confesion de Augsburgo. Los suecos conocieron generalmente la fuerza de las razones políticas que ocasionaban aquella eleccion. Por humillante que hubiera podido ser en otra época cualquiera para un pueblo orgulloso de su antigua fama, escoger por amo á un soldado extranjero, que profesaba diferente religion que la suya, sin embargo, una eleccion semejante iba á poner á la cabeza de la nacion un guerrero, perfectamente en estado de conocer i superar las dificultades de la época; i era una eleccion que no podia dejar, á lo que ellos creían, de agradar al que con una sola seña, parecia arreglar los destinos del mundo.

No obstante, hay excelentes motivos para dudar que eligiendo á Bernadotte, hayan hecho los suecos una cosa muy agradable para Napoleon. El nombre del nuevo príncipe heredero de Suecia habia sido célebre en las guerras de la revolucion, antes que se hubiera oído hablar de Bonaparte. Su reputacion como militar databa pues de muy lejos, sin haber no obstante igualado jamas á la suya. En la jornada del 13 de brumario, estuvo tan distante de sostener á Bonaparte en su empresa contra el consejo de los quinientos, á pesar de todas las anticipaciones que se le hicieron, que se hallaba en San Cloud, enteramente armado i dispuesto, si las circunstancias lo permitian, á ponerse á la cabeza de las primeras tropas que se pudiesen hacer declarar por el directorio.

Es muy fácil, pues, concebir, que no era en Bernadotte en quien hubiera escogido Napoleon por su voluntad el heredero de un reino lejano, i por esto mismo menos sumiso á la Francia; hubiera preferido mas bien ver subir á aquel trono á otro cualquiera sobre quien hubiese podido contar, i de quien no hubiese tenido que temer que la adhesion á sus voluntades cediese nunca á vanos escrúpulos de patriotismo.

Pero ademas de lo sospechosas que eran á Napoleon las opiniones de Bernadotte, se habian suscitado recientemente entre ellos motivos mas positivos de discordia. Bernadotte, como ya lo hemos visto, habia incurrido en la censura del emperador por haber dejado escapar á La-Romana i los españoles. En una época mas reciente mandaba las tropas sajonas en la batalla de Wagram; i aunque por una continuacion de maniobras muy hábiles, tuvo estrechado al general Bellegarde en las fronteras de la Bohemia, cuando su presencia hubiera podido ser esencialmente útil al archiduque Carlos, fué reconvenido por Napoleon por haber sido muy lento en sus maniobras.

Los suecos ignorando todo esto, se imaginaron que eligiendo á Bernadotte por príncipe hereditario, rendian á Bonaparte el homenaje que debia lisonjearle mas. A pesar de sus desavenencias con Bernadotte, i aunque bajo el punto de vista político, hubiera estimado mas apoyar las pretensiones del rey de Dinamarca, no podia dudar Napoleon que la Suecia conservaba un cierto grado de independendencia; que la mar la separaba de sus ejércitos; i que á

pesar de que deseaban conciliarse su buena voluntad, no estaban todavía reducidos los suecos á recibir leyes de su mano. Era preciso, pues, aprobar su eleccion, puesto que no podia imponer otra; ademas de que encontraba en ella la ventaja de probar, por un nuevo i ruidoso ejemplo, que no habia dignidad que no pudiesen pretender los generales que le servian; que siempre estaba pronto á favorecer su ascenso, i (lo que todavía podia parecer mas equívoco que las dos proposiciones primeras) que se apresuraba á condescender con los votos de un pueblo que usaba del derecho legítimo de escoger su primer magistrado. Cuando Bernadotte, pues, protestando que se dejaria gobernar enteramente por el emperador, fuese que debiese proseguir ó abandonar aquel importante objeto, le suplicó, en el primer caso, que le apoyase cerca de los estados de Suecia, que debian elegir el príncipe hereditario, respondió Bonaparte que no daria ningun paso para influir en la eleccion; pero que autorizaba al príncipe de Pontecorvo á ponerse en las listas, i que se alegraria lo lograra. Véase por lo menos el modo con que cuenta Napoleon aquella transaccion; pero hemos tenido la dicha de procurarnos algunas notas inéditas, en las que se representa la conducta del emperador bajo un aspecto enteramente diverso, las cuales prueban á las claras, que mientras pagaba Napoleon á su general con buenas palabras, intrigaba por debajo de mano para impedir que le eligiesen. \*

---

\* Véase el Apéndice.

Los suecos persistieron sin embargo en su eleccion, á pesar de las insinuaciones de Desaugiers, su encargado de negocios, que en seguida afectó Napoleon desaprobar i llamarle por haber sostenido en la dieta de Orebro los intereses del rey de Dinamarca en vez de los de Bernadotte.

Luego que Bernadotte hubo arrancado á Napoleon un frio consentimiento, ó mas bien la seguridad de que quedaria neutral, gracias á la excelente reputacion de que gozaba entre los suecos, i á la persuacion en que estaban de que era él todo cerca del emperador, fué elegido príncipe hereditario de Suecia por los estados de aquel reino, el 21 de agosto de 1810. El mismo Napoleon confiesa que estuvo tentado un instante de retirar su consentimiento i oponerse á la eleccion proyectada; pero persistió no obstante en sus primeras resoluciones.

Se esforzó por lo menos para obtener de Bernadotte la promesa de que quedaria bajo la dependencia de la Francia i de su emperador. He ahí como se gobernó. Cuando Bernadotte le pidió que le enviase las cartas de emancipacion que le absolvian de sus juramentos como frances, cosa que no podia negarse decentemente al príncipe hereditario de otro país, »todavía no se habian espedido aquellas cartas, dijo Napoleon, porque Bernadotte tenia que cumplir con una formalidad que el consejo creía indispensable, cual era la de firmar antes la obligacion de no tomar jamas las armas contra Napoleon.» Bernadotte reclamó contra una proposicion en virtud de la cual nunca

seria mas que un general al servicio de la Francia. El emperador se avergonzó de persistir en una pretension tan fuera de razon, i al fin de su audiencia de despedida, le dirigió aquellas palabras casi proféticas: «¡Muy bien! marchad; cúmplanse nuestros destinos.» Prometió al príncipe real dos millones de indemnizacion por el principado de Pontecorvo i sus demas dotaciones en Holanda, á las cuales debia renunciar cesando de hacer parte de los súbditos de la Francia. Es bastante singular que estando Napoleon en Santa Elena, se haya atrevido á suponer que le habia regalado aquella suma (de la cual nunca recibió Bernadotte mas que un millon), para proporcionar á su general los medios de tomar posesion de su nueva dignidad con un esplendor verdaderamente real.

Para concluir lo que nos falta que decir, por ahora, de los negocios de Suecia, podemos añadir aquí, que á pesar de que aquella nacion estuviese distante de desear se renovase la lucha sangrienta i desesperada que habia tenido que sostener contra la Francia, todavia se hallaba menos dispuesta, á pesar de todo, á renunciar las ventajas que sacaba de su comercio con la Inglaterra. Bien pronto pasó enteramente la direccion de los negocios públicos á las manos del príncipe real, no permitiéndole al rey la edad i las enfermedades tomar en ellos la mayor parte. Era muy delicada la posicion de Bernadotte, ó mas bien de Cárlos Juan, como le llamaban entonces, i tampoco era fácil de cumplir el encargo que tenia á su cuidado; érale preciso al mismo

tiempo tratar de tener propicia á la Francia, i hallar algunos pretextos para obligar á Bonaparte á desistir un poco, en favor de la Suecia, del rigor de su sistema continental.

Bernadotte i Napoleon ocultaron algun tiempo, bajo las apariencias ordinarias de la política, el resentimiento que alimentaban el uno contra el otro. Pero el príncipe hereditario no podia perdonar al emperador haber querido ejercer sobre él la autoridad de un amo con respecto á su vasallo, i haberle forzado, á pesar de sus solicitudes, á arruinar á sus súbditos i hacer su gobierno impopular, sacrificando un comercio lucrativo. Napoleon por su parte, estaba indignado de que Bernadotte, que no habia subido los escalones del trono sino por que él habia querido, se atreviese á pensar de diferente modo, i vacilar entre el deseo de hacer bien á la Francia, i el temor de comprometer los intereses de la Suecia.

En muchas otras ocasiones no manifestó el príncipe real un deseo bien vivo de servir al emperador. Continuamente le dirigia Napoleon demandas para que enganchase marineros i soldados para el servicio de la Francia. Bernadotte hallaba siempre medios de eludirlas; alegando las leyes de la Suecia, monarquía limitada, que no le permitian, como al soberano absoluto de Dinamarca, disponer de sus marinos como se le antojase, i escusándose con el carácter de los suecos, que siendo soldados llenos de ardor i de buena voluntad en su país, eran demasiado adictos á su clima i á sus costumbres para hacerse á las de otra comarca. Estas i otras excusas por este estilo no

podian engañar á un hombre tan fino como Napoleon, i en esto veía una determinacion formal de parte de su antiguo compañero de armas, de no someterse á la influencia de la Francia, sino cuando le fuere imposible sustraerse á ella. I aunque continuaba reinando, en la apariencia, una especie de buena inteligencia entre ambos pueblos, i aun entre ambos monarcas, era evidente que reposaba sobre bases demasiado frágiles, para que el mas ligero conflicto de intereses no bastase para destruirla. Se mantuvo sin embargo hasta el año de 1812, año tan fecundo en acontecimientos.

No obstante el empeño de sostener el sistema continental, el emperador de los franceses conocia probablemente que la paz con la Inglaterra seria la base mas sólida de su trono. En el mes de abril de 1810 se habian hecho muchas tentativas para una pacificacion durante la mision de M. Mackensie, que habia sido enviado á Morlaix como agente del gobierno británico. No era una de las menos crueles circunstancias de aquella guerra inveterada, el que por ningun lado se hiciese un cartel para el cange de los prisioneros, i que por consecuencia no tuviesen los desgraciados á quienes la suerte habia hecho caer en poder del enemigo, otra alternativa probable que la de consumir el resto de su vida en un país lejano i enemigo, ó á lo menos la de quedar cautivos hasta el fin de las hostilidades, al cual nadie podia señalar una fecha fija. El obstáculo primitivo que se opuso á aquel cange, considerado en todas las naciones civilizadas como una obligacion indispensable para aliviar

los males de la guerra i disminuir los padecimientos de sus víctimas, fué la pretension de Napoleon, que queria que los individuos no militares que habia hecho arrestar, con desprecio del derecho de gentes, cuando hizo su declaracion de hostilidades, fuesen cangeados por marineros i soldados franceses. Los ministros ingleses rechazaron por mucho tiempo una medida tan inusitada, á la cual en efecto les prohibia la política que accediesen. No obstante, los sufrimientos de los prisioneros i de sus familias decidieron por último al gobierno ingles á permitir que el emperador sacase el fruto del acto de opresion que habia cometido reteniendo aquellos infelices, i á consentir que fuesen comprendidos en el cange propuesto. Pero cuando los comisarios se reunieron en Morlaix, M. Mackensie se halló mas distante que nunca de llegar á una composicion. El número de los prisioneros franceses en Inglaterra sobrepujaba en muchos millares al de los ingleses en Francia, i Bonaparte, que rara vez concluía un tratado que no fuese en su beneficio, insistió en que el exceso de los prisioneros franceses se cambiase por un número igual de alemanes, españoles, portugueses ú otros que se hallasen cautivos en Francia. Se admitió con facilidad aquella condicion con respecto á las tropas extranjeras al sueldo de la Inglaterra, quedando en fin suspensas las negociaciones con respecto á lo demas.

Igualmente se habian hecho durante las conferencias de Morlaix algunas proposiciones para la paz general; i el gabinete ingles habia propuesto tres principios, manifestando el deseo

de establecer las bases de un tratado sobre uno de ellos. Eran estos: 1.º *el estado de posesion* antes de la guerra; 2.º *el estado actual de posesion*, i 3.º *un plan de compensaciones recíprocas*. Pero ninguno de aquellos principios convenia al gobierno frances, de modo que era preciso renunciar al mismo tiempo al tratado de paz general, i al que se habia negociado anteriormente para volver á la libertad, á su país i á su familia mas de cien mil hombres reuniendo los prisioneros de ambas partes.

Adoptóse pues de nuevo un tono de desafío desde que no quedó duda de que la Gran-Bretaña rechazaria toda condicion de paz que no se fundase sobre principios de igualdad. Dijo en un discurso el conde de Semonville, que era necesario culpar á la ambicion perseverante de la Inglaterra, si Bonaparte se habia visto forzado á apoderarse de las costas marítimas de la Europa, i que todas sus usurpaciones sobre la tierra eran la consecuencia necesaria de la dominacion de la Inglaterra sobre el mar. Preguntó seguidamente, con una cólera profética, cuales serian los límites de lo posible en lo venidero: „La Inglaterra es la que debe responder, dijo. Que vuelva su vista sobre lo pasado, i aprenda á juzgar lo que la espera. La Francia i Napoleon no mudarán jamas.”

CAPITULO XVIII.

RESUMEN DEL CAPITULO XVIII.

PODER COLOSAL DE NAPOLEON EN AQUELLA ÉPOCA. — NACIMIENTO DEL REY DE ROMA. — CRÍTICA DEL TÍTULO QUE SE LE DIÓ. — EX-REINA DE ETRURIA. — CONDUCTA CRUEL É INESCUSABLE DE NAPOLEON PARA CON ELLA. — LUCIANO BONAPARTE EN INGLATERRA; DONDE ESCRIBE UN POEMA ÉPICO. — OPERACIONES EN PORTUGAL. — RETIRADA DE MASSENA; SU CONDUCTA COMO GENERAL I COMO HOMBRE. — HABILIDAD DESPLEGADA POR AMBOS LADOS. — BATALLAS DE FUENTES DE ONORO QUE DIÓ WELLINGTON; EN LA FRONTERA MERIDIONAL DE PORTUGAL, EL LORD BERESFORD; EN BAROSA, EL GENERAL GRAHAM. — EMPRESA DE ARROYO MOLINOS. — DERROTA DE LOS ESPAÑOLES Á LAS ÓRDENES DE BLAKE. — TOMA DE VALENCIA POR LOS FRANCESES. — JOSÉ ESCRIBE Á NAPOLEON PARA ABDICAR LA CORONA DE ESPAÑA. — EXAMEN SOBRE LAS CAUSAS QUE ACARREARON EL ROMPIMIENTO ENTRE LA FRANCIA I LA RUSIA. — PRINCIPIAN DESDE LA PAZ DE TILSIT. — MOTIVOS DE QUEJA DE LA RUSIA. — RAZONES DE LOS CONSEJEROS DE NAPOLEON CONTRA LA GUERRA DE RUSIA. — FOUCHÉ SE OPONE Á LA GUERRA. — PRESENTA Á NAPOLEON

UNA MEMORIA SOBRE ESTE OBJETO; SU RESPUESTA. — MIRAS DE NAPOLEON I MOTIVOS QUE DÁ Á SUS DIVERSOS CONSEJEROS EN FAVOR DE LA GUERRA.

## CAPITULO XVIII.

Las consecuencias naturales de un imperio demasiado estenso por la conquista minaban ya el de Napoleon; porque la estension de territorio no constituye mas poder en el cuerpo político, que la fuerza ó salud que constituye la robustez en el cuerpo humano; i verdaderamente era mas grande la autoridad real de Napoleon algunos años antes, que luego que sus dominios se hicieron tan vastos. La guerra de España, mantenida á costa de tanto oro i tanta sangre, era una llaga devoradora. La Holanda le habia proporcionado socorros mas pronto, i habia tenido mas medios de hacerlo, bajo la dominacion de su hermano Luis, que despues que formaba parte constituyente del imperio frances.

Los estados actuales de la Francia, gobernados por Napoleon en su propio nombre como emperador de los franceses i rey de Italia, habian llegado gradualmente á una dimension estravagante. Se estendian estos desde Treve mundo en el océano báltico, hasta el pie de los Pirineos, de nordeste á sudoeste, i desde Dunkerque hasta Terracina, en los confines del territorio napolitano, de norte á mediodia. Una

poblacion de cuarenta i dos millones, provista bajo varios aspectos de cuanto puede asegurar la prosperidad de un estado, i colocada por la riqueza, fertilidad del suelo i beneficencia del clima en la porcion mas hermosa del mundo civilizado, formaba la inmediata soberanía de aquel imperio magnífico.

Sin embargo, detenerse aquí seria retirar muchísimo los límites del poder de Napoleon. Es preciso añadir á su imperio particular la Lombardía, las provincias ilirias, la Istria, la Dalmacia i la Albania. Además de esto como mediador de la república helvética, ejercia el emperador una autoridad casi absoluta sobre la Suiza, la cual le suministraba, aunque á pesar suyo, su parte prescripta de tropas; i cada estado ponía en ello una prontitud i una afectacion de zelo bien diferentes de la lentitud i repugnancia con que cumplian otras veces con el mezquino contingente que daban al emperador de Alemania.

Murat, rey de Nápoles estaba con su reino á la disposicion de su cuñado; i si, como lo esperaba Bonaparte, se debilitase demasiado la Península para sostener la guerra, entonces debian reunirse á su inmenso imperio la España i el Portugal. En efecto, parecia que no podrian resistir mucho tiempo aquellos reinos, destruidos ya por los insurgentes. De este modo, mas de las tres cuartas partes del mundo civilizado se habian sometido humildemente al cetro de Napoleon, ó estaban, segun se creía, muy á punto de someterse.

Entre los que se distribuían el resto de la Europa i conservaban todavia algun derecho

de independencia, puede vanagloriarse la Inglaterra de haberse opuesto siempre á aquel dictador del mundo; de haberle abierto en aquella larga lucha heridas tan profundas cual nunca las hubiese recibido, i de haber despreciado, en todas circunstancias, tratar con él en otros términos que los de la igualdad. No se atribuya la alabanza á aquel hermoso país, aunque soportarse tan pesada carga, i sufriese tan grandes pérdidas, sino á la Providencia, que sostuvo su valor; la Providencia fué la que la dió la fuerza de combatir por la buena causa, que era la de la independencia europea; ella fué tambien la que le inspiró se confiara en la justicia del cielo, cuando á los ojos de los hombres parecian los peligros bastante espantosos para privar al sabio de la cabeza que aconseja, i al valiente del corazon que resiste.

La Dinamarca debe casi considerarse como bajada al rango de los principados federativos, tan poderosa era la influencia de la Francia en sus consejos.

La Suecia no tuvo mas que una mediana i secundaria influencia; sintió, como las demas comarcas de la Alemania, el viento abrasador del sistema continental, ó mas bien antisocial; pero en las circunstancias en que se hallaba, dueña de la Pomerania sueca, dependiente del antojo frances, no tenia otro remedio que esperar un tiempo mas favorable.

La Prusia se hallaba en el mismo caso, i aun peor todavia: enemiga mortal del nombre frances en todas sus provincias, pero que por el momento la obligaban las fuertes guarniciones que la Francia habia puesto en sus domi-

nios, i las numerosas fuerzas que desplegada en ella, á hacer el papel de un humilde vasallo. Era bien cierto que su corte se hacian esfuerzos sordos para volver á montar su estado militar; que licenciaba los cobardes que habian vendido i entregado su patria, i los reemplazaba con la fidelidad á toda prueba ó con la juventud, que, testigo de la opresion nacional, miraba la venganza como su primer deber.

El Austria, ademas de las pérdidas terribles que le habia hecho sufrir la última guerra, se hallaba entonces unida con Napoleon por un nudo que parecia imponer á la soberbia casa de Hapsburgo una entera sumision, ó por lo menos los respetos que tributaba al yerno de su emperador.

La Turquía que habria tenido su época si la fortuna no hubiera cambiado, no estaba todavía en la línea de los planes de Napoleon.

Entre todos los estados del continente que se daban un aire falso de independendia, solo la Rusia parecia poseer la realidad; i por actos recientes, tales como la protesta con motivo del ducado de Oldenburgo i la admision de géneros i buques ingleses en sus puertos, se echaba de ver en los consejos de aquel gran imperio otro espíritu diferente del que les habia guiado durante las conferencias de Tilsit i Erfurt. No obstante habia pocos políticos que pudiesen creer que la Rusia sola, en todo el continente de Europa, se atreviera á oponerse á Napoleon, i menos todavía que pudiera salir bien su oposicion. De aquella noche impenetrable á todos los ojos mortales era de

donde debia salir la aurora de la libertad europea.

Al cabo de un año de matrimonio con Napoleon , sorprendieron á la jóven emperatriz los dolores de parto. Por último dió á luz un hermoso niño , que llevó Bonaparte á la sala inmediata, tan triunfante sin duda como despues de haber ganado una batalla , i le enseñó á los grandes oficiales i á los cortesanos , quienes le saludaron unánimemente apellidándole rey de Roma , dignidad destinada al heredero de la república francesa.

No dejó de criticarse á la verdad , aquel título. Decian algunos que tomar la denominacion real de una ciudad en la cual fué aborrecido el nombre de rey , era de mal agüero. Por lo que respeta á los católicos , aquel título llevaba necesariamente consigo el recuerdo de la sacrílega violencia que habia despojado al papa de sus estados. Ultimamente se preguntaba que riesgo corria aquella parte de la constitucion italiana que garantizaba la sucesion del reino de Italia á cualquiera que no fuese el emperador de la Francia , cuando se habia reunido el título de rey de Roma al de heredero del imperio frances. \*

---

\* Con este motivo se produjeron muchas chanzas , como igualmente observaciones bastante serias. « ¿ Tiene vm. algo que mandarme para Francia? decia en Nápoles un frances á un ingles , amigo suyo ; llegaré allá dentro de dos días. — ¡ A Francia ! respondió el otro , yo creia que iba vm. á Roma. — Es verdad ; pero Roma , por un decreto del emperador , está indisolublemente unida á la Francia. — Nada tengo que encargar á vm. para aquel país ; pero ¿ puedo hacer algo por vm. en Inglaterra? estaré allá den-

A pesar de todo, no circulaban aquellas observaciones siniestras sino entre los descontentos, ó bien se repetian con las chanzas anti-imperiales i los juegos de vocablos en los salones del arrabal de san German, frecuentados por los antiguos i fieles súbditos de la casa de Borbon. La ciudad de París dió fiestas tan brillantes como las que tenia ya costumbre de ofrecer cuando nacia un hijo de sus amados soberanos. Hubo diputaciones con representaciones de todos los cuerpos públicos del estado; i para que nada faltase á las adulaciones serviles, el color de moda de la estacion llevaba un nombre que, aludiendo al rey de Roma,\* hubiera debido desecharle la delicadeza francesa, ya que no el orgullo nacional.

Napoleon i sus ciegos admiradores se alegraron con aquel acontecimiento, como si por él debiese perpetuarse para siempre el imperio frances, cuando muriese su fundador. La proteccion de la casa de Austria, i el hechizo que causó el niño por la alta nombradía de su padre, no podian, segun pensaban, dejar de asegurarle una pacífica posesion al trono como á un reino tranquilo. Tambien estaba segura la vida de Bonaparte contra fanáticos como el de Schoenbrunn. ¿De qué serviria asesinar al emperador, cuando debia sobrevivir el imperio, i pasar con todo su vigor á su hijo i heredero?

---

tro de media hora. — ; En Inglaterra ! ; i en media hora ! — Si, en ese tiempo estaré en el mar, i la mar ha sido indisolublemente unida al imperio británico. ”

\* El m...delfin del antiguo régimen, vuelto en m... del rey de Roma.

( Editor ).

Antes de bosquejar las nuevas disensiones entre la Francia i la Rusia, que acarrearón rápidamente tan importantes consecuencias, haremos una breve mencion de algunas circunstancias relativas á la España i á los negocios de aquel país, aunque los dos incidentes de que hablaremos primero, fuesen mas bien de un interés particular.

El primero tiene relacion con la ex-reina de Etruria, hija, como debe tenerse presente, de Cárlos rey de España, i hermana de Fernando. Bonaparte habia señalado á esta princesa i á su hijo el reino de Etruria ó de Toscana. Por prelúdio, la intriga de Bayona la habia en seguida despojado de aquella dignidad, á fin de ofrecerla en indemnizacion á Fernando por la cesion que pedia á aquel desgraciado príncipe de la herencia de España. Despues, creyendo poder obtener aquella cesion sin compensacion, se reservó Bonaparte la Etruria i guardó la reina en rehenes. Entre tanto le fué permitido residir en Compiègne con su padre i madre; pero despues, bajo el pretesto de escoltarla hasta Parma, fué conducida á Niza, i sometida alli á la severa vigilancia de la policia. Parece que la princesa sintió aquellos ultrages mas que el resto de su familia, lo que no prueba por eso un alto grado de sensibilidad. No obstante, alarmada con su situacion, tentó huir á Inglaterra. Se enviaron á Holanda dos gentiles hombres de su comitiva, á fin de preparar su evasion; pero se descubrió su proyecto. El 16 de abril de 1811 violentaron los oficiales de policia i gendarmas la habitacion de la reina en Niza, se apoderaron de su per-

sona i papeles, i despues de haberla retenido dos meses, amenazándola con hacerla juzgar por un tribunal militar, la declararon que estaba condenada con su hijo (que se habia quedado enfermo en Compiègne), á ser detenidos como prisioneros en un monasterio de Roma, adonde debian irse al siguiente dia de la notificacion de su sentencia. Fueron enviados á París sus dos agentes, que de antemano se habian puesto presos; fueron condenados á muerte por una comision militar, i en consecuencia conducidos á la llanura de Grenelle. El uno fué fusilado inmediatamente; su compañero fué perdonado en el momento de sufrir la misma suerte; pero la agonía de aquel desgraciado le habia hecho tal sensacion que murió poco despues. El rigor de aquella conducta con una reina, una muger que se habia puesto en las manos de Napoleon, esperando que á lo menos no se la privaria de su libertad, fué á un mismo tiempo una violacion de la justicia, de la humanidad i de las mas simples consideraciones.

En Portugal se decidió por último á favor del general ingles la gran lucha entre Massena i Wellington, sobre la cual tenia fijos sus ojos todo el mundo, como ya lo hemos observado. Se logró aquella ventaja sin ayuda ninguna de los elementos, sin ninguna de aquellas circunstancias fortuitas que se llaman suertes de la guerra, ni por riesgos aventurados, ni por la suerte de una batalla perdida ó ganada, sino por la superioridad de un gran general sobre otro, en aquel noble juego de los héroes, en que ni el uno ni el otro no habian hallado todavia su rival.

Durante mas de cuatro meses se quedó Massena con un ejército tan hermoso cual otro no ha suministrado la Francia jamas, mirando las líneas inespugnables con que las fuerzas inglesas rodeaban á Lisboa, objeto de su espedicion. Massena ensayó todo quanto podia sugerirle el talento militar para sacar á su enemigo de su posicion ventajosa. Amenazó de llevar la guerra ácia el Tajo i estender su ejército sobre Oporto; pero todo lo habia previsto i calculado su antagonista; nada le salió bien. En fin, vencido por la falta de víveres i la interrupcion de sus comunicaciones, despues de haber pasado un mes en Alenquer, se retiró Massena á Santaren, como cuartel de invierno preferido; pero á principios de marzo vió que no podia conservarse por mas tiempo en aquella plaza, i conoció que si queria salvar el resto de un ejército debilitado, no podia ser de otro modo que retirándose prontamente.

Aquel movimiento decisivo de la suerte de la campaña principió ácia el 4 de marzo. Puede considerarse á Massena bajo dos puntos de vista, que difieren como la luz i las tinieblas. Si le examinamos como hombre, i nos hacemos un diseño de los horrores que permitió cometer á sus soldados, el lector indignado le rehusará tal nombre. Es una supersticion vulgar que quando ha sido invocado el enemigo del género humano, destruye en su retirada el edificio testigo de su aparicion. Parecia que abandonando los franceses el Portugal, hubiesen resuelto que solo las ruinas serian testigos de su paso, i se entregaron á la licencia mas odiosa i mas horrible. Pero si se echa un velo sobre aque-

llos horrores criminales, i se mira á Massena como gefe militar, tal vez su retirada le hace tanto honor como cualquiera de las grandes hazañas que ya le habian hecho famoso. Si justamente habia sido llamado el favorito de la fortuna, hizo ver que su reputacion no dependia de los favores de aquella, sino que podia mantenerla por sí mismo, mientras que coronaba otras banderas. En su retirada por el norte de Portugal, país montañoso, le fué siguiendo el lord Wellington, sin dejarle respirar un momento. Los movimientos de ambos ejércitos fueron calculados con la precision que exige el juego del ajedrez. Tales parecieron á todos los que los siguieron i que tuvieron bastante severidad para estudiarlos.

Continuamente se veía á los franceses pararse en una posicion de donde parecia imposible desalojarlos; i siempre relumbraban en la direccion de su flanco las bayonetas de una columna inglesa que habia marchado por algun camino de travesía, i anunciaba que su línea iba á ser rodeada; pero esto no era para Massena mas que la señal de volver á principiar su retirada, que efectuaba antes que las tropas inglesas pudiesen caerle encima; i no dejaba de hacer un nuevo alto hasta que su hábil é intrépido rival le desalojase de nuevo. En fin, los franceses fueron espulsados del territorio portugues, escepto la guarnicion de la ciudad fronteriza de Almeida, que primeramente bloqueó el lord Wellington i en seguida la puso sitio.

Apenas habia escapado Massena de las fronteras de Portugal, se apresuró á sacar de la

Castilla todos los refuerzos que pudo obtener; reunió de nuevo grandes fuerzas, i unos quince dias despues de su retirada, volvió á tomar la ofensiva con la mira de salvar á Almeida, único trofeo de su marcha triunfante en la campaña anterior. El lord Wellington no reusó la batalla que se dió el 5 de mayo, cerca de Fuentes de Onoro. Fué disputado el éxito, pero el general frances tuvo al fin que ceder. Entonces se retiró de la frontera de Portugal, habiendo antes enviado órdenes para la evacuacion de Almeida, que el comandante frances ejecutó con mucha destreza.

En la frontera meridional de Portugal dió igualmente el lord Beresford una sangrienta i terrible batalla. La accion quedó en cierto modo indecisa; pero Sault, que mandaba los franceses, no obtuvo el feliz éxito que necesitaba para llenar su objeto, que era el de hacer levantar el sitio de Badajoz.

Se dieron en España muchos combates con resultados diversos; pero, si nos atrevemos á arriesgar semejante comparacion, el arbusto aunque ardiendo no estaba consumido, i continuaba la España una especie de resistencia general que no cesaba de volver á principiarse cuando estaban apurados todos los medios de oposicion regular, como en una enfermedad viene la naturaleza á combatir con sus propias fuerzas un mal que el arte habia declarado mortal.

La Cataluña, á pesar de que se hallaban pérdidas todas sus plazas fuertes, continuó alcanzando ventajas parciales sobre el enemigo, mandando Lacy i Eroles, i la España vió re-

cobrada á Figueras, una de sus mas importantes fortalezas, por la estratagema atrevida de Rovira, clérigo español i comandante de una partida de guerrillas. Sitiada inmediatamente por los franceses, i mal provista de víveres, no pudo á la verdad resistirles la plaza mucho tiempo; pero, en la posibilidad de apoderarse de ella, el espíritu particularmente tenaz de los españoles hallaba un estímulo superior al sentimiento de volverla á ver tomar.

Para proteger la Galicia, cuando fué invadida por los franceses, el lord Wellington, aunque con un ejército muy inferior al que sabia debía marchar contra él, formó el bloqueo de Ciudad Rodrigo, forzando así al enemigo á desistir de su tentativa sobre la provincia, i á reconcentrar sus fuerzas para socorrer aquella plaza importante. Semejante concentracion en el estado de los ejércitos franceses no podia efectuarse sino con gran pérdida suya. Abria un vasto campo á las guerrillas, i les ofrecia la ocasion que jamás despreciaban, de obrar con su valor i sagacidad ordinaria contra los pequeños destacamentos i los convoyes franceses, como igualmente apoderarse de todos los puestos mal defendidos, i cuando los franceses hubieron reunido todas sus fuerzas para abrumar al general ingles i su ejército, tuvo Marmont la mortificacion de verlos retirar con tanta calma i seguridad como en una comarca pacífica.

No le quedaba otro arbitrio al general frances que el de detallar en las páginas del *Monitor* cual habria sido la suerte de los ingleses, sin su huída precipitada, cuando la empresa bien concentrada i atrevidamente ejecutada de

Arroyo Molinos, le convenció á su costa que una retirada no era una derrota.

Mas de mil i cuatrocientos franceses fueron hechos prisioneros en aquel pueblo en el momento en que menos esperaban ser atacados. Los franceses fueron derrotados en el campo de Gibraltar por el general español Ballesteros, i su comandante Codinot se tiró un pistoletazo mas bien que dar la cuenta que iba á pedirle Soult, su general en gefe. En el mismo lado, defendió felizmente á Tarifa una guarnicion compuesta de españoles é ingleses, i se calcula que perdieron alli los franceses cerca de dos mil i quinientos hombres.

Por otra parte, la disciplina de los franceses continuaba haciéndoles superiores á los patriotas, en todas cuantas partes se podia atraer á estos últimos á alguna accion que se pareciese á una batalla campal. Asi es que Blake fué enteramente derrotado cerca de Murviedro, i se apoderó el enemigo de aquella plaza. Despues de esta desgraciada accion, una consecuencia mas funesta de la batalla referida fué la toma de Valencia, en donde fueron hechos prisioneros Blake i los restos de su ejército.

Pero en medio de estas vicisitudes de buena i mala fortuna, la España continuaba contra Bonaparte el mismo sistema que habia adoptado desde el principio, para agotarle i fatigarle sin descanso. Las enfermedades i las privaciones causaban mas estragos en las tropas francesas que la espada del enemigo, que á pesar de todo no quedaba ociosa. Muchos parages son mal sanos para los estrangeros, cuya

posesion era no obstante necesario la conservasen los invasores. En ellos, al paso que los muchos muertos debilitaban las tropas, las guerrillas acechaban el resto, hasta que la fatiga i sus enfermedades hubiesen reducido las guarniciones á un número insuficiente para defenderse; entonces se arrojaban sobre ellos como aves de rapiña.

Por otro lado, continuaba reinando la division entre los generales franceses. José, aunque no era mas que la sombra de lo que deberia ser un rey, tenia bastante espíritu para conocer su posicion entre los soberbios generales del ejército, quienes no reconocian mas superior que el emperador, i no escuchaban mas leyes que las instrucciones que llegaban de París. Escribió una carta á su hermano, acompañada de una abdicacion formal del trono de España, á menos que no se le confiriese una autoridad mas completa que la que hasta entonces le habian puesto en estado de obtener las órdenes mismas de Napoleon. Pero la perspectiva cada dia mas próxima de una guerra en el norte obligó á Napoleon á dejar á un lado la peticion de su hermono, por urgente que fuese, i la España se halló en cierto modo abandonada á su suerte, durante los acontecimientos mas urgentes de la campaña de Rusia.

Ya nos vamos acercando á aquel año fatal i tan tempestuoso para Napoleon. Habia tenido grandes pérdidas por tierra i por mar, pero todavia podia decir, como cuando supo la derrota de Trafalgar: «No estaba yo alli; no me puedo hallar en todas partes.» Pero no debia tardar en sufrir reveses á los cuales no podria

aplicar aquel orgulloso comentario. Es preciso recordar de antemano al lector las causas de la disension que estaba próxima á estallar entre el imperio frances i la Rusia.

A pesar de la intimidad que se estableció entre los dos soberanos, i que durante cinco años mantuvo una paz inalterable entre Alejandro i Napoleon, era fácil hallar en el mismo tratado de Tilsit gérmenes de division. La Rusia, que en todos los demas puntos de su territorio está al abrigo de la invasion, se halló enteramente descubierta por el lado de su frontera occidental, i de las vastas posesiones por las que ocupa un rango en la república europea. La particion de la Polonia habia sido de la mayor importancia para la Rusia que para el Austria i la Prusia; en efecto, mientras que la Polonia, conservó su libertad turbulenta i medio bárbara, fué de un gran peso en la balanza política, separando la Rusia del resto de la Europa, es decir del mundo civilizado. La revolucion que hubiera devuelto á los polacos aquella independendia que no habia cesado jamas de ser el objeto de sus deseos, hubiera tenido por resultado rechazar al czar en sus bosques, destruir su influencia en los asuntos de la Europa, i reducirle al rango de un monarca del Asia.

Estas i otras causas conducian á muchas previsiones. Los rusos viejos, cuyo numeroso i poderoso partido se componia de grandes propietarios, consideraban como una calamidad pública i particular la cesacion del comercio con la Inglaterra, por consecuencia del sistema continental. Tampoco olvidaban que su comercio

habia sufrido el mismo apuro bajo la dominacion del emperador Pablo. Estaban sin salida las maderas de construccion, la resina, la potasa, el cáñamo, i todos los artículos de la misma naturaleza que componen la principal riqueza de su país, i que siendo de un transporte pesado i difícil, reclaman comunicaciones con la Inglaterra; i por otro lado, se hallaban privados de los géneros coloniales i de los productos de las manufacturas inglesas, que tenian costumbre de recibir en cambio de sus mercancías.

La alianza con el Austria era por otra parte capaz de alarmar á Alejandro. La Rusia i el Austria, aunque tenian un interés comun en resistir á la preponderancia de Bonaparte, habian sido en los tiempos ordinarios siempre rivales i algunas veces enemigas. La intervencion del Austria habia detenido en muchas circunstancias los progresos de los rusos en Turquía, i levantado una barrera contra el acrecentamiento de su poder en el mediodia de la Europa. Este es el motivo porque el vínculo de familia formado por Napoleon con la casa de Hapsbourg, le hizo todavia mas formidable á la Rusia; esta pudo creer que Bonaparte apoyaria todos sus resentimientos, i escitaria las pretensiones de aquella potencia contra el czar, aun cuando la Francia no tuviese disensiones con él.

Pero no era necesario recurrir á aquellas causas lejanas de sospecha: la Rusia tenia i debia tener siempre un motivo directo é inmediato de envidia mientras que la Francia se arrogase el derecho de dictar leyes á su comercio, i mezclarse en las demas relaciones sobre las cuales

un estado independiente es sobre todo zeloso de decidirse por si mismo. Tal era el verdadero estado de las cosas. Para permanecer aliado de Bonaparte, era preciso que Alejandro viniese á ser su vasallo. Ensayar hacerse independiente, era crearse un enemigo; i no es permitido admirarse que un soberano poderoso i altanero como el czar, haya querido correr las suertes de una batalla mas bien que disminuir el brillo ó comprometer la independencia de su corona.

El momento parecia tan favorable como la Rusia lo hubiera podido esperar jamás. Continuando la guerra de España con resultados dudosos, no parecia pronta á concluirse; se ocupaban en ella doscientos i cincuenta mil hombres de las mejores i mas viejas tropas francesas, exigia inmensos subsidios, i disminuía de este modo los recursos que le quedaban á Napoleon para llevar la guerra á las fronteras de Rusia. La conclusion de la guerra de esterminio que hacia en España le habria vuelto mucho mas formidable por el número de tropas de que hubiera podido disponer, i no parecia que fuese del interés de la Rusia esperar que llegase aquella época.

Las mismas razones que determinaron á la Rusia á aprovecharse del momento presente para resistir á las estravagantes pretensiones de la Francia, hubieran debido decidir á Napoleon á desistir prudentemente de aquellas pretensiones, i á no precipitarse, sin que nada le obligase á ello, en dos guerras á la vez, ambas á dos con naciones de las cuales solo una podia disfrutar de su presencia i de sus talentos. Los

mejores i mas experimentados generales á quienes consultó, ó por mejor decir, á quienes descubrió su intento, emplearon diversos argumentos para decidirle á mudar de resolucion, ó por lo menos diferirla. Él mismo vaciló durante un año largo, i estuvo en estado de arreglar amistosamente las contestaciones que podian existir entre él i el emperador de Rusia.

El czar tenia por su parte cuatro motivos de queja, á saber:

1.º La alarma causada á la Rusia por la estension del ducado de Varsovia despues del tratado de Schoenbrunn, como si aquel ducado estuviera destinado á ser el punto central de un estado independiente, ó de un reino, al cual solo se esperaba la ocasion favorable para reunir las provincias desmembradas de la Polonia que habian cabido en la particion á la Rusia. Sobre este punto exigia el czar que el emperador de los franceses hiciese la promesa esplicita de que jamas seria restablecido el reino de Polonia. Napoleon rehusó aquella cláusula como dirigida á obligarle á garantizar á la Rusia de un acontecimiento que podia suceder sin su cooperacion; pero ofreció no favorecer jamas ninguna empresa que condujera directa ó indirectamente al restablecimiento de la Polonia como reino independiente. Con estas modificaciones, no correspondia aquel consentimiento á las peticiones de la Rusia, sino bien debilmente, á lo que desaba el czar: en efecto, por aquella estipulacion, como se la llamó al principio, se obligó la Francia realmente á no oponer ninguna traba á la independenciam de los polacos, tanto mas, cuanto que despues

de la modificacion que aquel acto recibió en París, era imposible, en el caso de una tentativa de insurreccion, que la Francia quedase neutral.

2.º La injusticia hecha, reuniendo á la Francia con la promesa de una indemnizacion el ducado de Oldenburgo, que se habia garantizado por el tratado de Tilsit, á un príncipe pariente cercano i aliado del czar. Deseaba la Rusia que consistiese aquella indemnizacion en el ducado de Dantzick, ó en algun otro territorio de una importancia semejante, situada en las fronteras del gran ducado de Varsovia, i que pudiese por este medio ofrecer una nueva garantía contra los temores que inspiraba el aumento progresivo de aquel estado. La Francia no quiso entender nada sobre aquel artículo, á pesar de que no tuvo dificultad en conceder otra compensacion.

3.º El tercer punto en litigio era el grado á que se limitaria el comercio de la Rusia con Inglaterra. Napoleon propuso aliviar lo que la prohibicion tenia de mas riguroso, autorizando los cambios de productos entre los ingleses i los rusos.

4.º Se propuso revisar la tarifa rusa de 1810; de modo que sin dañar los intereses de la Rusia, se pudiesen disminuir los derechos exorbitantes impuestos sobre los objetos del comercio frances.

En vista de esta esposicion, que reproduce las bases definitivas bajo las cuales parecia querer tratar Napoleon, es evidente que si no hubiese existido entre los dos emperadores un sentimiento de animosidad ó de envidia mas

profunda que los que manifiestan los motivos de contestacion que acabamos de referir, todo hubiera podido arreglarse amistosamente. Pero por una parte no podia Napoleon sufrir que el emperador de Rusia le requiriese á esplicarse como un soberano de segunda clase, ó por lo menos sobre el pie de un igual; por otra parte, alarmado éste mas i mas con los movimientos de los ejércitos franceses que avanzaban ácia la Pomerania, no podia persuadirse de que consintiendo en admitir aquellas quejas, tuviera Napoleon otra idea que la de poner á un lado aquella lucha fatal que debia decidir la preeminencia entre ellos, hasta el momento en que estaria mucho mas seguro de su feliz éxito principiando las hostilidades.

No obstante, antes que se rompiesen definitivamente las negociaciones, los consejeros de Bonaparte le apresuraban con cuantas instancias les era permitido hacer, para que no se obstinase en correr la suerte de una expedicion tan lejana, tan arriesgada i tan poco necesaria. Pretendian que en las contestaciones que se habian suscitado no se hallaban comprometidos ni los intereses de la Francia, ni el honor nacional. Una vez admitidos los principios sobre que versaban los puntos en litigio, no veían porque persistia su amo en sus preparativos de guerra. Hacer entrar un ejército en la Prusia, llamar á los prusianos bajo sus banderas en calidad de auxiliares, eran otras tantas medidas contra la Rusia que inclinarian necesariamente aquella potencia á una guerra que no preveían sin inquietud. La Rusia no podia ceder á las amenazas de una fuerza abierta

desplegada contra ella , sin destruir su influencia dentro i fuera ; i no debia esperarse que dejase el paso libre sin combatir.

Confesaban aquellos consejeros que seria posible justificar unas operaciones que propendian á destruir la potencia rusa en el caso de que fuesen desconocidas las transacciones entre la Francia i los demas estados de la Europa , i habria que temer que irritados aquellos estados con la conducta de la Francia i los demas estados de la Europa , estuviesen tentados de buscar un protector i un gefe cerca del emperador Alejandro. Pero no llegaria jamas aquel extremo mientras que la Francia tendria los medios de evitar una guerra peligrosa , aliviando el rigor de su política con respecto á sus vasallos i auxiliares : porque si los estados cuyo levantamiento se temia podian reconciliarse con la Francia adoptando un sistema mas suave en su favor , no les quedaria ninguna tentacion de refugiarse bajo la proteccion de la Rusia. En aquel caso , no debia la potencia rusa causar zelos á la Francia , ni precipitarla en una guerra incierta , i cuyo éxito no tendria un resultado importante , puesto que la influencia de la Rusia no podria ser peligrosa al imperio que dominaba el mediodia de Europa mientras que conservase la Francia su clientela de estados.

No fué, pues , ni el interes ni el honor de la Francia lo que inclinaron á Napoleon á hacer la guerra á Alejandro. Pero Napoleon no pudo resistir al deseo de dar una gran batalla , para ganar una gran victoria ; al de ocupar con sus armas victoriosas una

gran capital; i en fin, al de subyugar á la Rusia, que era la única potencia que se habia mantenido independiente de la dominacion francesa entre todos los estados del continente.

Tal era el punto de vista bajo el cual miraban los políticos franceses la cuestion de la paz i la guerra. Pero no hemos sabido que entre todos aquellos consejeros hubiese habido uno tan solo que tuviese el valor de preguntar abiertamente donde estaba la justicia de aquel ataque contra la Rusia. ¿Qué habia hecho para merecerlo? Los emperadores estaban aliados por el tratado de Tilsit, tratado que habia sido confirmado con las muestras de intimidad que se habian dado en su entrevista de Erfurt. ¿Cómo habian cesado de serlo? ¿Qué habia sucedido desde aquella época que debiese colocar á la Rusia, entonces amiga é igual de la Francia, á la clase de un estado subordinado i tributario? ¿Con qué pretesto habia confiscado Napoleon en su propio beneficio el ducado de Oldenburgo, reconocido como propiedad del cuñado de Alejandro, por un artículo formal del tratado de Tilsit? ¿Qué derecho podia tener para condenar á la nacion rusa á todas las calamidades de su sistema continental, al paso que reconocia aquel imperio como un estado libre é independiente? I sobre todo, cuando no podia negar que el pueblo ruso merecia todas las atenciones que se deben reciprocamente dos pueblos unidos por los tratados, ¿con qué apariencia de justicia, i aun de decencia, se obstinaba á establecer sobre aquel pueblo pretensiones insensatas, ha-

ciendo pasar sus tropas á las fronteras de los rusos, i suscitándoles enemigos entre sus vecinos? Entre todos aquellos argumentos, que eran los de la justicia i de la moral, ni uno solo se tomó en consideracion. I no hay que admirarse de semejante silencio, puesto que insistir sobre aquellos puntos hubiera sido chocar con el principio fundamental de la política de Bonaparte, que no era hombre que despreciaba una ventaja presente por respetar un principio. »No se nos hable de principios generales, decia el principal ministro de Bonaparte en aquella época; nosotros no gobernamos segun la teoría, sino segun las circunstancias.»

No debemos omitir en este lugar que Fouché, entre otros, se declaró contra la guerra de Rusia. Habia tenido permiso para ir á su palacio de Ferrieres, cerca de París, porque los aires de Italia no convenian á su constitucion. Pero Napoleon desconfiaba de él, i la policia recibió orden de vigilar con la mayor actividad la conducta de su último ministro. Fouché se puso sobre sí; i á fin de que su representacion tuviese toda la fuerza de un argumento inesperado, se encerró en un retiro absoluto, i se ocupó en componer un escrito, por el cual esperaba tal vez que se acordasen de él, ya que no volviese á ganar el favor de su amo.

En una representacion bien escrita i que no carecia de elocuencia, recordaba Fouché á Bonaparte que ya se hallaba dueño del mas hermoso imperio que jamás habia existido en el mundo, i que todas las páginas de la historia demostraban la imposibilidad de realizar una

monarquía universal. El imperio francés, según aquel hábil ministro, habia llegado á tal punto de acrecentamiento, que en adelante debia pensar su amo en fortalecer su poder i consolidar sus adquisiciones mas bien que en estender sus conquistas, puesto que su imperio no podia menos de perder en solidez, al paso que ganase en estension. Fouché alegaba la estension del país que Napoleon atacaba, la pobreza del suelo, el rigor del clima; cada nueva victoria le alejaba de sus recursos, i todas las comunicaciones se hallarian infaliblemente interrumpidas por hordas de cosacos i tártaros. Suplicaba al emperador que se acordase del destino de Cárlos XII, rey de Suecia: si aquel valiente monarca, decia, no hubiera, como Napoleon, dejado detrás de sí la mitad de la Europa, aun cuando no hubiese tenido por rival al czar Pedro, cuatrocientos mil soldados, i cincuenta mil cosacos, siempre hubiera tenido contra él el ódio de las clases elevadas, el fanatismo de los paisanos, i los soldados acostumbrados á todo el rigor del clima. La situacion de Napoleon era todavia mas complicada; era preciso temer todavia, en caso de un revés, las intrigas de los ingleses, la inconstancia de sus aliados del continente, i hasta las chispas del descontento i de las conspiraciones que estallarían en la Francia misma, tan luego como se persuadiesen generalmente de que queria sacrificar la salud del estado á un deseo insaciable de nuevas empresas i lejanas conquistas.

Fouché se presentó en persona en las Tullerías, i pidió una audiencia del emperador,

esperando sin duda que su aparición inesperada en el palacio i los argumentos de su escrito escitarian la atencion de Napoleon. Enteramente sorprendido, principió Bonaparte su conversacion con un aire de indiferencia desembarazada: »No ignoro, señor duque, el objeto de vuestra peticion; teneis que presentarme una memoria; dádmela para leer, á pesar de que ya conozco su contenido. No os agrada mas la guerra de Rusia que la España.

— V. M. I. me perdonará el haber arriesgado algunas observaciones sobre esta crisis importante,» dijo el hombre de estado admirado de hallar prevenido al emperador, cuando él creía haberse encerrado en el secreto mas absoluto.

»Esta no es una crisis, respondió Napoleon, es simplemente una guerra de una naturaleza enteramente política. La España caerá cuando yo haya aniquilado la influencia inglesa en San Petersburgo. Tengo ochocientos mil hombres; i para quien posee un ejército semejante, la Europa no es mas que una vieja prostituta, que debe obedecer á sus voluntades. ¿No me habeis dicho vos mismo, que *imposible* no era frances? Yo arreglo mi conducta mas bien sobre la opinion de mis ejércitos que sobre los sentimientos de vuestros grandes, que se han enriquecido demasiado, i que mientras que todos afectais estar inquietos por mí, no temeis mas que la confusion general que seguirá á mi muerte. No os atormenteis; mirad, si, la guerra de Rusia como una medida sábia que ordenan los verdaderos intereses de la Francia i la tranquilidad general. ¿Soy vituperable, si

el alto grado de poder que he adquirido ya me obliga á tomar la dictadura del universo? Mi destino no está cumplido todavia: mi posicion actual no es mas que el bosquejo de un cuadro que es preciso que se acabe. No debe haber mas que un código europeo universal, i un solo tribunal de apelacion. Es preciso que la misma moneda, los mismos pesos i medidas, las mismas leyes tengan su curso en toda la Europa. No haré mas que una sola nacion de todos los estados europeos, i París será la capital del mundo. Al presente ya no me servís bien, porque creéis que peligran mis asuntos; pero antes de un año me serviréis con tanto celo i ardor como en las épocas de Marengo i Austerlitz. Veréis mucho mas que todo eso; yo os lo digo. A Dios, señor duque; no hagais el papel de cortesano desgraciado; no os mezcléis mas en hacer una crítica capciosa de los negocios públicos, i tened alguna confianza en vuestro emperador.”\*

Asi que esto hubo dicho, volvió la espalda á Fouché, i le dejó reflexionar por que medios, él que conocia tan bien todas las ma-

---

\* Fouché se recordó al instante que un individuo de su vecindad, alcalde de una municipalidad, á quien él mismo habia empleado en los asuntos de policia, se habia introducido una mañana un poco precipitadamente en su gabinete con el pretexto de defender la causa de un desgraciado inquilino, i vino en conocimiento de que mientras buscaba los papeles relativos al negocio ostensible de su cliente, habia tenido el señor alcalde la ocasion de echar una ojeada sobre los papeles de su secretario, en donde la repeticion de las letras de V. M. I. i R. (lo que significaba vuestra magestad imperial i real), le hizo conocer que redactaba una memoria á Napoleon, i una ó dos palabras de su contenido le esplicaron el objeto.

quinaciones de la policía, habia podido adivinar á no dudarlo el objeto de su vigilancia. Fouché se felicitó tal vez al mismo tiempo que su ocupacion secreta, aunque poco agradable á Bonaparte, no fuese por lo tanto de naturaleza á esponerle á nada mas sério que reprehensiones.

Del mismo modo que habia respondido Napoleon á las representaciones del sùtil Fouché, i habia rechazado todos sus argumentos, presentó á sus diferentes consejeros la guerra á que se hallaba invariablemente decidido, bajo el punto de vista mas á propósito para tenerlos de su opinion. Por lo que hacia al ejército en general, solo el nombre de guerra era en sí mismo una recomendacion suficiente. Ascenso, empleo, saqueo, honores i pensiones, todo estaba comprendido en aquella palabra mágica. Los generales veían en ella bastones de mariscales de Francia, los mariscales cetros i coronas. Hablaba á los hombres de estado en el mismo lenguaje que á Fouché; era esta una guerra de política, una guerra indispensable, el último acto de la pieza; pero absolutamente necesario para el desenlace. A sus mas íntimos amigos les decia que conocia que su fortuna no podia quedar en inaccion, que tenia por base la opinion pública, i que si no continuaba avanzando era preciso que retrogradase. Para con su tio el cardenal Fesch, se sirvió de un argumento mas extraordinario todavía. Aquel prelado, católico zeloso, habia principiado á tener algun sentimiento de la conducta de su sobrino con respecto al papa; i aquellos sentimientos, mezclados con las lágri-

mas que le hacian verter los peligros de aquella empresa agigantada, le hacian concebir los mas siniestros presagios. Con una libertad que no acostumbraba, exitó al emperador que no irritase á la Providencia; le suplicó que no desafiase á un mismo tiempo al cielo i á la tierra, la cólera de los hombres i el furor de los elementos, i le manifestó el temor que tenia de que no concluyese sucumbiendo bajo el peso de la animadversion que se acumulaba todos los dias sobre su cabeza. \* Bonaparte, por toda respuesta condujo al cardenal á un balcon, le abrió, i le dijo enseñandole el cielo: »Veis aquella estrella?

— No señor, respondió el cardenal sorprendido.

— ¡ Pues bien! yo la veo, dijo Bonaparte; » i se retiró como si hubiese rebatido completamente los argumentos del cardenal.

Aquella respuesta puede tener dos sentidos: ó Napoleon queria hacer entender con aquello que su penetracion era superior á la del cardenal, ó bien queria aludir á aquella confianza supersticiosa que tenia en su estrella, i que como ya lo hemos dicho, no le habia abandonado jamas. Pero como Napoleon no tenia por costumbre, sea cual fuese la fe que por

---

\* Esta es una circunstancia que merece notarse, que la madre del emperador (*Madama Madre*, como la llamaban) habia manifestado siempre el presentimiento que los destinos de su familia, por mas brillantes que fuesen, cambiarian antes que muriese, i cuando sus hijos ridiculizaban su frugalidad, tenia la costumbre de responderles que ahorra-  
ba dinero para cuando ellos se viesen en un apuro: i en efecto aplicó sus economias á aquel uso.

otro lado pudiese tener en aquellas especies de agüeros, el despreciar ningun medio de los que podian hacerle salir bien de sus empresas, nos queda que examinar cuales fueron las medidas que habia tomado para asegurar el feliz éxito de la expedicion contra la Rusia.

## CAPITULO XIX.

## RESUMEN DEL CAPITULO XIX.

ALIADOS CON CUYO SOCORRO PODIA CONTAR BONAPARTE.

— MOTIVOS QUE SEPARARON DE SU CAUSA AL PRÍNCIPE REAL DE SUECIA. — FIRMA AQUEL PRÍNCIPE UN TRATADO CON LA RUSIA. — DELICADA POSICION DEL REY DE PRUSIA, CUYA ALIANZA REHUSA EL EMPERADOR ALEJANDRO CON ESTE MOTIVO. — TRATADO QUE LA FRANCIA DICTÓ Á LA PRUSIA. — BUENA INTELIGENCIA ENTRE EL AUSTRIA I LA FRANCIA. — PARA MANTENERLA SE VE OBLIGADO BONAPARTE Á CONSENTIR EN NO HACER NINGUNA REVOLUCION EN POLONIA. — FALTA POLÍTICA QUE COMETE DESCUIDÁNDOSE DE CULTIVAR LA AMISTAD DE LA PUERTA. — FUERZA DEL EJÉRCITO DE BONAPARTE. — PRIMERA LEVA, SEGUNDA LEVA I LEVA ATRASADA, PARA DEFENDER LA FRANCIA EN LA AUSENCIA DEL EMPERADOR. — EL LORD WELLINGTON SE APODERA DE CIUDAD RODRIGO. — BONAPARTE PROPONE LA PAZ AL LORD CASTLEREAGH. — ROMPÉSE LA NEGOCIACION. — NAPOLEON DESECHA EL *ULTIMATUM* DE LA RUSIA, I VIENE Á SER LA CAUSA DIRECTA DE LAS HOSTILIDADES POR PARTE DE NAPOLEON. — PARTE DE PARÍS EL 9 DE MAYO DE 1812. — REUNE LOS SOBERANOS ALIADOS SUYOS EN DRESDE, DONDE LES DA GRANDES FIESTAS. — QUEDA INFRUCTUOSA LA ÚLTIMA TENTATIVA DE NAPOLEON PARA NEGOCIAR CON ALEJANDRO.

## CAPITULO XIX.

Las diferentes potencias que podian, segun sus fuerzas relativas, ayudar ó impedir la última i la mas atrevida de las empresas de Bonaparte, eran: la Dinamarca, la Sajonia, la Suecia i la Prusia, en el norte de la Europa; en el sud, el Austria i el imperio turco.

La Dinamarca i la Suecia estaban igualmente adheridas á la causa de la Francia. Pero la primera de aquellas potencias, que habia cedido su marina á Napoleon, no tenia tropas de tierra que emplear en su servicio. Lo poco que tenia sobre las armas apenas era suficiente para protegerla en caso de ataque por parte de la Suecia ó de la Alemania.

La Sajonia era todavia la fiel aliada de Napoleon, quien habia aumentado sus posesiones, i cambiado en corona real la toca electoral de su gefe.

Las disposiciones de la Suecia eran bien diferentes. Habia sido aquel reino, despues del reinado de Francisco 1º, el antiguo i natural aliado de la Francia contra la Rusia, que las ventajas de su posicion le permitian atacar con una gran facilidad. Ademas de eso, en aquel momento estaba gobernada la Suecia por un frances. Pero el príncipe real habia recibido del emperador Napoleon mas insultos i afrentas que favores; i la política violenta que este último

se habia acostumbrado á emplear con sus aliados i vecinos que no se sometian sin resistencia á todas sus pretensiones, habia privado á la Francia de las buenas disposiciones de los suecos, i al emperador de la amistad de su antiguo compañero de armas.

Napoleon llegó hasta decir, en fin, en presencia de sus cortesanos, que tenia ganas de hacer que Bernadotte acabase su carrera de sueco en el castillo de Vincennes. Hasta se ha llegado á pretender que el emperador pensó seriamente en poner en ejecucion aquella amenaza, i que entonces se formó una conspiracion para apoderarse de la persona del príncipe real, poniéndole á bordo de un navío i enviándole prisionero á Francia. Pero se libertó de aquel riesgo, gracias á un oficial llamado Salazar, antiguo edecan de Marmont, que informó á tiempo al príncipe del atentado que se meditaba.

Con tantos motivos de mutua animosidad entre la Francia i la Suecia, que todos provenian de la violencia impolítica con que Bonaparte se esforzaba en arrastrar mas bien que en atraer al príncipe real á las medidas que deseaba, podia suponerse sin trabajo que este último no despreciaría ninguna ocasion para asegurar su independendencia, i que persistiria en la resolucion de no someterse á una soberanía tan degradante, i ejercida con tan poco miramiento i aun humanidad.

Tal era el estado de las cosas entre ambos países, cuando al acercarse la guerra de Rusia llegó á ser esencial para la Francia el socorro de la Suecia. ¿Pero qué cebo podia presentar

Napoleon para atraerse el amigo cuya afeccion habia perdido? Podia ofrecer sin duda ayudar á Bernadotte á recobrar la provincia de Finlandia, cuya conquista habian hecho los rusos de acuerdo con Napoleon. Pero el príncipe real conoció que entrar en una guerra con la mira de reconquistar la Finlandia, era ocasionar gastos que no podia soportar el país, los cuales no podia compensar la adquisicion de aquella provincia, aun suponiendo que estuviese segura de volverla á tomar. Además, aquella conquista enredaria á la Suecia en quejas perpetuas con la Rusia; mientras que las dos naciones que separa el golfo de Botnia no tenían por el momento ningun motivo de discordia. Por el contrario, tomando el partido de la Rusia en la grande lucha que iba á estallar, podia esperar la Suecia la asistencia de aquel imperio, como igualmente la de la Inglaterra, para concluir sobre la Dinamarca, aliada de la Francia, la conquista de su reino de Noruega, el cual, por su situacion geográfica, conviene tanto á la Suecia, i le daria todo el litoral del océano, á lo largo de las costas occidentales de la Scandinavia. Se dice que el príncipe real ofreció á Napoleon entrar en una liga ofensiva i defensiva con la Francia, bajo condicion de que se reunirian á sus posesiones la Noruega i la Finlandia; pero que el emperador desechó aquellas proposiciones con desden. A pesar de todo, se han contestado i refutado todos los pormenores de aquella pretendida negociacion.

Desde que advirtió Bonaparte que ya no habia esperanza de conciliarse el príncipe real,

lo que parece que casi no se probó con seriedad, se puso en estado, sin entretenerse en declarar la guerra, de dar á la Suecia el golpe mas violento, ó mas bien el único que estuviese en su poder. En enero de 1812 invadió el general Davoust la Pomerania sueca, la única posesion de la Suecia situada al sud del Báltico; se apoderó del país i de su capital, i se puso á amenazar á la Prusia con una invasion militar, como si ya no estuviera á la discrecion de la Francia.

No recibiendo satisfaccion alguna de aquella agresion, firmó la Suecia en 24 de marzo de 1812 un tratado con la Rusia, por el cual declaraba la guerra á la Francia, i proponia hacer una diversion con un ejército combinado de veinte i cinco ó treinta mil suecos, i de quince ó veinte mil rusos, en cualquiera punto de la Alemania. El emperador de Rusia quedó obligado, ya por negociaciones, ya por aquella cooperacion militar, á reunir el reino de Noruega al de Suecia, i á tener pronto para este proyecto el ejército ruso que se hallaba en aquel momento en Finlandia. De este modo fué como las fuerzas de la Suecia, aumentadas todavia con la grande reputacion militar de su gefe actual, fueron arrojadas en el partido opuesto de la Francia, de la cual, á no ser por la injusticia i la dureza de los procedimientos de Napoleon con respecto á ella, hubiese quedado, segun todas las apariencias, la fiel aliada i amiga, como lo habia sido siempre desde la alianza de Francisco 1.<sup>o</sup> con Gustavo Wasa.

No puede decubrirse ningun motivo para insultar asi á la Suecia, precisamente en el

momento en que hubiera sido tan útil su cooperacion, sino la animosidad de Napoleon contra un príncipe que miraba antes del 18 de fructidor como un antiguo rival, i actualmente como un vasallo rebelde é insolente. Una justa atencion á lo que reclamaban el honor i los intereses de la Francia, le habria decidido á dejar á un lado semejantes consideraciones personales. Mas parece que esto no era peculiar del carácter de Bonaparte, que si no olvidaba los beneficios, tenia un recuerdo profundo de las injurias, que es particular, segun dicen, á los habitantes de Córcega. Cuando dominaba en su alma esta pasion, estaba demasiado dispuesto á sacrificar su política á su venganza.

Era verdaderamente embarazosa la situacion del rey de Prusia cuando el rompimiento entre los imperios de Francia i Rusia. Su posicion entre las potencias beligerantes hacia casi imposible la neutralidad; si tomaba las armas debia reflexionar mucho antes de elegir un partido. Oprimidos los prusianos con las exacciones, i las guarniciones francesas, excitados ademas por la secreta influencia del *Tugend Bund*, estaban casi unánimes en su vivo deseo de desenvainar la espada contra la Francia, i el rey no era el que menos deseaba restablecer la independencía i vengar los reveses de su reino. El recuerdo de una reina amable i querida, que habia muerto en la flor de la edad, despedazado su corazon por las desgracias de su país, i estrechando con sus manos las de su esposo, le llamaba tambien para vengarse de la Francia, que la habia

insultado durante su vida i calumniado despues de su muerte.\*

Tambien se sabe ahora que el primer pensamiento del rey de Prusia fué echarse en los brazos de la Rusia, i ofrecerle, aunque debiese costarle el trono i la vida, tomar parte en la guerra como su fiel aliado.

Pero el emperador Alejandro conoció que aceptando esta especie de sacrificio contraeria la obligacion de proteger á la Prusia si se experimentaban algunos reveses, tales como los que casi debian esperarse en la primera parte de la campaña. Las plazas mas fuertes de la Prusia estaban en poder de los franceses; el ejército del rey no pasaba de cuarenta mil hombres, i no tenia tiempo de levantar ú organizar las fuerzas nacionales. Para realizar una reunion con aquellos cuarenta mil hombres, ó con los que de ellos pudiesen reunirse, hubiera sido preciso que Alejandro precipitase la guerra é hiciese marchar un fuerte ejército sobre la Silesia, punto de reunion para los prusianos. Pero aun cuando un ejército semejante hubiese conseguido su objeto, hubiera tenido delante todas las fuerzas de la Francia, de la Sajonia i de la confederacion del Rhin; mien-

---

\* En el *Monitor* se hizo alusion mas de una vez á una union escandalosa que se pretendia habia existido entre aquella princesa i el emperador Alejandro, i Bonaparte lo aseguró personalmente á M. Las-Casas i á otras personas, diciendo al mismo tiempo como una buena chanza, que él mismo habia tenido separado al rey de Prusia, para proporcionar á los amantes una cita secreta. Son tan incompatibles estas aserciones con el carácter que generalmente se atribuye á aquella desgraciada princesa, que no vacitamos en atribuir las á la calumnia.

tras que tendrian sobre sus flancos las tropas enemigas del gran ducado de Varsovia, reunidas probablemente á un cuerpo de austriacos. Aquel movimiento ácia delante, hecho demasiado pronto se hubiera asemejado á la conducta del Austria en las desgraciadas campañas de 1805 i 1809, durante las cuales habia igualmente arrojado sus armas en Baviera, con la esperanza de adquirirse aliados, pero sin mas resultados que el de esponerlos á las derrotas decisivas de Ulma i Eckmuhl. Esto hubiera sido imitar todavia aquella marcha igualmente funesta del ejército prusiano en 1806, cuando precipitándose adelante para forzar á los sajones á reunirse con él, el duque de Brunswick causó por su falta la desgraciada jornada de Jena.

La esperiencia i la reflexion habian, pues, convencido al emperador de Rusia i á su gabinete, de que debian evitar venir á las manos con los franceses en la primera parte de la campaña, i que de este modo, en lugar de ir á su encuentro, debian mas bien dejarlos meter en los inmensos bosques i en los desiertos incultos de la Rusia, en donde no podrian los franceses hallar ni víveres ni recursos, i cada paisano se convertiría en un enemigo armado. El socorro que se podria sacar de un ejército auxiliar de prusianos que no pasaba de cuarenta mil hombres, de los cuales tal vez no podrian reunirse la mitad, no parecia un motivo suficiente para mudar un plan de campaña que estaba cimentado en las mas maduras consideraciones. Asi pues, rehusó el emperador Alejandro aceptar la alianza del

rey de Prusia, pues que solo habria servido para atraer sobre la cabeza de aquel príncipe desgracias que la Rusia no tenia la menor esperanza de evitar, á menos que cambiase enteramente el plan de campaña que habia resuelto adoptar. Previendo al mismo tiempo que su no aceptacion debia forzar á Federico, cuya posicion hacia imposible la neutralidad, á declararse por la Francia, le dejó generosamente el emperador Alejandro la libertad de tomar las medidas i formar las alianzas que las circunstancias hacian inevitables, asegurándola no obstante que si la Rusia tomaba el ascendiente, sacaria la Prusia la misma ventaja de la victoria, cualquiera que fuese el partido que se hallase obligada á abrazar durante la lucha.

Al paso que el rey de Prusia veía rehusada su cooperacion por la Rusia, como que debia serle mas perjudicial que provechosa, no hallaba á la Francia nada dispuesta á recibirle como hermano de armas. Ofreció su alianza á Bonaparte repetidas veces, i con particularidad en los meses de marzo, mayo i agosto de 1811. Mas no recibiendo ninguna respuesta satisfactoria, principió á pensar que se meditaba su ruina; i tenia algun motivo para temerlo, porque parecia que Napoleon habia alimentado una aversion personal contra Federico, i se dice que exclamó, mirando un mapa de Prusia: „Es posible que haya sido yo tan necio para dejar á este hombre en posesion de un reino tan grande!” Hay ademas grandes motivos para suponer que Napoleon tuvo conocimiento de las negociaciones secretas entre la Prusia i la Rusia, ó que hubo por lo menos motivo para

conjeturar que debia haberlo tenido. Es constante que vaciló entre si permitiria ó no que quedase la Prusia potencia independiente.

No obstante, se dictó á Federico un tratado el 24 de febrero de 1812, con la condicion de que firmándolo se le hacia la gracia de dejarle todavia el nombre i el título de Prusia. Si no se prestaba á hacerlo, Davoust, que habia ocupado la Pomerania sueca, iba á marchar contra la Prusia, i tratarla como país enemigo. Contemporizando así por el momento con un monarca de quien tenia muchos motivos para desconfiar, parece haber considerado Napoleon que valia mas aceptar el socorro de Federico que dejarle echar en los brazos de la Rusia; pero le vendió muy cara la gracia que parecia hacerle. En virtud de las condiciones del tratado, debia la Prusia poner á la disposicion de la Francia cerca de veinte mil hombres, i sesenta piezas de artillería; es decir, todo lo que quedaba disponible del ejército hermoso del gran Federico. Se obligaba igualmente á suministrar el abastecimiento del ejército frances mientras atravesaba su territorio; solo debian deducirse los gastos que ocasionase aquel aprovisionamiento del importe de las contribuciones que Napoleon habia impuesto á la Prusia, i que no habian sido pagadas todavia. Se tomaron otras muchas medidas para que los franceses pudiesen, en caso de necesidad, apoderarse á discrecion de algunas fortalezas prusianas que todavia no tenian en su poder, i para desarmar cuanto fuese posible á los habitantes, porque se miraba como inevitable un levantamiento, si las armas francesas llegaban

á tener algun contratiempo. De este modo, mientras que la Rusia recibia refuerzos de la Suecia, antigua aliada de la Francia, la Francia avanzaba contra la Rusia, apoyada por los residuos del ejército de Federico, que en el fondo de su corazon deseaba que Alejandro saliese victorioso.

La voz de Napoleon era naturalmente de mucho peso en los consejos de su suegro el emperador de Austria; pero el gabinete austriaco estaba lejos de mirar con ojo favorable sus planes de ambicion i engrandecimiento. El penetrante Metternich habia descubierto, i habia hecho saber á su amo desde su vuelta á Viena en la primavera de 1811, que el matrimonio que acababa de celebrarse no produciria el efecto de decidir á Napoleon á envainar su espada, ó dar á la Europa una tranquilidad permanente. No obstante, á pesar de que el Austria, cuando se aproximaban las hostilidades, en las cuales iba á verse arrastrada por su formidable aliado, hubiese consentido en proveerle un ejército auxiliar de treinta mil hombres bajo las órdenes del príncipe Schwarzenberg, parece probable que se acordó del sistema de suavidad i moderacion adoptado por la Rusia, cuando estaba aliada con Napoleon durante la campaña de Wagram, i que dió instrucciones secretas á su general para que no manifestase en aquella campaña mas que la actividad necesaria para representar con decencia el papel de un auxiliar en algun modo intimado para tomar las armas.

Nos queda que decir una palabra sobre la Turquía, la única potencia de la cual hubiera

tambien debido asegurarse Bonaparte por prudencia, antes de atacar á la Rusia, su enemiga natural, pasando por ser la antigua i natural aliada de la Francia. Si no fuese porque los talentos de Napoleon eran mucho mas á propósito para destruir un enemigo que para grangearse amigos i conservarlos, seria difícil esplicar como perdió su influencia sobre la Puerta en aquella época importante. El gobierno turco se habia manifestado á la Francia en un estado hostil, á consecuencia de la memorable invasion del Egipto; pero el sultan Selim, admirador del valor guerrero i del genio de Napoleon, se habia hecho amigo de los franceses. Una conspiracion le hizo desaparecer de la escena del mundo, i su sucesor estuvo mas dispuesto á abrazar los intereses de la Gran-Bretaña. En el tratado de Tilsit se reconoció positivamente la reparticion de la Turquía, aunque no se prefijó el término, \* del mismo modo que cuando las negociaciones de Erfurt, consintió Napoleon que las provincias turcas hasta el Danubio perteneciesen á la Rusia, si podia conquistarlas.

---

\* El hecho está bastante generalmente admitido ahora tal como le referimos aquí. Pero en el tratado publicado, parecia que la Francia negociaba un armisticio, llamado armisticio de Slobodsea, por el cual se habia estipulado que las dos provincias en litigio, la Moldavia i la Valaquia, debian devolverse á los turcos. Pero aquel armisticio, segun se habia arreglado ante todas cosas entre Napoleon i Alejandro, se rompió sin haberse hecho aquella restitucion; i habiéndose igualmente concluido un congreso que se celebró en Jassy para terminar las disputas entre la Puerta i la corte de San Petersburgo, sin haber podido ponerse de acuerdo, volvió á principiarse la guerra en el Danubio entre turcos i rusos.

La corte de San Petersburgo tuvo la debilidad de hacer la tentativa, aun cuando debia casi preveer entonces que el poder creciente de la Francia debia impedirle el entregarse en aquella época á proyectos de conquista. En efecto, puede citarse aquella guerra emprendida contra la Turquía, tan impolítica en el caso de un rompimiento con la Francia, como una prueba de que creía firmemente el emperador Alejandro que no podia suceder semejante acontecimiento, i que por consiguiente estaba determinado él mismo á obrar de buena fé con respecto á Napoleon.

Los turcos se defendieron mucho mejor de lo que se habia creído, i aunque al principio no les fueron favorables los acontecimientos de la guerra, alcanzó al fin el gran visir una victoria delante de Routschouk, ó á lo menos hizo sufrir al general ruso una derrota bastante seria para obligarle á levantar el sitio de aquella plaza. Pero la victoria no echó mas que un rayo de luz pasagero sobre los estandartes turcos. Atacados por los rusos en su campo atrincherado, fueron derrotados en una batalla tan sangrienta, que quedó casi enteramente destruido su ejército vencido. Continuaron no obstante sosteniendo la guerra, aunque olvidados i despreciados por el emperador de Francia, que hubiera tenido el mayor interés, en atencion á sus proyectos contra la Rusia, en sostenerlos en su lucha desigual contra aquella potencia formidable. Sin embargo, se calmaron las hostilidades i se entablaron negociaciones; porque los rusos, cuando un rompimiento con la Francia llegó á ser un acontecimiento probable, de-

searon naturalmente terminar con la Turquía una guerra que debia tener ocupado un ejército muy numeroso, en un momento en que necesitaban todas sus fuerzas para resistir á Napoleon.

En aquella época, pero no antes del 21 de marzo de 1812, Bonaparte pareció acordarse repentinamente de que seria muy político mantener ó mas bien renovar su alianza con una nacion de cuya confianza le era entonces muy importante poderse asegurar. Encargó á su embajador que apresurase al gran señor para que marchase en persona ácia el Danubio, á la cabeza de cien mil hombres. El emperador de los franceses por su lado prometia no solamente ayudar á la Puerta á ponerse en posesion de las dos provincias contestadas, la Moldavia i la Valaquia, sino tambien proporcionarla igualmente la restitucion de la Crimea.

Llegó demasiado tarde aquel mensaje de guerra; acababa la Puerta de adoptar un sistema mas pacífico. Las magníficas promesas de la Francia se sucedian con demasiada celeridad á años enteros de olvido, para que fuese posible creer su sinceridad. Los enviados ingleses alcanzaron en diplomacia una victoria completa sobre los de la Francia, con una maña que no han tenido siempre la dicha de manifestar, i lograron convencer á la sùblime Puerta de que á pesar de que la Rusia fuese su enemiga natural entre las naciones europeas, no obstante podia concluir con ella una paz de alguna duracion, bajo la garantía de la Inglaterra i la Suecia; en lugar de que, si Napoleon destruía el poder de la Rusia, ó la

subyugaba, la reparticion del imperio otomano, que habia meditado ya, seria una medida que ningun estado tendria bastante influencia para impedirlo, cuando hubiera derribado la última barrera que pusiese límites sobre la tierra á su poder absoluto. Puede formarse una idea del terror i de la desconfianza que inspiraba generalmente el nombre solo de Napoleon, cuando se vió un pueblo bárbaro como los turcos, que en general son poco hábiles en política, comprender que era mas prudente para ellos conceder la paz, con condiciones razonables, á un antiguo enemigo inveterado, que ayudar á destruirle en el interes de una potencia todavia mas formidable i mas ambiciosa. Negocióse, pues, la paz de Bucharest entre la Rusia i la Turquía, i mas abajo tendremos ocasion de hablar de ella.

Por este medio se halló privada la Francia de sus dos antiguas aliadas, la Suecia i la Turquía, en el momento en que se aproximaba la lucha. Condujo la Prusia al combate como una esclava atada á las ruedas de su carro; la Dinamarca i la Sajonia como aliadas que hallaron proteccion á su lado, mientras se manifestaron dóciles; i el Austria como una confederada, tratada bajo un pie mas igual, pero que habia tenido cuidado de estipular que en recompensa de una asistencia acordada con frialdad i contra su gusto, se ataria el emperador Napoleon las manos con relacion á la Polonia, con empeños que le impedian poderse servir de su influencia sobre aquel país, del modo que mas hubiera convenido para sus proyectos. De aquel resultado es preciso deducir, ó que Na-

oleon, lleno de confianza en los preparativos inmensos de su invasion, desdeñaba entrar en negociacion para obtener el auxilio que no podia exigir directamente, ó que sus talentos en política eran inferiores á los que habia desplegado en el arte militar.

Es verdad que si solo debia tomarse en consideracion el número, i podemos añadir la calidad de las tropas que la Francia puso en campaña en aquella ocasion importante, podria escusarse á Napoleon de haber dado poca importancia á los socorros que hubiera podido obtener de la Suecia ó de la Puerta. Habia levantado de antemano la conscripcion de 1811, i entonces llamó la de 1812; de modo que no quedó duda de que mientras viviese Napoleon é hiciera la guerra, seria la conscripcion de la primera clase, no un reglamento condicional cuya ejecucion dependeria de las circunstancias, sino un impuesto regular i perpetuo de ochenta mil hombres, levantados todos los años sin distincion sobre la juventud de Francia. Al total de aquellas conscripciones de dos años, era preciso añadir los contingentes de los reyes de la casa imperial, de los príncipes vasallos, de las repúblicas sometidas, en una palabra, de los dos tercios de la Europa, que estaban á las órdenes de Bonaparte. No se habia puesto en campaña un ejército semejante desde el reinado de Jerges, suponiendo que se admitan como verdad histórica las relaciones exageradas de la invasion de los persas. Se altera el espíritu leyendo el detalle de las fuerzas que componian aquel ejército.

El total de las fuerzas del imperio frances, de sus dependencias i de sus aliados, se halla arreglado por Boutorlin del modo siguiente:

|  |                  |          |
|--|------------------|----------|
| Total general del ejército frances. . . . .                  | 850,000          | hombres. |
| Ejército de Italia mandado por el virey Eugenio. . . .       | 50,000           |          |
| Del gran ducado de Varsovia i otros ducados polacos. . . . . | 60,000           |          |
| De Baviera. . . . .  | 40,000           |          |
| De Sajonia. . . . .  | 30,000           |          |
| De Westfalia. . . . .  | 30,000           |          |
| De Wurtemberg. . . . .                                       | 15,000           |          |
| De Baden. . . . .  | 9,000            |          |
| De los príncipes de la confederacion del Rhin. . . . .       | 23,000           |          |
| Cuerpos auxiliares prusianos. . . . .                        | 20,000           |          |
| Austriacos. . . . .  | 30,000           |          |
| Ejército de Nápoles. . . . .                                 | 30,000           |          |
| Total. . . . .   | <u>1,187,000</u> |          |

Pero para calcular las tropas realmente en campaña, es menester deducir de aquel total de un millon ciento i ochenta i siete mil hombres, cerca de trescientos ochenta i siete mil, á causa de los regimientos cuyos cuadros no estaban completos, de los soldados que estaban en los hospitales, i de los que tenian licencias de ausencia. No por eso deja de quedar el total espantoso de ochocientos mil hombres prontos á combatir, de suerte que Bonaparte se hallaba en estado de hacer marchar á Rusia un ejército muy superior con mucho

al del emperador Alejandro, sin hacer inmensos esfuerzos, i sin retirar de España ninguna parte de sus fuerzas.

A pesar de todo, calculando todas las suertes de semejante juego, i para poder resistir á las tentativas que podria hacer la Inglaterra contra la Francia durante su ausencia, creyó prudente Napoleon recurrir á medios suplementarios de defensa nacional, que debian imponer á sus súbditos los deberes militares aun mas allá de las leyes de la conscripcion. Consistia aquel sistema en una leva de guardias nacionales divididas en tres clases: el primer *ban*, el segundo *ban* i el *ban* \* atrasado; por que á Bonaparte le gustaba conservar las denominaciones de las antiguas instituciones feudales. El primer *ban* debia comprender todos los hombres de veinte á veinte i seis años que no habian sido llamados á servir en el ejército; el segundo todo lo que se hallaba en estado de llevar las armas, desde veinte i seis hasta cuarenta; i el *ban* atrasado, todos los hombres robustos de cuarenta á sesenta. Las levas de aquellas clases no debian salir de las fronteras de Francia, i debian ser llamadas sucesivamente segun la urgencia del peligro. Estaban divididas en cohortes de mil ciento i veinte hombres cada una; pero la parte esencial de aquel proyecto era la de poner á la disposicion inmediata del ministro de la guerra cien cohortes del primer *ban*, es decir, mas de cien mil hombres de veinte á veinte i seis años; en una palabra, era una nueva forma

---

\* Leva.

de conscripcion que dejaba á los reclutas la ventaja de un servicio limitado.

El célebre naturalista conde de Lacepede, que por sus tareas en la historia natural, no menos que por la elocuencia con que siempre estaba dispuesto á manifestar la aprobacion del senado sobre todo cuanto proponia el emperador, habia adquirido el título de *rey de los reptiles*, tuvo que cumplir en esta ocasion, con su encargo ordinario para justificar aquella nueva medida. En esta proposicion de hacer todavia una leva tan considerable sobre la juventud francesa, en un momento en que la ambicion sin límites de Napoleon era la única necesidad del momento, no pudo descubrir mas que una prueba sensible de la afeccion paternal del emperador á sus súbditos. Estos jóvenes, decia, recibirian su licencia de las cohortes por sextas partes, i estando en una edad en que el ardor del espíritu se une á la fuerza del cuerpo, hallarian en el ejercicio de las armas una diversion saludable i una agradable recreacion mas bien que un trabajo penoso i un deber severo. En seguida, podian estar seguros sus parientes que la prohibicion espresa de salir de las fronteras seria un freno irresistible impuesto al carácter bullicioso é impetuoso del soldado frances, é impediria que aquellos jóvenes escuchasen un valor inconsiderado i corriesen al combate en comarcas lejanas, cosa que sin duda deberia temerse sin aquella precaucion. Todo esto estaba muy bien, pero no se pasó mucho tiempo sin que el senado revocase su decreto *ne exeat regno*, con respecto á aquellas cien cohortes; i sea que las

arrastrase su valor impetuoso, ó que se viesen forzadas á marchar por órden de sus gefes, todas ellas pasaron la frontera, i fueron á dar batallas sangrientas en una region lejana, de la cual un cortísimo número tuvo la felicidad de volver.

Mientras que estaba todavia en la balanza la cuestion de la paz i de la guerra, se recibió de España la noticia que el lord Wellington habia abierto la campaña por una empresa concebida con tanta felicidad como valerosamente ejecutada. Ciudad-Rodrigo, que los franceses habian fortificado con esmero, era una de las llaves de las fronteras de España i de Portugal. El lord Wellington, como lo hemos visto, habia formado el bloqueo en el año anterior, pero mas bien con la intencion de forzar al general Marmont á reconcentrar sus fuerzas para socorrer aquella ciudad, que con la esperanza de apoderarse de ella. A fines de diciembre de 1811, supieron los franceses, con sorpresa i alarma, que el ejército ingles, poniéndose de pronto en movimiento, habia abierto trincheras delante de Ciudad-Rodrigo, i batia la ciudad en brecha.

Marmont reunió otra vez todas sus tropas para impedir la toma de una plaza que era de la mayor importancia para ambos partidos. Tenia todas las razones posibles para esperar un feliz éxito, puesto que Ciudad-Rodrigo, antes que los franceses hubiesen aumentado sus fortificaciones, se habia sostenido mas de un mes contra Massena, á pesar de que tenia un ejército de cien mil hombres. Pero en aquella ocasion, diez dias despues de empezarse el si-

tio, se tomó la plaza por asalto casi á la vista del hábil general que avanzaba para socorrerla, i que no tuvo mas alternativa que entrar en sus acantonamientos, para reflexionar allí sobre los efectos presumibles del talento i actividad que parecian haber inspirado de un golpe á los ejércitos ingleses.

No era el lord Wellington uno de aquellos generales que piensan que una ventaja alcanzada ó una victoria ganada son suficientes para una campaña. Apenas estaban convencidos los franceses de la toma de Ciudad-Rodrigo, tan extraordinario les parecia aquel acontecimiento, cuando Badajoz se halló investido. Era esta una plaza mucho mas fuerte, que habia sostenido un sitio de treinta i seis dias contra los franceses, á pesar de que entonces eran bien inferiores las fortificaciones, i que mandaba en ella un oficial sin talento i cuya fidelidad era dudosa. Fué atacada la plaza con una celeridad casi increíble. Se practicó en ella una brecha, se dió el asalto, i se tomó doce dias despues de haber abierto las trincheras. En vano habian ensayado dos mariscales franceses evitar aquella catástrofe. Marmont habia hecho sobre Ciudad-Rodrigo una tentativa que malogró, i habia fingido querer entrar en Portugal. Pero desde que supo la toma de Badajoz, principió á retirarse de Castel-Blanco. Soult, que habia avanzado con rapidez para socorrer á Badajoz, estaba segun dicen, haciendo saber á una junta de oficiales que las órdenes del emperador, órdenes que debian ejecutarse escrupulosamente, mandaban que se socorriese á Badajoz, cuando un oficial que habia sido enviado en recono-

cimiento, interrumpió los gritos de »; *Viva el emperador!*” anunciando la noticia tan desanimada como increíble, de que flotaban sobre las murallas de aquella ciudad las banderas inglesas.

Badajoz sucumbió el 9 de abril, i el 18 del mismo mes hizo el gobierno frances al de la Gran-Bretaña una apertura que se dirigía á la paz. No es inverosímil que viendo Bonaparte que sus mejores generales habian sido tan completamente sobrepujados delante de Ciudad-Rodrigo i Badajoz, hubiese podido prever por aquel principio de infortunios la larga serie de derrotas i desastres que sufrieron los franceses en aquella campaña de 1812.

Acaso fueron las ventajas que obtuvo el lord Wellington, ó un deseo secreto de evitar una guerra que ofrecia tantas suertes como las de Rusia, ó en fin el deseo de convencer al pueblo frances que se hallaba siempre dispuesto á la paz, lo que impelió á Napoleon á dar orden al duque de Basano de escribir al lord Castlereagh para proponer que fuesen garantizadas la independendia é integridad de la España *bajo la dinastía actualmente reinante*; que quedase el Portugal bajo el gobierno de los príncipes de la casa de Braganza, la Sicilia bajo el de Fernando, i Nápoles bajo el de Murat. Cada nacion hubiera conservado de aquel modo en su posesion lo que la otra no habia tenido en su poder arrancarla por la fuerza de las armas. El lord Castlereagh respondió inmediatamente, que si las palabras »la dinastía actualmente reinante,» debian entenderse como aplicadas al rey José, declaraba positivamente

que los españoles de la Inglaterra con Fernando VII, i las córtés que gobernaban entonces la España, hacian imposible aquel reconocimiento.

La correspondencia no pasó de allí. La naturaleza de aquella apertura sirvió para manifestar la tenacidad del carácter de Bonaparte, que á pesar de tratar de la paz, no queria ceder sino aquello de que ya le habia privado la fortuna de las armas, i que esperaba que la Inglaterra le abandonaria aquel reino de España, cuyo destino dependia del arbitraje sangriento de la espada. Probaba tambien la poca sinceridad de los discursos que pronunciaba para engañar á las personas con quien trataba.

Habiéndose malogrado completamente aquellas débiles tentativas para llegar á una paz general, fué entonces el principal objeto de consideracion, saber si era todavia posible impedir el rompimiento que amenazaba estallar entre los dos grandes imperios. Por ambas partes se hacian preparativos de guerra con la mayor actividad. La Rusia se mantenía sobre la defensiva, pero reunía ejércitos numerosos sobre el Niemen, como si esperase ser atacada; mientras que la Francia hacia pasar rápidamente tropas á Prusia i en el gran ducado de Varsovia, i tomaba las posiciones mas favorables para entrar por las fronteras de la Rusia. A pesar de todo, en medio de aquellos vastos preparativos de guerra, cual no habia visto jamas la Europa otros semejantes, parecia que aun en aquella hora adelantada, conservaban todavia los dos soberanos un resto de deseo de evitar aquella lucha sangrienta. Nada fuera

mas fácil si Napoleon hubiera formado el sincero anhelo de hacer la paz, en lugar de probar solamente lo que se podría llamar un momento de vacilacion antes de principiar las hostilidades. En el hecho, estaban ya arregladas las primeras causas de la querella, ó lo que es lo mismo, se habian establecido principios en cuya virtud era fácil terminarla. No obstante los preparativos, para invadir la Rusia se hicieron cada vez mas evidentes; el objeto se esplicó claramente en el tratado entre la Francia i la Prusia; i aunque se abandonaron en gran parte los motivos de la guerra, no por eso pareció esta menos cierta. La solicitud de Alejandro pasó pues del origen de la querella á las consecuencias importantes que se derivaban de élla, i naturalmente debió manifestarse con mas deseos de ver retirar las tropas francesas reunidas en las fronteras de la Polonia, que con inquietud de las causas que las habian traído hasta allí.

En su consecuencia recibió orden el príncipe Kourakin, plenipotenciario de Rusia, de comunicar al duque de Bassano el *ultimatum* de su amo. Las bases del arreglo propuesto por el czar eran la evacuacion de la Prusia i de la Pomerania por las tropas francesas; la disminucion de la guarnicion de Dantzick, i el arreglo amistoso de los objetos de contestacion entre Napoleon i Alejandro. Con aquellas condiciones, que no contenian nada que no fuese rigurosamente necesario para garantizar á la Rusia las intenciones pacíficas de la Francia, consentia el czar en un sistema de licencia semejante al que Napoleon habia adoptado para

la Francia; á proteger el comercio frances, i emplear su influjo sobre el duque de Oldenbourg, á fin de decidirle á aceptar alguna indemnizacion razonable por el territorio que se habia agregado á la Francia de un modo tan sumario.

Examinando aquel documento, parece impregnado de un carácter de moderacion i aun de deferencia tan declarada como podia esperarse del gefe de un gran imperio. A menos que no fuese preciso mirar á la Francia como decidida por la guerra, exigir que llamase los ejércitos que amenazaban las fronteras de la Rusia, no era una peticion contraria á la prudencia i á la razon. A pesar de todo, Napoleon halló en ella una causa directa de hostilidades.

Bonaparte miró como un ultraje imperdonable la proposicion prévia de retirar sus ejércitos de una posicion en la cual no podian tener otra mira que la de amenazar á la Rusia. Era insolente, dice aquella peticion: no estaba acostumbrado á oir que se hablase en aquel tono, ni á arreglar el movimiento de sus ejércitos segun las órdenes de un soberano extranjero. El embajador de Rusia recibió sus pasaportes; i el capricho irracional de Napoleon, que miró una apertura de paz como un insulto grosero, porque se le pedia que abandonase su actitud amenazadora, acarreó la muerte de mas de un millon de hombres, i la caída irrevocable del imperio mas extraordinario que jamas ha visto el mundo. El 9 de mayo de 1812 salió Bonaparte de París.

En las expediciones anteriores habia tenido Napoleon la costumbre de reunirse á su ejército

repentinamente i con un acompañamiento poco numeroso; pero en esta ocasion desplegó un aparato de esplendor i de dignidad digno de un monarca que hubiera podido, si jamas hubiera tenido el derecho un soberano de la tierra, tomar el título de rey de los reyes. Señalóse Dresde como la cita general de los reyes, soberanos, príncipes, duques i potentados subalternos de toda denominacion que estaban bajo la dependencia de Napoleon, ó que esperaban de él su buen ó mal destino. En aquella ocasion el emperador de Austria i su esposa fueron á visitar á su yerno el poderoso; estaba la ciudad llena de una muchedumbre de príncipes, los unos nacidos de las familias mas antiguas, los otros pretendiendo una gerarquía todavia mas elevada, como pertenecientes á la de Napoleon. Tambien se halló alli el rey de Prusia, huesped tan mal visto como poco contento él mismo, pero cuya presencia era necesaria para engrosar el acompañamiento i adornar el triunfo del vencedor. Triste su corazon i su semblante en medio de las escenas de esplendor i alegría, parecia estar de luto mas bien que participar del regocijo de las fiestas. Pero el destino reservaba compensaciones á un príncipe, que en tiempos de un apuro sin igual habia mostrado tanto valor i patriotismo.

Entre todos aquellos potentados, ninguno escitaba el interés general tanto como aquel para quien i por órden de quien se habia reunido aquella asamblea; aquel ente extraordinario, que hubiera podido gobernar el universo, pero que no podia domar su alma impaciente cuando estaba en reposo. Cuando Napoleon se presen-

taba en público, era el principal personaje del grupo; cuando estaba ausente, todas las miradas se dirigian ácia la puerta para esperarle. Muy á menudo estaba en su gabinete ocupado en negocios, mientras que las demas cabezas coronadas, á quienes á la verdad casi no les dejaba hacer otra cosa, buscaban por todos lados los medios de divertirse. Napoleon costeó casi todas las fiestas, banquetes i reuniones de aquellos reyes i su comitiva, además de las representaciones dramáticas, i todo con un grado de esplendor que hizo parecer mezquino i miserable todo cuanto ensayaron hacer algunos otros potentados.

La emperatriz jóven tuvo su parte en aquellos dias de grandeza. »El reinado de María Luisa, dijo Napoleon cuando estuvo en la isla de Elba, ha sido de muy corta duracion, pero ha disfrutado de grandes satisfacciones; ha tenido todo el mundo á sus pies.» La magnificencia de su adorno i de sus joyas la daba una grande preeminencia sobre su madastra la emperatriz de Austria. Parece que existia entre estas dos princesas un poco de aquella aspereza que en la vida privada divide á menudo los parientes de un grado semejante, i para indemnizar en algun modo á la emperatriz de Austria, nos hace saber Bonaparte que venia muy á menudo al tocador de su hijastra, i que rara vez se iba sin haber recibido alguna señal de su munificencia. Tal vez podríamos decir de aquella circunstancia, como Napoleon lo dice á propósito de otra persona que no habria debido saberla un emperador, ó por lo menos que no debiera haber hablado de ella. Lo cierto

es que Bonaparte no queria á la emperatriz de Austria, i aunque represente aquella princesa como prodigándole sus atenciones, la indiferencia era mutua. La hija del duque de Módena no habia olvidado lo que habian costado á su padre las campañas de Italia.

No obstante, bastó poco tiempo para que el espíritu activo de Napoleon se fastidiase de una pompa que podia satisfacer un instante su vanidad, pero que bien pronto solo presentó á su imaginacion vacío i frivolidad. Hizo venir al abate de Pradt, obispo de Malinas, cuyos talentos deseaba emplear en calidad de embajador en Varsovia; i con un estilo singular de diplomacia, le dió las instrucciones siguientes: » Me hallo en el punto de probaros. Podeis creer que no os he hecho venir aqui para decir misa (ceremonia que el obispo habia celebrado por la mañana); es preciso que formeis un gran establecimiento, i que no se pierda de vista á las mugeres; su influencia es muy esencial en este país. Conoceis la Polonia; habeis leído á Rhulhieres. En cuanto á mi, voy á batir á los rusos. La bela arde, i es preciso que todo se acabe á fines de setiembre; tal vez se ha perdido ya tiempo. Yo me fastidio aqui de muerte; ya hace ocho dias que represento el papel de galan al lado de la emperatriz de Austria. » Entonces espresó por algunas alusiones indirectas, la amenaza de forzar el Austria á renunciar á la Galicia i aceptar una indemnizacion en la Illiria, ó no tener nada. En cuanto á la Prusia, confesó su intencion de destruirla cuando se concluyese la guerra, i despojarla de la Silesia. » Voy á Mos-

cou, añadió; una ó dos batallas me abrirán el paso. Quemaré á Toula; el emperador Alejandro se pondrá de rodillas i ya teneis desarmada á la Rusia. Todo está pronto, i ya me esperan. Moscou es el corazon del imperio ruso. Ademas de que haré la guerra con sangre polaca. Dejaré en Polonia cincuenta mil franceses. Haré de Dantzick un segundo Gibraltar. Concederé á los polacos un subsidio de cincuenta millones por año: yo puedo hacer este gasto. Si la Rusia no estuviese comprendida en él, el sistema continental no seria mas que una tontería. La España me cuesta muy cara; sin ella seria el amo de la Europa; pero cuando aquello se acabe, mi hijo no tendrá mas que sostenerse, i para esto no se necesita ser muy fino. Id á tomar instrucciones á casa de Maret."

Todos los que rodeaban la persona de Napoleon, tanto franceses como estrangeros, participaban generalmente de aquella completa confianza en el feliz éxito, indicado por aquellas espresiones descosidas, pero admirables. Los jóvenes militares miraban la expedicion contra la Rusia como una partida de caza que debia durar dos meses. El ejército se precipitaba ácia aquel país fatal, lleno de la esperanza del saqueo, de las pensiones i del ascenso. Todos los soldados que no hacian parte de ella se quejaban de su mala estrella, ó de la parcialidad de Napoleon, que no les habia llamado para una empresa tan gloriosa.

A pesar de todo hizo Bonaparte la última tentativa de negociacion, ó por mejor decir, trató de descubrir cuales eran las disposiciones de Alejandro. Aquel monarca mientras que

su enemigo estaba rodeado de soberanos, como el sol de planetas, estaba solo en su órbita i reunia á su alrededor sus medios de defensa; pero por inmensos que fuesen, apenas parecían proporcionados á la crisis terrible en que se hallaba. El general Lauriston habia sido despachado á Wilna para tener una comunicacion definitiva con Alejandro. El conde de Norbona, de quien ya hemos hablado como del cortesano mas suelto de las Tullerías, tuvo el encargo de ir á invitar al czar á una entrevista con Napoleon en Dresde, con la esperanza, de que tratando personalmente, podrian los dos soberanos volver á tomar sus hábitos de intimidad i allanar entre sí las dificultades que no habian podido arreglar por medio de sus embajadores. Pero Lauriston no pudo obtener audiencia del emperador, i el informe de Norbona propendia decididamente á la guerra. Conoció que los rusos no estaban ni abatidos ni exaltados, pero que habian llegado á la conclusion general de que se habia hecho inevitable la guerra, i que en su consecuencia estaban decididos á soportar todos los males mas bien que á evitarlos por medio de una paz deshonrosa.

## CAPITULO XX.

## RESUMEN DEL CAPITULO XX.

PLAN DE CAMPAÑA DE NAPOLEON CONTRA LA RUSIA.— CUADRO DEL EJÉRCITO GRANDE FRANCÉS; DEL EJÉRCITO GRANDE RUSO.—DESASTRE SOBRE WILNA.— CÁLCULO I ESPLICACION DE LAS DIFICULTADES QUE ENCUENTRAN LOS FRANCESES EN AQUELLA CAMPAÑA.— MOTIVO DE LA DETERMINACION DE BONAPARTE PARA MARCHAR ADELANTE.— SUS MARCHAS FORZADAS OCAIONAN DILACIONES.— NAPOLEON PERMANECE ALGUNOS DIAS EN WILNA.— PETICION DE LA POLONIA Á NAPOLEON.— OPERACIONES DEL EJÉRCITO Á LAS ÓRDENES DEL PRÍNCIPE BAGRATION.— MANIOBRAS DE NAPOLEON CONTRA ÉL.— GERÓNIMO REY DE WESTFALIA, CAE EN SU DESGRACIA CON EL PRETESTO DE POCA ACTIVIDAD.— BAGRATION ES DERROTADO POR DAVOUST; PERO LOGRA INTERNARSE EN LA RUSIA.— EL 20 DE JULIO SE ENCUENTRAN EN SMOLENSKO BARCLAY I BAGRATION.— LOS GENERALES FRANCESES DESEAN QUE NAPOLEON CONCLUYA LA CAMPAÑA EN WITEPK POR AQUELLA ESTACION.— PERSISTE EN MARCHAR ADELANTE.— MANIOBRAS DE LOS DOS EJÉRCITOS CON RESPECTO Á SMOLENSKO.— BARCLAY DE TOLLY EVACUA AQUELLA PLAZA DESPUES DE HABERLA INCENDIADO.— PAZ ENTRE LA RUSIA I LA INGLATERRA, LA SUECIA I LA TURQUÍA.— NAPOLEON SE DECIDE Á MARCHAR CONTRA MOSCOU.

## CAPITULO XX.

En la historia antigua vemos á menudo á los habitantes de los climas del norte, impelidos por la necesidad i por el deseo de cambiar sus helados desiertos por la abundancia de un clima mas fértil, salir de sus regiones áridas i precipitarse sobre las del mediodia con la violencia de un huracan; pero estaba reservado á nuestra generacion ser testigo de una invasion en sentido inverso, i ver inmensos ejércitos de franceses, alemanes é italianos, abandonar sus fértiles, ricas i deliciosas comarcas, para llevar á un mismo tiempo la conquista i la desolacion en medio de los sombríos bosques de pinos, de los pantanos i de los desiertos estériles de la Escitia. El filósofo Hume compuso un ensayo para examinar si el porvenir nos reservaba una nueva inundacion de conquistadores bárbaros, una nueva »nuve viviente de guerra,» salida de las colmenas del norte; pero ni él ni nadie habia previsto el peligro contrario de ver partir millares de batallones de las mas hermosas regiones de la Europa, i marchar á la órden de un solo hombre para despojar de su independenciam nacional el país mas salvaje de aquella parte del mundo. »La Rusia, dijo Bonaparte en una de sus proclamas proféticas, está arrastrada por su hado; preciso es que se cumpla su destino. Marchémos, pasémos el Niemen; llevemos la guerra á su territorio. La segunda guerra en Polonia

será tan gloriosa como la primera para las armas francesas; pero la paz que concluirémos traerá consigo, i pondrá fin á la influencia orgullosa que ha ejercido la Rusia en los negocios de Europa durante mas de cincuenta años." Napoleon declaraba en esto abiertamente sus miras definitivas, que propendian á rechazar á la Rusia sobre sus dominios de Asia, i privarla de su influencia en la política de Europa.

El emperador de Rusia habló á sus tropas en un estilo enteramente diferente, mas varonil, mas razonable, mas inteligible, sin ninguno de aquellos rasgos de elocuencia profética, siempre de mal gusto el dia en que se habla, i que, si es un medio de hacer impresion en el comun de los hombres en el dia de la victoria, se convierte en la mas amarga de las sátiras si la fortuna desmiente las predicciones. Alejandro hizo presente á sus vasallos los diferentes esfuerzos que habia hecho para mantener la paz, esfuerzos todos infructuosos. "No nos queda ya, dijo, despues de haber invocado al Todopoderoso, que es el testigo i el defensor de la justa causa, otro arbitrio que el de oponer nuestras fuerzas á las del enemigo; es inútil recordar á los generales, oficiales i soldados lo que esperamos de su valor i lealtad; la sangre de los antiguos esclavones circula en sus venas. Soldados, peleais por vuestra religion, por vuestra libertad i por vuestra patria; vuestro emperador está en medio de vosotros, i Dios es enemigo de la agresion."

Los soberanos que se dirigian de este modo á sus tropas con el estilo que era particular á cada uno de ellos, tenian tambien sus planes

diferentes de campaña; el de Bonaparte estaba formado segun el sistema que seguia ordinariamente en todas sus guerras. Su primer objeto era reunir una gran fuerza sobre el centro de la línea rusa, romperla i cortar cuantas divisiones hubiera podido alcanzar i vencer con su actividad, apoderarse de las ciudades grandes, tomar, si podia, una de las dos capitales, Petersburgo ó Moscou, i conceder, lo que no dudaba que entonces le pedirian humildemente, una paz cuyas condiciones despojarian á la Rusia de su influencia en Europa, i establecerian en su seno una nacion polaca compuesta de provincias arrancadas á aquel imperio: tales eran los resultados que habrian por consiguiente coronado su empresa.

Es preciso hablar de los inmensos ejércitos reunidos á las órdenes de Bonaparte, como si formasen otras tantas partes constituyentes de un solo ejército, á pesar de que el teatro de la guerra que ocupaban, ofrecia un frente que no tenia menos de ciento i veinte leguas de estension.

Macdonald mandaba el ala izquierda de todo el ejército frances, compuesto de mas de treinta mil hombres; tenia orden de penetrar en la Curlandia, amenazar el flanco derecho de los rusos, i si lo juzgaba á propósito, sitiarse á Riga, ó por lo menos amenazar aquel importante puerto. El extremo derecho del ejército de Napoleon, colocado ácia Pinsk en Volhinia, estaba casi enteramente compuesto de los auxiliares austriacos, á las órdenes del príncipe de Schwartzemberg; tenian á la vista el ejército ruso mandado por el general Tormazoff,

que habia sido destinado para proteger la Volhinia. Aquella fué una medida falsa de Napoleón, i la tomó sin duda para calmar la envidia irritable del Austria, su aliada, con relacion á la libertad i el restablecimiento de la Polonia.

Entre el ala izquierda, mandada por Macdonald, i la derecha, bajo las órdenes de Schwartzemberg, estaba el ejército grande frances, dividido en tres masas. Bonaparte en persona marchaba á la cabeza de su guardia, mandando Bessieres su caballería i los mariscales Lefebvre i Mortier la infantería; tambien tenia el emperador bajo sus órdenes inmediatas el cuerpo de ejército mandado por Davoust, Oudinot i Ney, que con las divisiones de caballería á las órdenes de Grouchi, Montbrun i Nansouty, no subia, segun todos los cálculos, á menos de doscientos i cincuenta mil hombres. Aquel cuerpo de ejército estaba pronto á marchar adelante para aniquilar el ejército ruso que se le oponia, i que llevaba el nombre de ejército del oeste. El rey Gerónimo de Westfalia, con las divisiones de Junot, Poniatowski i Regnier, i la caballería de Latour Maubourg, formando una masa de cerca de ochenta mil hombres, estaba destinado igualmente á marchar contra el segundo ejército ruso, ú ejército de reserva. En fin, un ejército central, á las órdenes de Eugenio, virey de Italia, estaba encargado de penetrar entre el primero i segundo ejército ruso, de separarlos mas i mas, para imposibilitar su reunion, i obrar contra el uno ú el otro, ó contra ambos á dos, segun las ocasiones que se presentasen. Tal era la disposicion

de las fuerzas del ejército de invasión. Murat, rey de Nápoles, bien conocido por su antiguo apodo de el *bello acuchillador*, mandaba toda la caballería de aquel inmenso ejército.

Por otra parte, el grande ejército ruso mandado por el emperador en persona, i mas inmediatamente por Barday de Tolly, llevó su cuartel general hasta Wilna, no con la intencion de defender la Lituania, ó su capital, sino para obligar á los franceses á descubrir sus intenciones. Constaba de ciento i veinte mil hombres; por el lado del norte, ácia la Curlandia, comunicaba aquel ejército grande con una division de diez mil hombres, bajo las órdenes del conde Essen, i por el lado del sud estaba en comunicacion, pero sobre una línea un poco mas prolongada, con el segundo ejército, mandado por el valiente príncipe Bagration, uno de los mejores i mas valientes generales rusos. Platoff, el célebre hettmann ó capitán general de los cosacos, seguia aquel segundo ejército con doce mil de sus hijos del desierto. Sin comprender aquellos cosacos, podia subir el ejército de Bagration á ochenta mil hombres. Al extremo izquierdo, i vigilando á los austriacos, por cuya parte no se tomarian tal vez medidas muy vigorosas, estaba Tormazoff, con lo que se llamaba ejército de Volhinia, que constaba de veinte mil hombres. En Novogorod i Smolensko se formaban dos ejércitos de reserva; cada uno de ellos se componia de unos veinte mil hombres.

Asi, al total, los rusos entraron en campaña con doscientos sesenta mil hombres, opuestos á cuatrocientos setenta mil, es decir, con

una desigualdad de número de cerca de la mitad. Pero durante el curso de la guerra, levantó la Rusia refuerzos de milicias i voluntarios, hasta un número muy superior al que existia contra ella en el principio.

Las tres masas enormes del ejército grande imperial marcharon sobre el Niemen; el rey de Westfalia ácia Grodno; el virey de Italia ácia Pilyony; el emperador en persona ácia un punto llamado Nagaraiski, tres leguas mas allá de Kowno. Luego que la cabeza de las columnas de Napoleon llegó á las orillas del rio, que corria silenciosamente á la sombra de inmensos bosques por el lado de la Rusia, habiendo avanzado el emperador en persona para reconocer las orillas, tropezó su caballo, i le hizo perder el arzon. »Mal presagio, gritó una voz; un romano se volveria atrás.» Pero no pudo distinguirse si era la voz del emperador ó la de alguno de su comitiva. No se vió parecer sobre la orilla opuesta mas que un solo cosaco, que se dirigió á la primera avanzada francesa que atravesó el rio, i la preguntó que es lo que venia hacer en Rusia. »A batiros i tomar á Wilna,» le respondieron. Se retiró el que iba á la descubierta, i no se dejó ver ninguno mas.

Una tempestad horrorosa fué la primera señal de buena acogida que recibieron los franceses en aquel país salvage, i poco despues supo el emperador que se retiraban los rusos por todas partes, i manifestaban evidentemente la intencion de evacuar la Lituania sin dar una sola batalla. Napoleon hizo avanzar sus columnas con mucha mas prontitud de la que acos-

tumbraba , deseando dar uno de aquellos golpes formidables con los cuales tenia costumbre de destruir á su enemigo desde el principio de una campaña. De esto resultó un acontecimiento de mas mal agüero que su caída del caballo , i que la tempestad que le habia cogido en las orillas del Niemen. Habiendo crecido el Wilia con las lluvias , i habiéndose roto todos los puentes , impaciente el emperador por aquel obstáculo , mandó á un cuerpo de caballería polaco que pasase á nado el rio. Aquellos jóvenes valientes no titubearon en precipitarse en el agua ; pero antes que estuviesen á la mitad , rompió sus filas el torrente irresistible ; fueron arrastrados por las aguas , i perecieron todos desde el primero hasta el último á los ojos de Napoleon , ácia quien algunos de ellos , en el momento de perecer , volvieron sus miradas gritando : » ¡ Viva el emperador ! » Los espectadores se quedaron sin poder moverse de horror. Pero todavia hubieran probado aquel sentimiento con mucha mas fuerza , si hubiesen podido prever que el destino de aquel puñado de valientes no era mas que una anticipacion del que estaba reservado á centenares de miles de hombres , que llenos de salud i de esperanza , estaban próximos á arrostrar todos los obstáculos de la naturaleza i del arte , no menos terribles i no menos insuperables que el torrente que acababa de tragarse su desgraciada vanguardia.

Mientras que sus masas inmensas atravesaban la Lituania , estableció Napoleon su cuartel general en Wilna , antigua capital de aquella provincia , donde principió á experimentar

algunas de las dificultades que debian acompañar á su empresa agigantada. Debemos detenernos aquí para detallarlas, por que sirven para hacer ver la equivocacion grave de los que como el mismo Napoleon, han supuesto que el plan de la expedicion de Rusia era feliz i bien concebido, i que ciertamente hubiera salido bien, si no hubiese sido desconcertado de un modo inesperado por el incendio de Moscou i por los rigores de la estacion; circunstancias que obligaron á los ejércitos franceses á retirarse á Polonia.

Hemos dicho en otra parte, que segun la táctica ordinaria de Napoleon, las tropas francesas entraban en campaña con un aprovisionamiento para algunos dias, de pan i galleta; i cuando se habia agotado aquel recurso, lo que gracias á las dilapidaciones i al consumo sucedia ordinariamente mas pronto de lo que se habia calculado, sus medios de subsistencia provenian de los víveres que podia procurarles en el país donde se hallaban, la pecorea i el saqueo de que se habia hecho un sistema regular. Pero la esperiencia le habia vuelto á Napoleon demasiado prudente, para que en medio de los desiertos de la Rusia, no se fiase en un sistema de abastecimiento que habia bastado para mantener su ejército en los pingues campos del Austria. Sabia muy bien que se arrojaba con quinientos mil hombres en los desiertos salvages en donde Cárlos XII no habia podido hallar con que mantener veinte mil suecos. No ignoraba por otro lado cuan impolítico seria descontentar á los lituanos con el saqueo i las exacciones. Entraba esencialmente

en su plan grangearse su amistad, por que la Lituania, con respecto á la Rusia, era una provincia conquistada, á la cual se lisonjeaba Napoleon inspirar el mismo deseo de independencia de que estaba animada la Polonia, i hallar por este medio amigos i aliados entre los mismos súbditos de su enemigo. Todos los esfuerzos, toda la actividad i toda la estension de su poder colosal se habian, pues dirigido á preparar inmensos almacenes de víveres, i asegurarse de los medios de hacerlos marchar con el ejército. Su genio tan vasto como ardiente se habia ocupado de aquel importante objeto muchos meses antes de la espedicion, i hacia conocer esta necesidad á sus generales con la mayor solicitud. »Ningun país puede proveer bastantes granos para masas como las que vamos á poner en movimiento, si no se toman precauciones,» dijo en una parte de su correspondencia; i en otro lugar añadió: »Todos los carros de provisiones deben cargarse de harina, arroz, pan, legumbres i aguardiente, independientemente de lo que es necesario para el servicio de los hospitales. El resultado de mis movimientos reunirá cuatrocientos mil hombres en un solo punto. No habrá nada que esperar del país, i será preciso que lo saquemos todo de nuestros propios recursos.»

A tales miras, cuya exactitud era indisputable, se siguieron preparativos que en sí mismos eran agigantados. Los carros i galeras, cuyo número era casi incalculable, se dividieron en batallones i escuadrones. Cada batallón de carros ligeros podia transportar seis mil quintales de harina, i cada escuadron de carros

pesados, cerca de cuatro mil i ochocientos, ademas del número inmenso de galeras destinadas al servicio de ingenieros i hospitales, i encargadas de transportar los pontones i el material para los sitios.

Este bosquejo debe convencer al lector, que Napoleon habia previsto desde el principio las dificultades del abastecimiento de su ejército, i que habia empleado todos los recursos de su espíritu para lograr superarlos con los preparativos hechos á tiempo. Pero se hallaron insuficientes todas sus precauciones. Se reconoció que era una vana tentativa querer introducir la disciplina militar entre los conductores de los carros; i cuando los caminos se llenaron de caballos muertos i de carros hechos pedazos, cuando los soldados i los gefes de los tiros comenzaron á robar los convoyes que tenian el encargo de escoltar i proteger, la confusion se hizo irreparable. Bien lejos de llegar á la Lituania, en donde su presencia era tan necesaria, pocos de aquellos carros pesados tocaron las orillas del Vístula, i casi ninguno avanzó hasta el Niemen. Durante las semanas i los meses que siguieron al paso del ejército, se vieron llegar algunos carros ligeros i algunos rebaños de ganado; pero comparativamente en pequeño número, i en el estado mas deplorable. Los soldados se vieron, pues, precisados desde el principio de la campaña, á recurrir á su modo ordinario de abastecimiento, poniendo el país en contribucion. Mientras estuvieron en Polonia, pudo bastar la inmensa fertilidad del terreno para su subsistencia; pero fué menester mucho para que hallasen los mismos recursos

en la Lituania, donde los rusos habian tratado de antemano de quitar todo lo que hubiera podido servir á los franceses.

Así, desde la primera marcha del otro lado del Niemen i del Wilia, atravesando un país que se miraba como aliado, i antes de haber avistado al enemigo, experimentaba el inmenso ejército de Napoleon grandes pérdidas por sí mismo, i ocasionaba un daño infinito al país sobre el cual vivia á raciones francas, á pesar de todas las medidas que habia tomado Bonaparte, i de todos sus esfuerzos para asegurar el abastecimiento.

Aquella manera incierta de proveer á la subsistencia de las tropas, era comun á todo el ejército, á pesar de que las circunstancias fuesen particularmente aciagas para ciertos cuerpos. M. de Segur nos informa que los ejércitos á las órdenes de Eugenio i Davoust observaban un sistema regular para exigir las contribuciones i repartirlas entre sus soldados, de modo que su sistema de pecorea pesaba menos sobre el país, i les era mas ventajoso para ellos mismos. Pero por otra parte, habiendo los westfalianos i demas auxiliares alemanes, á las órdenes del rey Gerónimo, aprendido de los franceses las lecciones de saqueo, i careciendo segun Segur, de los modales elegantes de los que les habian servido de maestros, pusieron en práctica la ciencia que habian aprendido con una codicia tan grosera que se aborchonaban los franceses de sus discípulos imitadores. Así los lituanos, aterrados, disgustados i locos con las injusticias que sufrían, estuvieron distantes de escuchar las promesas de Napoleon, i de querer

hacer causa comun con él contra la Rusia, que les habia gobernado con bondad, i manifestando mucho respeto por sus modales i costumbres.

Pero no fué este el único mal. La pérdida directa que sufría el ejército frances fué muy considerable. En el curso de las primeras jornadas al otro lado del Niemen i del Wilia, nada menos que diez mil caballos i un gran número de soldados quedaron muertos en el camino. Entre los jóvenes conscriptos sobre todo, muchos murieron de hambre i cansancio. Millares de rezagados no vivian mas que del robo. El duque de Treviso, que seguia la marcha del ejército grande, dió cuenta á Napoleon que desde el Niemen hasta el Wilia, no habia visto mas que habitaciones arruinadas i abandonadas, carros volcados, abiertos i saqueados, cadáveres de hombres i caballos; en una palabra, todo el espectáculo horrible que se presenta á la vista en el camino, de un ejército vencido.

Los que deseaban adular á Bonaparte, atribuyeron aquella pérdida á la tempestad que habia estallado en el momento de su entrada en Lituania; pero un aguacero, por grande que sea su violencia, no hace perecer los caballos de un ejército por cientos i millares. Lo que los destruye i pone á los que sobreviven casi fuera de servicio para hacer la campaña, i los inhabilita para soportar los rigores del invierno, es un trabajo penoso, las marchas forzadas, la falta de granos ó de forrages secos, i la necesidad de mantenerlos con la siega todavía verde de los campos. Entonces era la estacion en que un general que quiere mante-

ner su ejército en estado de servicio, debe evitar las empresas que exigen de su caballería un trabajo duro i marchas forzadas. Del mismo modo las tempestades i las lluvias de verano no son mas funestas á los soldados de infantería que á los demas hombres que estan espuestos á ellas; pero las marchas forzadas en malos caminos, en un país que no ofrece ningun abrigo, i sin provisiones, deben destruir la infantería, puesto que todo soldado que se queda atrás, sea por cansancio, sea porque se ha visto obligado á alejarse mucho para buscar su sustento, está espuesto sin abrigo á los efectos del clima; i si no puede seguir su cuerpo i reunirse á él, no tiene otro recurso que echarse por tierra i morir.

Las medidas tomadas para el servicio de los hospitales fueron tan precarias como las del abastecimiento del ejército. Los hospitales de Wilna no podian contener mas que seis mil enfermos, proporcion muy débil para un ejército de cuatrocientos mil hombres, aun cuando hubiera establecido sus cuarteles en un país sano i pacífico en el cual pudiera contarse, por un cálculo muy moderado, que habria un enfermo sobre cincuenta hombres. A pesar de no haberse dado ninguna batalla, i de que apenas hubo una sola escaramuza, veinte i cinco mil enfermos ocupaban los hospitales de Wilna, i los pueblos estaban llenos de soldados que morian por falta de socorros del arte. Se debe esceptuar de esta censura general al rey de Westfalia: su ejército estaba bien provisto de hospitales, i perdió menos gente que los demas.

Naturalmente puede preguntar aqui el lector, porque Bonaparte, cuando vió que los abastecimientos que habia mirado como esenciales para mantener su ejército no habian llegado al Vístula, marchó adelante, en lugar de suspender su empresa, hasta que hubiera reunido todos los medios que habia creído necesarios para asegurar un feliz resultado. Habria perdido tiempo, pero se hubiera ahorrado hombres i caballos, i evitado estender la desolacion en un país que deseaba conciliarse. Lo cierto es que Napoleon habia dejado estraviar su juicio sano i su sangre fria no escuchando mas que su vivo deseo de concluir la guerra con una sola batalla, seguida de una victoria brillante. La esperanza de sorprender al emperador Alejandro en Wilna, derrotar su ejército, ó por lo menos cortar algunos de los cuerpos que le componian tenia demasiada analogía con muchas de sus antiguas hazañas, para que dejase de seducirle. Segun aquel designio, i con aquella esperanza, era preciso hacer marchas forzadas desde el Vístula hasta el Dwina i el Dnieper. Los carros, las carretas, los ganados, todo se quedó atrás; se olvidaron las dificultades de la empresa; no se pensó mas que en la esperanza de encontrar al enemigo desprevenido, i esterminarle de un solo golpe. Hemos hecho el análisis de las fatales consecuencias de aquellas marchas forzadas; pero lo que debe parecer mas estraño, es que Napoleon, que no habia recurrido á aquella precipitacion temeraria sino para sorprender al enemigo, perdiese alli mas tiempo que ganó, á pesar de haber hecho tan-

tos sacrificios para procurarse aquella ventaja. Esto es lo que explicará la continuacion de esta relacion.

El ejército, cuyos cuarteles habian estado establecidos sobre el Vístula, se puso en marcha el 1º de junio, i avanzó, en diferentes columnas i á marchas forzadas, ácia las orillas del Niemen, á donde llegó por diferentes puntos, pero principalmente cerca de Kowno, el 23 del mismo mes, i el 24 principió á pasar aquel rio. Desde el Vístula al Niemen se cuentan cerca de doscientos cincuenta verstes, que hacen doscientas treinta i cinco á doscientas cuarenta millas de Inglaterra. De Kowno, en las orillas del Niemen, hasta Witepsk sobre la Dwina, hay la misma distancia sobre poco mas ó menos. Un ejército, caminando con sus bagages, puede atravesar todo aquel espacio en el curso de cuarenta jornadas, á razon de doce millas por dia. No obstante, á pesar de las marchas forzadas, fué preciso para franquear aquella distancia cuatro dias mas que los que habria empleado un ejército, marchando á un paso regular i sin cansarse, conduciendo con sus columnas todas sus provisiones. La causa de aquel retardo se explica, tanto por la gran masa de tropas que era preciso proveer de víveres segun los principios de un sistema de pecoreia, como por la situacion del país que desgraciadamente estaba destinado á surtirlos; tal vez tambien por las circunstancias políticas que detuvieron á Napoleon durante veinte dias bien preciosos en Wilna. La primera razon es demasiado evidente para necesitar de pruebas; porque un ejército de veinte

mil hombres no hace comparativamente mas que desflorar los recursos de un país, i puede atravesarle de prisa. Pero aquellas inmensas columnas, cuyas necesidades no tenian límite, no podian marchar rápidamente ni procurarse con mucha prontitud lo que les era indispensable. Por otra parte, en un país como la Lituania, no podia regularizarse la marcha, i muy á menudo era necesario suspenderla, lo que en ciertos parages hacia perder el tiempo que se habia ganado en otros haciendo grandes esfuerzos. Era preciso atravesar á toda prisa los desiertos i los bosques donde no habia ningun camino señalado, porque no ofrecia nada á los que hacian la pecorea, de quienes dependia la subsistencia del ejército. Para remediar este inconveniente, era necesario hacer alto todo un dia i algo mas, en los cantones mas ricos, i en la proximidad de las grandes ciudades, á fin de tener el tiempo i la ocasion de procurarse víveres á costa del país. Asi se perdia en dilaciones inevitables el tiempo que se habia ganado en las marchas forzadas; i aquella precipitacion, aunque seguida de consecuencias tan trágicas para el soldado, no aseguraba la ventaja que era la mira del general.

Llegando á Wilna, tuvo Napoleon la mortificacion de saber que aunque el emperador Alejandro no habia abandonado aquella ciudad hasta dos dias despues de haber él mismo pasado el Niemen, no obstante habian hecho los rusos su retirada con la mayor regularidad, destruyendo de antemano muchos almacenes i una cantidad considerable de provisiones, de

que el enemigo hubiera podido aprovecharse. Mientras que los generales de Napoleon tenian órden de marchar rápidamente siguiendo sus huellas, se quedó el Emperador en Wilna para dirigir algunas medidas políticas que parecian de la mayor importancia para los acontecimientos de la campaña.

El abate de Pradt habia ejecutado hábilmente el encargo que se le habia confiado de animar á los polacos del gran ducado de Varsovia, haciéndoles concebir la esperanza del restablecimiento general de la libertad polaca. Aquel valiente i desgraciado país, destinado, ¡cosa increíble! á verter su sangre por todas las causas menos por la suya, habia adelantado bien poco en su independendia nacional, en la parte que en otro tiempo pertenecia á la Prusia i que entonces formaba el gran ducado de Varsovia. El ducado, cuya poblacion no pasaba de unos cinco millones de habitantes, mantenía sin embargo para el servicio de la Francia, mas bien que para el suyo, una fuerza armada de ochenta i cinco mil hombres. Diez i ocho regimientos fueron incorporados en el ejército del emperador, i pagados por la Francia; pero la formacion i manutencion de los demas escedian con mucho á las rentas del ducado, que no subian mas que á cuarenta millones de francos, al paso que los gastos importaban mas del doble de aquella suma. A todo esto debe añadirse el saqueo i la miseria de que habia sido teatro el ducado durante la marcha de las fuerzas numerosas de Bonaparte, desde el Vístula al Niemen. A pesar de todo, era tan ardiente el patriotismo de los polacos, que solo el nom-

bre de independencian bastó para inflamarle, á pesar de tantas circunstancias que propendian á amortiguarle.

Adelantándose la dieta de Varsovia, como ella lo suponía á los deseos de Napoleon, declaró á todo el reino libre é independiente en todas sus partes, como si jamas hubiera existido ningun tratado de reparticion; i ninguna persona dotada de un sano juicio dudará del derecho que tenia para obrar asi. Formó una confederacion general, declaró restablecido el reino de Polonia, intimó á todos los polacos que abandonasen el servicio de Rusia, i últimamente envió diputaciones al gran duque rey de Sajonia, i á Napoleon, para anunciarles su deseo de acelerar la regeneracion política de la Polonia, i su esperanza de que seria reconocida por toda la nacion polaca como el centro de una union general. Las espresiones dirigidas á Bonaparte respiraban un tono de idolatría. Pedía la Polonia »la proteccion del héroe que dictaba su historia al siglo, i en quien residia la fuerza de la Providencia,» lenguaje reservado ordinariamente para la Divinidad. »Que el gran Napoleon, añadia, pronuncie solamente su decreto para que exista la Polonia, i existirá inmediatamente. Los habitantes de la Polonia se unirán al instante para sacrificarse en servicio de aquel para quien el espacio no es mas que un punto, i los siglos un momento.» En cualquiera otra ocasion, hubiera aquella elocuencia exagerada podido hacer concebir alguna duda sobre la sinceridad de los que la empleaban; pero los polacos, á imitacion de los gascones, con quienes los han comparado, gus-

tan de los superlativos, i tienen un placer en tomar un tono de exaltacion i entusiasmo, que se les ha visto, en todos los siglos, sostener con su conducta en el campo de batalla.

La respuesta de Bonaparte á aquella representacion estaba llena de frialdad, de duda i de indecision. Entonces fué cuando probablemente sintió todo el peso de las obligaciones que habia anteriormente contraído con el Austria, i que le impedian prestarse desde luego á los deseos de la diputacion de los polacos. Respondió »que apreciaba á la nacion polaca; i que si se hubiera hallado en el lugar de la dieta de Varsovia, hubiera obrado como ella. Pero que tenia muchos intereses que conciliar, muchos deberes que llenar. Que si hubiera reinado él, cuando la Polonia fué injustamente víctima de aquellas reparticiones que le habian arrebatado su independencia, hubiera tomado las armas en su defensa; i que, en el estado actual de las cosas, despues de haber conquistado á Varsovia i los territorios que la circundan, habia inmediatamente restablecido la libertad. Que aprobaba todo cuanto habian hecho los polacos; que autorizaba sus esfuerzos futuros; i haria cuanto estuviese de su parte para apoyar su resolucion. Que si sus esfuerzos eran unánimes, podian forzar á sus opresores á reconocer sus derechos; pero que la realizacion de aquellas esperanzas debia ser la obra de la poblacion del país.» Aquellas vagas i frias seguridades del interés general que tomaba por la causa de los polacos, fueron seguidas de la declaracion espresa »que habia garantizado al emperador de Austria la integridad de

sus dominios, i que no podia sancionar ninguna maniobra, ni el menor movimiento que propendiese á turbarle en la pacífica posesion de lo que le quedaba de las provincias polacas." En cuanto á las que estaban anejas á la Rusia, se contentó con asegurar "que con tal que estuviesen animadas del mismo espíritu que manifestaba el gran ducado, la Providencia coronaria con un feliz éxito su buena causa."

Aquella respuesta, tan diferente de la que esperaban los polacos, llenó á la diputacion de duda i desfallecimiento. En vez de favorecer la reunion total de la Polonia, acababa Napoleon de declarar que con respecto á la Galicia, no podia ni queria intervenir en separar aquella provincia del Austria; i en cuanto á las provincias anejas á la Rusia, exortaba á los polacos á reunirse, en cualquiera caso, en lugar de asegurarles con su poderosa asistencia; se contentó con recomendarles á los cuidados de la Providencia, sobre cuyo trono parecian colocarle á él mismo las espresiones exaltadas de su representacion. Los polacos principiaron, pues, á dudar de las intenciones de Napoleon con relacion al restablecimiento de su independenciam, tanto mas, quanto advirtieron que no empleaba ninguna tropa francesa ó polaca, fuese en Volhinia, fuese en cualquier otro canton en donde su presencia hubiera podido animar á los habitantes, i que no enviaba mas que austriacos, quienes con motivo del ejemplo, no estaban mas dispuestos á escitar las provincias rusas de Polonia á declararse por la causa de la independenciam, que no lo habrian estado para predicar la

misma doctrina en las que pertenecian al Austria.

Durante diez i ocho dias, desde el 28 de junio al 16 de julio, continuó Napoleon residiendo en su cuartel general de Wilna. No estaba acostumbrado á hacer altos tan largos; pero Wilna era su último punto de comunicacion con la Europa, i habia probablemente muchas cosas que arreglar antes de meterse en los bosques i desiertos de la Rusia, desde donde toda comunicacion con el exterior no podia menos de ser parcial i precaria. Nombró á Maret, duque de Bassano, gobernador de la Lituania, i encargó á aquel ministro toda la correspondencia con París i los ejércitos, haciéndole de este modo el centro de todas las comunicaciones administrativas, políticas i aun militares, entre el emperador i sus dominios.

No debe por eso suponerse que se pasasen aquellos diez i ocho dias sin algunas manobras militares de alta importancia. Debe el lector recordarse que el ejército grande ruso estaba dividido en dos porciones desiguales: la que mandaba Barclay de Tolly, á las órdenes del emperador, habia ocupado á Wilna i las cercanías hasta el momento de la entrada de los franceses en Lituania. Entonces por medio de una retirada bien ejecutada, se habia retirado ácia el campo fortificado de Drissa. El ejército, que marchaba á las órdenes del príncipe Bagration, se hallaba mucho mas avanzado del lado del sudoeste, i continuaba ocupando una parte de la Polonia. El cuartel general del príncipe estaba en Wolkowisk, i Bagration estaba

en comunicacion con el ejército principal. El de Bagration se habia avanzado de este modo ácia el sudoeste, á fin de que, cuando Napoleon hubiese pasado el Niemen, se hallase colocado á sus espaldas, mientras él marchaba sobre Wilna. Se hizo imposible la ejecucion de aquel plan, por lo numeroso que era el ejército. Los franceses, por el contrario, se hallaban en estado de proteger el flanco de su marcha sobre el Wilna, con un ejército de treinta mil hombres, á las órdenes del rey de Westfalia, colocado entre ellos i aquel segundo ejército, i se habia adelantado Bagration de tal modo, que corria gran riesgo de verse cortado, i separado enteramente del cuerpo principal de ejército. En su consecuencia recibió el príncipe ruso la orden de Barclay de Tolly de sacar á su ejército de aquella posicion peligrosa; i el 13 de julio le hizo dar Alejandro la de marchar ácia el campo de Drissa.

Cuando Napoleon llegó á Wilna, se hizo inminente el riesgo de Bagration; por que el campo atrincherado de Drissa era la cita de todos los cuerpos rusos, i hallándose Bonaparte mas cerca de Drissa que Bagration, de ciento i cincuenta verstes, es decir de siete dias de marcha, jamas ni él mismo ni ningun otro general habia tenido una ocasion tan bella para poner en ejecucion la maniobra favorita del emperador, de cortar la línea del enemigo, que incontestablemente se estendia demasiado.

Hasta el 30 de julio no estuvo cierto Napoleon de la ventaja que poseía, i se apresuró á aprovecharse de ella. Habia enviado la

mayor parte de su caballería , á las órdenes de Murat , en persecuimiento del ejército grande ruso que se retiraba ; el segundo cuerpo , á las órdenes de Oudinot , i el tercero á las de Ney con tres divisiones del primer cuerpo , se enviaron sobre el Dwina para el mismo servicio , en la derecha del ejército , recibió orden el rey de Westfalia de empujar al príncipe Bagration i arrojarle sobre el ejército de Davoust que debia avanzar por el flanco i espalda. Se deduce de esto que separado Bagration del ejército grande i atacado al mismo tiempo por Gerónimo i Davoust , debería necesariamente rendirse , ó seria derrotado.

Habiendo de este modo destacado fuerzas muy superiores contra los dos únicos ejércitos que se le opusieron , el mismo Bonaparte , con su guardia , el ejército de Italia , el de Baviera i tres divisiones del cuerpo de ejército de Davoust , se hallaba en libertad de marchar adelante sobre Witepsk , ocupando el intervalo entre el cuerpo de Murat , que seguia las huellas de Alejandro i de Barclay de Tolly , i el de Davoust que perseguia á Bagration.

Este no obstante , en una situacion precaria , se defendió con tanta habilidad como valor. Teniendo cerrado el camino directo de Drissa , formó el proyecto de retirarse ácia atrás por el lado del éste , en vez de marchar ácia el norte por su flanco derecho , i abrirse por este medio un camino ácia el Dwina. Cuando hubo llegado á las orillas de este rio , se lisonjeaba de poder reunirse con el ejército grande , del que estaba separado entonces de un modo tan espantoso. No obstante se habia aumentado

la fuerza actual de su ejército, no solamente con el hettmann Platoff i sus cosacos, quienes habiéndose avanzado al sudoéste hasta Grodno hacian en el hecho parte de las tropas á las órdenes de Bagration, i le ayudaron materialmente en su retirada, sino tambien con la division del general Dorokhoff, que formando el extremo izquierdo del ejército grande ruso, se habia separado de él mientras la retirada sobre Drissa, por la marcha de los franceses, i se hallaba por consecuencia igualmente en comunicacion con Bagration. El príncipe podia entonces tener bajo sus órdenes de cuarenta á cincuenta mil hombres.

El terreno que Bagration tenia que atravesar, era la montaña elevada de la Lituania, donde nacen los rios que siguen diversas direcciones para arrojarse en el mar Negro ó en el Báltico. El suelo es allí demasiado pantanoso, i está atravesado de largas calzadas, de que se aprovecharon los rusos para defenderse contra los ataques de la vanguardia de Gerónimo. Pero mientras que Bagration luchaba contra los enemigos que tenia al frente, habiendo ocupado Davoust todos los puestos sobre el flanco derecho de los rusos, i logrado impedirle tomar el camino mas corto para ir á Drissa, principió á cortarle el camino mas desviado que habia seguido por el lado del éste, ocupando la ciudad de Minsk i los desfiladeros por los cuales debia salir Bagration de la Lituania, para alcanzar Witepsk i el Dwina.

La ocupacion de Minsk embarazó considerablemente la retirada de Bagration, hasta el punto que creyeron los franceses, que si el

príncipe ruso no habia sido arrollado por Davoust, i si no habia sido destruido su ejército, era preciso atribuirlo á la falta de habilidad i atrevimiento de Gerónimo, rey de Westfalia, que segun decian, no habia apretado á los rusos con bastante vigor. Sea lo que fuere, culpable ó no de lentitud en sus movimientos, Gerónimo, segun el modo con que, como gefe de su dinastía, trataba Napoleon á los príncipes independientes que llamaba á la soberanía, cayó en su desgracia i fué enviado á sus dominios de Westfalia, sin acompañarle una sola de sus guardias, á quienes tenia. Napoleon bastante en que ocuparlas.

Hubo muchas escaramuzas entre el cuerpo de Bagration i las tropas que se habian opuesto, cuyo resultado fué dudoso. En el ínterin, continuando Bagration sus esfuerzos para sacar del embarazo á su ejército, hizo otra marcha desviada ácia el sud, i huyendo de encontrarse con las tropas que le perseguian, efectuó el paso de Berecina por Bobruisk. El Dnieper, en otro tiempo el Boristenes, era otro obstáculo que superar; i para ganar el terreno que habia perdido, volvió Bagration á subir aquel rio hasta Mohiloff. Allí se halló todavía muy acosado por Davoust, quien igualmente se sorprendió aunque con menos desagrado, viéndose delante de Bagration pronto á abrirse un camino con las armas en la mano. El combate fué desde luego ventajoso para los rusos; pero últimamente fueron rechazados i perdieron la batalla. Viendo Bagration malograrse de este modo su empresa, cambió otra vez su línea de retirada con una actividad infatigable,

bajó por el Dnieper hasta Nevoi-Bikoff, le pasó en aquel parage, se internó en la Rusia, i tuvo medio de ponerse en comunicacion con el ejército grande ruso, del que habia estado tan cerca de verse cortado.

Volvamos al ejército grande mandado por el emperador Alejandro, ó por mejor decir por Barclay de Tolly, quien, aunque aguijoneado por Murat á la cabeza de la mayor parte de la caballería francesa, por Oudinot i Ney, todos impacientes de combatir, hizo con éxito feliz una retirada en regla hasta el campo atrincherado de Drissa, punto en el cual estaba decidido se reconcentraria el ejército ruso. Las tropas francesas, por otra parte, se acercaron á la orilla del Dwina; aquel rio formó la línea de separacion de los ejércitos enemigos, i no hubo mas que acciones parciales entre dos cuerpos destacados, con sucesos varios. Pero el general ruso Wittgenstein, que principiaba á distinguirse por su conducta i su espíritu emprendedor, observando que la vanguardia de la caballería de Sebastiani habia ocupado con poca precaucion la ciudad de Drissa, atravesó el rio en el instante en que el enemigo no lo esperaba, en la noche del 2 de julio, atacó los cuarteles de Sebastiani, i alcanzó una ventaja completa con la escaramuza que se siguió. Semejantes empresas indican un carácter firme i enérgico; Napoleon principió á abrir los ojos sobre las dificultades que empezaban para él, i sobre la necesidad de tener que usar de los recursos de su genio en aquella campaña.

A pesar de todo se decidió Barclay de Tolly á cambiar de plan, cuando supo el peli-

gro á que se hallaba espuesto el príncipe Bagration. El campo de Drissa se hizo un punto de union demasiado lejano, i debia temerse mucho que el cuerpo entero del ejército frances, que se ponía entonces en movimiento, forzase el paso de Dwina en Witepsk, mucho mas arriba de Drissa, i rodeando así el flanco izquierdo de Barclay de Tolly, le separase enteramente del cuerpo de ejército de Bagration. Con este temor, evacuó el campo Barclay de Tolly, i principió á subir por la orilla derecha del Dwina por Polotsk del lado de Witepsk. Describia aquel movimiento una línea de convergencia con la de la retirada de Bagration, i sirvió esencialmente para favorecer la reunion deseada de los dos ejércitos rusos. Se dejó á Wittgenstein cerca de Drissa para observar al enemigo i cubrir el camino de San Petesburgo. El ejército llegó desde luego á Polotsk, i el emperador Alejandro le dejó para irse á toda prisa á Moscou, á fin de recomendar las medidas enérgicas i los sacrificios dolorosos que la circunstancia exigia. Barclay de Tolly continuó su marcha sobre Witepsk, esperando ponerse en comunicacion con Bagration, á quien habia enviado órden de bajar el Denieper hasta Oresa (ó Orcha), que dista unas cincuenta i seis verstes de Witepsk.

En esta época dirigia Napoleon sobre el mismo punto de Witepsk todas las fuerzas que tenia en reserva, tan inquieto de impedir la reunion de los dos ejércitos rusos como Barclay de Tolly lo estaba de ejecutar aquel movimiento importante. Renunciando éste al proyecto que habia formado de dar batalla, emprendió su

retirada ácia el mismo punto, llegó el 20 á Smolensko, i dos dias despues se reunió allí con Bagration. El resultado de aquellas manio-bras trastornó enteramente los planes del em-perador de los franceses.

Los mariscales i generales que rodeaban á Napoleon principiaron á desear que concluyese en Witepsk la campaña de aquel año; i se creyeron que dando á sus tropas cuarteles de invierno en las orillas del Dwina, aguardaria allí los abastecimientos i el efecto de la in-fluencia que podria tener su invasion sobre el espíritu de los rusos, hasta la primavera si-guiente. Pero Bonaparte trató aquel aviso con desprecio, i preguntó á los que se manifesta-ban favorables á él, si creían que hubiese ve-nido tan lejos solo para conquistar algunas mi-serables chozas.

Viendo los rusos reunidas sus dos álas, i en número de ciento i veinte mil hombres, no se hallaban dispuestos á quedar en la inaccion. El ejército frances en Witepsk estaba mucho mas diseminado que el suyo, i concibieron el proyecto de sorpender á Napoleon con un mo-vimiento repentino antes que hubiera podido reconcentrar sus tropas. Con aquella mira hizo marchar el general Barclay de Tolly una parte considerable del ejército grande sobre Rudneia, posicion que estaba casi á mitad de camino entre Witepsk i Smolensko, i que formaba poco mas ó menos el centro de las líneas francesas. La marcha principió el 26 de julio; pero al dia siguiente, Barclay de Tolly recibió de sus avanzadas avisos que le indujeron á creer que Napoleon fortificaba su flanco izquierdo con el

designio de rodear el ala derecha de los rusos, i atacar la ciudad de Smolensko sobre sus espaldas. Para precaver aquel accidente, Barclay de Tolly suspendió sus marchas de frente, i por un movimiento de flanco, principió á estender su ala derecha, con el objeto de cubrir á Smolensko, hasta que vió por último que seria indispensable retirarse prontamente á esta plaza para evitar el peligro que verdaderamente habia notado, aunque no hubiese hecho caso de que lado debia presentarse aquel peligro.

Mientras que Barclay de Tolly concebía la esperanza de sorprender á Napoleon, éste habia formado un proyecto de una naturaleza singularmente atrevida, para efectuar la sorpresa de que él mismo se habia visto amenazado. Sin dejar suspensa la ejecucion de su plan por la escaramuza que habia habido sobre su frente, resolvió cambiar enteramente su línea de operaciones de Witepsk sobre el Dwina, reconcentrar su ejército sobre el Dnieper, haciendo de Oresa el punto central de sus operaciones; i rodeando así la izquierda de los rusos en vez de su derecha, como Barclay lo habia creído, esperaba alcanzar su retaguardia, apoderarse de Smolensko, i obrar sobre sus líneas de comunicacion con Moscou. Con esta intencion retiró Napoleon sus fuerzas de Witepsk i de la línea del Dwina, con tanta habilidad como prontitud, i echando cuatro puentes sobre el Dnieper, hizo que le atravesaran Ney, el virey de Italia i Davoust: el rey de Nápoles los acompañó á la cabeza de dos grandes cuerpos de caballería; Poniatowski i Junot

avanzaron por diferentes caminos para sostener aquel movimiento, i Ney i Murat, que mandaban la vanguardia, hicieron replegar todo delante de ellos hasta su llegada el 14 de agosto, cerca de Krasnoi, donde se dió una accion notable. Aquella maniobra, que transportó la línea de operaciones de Bonaparte del Dwina al Dnieper, la han admirado mucho los tácticos franceses i rusos, pero no ha estado exenta de la crítica militar.

El general de Newerowskoi habia estado apostado en Krasnoy con mas de seis mil hombres, que hacian parte de la guarnicion de Smolensko, de donde le habian hecho salir para hacer un fuerte reconocimiento; pero atacado por un cuerpo de infantería mas fuerte que el suyo, i ademas por diez i ocho mil hombres de caballería, el general ruso se puso en retirada sobre el camino de Smolensko, adonde llegó, despues de haber perdido cuatrocientos hombres principalmente en las cargas de caballería, i cinco cañones, pero recibiendo, tanto de sus enemigos como de sus amigos, los votos de estimacion debidos á un movimiento conducido con tanto talento como valor.

El 14 de agosto, el dia mismo de aquella escaramuza, llegó Napoleon á Rasassina, sobre el Dnieper, i continuó el 15 su marcha ácia Smolensko, detrás de Ney i Murat. En este intervalo, el príncipe Bagration metió al general Raefskoi en Smolensko, con una fuerte division, para reforzar á Newerowskoi, i avanzó él mismo ácia el Dnieper, sobre cuya orilla izquierda marchó con toda la rapidéz posible para acercarse á la ciudad amenazada. Barclay

de Tolly reconoció entonces, como ya lo hemos dicho, que mientras que él se ocupaba en falsas maniobras sobre su derecha, habia sido rodeada su izquierda, i que Smolensko se hallaba en el mayor peligro. De este modo llegaron los dos generales rusos á toda prisa de diferentes puntos, para socorrer aquella ciudad mientras que Napoleon hacia todos sus esfuerzos para tomarla antes que llegasen.

Smolensko, ciudad importante del imperio, i honrada como Moscou con el nombre de sagrada ó santa, i con el título de llave de la Rusia, contiene cerca de doce mil i seiscientos habitantes. Está situada sobre las alturas de la orilla izquierda del Dnieper, i entonces estaba rodeada de fortificaciones del antiguo género gótico. Una muralla vieja, arruinada en algunos parages, estaba defendida por unas treinta torres que parecian guarnecer sus almenas, i habia en ella una obra mal ejecutada, llamada el bastion real que servia como de una especie de ciudadela. A pesar de todo, teniendo las murallas diez i ocho pies de grueso sobre veinte i cinco de alto, i estando guarnecidas de un foso bastante profundo, estaba la ciudad en estado de resistir á un golpe de mano, aunque era imposible defenderla contra un ataque regular. El mayor inconveniente provenia de los arrabales de la plaza, que tocando con las murallas, ponian á los sitiadores al abrigo del fuego de los sitiados cuando se aproximaban. Raefskoi, á la cabeza de cerca de diez i seis mil hombres, se dispuso á defender á Smolensko, i el 16 de agosto fué reforzado con una division de

granaderos á las órdenes del príncipe Cárlos de Mecklenbourg, á quien destacó Bagration con aquel objeto.

Ney llegó el primero bajo las murallas de la ciudad, i principió al instante el ataque de la ciudadela. Se le frustró enteramente, fué herido, i los dos tercios de los sitiadores fueron cortados. No salió mejor la segunda tentativa, i por último se vió obligado á limitar sus esfuerzos á un cañoneo, al cual respondió la plaza constantemente. Mas tarde, en la misma jornada se vieron avanzar las tropas de Napoleon al lado del éste, sobre una orilla del Dnieper, mientras que casi al mismo instante, nubes de polvo cubrían largas columnas que se veían mover sobre la otra orilla, i llegar de diferentes puntos con una rapidez poco comun. Este era el ejército grande ruso á las órdenes de Barclay de Tolly, i las tropas de Bagration que marchaban á toda prisa i con inquietud para socorrer á Smolensko.

» ¡Al fin, dijo Napoleon viéndoles avanzar del otro lado, al fin ya los tengo! ” No dudaba que los rusos tuviesen intencion de atravesar la ciudad, desplegarse delante de las puertas, i ofrecerle bajo las murallas aquella batalla general que deseaba tanto, i de la que dependian tantas cosas. Tomó, pues, todas las medidas necesarias para disponer su línea.

Pero el prudente Barclay de Tolly estaba bien decidido á no arriesgar la salud de un ejército tan indispensable para la defensa del imperio, i aun para proteger la ciudad sagrada. Envió á Ellnaia á su compañero mas impaciente, el príncipe Bagration, quien abria dado la

batalla con gusto, furioso como él estaba de ver saqueadas las ciudades de Rusia i devastado su territorio, sin tener la satisfaccion que causan la resistencia ó la venganza. A pesar de todo entró Barclay en Smolensko, pero únicamente para cubrir la huída de los habitantes i evacuar los almacenes.

Las últimas miradas de Bonaparte se dirigieron sobre los campos todavía vacíos que separaban su ejército de Smolensko. Nada anunciaba que el enemigo se dispusiera á salir. Murat predijo que los rusos no tendrían gana de combatir; Davoust opinó por el contrario; i Napoleon, continuando en creer lo que deseaba, esperaba ver al amanecer á los rusos colocados en batalla entre su ejército i las murallas de Smolensko. Amaneció el día, i el terreno sobre el cual contaba ver al enemigo estaba desierto como antes. Pero, de una parte, el camino real, sobre la otra orilla del Dnieper, estaba cubierto de tropas i de artillería, lo que probaba que el ejército grande ruso estaba en completa retirada. Irritado de verse engañado en su esperanza, inmediatamente tomó Napoleon sus medidas para el asalto de la ciudad, queriendo apoderarse de ella lo mas pronto posible, á fin de aprovecharse del puente que habia allí para atravesar el Dnieper, i perseguir á los rusos en su huída. Hay momentos en que los hombres de una capacidad ordinaria pueden dar mejores consejos. Murat hizo notar á Bonaparte que habiéndose retirado los rusos, cedería necesariamente Smolensko, abandonada á su destino, sin que fuese necesario esponerse á la pérdida que podia ocasionar un

asalto ; llegó á hacerle sentir con bastante claridad , que seria imprudente penetrar mas adelante en la Rusia en aquella época del año. La respuesta de Napoleon debe haber sido casi un insulto , porque habiendo gritado Murat que una marcha sobre Moscou seria la destruccion del ejército , hizo partir su caballo á galope , corrió como un desesperado ácia las orillas del rio , en un parage en donde la artillería rusa colocada en la otra orilla disparaba contra una batería francesa , i se colocó alli bajo un fuego terrible , como si hubiese buscado la muerte. Costó mucho trabajo el poderle alejar de aquel punto peligroso.

A pesar de todo principió el ataque de Smolensko ; pero aquella plaza se defendió con el mismo vigor que la víspera. La artillería de campaña no podia bastar contra sus murallas , i perdieron los franceses tres ó cuatro mil hombres , dando repetidos asaltos. Pero el éxito de aquella defensa no cambió la resolucion que habia tomado Barclay de Tolly de evacuar aquella plaza. Se hubiera podido sin duda defenderla algunos dias mas , pero el general temió que una resistencia prolongada sobre aquel punto avanzado diese el tiempo á Napoleon de asegurarse del camino de Moscou , de rechazar á los rusos sobre las provincias estériles i agotadas del nordéste , i de colocarse entre ellos i la antigua capital de la Rusia. En su consecuencia , ácia media noche , mientras que los franceses echaban algunas bombas en la plaza , vieron fuegos que principiaban á encenderse con mas rapidez i estension que el que podia ocasionar su bombardeo. Esta era

obra de las tropas rusas, las cuales habiendo concluido su encargo de evacuar ó destruir los almacenes, i de cubrir la huída de los habitantes, les habian dado el ejemplo terrible de quemar su propia ciudad antes que sufrir que las casas i las murallas fuesen de alguna utilidad para sus enemigos.

Cuando los franceses entraron en Smolensko, lo que ejecutaron al siguiente dia, en la mañana del 18, estaba todavia ardiendo una parte de la ciudad, de la que la mayor parte de las casas eran de madera, i no hallaron por todas partes mas que sangre i cenizas. Los soldados franceses se horrorizaron al ver la animosidad inveterada de los rusos, i la resistencia desesperada que se les oponia; todos principiaron á desear la conclusion de una guerra en la que el enemigo que se retiraba no les dejaba mas que una perspectiva de largas marchas, por en medio de desiertos inhumanos, pantanos i bosques de pinos; sin provisiones, sin abrigo, sin hospitales para los enfermos, sin un cobertizo bajo el cual pudiese descansar el soldado estenuado i morir el herido.

El mismo Bonaparte vaciló; i se asegura que habló entonces de concluir la campaña en Smolensko, que seria, decia, una excelente cabaña de acantonamientos. «Alli, añadió, podrán descansar las tropas, i esperar los refuerzos. Se habian hecho bastantes cosas para una campaña. Estaba conquistada la Polonia, lo que parecia un resultado suficiente para un año. En el año siguiente tendrían la paz, ó irían á buscarla á Moscou.» Pero en el interior de sus consejos tenia un language muy diferente, i

trataba de cubrir por defuera con la prudencia el carácter orgulloso i tenaz que no le permitia detenerse de un golpe en una empresa en la que encontraba todavia la fortuna tan avara para él de gloria. Insistió cerca de sus generales sobre el estado de miseria del país, en que vivian los soldados dia por dia; sobre las dificultades que se hallarian, i los riesgos que seria menester correr para hacer venir los abastecimientos de Dantzick i de la Polonia, por los malos caminos de Rusia i durante el invierno. Hizo valer el estado de desorganizacion del ejército, que podia avanzar, aunque fuese incapaz de detenerse. «El movimiento, dijo, podia mantener el conjunto; un alto ó una retirada ocasionaria la disolucion.» Era aquel un ejército de ataque, i no de defensa, un ejército de operacion, i no de posicion. De esto resultaba que era preciso marchar sobre Moscou, apoderarse de él, i alli dictar la paz.

Mientras que el ejército frances sufría una disminucion gradual, ó mas bien rápida, el de los rusos recibia necesariamente refuerzos. El emperador Alejandro, despues de haber abandonado el ejército para irse á Moscou, habia convocado las diversas juntas de los nobles i comerciantes de aquella capital, les habia anunciado su intencion bien decidida de no hacer jamas la paz mientras quedase un frances en Rusia, i habia recibido de las dos clases del estado las seguridades dadas con entusiasmo, de que sacrificarian por su causa, su vida i su fortuna. Los comerciantes votaron una suma considerable á título de contribucion general, i abrieron ademas una suscripcion voluntaria

que tambien produjo mucho. La nobleza ofreció una leva de diez hombres sobre ciento en todos sus dominios; algunos de aquellos ricos boyardos se encargaban de armar i equipar sus reclutas á sus espensas; i hasta los hubo que levantaron á sus espensas compañías i batallones. Jamas se pronunció la palabra paz; i si se pensó en ella fué para decirse que no podia concluirse sin un deshonor indeleble para la Rusia, con un enemigo que habia invadido su territorio.

Otras circunstancias que sucedieron en el exterior, aumentaron considerablemente el efecto de aquellos esfuerzos patrióticos.

La paz con la Inglaterra, i el restablecimiento del comercio, fueron la consecuencia inmediata de la guerra con la Francia. La Rusia recibió todo el apoyo que pudo darla la diplomacia británica, para reconciliarse con la Suecia, i hacer la paz con la Turquía. Habiéndose concluido el primer tratado por la mediacion de la Inglaterra, i habiéndose asegurado el príncipe real de la posesion de la Noruega, estuvo disponible el ejército ruso á las órdenes del general Steigental, ó Steigenl, que se hallaba necesariamente retenido en Finlandia, mientras podia dudarse de las disposiciones amistosas de Bernadotte, i pudo llamársele al servicio mas urgente de defender el imperio.

El 16 de mayo se hizo una paz de mayor importancia todavia con los turcos, en Bucharest. La Puerta cedió á la Rusia la Besarabia i la parte de la Moldavia situada sobre la izquierda del Pruth, i la Rusia renunció á toda pretension sobre el resto de las dos

provincias de Moldavia i Valaquia. Pero la gran ventaja que halló la Rusia en aquel tratado, fué de dejar libre para obrar, á un ejército de cuarenta i cinco mil veteranos, i de tener una fuerza disponible sobre las espaldas de las tropas francesas.

Si el hombre de estado hábil, encargado entonces del departamento de los negocios estrangeros de la Gran-Bretaña, \* no hubiese hecho jamas á su país i al mundo entero otro servicio que el de la influencia que ejerció con éxito feliz en aquellas dos negociaciones importantes, no habrá debido menos pasar á la posteridad, como el ministro que habia sabido hallar, en el momento mas crítico, el medio de fortificar á la Rusia, i combatir aquellos enemigos formidables que la habian invadido; i esto fué en efecto lo que contribuyó sobre todo para hacer ladear la balanza á su favor.

En Witepsk fué donde supo Napoleon que los turcos habian hecho la paz. Aquella noticia no hizo mas que inclinarle á acelerar sus medidas contra Smolensko, i el mismo motivo le determinó á continuar su marcha sobre Moscou. Hasta entonces habian tenido sus alas la ventaja sobre el enemigo. Macdonald, bloqueando á Riga, tenia á su disposicion toda la Curlandia, i alarmaba á San Petersburgo. Mas al sud, habia tenido Saint-Cyr muchos encuentros con Wittgenstein, i despues de un serio combate en Polotsk, habia reducido aquel oficial á estar sobre la defensiva.

---

\* El lord Castlereagh.

Noticias igualmente poco favorables habian llegado de Valrynia, extremo derecho de la terrible línea de invasion. El general ruso Tormasoff habia parecido en el gran ducado en el instante en que menos se le esperaba; habia arrojado delante de sí á Regnier, que cubria aquella parte de la Polonia, destruido una brigada sajona i alarmado á Varsovia. Pero Regnier se reunió con el general austriaco Schwarzenberg marchó contra Tormasoff, le atacó cerca de un sitio llamado Gorodeczna, le deshizo con pérdida i le obligó á retirarse.

Bonaparte resolvió pues, marchar sobre Moscou. I en las circunstancias en que se hallaba, no podia tal vez hacer cosa mejor, á no ser que abandonase toda su empresa i volverse á Polonia, lo que hubiera sido confesar una derrota; humillacion á la que es muy difícil creer que hubiera podido resolverse, mientras estuviese todavia á la cabeza de un ejército.

---

## CAPITULO XXI.

## RESUMEN DEL CAPITULO XXI.

NAPOLEON ENVIA A MURAT I OTROS GENERALES EN PERSEGUIMIENTO DE LOS RUSOS. — ACCION SANGRIENTA, PERO INDECISA, EN VALONTINA. — SE ABANDONA EL SISTEMA DEFENSIVO DE BARCLAY DE TOLLY, I SE LLAMA A KOUTOUSOFF PARA EL MANDO EN JEFE DEL EJERCITO RUSO. — PARTE NAPOLEON DE SMOLENSKO. — EL 5 DE SETIEMBRE SE DA LA BATALLA DE BORODINO. — SE DECLARA LA VICTORIA A FAVOR DE LOS FRANCESES, PERO SIN NINGUN RESULTADO IMPORTANTE PARA ELLOS. — EL PRÍNCIPE BAGRATION ES DEL NÚMERO DE LOS MUERTOS. — SE RETIRA KOUTOUSOFF ACIA MOJAIK, I DE ALLI ACIA MOSCOU. — EL 12 CONTINUA AVANZANDO NAPOLEON. — EL CONDE ROSTOPCHIN GOBERNADOR DE MOSCOU. — SU CARÁCTER. — ABANDONAN LOS RUSOS A MOSCOU, QUE SE HALLA EVACUADO POR LOS HABITANTES, DESPUES DE HABER SACADO LOS ARCHIVOS I EL TESORO PÚBLICO, I HABER VACIADO LOS ALMACENES. — EL 14 DE SETIEMBRE ATRAVIESA MOSCOU EL EJERCITO GRANDE. — ÚLTIMO TRIBUNAL PÚBLICO DE JUSTICIA QUE CELEBRA NAPOLEON EN ÉL ROSTOCHIN ANTES DE SEGUIR LA MARCHA DEL EJERCITO.

## CAPITULO XXI.

Sin comunicar su designio de partir en persona de Smolensko, i concluir sin ninguna dilacion

su grande empresa, no dejó Napoleon de destacar á Murat, Ney, Junot i Davoust en persecucion de los rusos que se retiraban. Pero, ó no habia tomado todavia bien su partido, ó no queria dar á conocer su determinacion; porque representaba aquella medida como un simple resultado del deseo que tenia de apresurar la retirada de los rusos, aunque en el hecho fuese el preliminar de su propia salida.

Habiendo cumplido Barclay de Tolly con el deber riguroso de quemar á Smolensko, se habia retirado durante dos ó tres millas por el camino de San Petersburgo, que habia escogido á fin de evitar un cañoneo por la orilla izquierda del Dnieper. Habiendo marchado algun tiempo en aquella direccion, se volvió inmediatamente ácia el sud para volver á tomar el camino de Moscou, que habria tomado de antemano, si no hubiera podido hacerle experimentar alguna pérdida, esponiéndole al fuego de la artillería enemiga que guarnecia el rio. Los franceses estuvieron algun tiempo sin saber de que lado deberian perseguir á los rusos. Ultimamente habiendo encontrado sus huellas, alcanzaron su retaguardia, embarazada con cañones i bagages, en un sitio llamado Valoutina. Hubo una accion desesperada, enviando los rusos refuerzos á su retaguardia, á medida que los franceses hacian avanzar nuevos cuerpos para atacarla. Se combatió con tenacidad por ambas partes, i fué herido mortalmente el general frances Gudin, militar distinguido.

Hasta entonces se habia seguido escrupulosamente el plan de Barclay de Tolly. Se habia

cuidado de evitar con esmero toda accion general, sin desperdiciar ningun medio para debilitar al enemigo con acciones parciales, atraerle de pantano en pantano, i de incendio en incendio; últimamente, hacerle pasar de un territorio salvage i devastado á un terreno no menos desierto. Se habia en gran parte logrado la mira que se proponia, de minar la fuerza del ejército de invasion, i abatir el valor moral de los soldados; marcharon como gentes dormidas, á quienes parece que se opone una resistencia que les oprime i ahoga, pero que no saben encontrar ningun cuerpo que pueda adivinar el objeto de una lucha i de un triunfo.

El espíritu de los rusos i sobre todo el de las nuevas levás, se exasperaba cada dia mas con una retirada que parecia no tenia fin, i con un sistema de defensa que no parecia consistir sino en hacer sufrir al país, con el paso de los cosacos i tártaros, cuyas devastaciones eran tal vez el mayor mal que habia que temer de los franceses. El ardor natural de aquellas levás nuevas, su confianza, su deseo de combatir por la causa en cuyo favor habian tomado las armas, les hicieron sublevarse contra una retirada tan prolongada; pidieron á gritos un alto i una batalla á las órdenes de un general ruso, mas interesado, como suponian deber estarlo, á la defensa del país, que un extranjero, un aleman. Casi el emperador solo persistió en adherir á la opinion de Barclay de Tolly. Pero no podia cerrar los oídos á las voces reunidas de su pueblo i de su consejo militar. Las causas políticas que exigian

una gran batalla para defender á Moscou, eran poderosas i numerosas al mismo tiempo, i triunfaron sobre las razones militares, que recomendaban ciertamente no correr una suerté tan horrible.

El emperador Alejandro sacrificó, pues, su opinion personal á la necesidad. El general Koutousoff, oficial de una alta reputacion entre los rusos, fué llamado del cuerpo en el que habia estado empleado sobre el Danubio contra los turcos, para tomar el mando en gefe del ejército grande.

No estuvieron mucho tiempo los franceses sin saber que iba á cambiar el plan de guerra de su enemigo, i que el nuevo general ruso iba á dar aquella batalla que deseaban desde tanto tiempo. Bonaparte, que se habia detenido seis dias en Smolensko, salió de alli el 24, i se apresuró á reunirse con la vanguardia de su ejército en Gjatz. Encontró alli un frances que habia vivido mucho tiempo en Rusia, i por él supo que Koutousoff habia sido nombrado comandante en gefe del ejército enemigo, i que se le habia dado este cargo, con la mira espresa de presentar batalla á los franceses. Se confirmó aquella noticia con las maneras de un oficial ruso que se presentó, con algun pretesto con una bandera parlamentaria, pero probablemente para reconocer el estado del ejército frances. Tenia aquel militar un aire de amenaza, i cuando un general frances le preguntaba que es lo que hallarían entre Wiazma i Moscou, respondió con orgullo: »Pultawa." No quedaba, pues, ninguna duda de que estaban próximos á una batalla.

Pero las tropas de Bonaparte estaban todavía en tal confusion, que se vió precisado á detenerse dos dias en Gjatz para reunir su ejército i darle algun descanso. Llegó al sitio de la Moscwa que debia ser el campo de batalla, una llanura elevada, llamada *Borodino*, donde los rusos habian delineado sus líneas, i establecido sus baterías.

El 5 de setiembre se presentó delante de ellos el ejército frances, habiendo empleado diez i siete dias en hacer doscientos i ochenta verstes. Su primera operacion fué un ataque que salió bien, contra un reducto sobre el frente de los rusos, pero que, falta grave en la guerra, estaba demasiado apartado para poderle sostener eficazmente: los franceses le tomaron i se mantuvieron en él. Al dia siguiente pasando Napoleon revista al regimiento n.º 61, que tanto se sacrificó en el ataque, preguntó al coronel, que habia hecho de uno de sus batallones: «Señor, respondió aquel gefe, está en el reducto:» palabra digna de un guerrero i que era la mas bella oracion fúnebre que puede hacerse en honor de los soldados, que se habian sacrificado el dia antes por la seguridad i la gloria del ejército. Los ejércitos quedaron en presencia uno de otro todo el siguiente dia, haciendo sus preparativos para la próxima batalla. Los rusos habian fortificado todavía con trabajos formidables una posicion fuerte por su naturaleza. Su flanco derecho estaba apoyado sobre un bosque cubierto con algunos atrincheramientos separados. Un arroyo, que ocupaba en su curso un profundo barranco, cubria el frente del ala derecha i el centro

de la posicion hasta el rio de Borodino. Desde aquel pueblo se estendia la izquierda hasta otro pueblo llamado Semoneskoie, que está mas descubierta, pero cuyo frente está no obstante protegido por barrancos i matorrales. Aquel punto, como que era el mas accesible, estaba defendido con esmero por reductos i baterías; i en el centro de la posicion, sobre una pequeña altura se elevaba una especie de doble batería, como una ciudadela, para proteger toda la línea.

Esta era la fuerte posicion en que se hallaba el ejército ruso, igual entonces en número al de los franceses, pudiendo cada uno de ambos ejércitos componerse de ciento i veinte mil hombres. Estaba mandado por un general viejo, circunspecto, tenaz en sus proyectos, i astuto, como despues lo reconoció Napoleon muy á pesar suyo, pero que por lo demas no era tal vez distinguido por muy grandes talentos militares. El ejército que mandaba no se componia mas que de una sola nacion, no hablaba mas que una sola lengua, sabia que la batalla que iba á darse habia sido concedida á sus deseos manifestados altamente, i se hallaba decidido á no desmentir, durante la accion, el valor con que la habia pedido.

El ejército frances, por el contrario, se componia de diversas naciones, pero eran soldados escogidos, aclimatados poco mas ó menos, i que habian sobrevivido á todos los peligros de una marcha desastrada. Eran los veteranos de los vencedores de Europa, estaban mandados por Napoleon en persona, i bajo sus órdenes inmediatas, por aquellos generales cuya

gloria militar no se hallaba eclipsada sino por la suya. Además del sentimiento íntimo de su superioridad en la acción, sentimiento de que el enemigo parecía participar, según el esmero con que se había cubierto de atrincheramientos, tenían los franceses delante de ellos la perspectiva de una destrucción completa si quedaban vencidos en un país donde era tan difícil avanzar, aun obteniendo felices resultados, i de donde sería ciertamente imposible retirarse en caso de una derrota. El discurso que Bonaparte dirigió á sus tropas, ofrecía menos de aquel oropel de retórica que empleaba en iguales ocasiones. »Soldados, dijo, ved la batalla que habeis deseado. Es necesaria, porque los frutos que de ella se sacarán serán la abundancia, buenos cuarteles de invierno i una dichosa vuelta á Francia. Conducios de modo que la posteridad pueda decir de cada uno de vosotros: Estuvo en aquella gran batalla que se dió bajo los muros de Moscou.»

En el campo ruso pasaba en tanto una escena de un género diferente, bien hecha para despertar los sentimientos que no trataba la Francia de hacer renacer desde mucho tiempo. Los curas griegos, revestidos con sus ricos ornamentos sacerdotales, se manifestaron á las tropas esponiendo á su veneración las imágenes de sus santos que mas respetaban. Hablaron á sus conciudadanos de las ofensas que sus enemigos habían cometido contra el cielo i la tierra, i los exortaron á merecer un puesto en el paraíso por su conducta en la batalla que iba á darse. Los rusos les respondieron con grandes aclamaciones.

En la víspera de la batalla sobrevinieron dos circunstancias de gran mérito para Napoleón. Un oficial francés le había traído el retrato de su hijo, el rey de Roma, i Napoleón le hizo colocar en el exterior de su tienda de campaña para satisfacer la curiosidad, no solamente de los oficiales, sino tambien de los soldados, que corrían á bandadas para ver el hijo de su emperador. La otra fué la llegada de un oficial que venia de España, portador de pliegos que anunciaban la pérdida de la batalla de Salamanca. Sobrellevó aquella desagradable noticia con valor i firmeza; i desterrando bien pronto la idea de su dicha doméstica i la de sus reveses en España, no pensó mas que en formar los planes necesarios para la accion que se acercaba.

Decidió, pues, que Poniatowski, con solos cinco mil hombres, hiciese un movimiento sobre la izquierda de los rusos, en la direccion propuesta por Davoust, i que entonces principiase un ataque general sobre su derecha i su centro. Previendo una resistencia tenaz, habia hecho traer sobre su línea tantos cañones como fué posible; i se asegura que entre ambos lados habia cerca de mil piezas de artillería. El 7 de setiembre dia de la batalla, salió el sol muy claro. »Ved el sol de Austerlitz,» dijo Napoleón, i al momento dirigió al ejército una órden del dia que fué recibida con aclamaciones reiteradas. Ney principió la batalla ácia las siete de la mañana, por el ataque del reducto de bastiones, colocando sobre el centro del ejército ruso. Entre tanto el príncipe Eugenio hacia esfuerzos iguales para desalojar al

enemigo del pueblo de Semoneskoie i de los atrincheramientos que la rodeaban. Jamas se disputó una batalla tan vivamente ni costó tanta gente. La impetuosidad del ataque de los franceses se apoderó por último de los reductos, pero los rusos se replegaron bajo la línea misma del fuego del enemigo, i volvieron al combate para volver á tomar sus atrincheramientos. Regimientos de paisanos que nunca habian visto el fuego hasta aquel dia, i que todavia no tenian mas uniformes que sus casacas grises, se formaron con la firmeza de veteranos, hicieron la señal de la cruz, i habiendo alzado su grito nacional: » ¡Gospodee pomiloui nas! ¡Dios tenga misericordia de nosotros! » se arrojaron á lo mas fuerte de la refriega, en donde los que quedaban en pie estrechaban sus filas sobre los cuerpos de sus camaradas que caían; i sostenidos por el entusiasmo de su causa, ó por el sentimiento religioso de la predestinacion, parecia serles indiferente vivir ó morir.

El destino de la jornada pareció mas de una vez tan dudoso, que Napoleon se vió precisado en mas de una ocasion á hacer marchar la guardia jóven, que tenia de reserva, como el último medio de decidir la accion. Algunos de los que le rodeaban le han vituperado de no haber tomado aquel partido, i lo han atribuido á un estado de indisposicion en atencion á que habia pasado una mala noche, i que pareció todo el dia abandonado á un decaimiento que no le era ordinario. Pero el secreto de su negativa parece hallarse contenido en la respuesta que dió á Berthier, que le apuraba con aquel objeto: » ¡I si hay ma-

ñana otra batalla, donde está mi ejército?" El hecho es que aquellos diez mil hombres de tropas de su guardia eran su último recurso. Habían sido tratados en su marcha tan bien como se había podido, i por consiguiente habían conservado su disciplina mejor que los demás cuerpos. Si hubieran sufrido una pérdida considerable, lo que debía temerse según la resistencia tenaz i los reiterados esfuerzos de los rusos, Bonaparte, á quien hasta la victoria misma debía dejar en una situación peligrosa, hubiera perdido en aquel caso el único cuerpo sobre el cual podía contar enteramente en el estado de desorganización general de su ejército. Comprometer la última reserva es una medida á la que no recurren sino con repugnancia los generales prudentes; i si Napoleon hubiera sido tan circunspecto en este particular en Waterloo, como lo fué en Borodino, su retirada, después de aquella sangrienta batalla, hubiera sido tal vez menos desastrosa de lo que fué.

Los rusos, á quienes los esfuerzos desesperados para volver á apoderarse de su línea de reductos habían ocasionado una pérdida tan grande, recibieron al fin órdenes para retirarse, quedando la victoria indisputablemente á favor de los franceses.

Por ambos lados hubo una pérdida inmensa en aquella sangrienta batalla. La muerte del príncipe de Bagration, de quien hemos tenido ocasión de hacer la relación de su retirada admirable de Polonia, fué un objeto de sentimiento universal entre los rusos. El general Touezkoff murió igualmente de sus heridas,

i fueron heridos otros muchos generales rusos. Su pérdida ascendió al total espantoso de veinte mil hombres muertos i mas de treinta mil heridos. Se supone que los franceses perdieron diez mil hombres i tuvieron veinte mil heridos, de los cuales murieron muchos, porque el gran convento de Kolotskoi, que les servia de hospital, estaba mal provisto de lo que les hubiera sido necesario, i los practicantes de cirugía no pudieron conseguir un destacamento para recorrer los pueblos vecinos á fin de procurarse hilas i los demas efectos que eran para ellos de primera necesidad; porque parece que en aquel desgraciado ejército, no habia mas que la pecoreia que podia proveer hasta las necesidades de los hospitales. Ocho generales franceses fueron muertos, entre los que se cuentan Montbrun i Caulaincourt, hermano del caballero mayor, ambos á dos hombres que gozaban de una reputacion distinguida. Cerca de otros treinta generales fueron heridos. Ninguno de los dos partidos puede vanagloriarse con sus trofeos militares, porque los rusos hicieron unos mil prisioneros, i los franceses tomaron todo lo mas el doble de aquel número. Koutousoff se llevó diez cañones pertenecientes á los franceses, i dejó trece de los suyos entre sus manos. Escepto el número de muertos, fueron de tan poca importancia las consecuencias de aquella batalla, que lo mismo que en los regocijos caballerescos, parecia que no se habia dado sino para saber cual de los dos partidos era superior en fuerzas i valor.

Koutousoff se puso en retirada al siguiente dia sobre Moscou, sin dejar atrás el menor in-

dicio de la pérdida que habia sufrido la víspera. Los franceses llegaron á Mojaisk el 9 de setiembre; i habiendo descubierto la retaguardia de los rusos, dieron luego sus disposiciones para atacarla. Pero el 11 reconocieron que el ejército ruso habia desaparecido por segunda vez, habia sido tan bien conducida su retirada, tan hábilmente enmascarada i oculta, que no pudo saber Napoleon si habia tomado el camino de Moscou ó el de Kalouga. En aquella incertidumbre, se vió precisado á quedarse en Mojaisk hasta el 12, i entonces supo positivamente que los rusos se retiraban ácia su capital.

El 12 de setiembre se puso Bonaparte en marcha, no teniendo el ejército mas guia que la direccion del camino real, ni los soldados otro alimento que carne de caballo i grano molido. La víspera, Murat i Mortier, que conducian la vanguardia, encontraron á los rusos apostados fuertemente cerca de Krymskoie, i el valor inconsiderado del rey de Nápoles ocasionó alli una accion en la que perdieron los franceses dos mil hombres. A pesar de todo seguia Bonaparte las huellas de los rusos, por que no podia suponer que quisiesen abandonar su capital sin hacer un segundo esfuerzo. Deseaba tanto mas un encuentro, quanto que se le habian reunido dos divisiones del ejército de Italia, á las órdenes de los generales Laborde i Pino, que llegaban de Smolensko, lo que hacia subir de nuevo el número de sus tropas, cruelmente disminuído por la batalla de Borodino, á mas de cien mil hombres.

Los generales rusos se habian reunido en consejo de guerra para deliberar sobre la cues-

tion importante de si espondrian ó no el único ejército que tenían en el centro de la Rusia, á las consecuencias de una derrota que era mas probable, ó si abandonarían sin defensa, como una presa para el despojador, la santa Moscou, la Jerusalem de Rusia, la ciudad amada de Dios i querida de los hombres, á cuyo nombre i existencia estaban ligados tantos sentimientos históricos, patrióticos nacionales é individuales. La razon hablaba un lenguaje, el orgullo i la afeccion otro.

Arriesgar una segunda batalla, era poco mas ó menos hacer depender de ella el destino del ejército grande ruso, proyecto demasiado arriesgado, aun quando se tratase de proteger la capital: la consideracion que parece haber prevalido, es que estando entonces Napoleon en el corazon de la Rusia con un ejército cuyas filas se aclaraban todos los dias, i llegando la mala estacion, cada hora durante la cual se podia evitar una accion decisiva era una pérdida para la Francia i una ventaja para la Rusia. Esto era tanto mas cierto, que estando reforzado Wittgenstein, sobre la frontera del norte con el ejército de Finlandia, mandado por Steingel, i habiéndose reunido á Tormasoff el de la Moldavia, por el lado del sud, la Lituania i la Polonia, que formaban la base de las operaciones de Napoleon, estaban en peligro de ser ocupadas por los rusos sobre los dos flancos, acontecimiento que debía comprometer sus aprovisionamientos, sus almacenes, sus reservas i sus comunicaciones de toda especie, poniendo en el mayor peligro su persona i su ejército. Por otra parte, reflexiona-

ron los generales rusos que evacuando á Moscou, lo que los habitantes de aquella ciudad podian hacer con mas facilidad que los de otra cualquiera del mundo civilizado, disminuirian el precio para el vencedor, i no le dejarian triunfar sino de paredes desiertas. Decidióse, pues, que era mas esencial para la Rusia la conservacion del ejército que la defensa de Moscou, i se resolvió abandonar á su suerte la antigua capital de los zares.

El conde Rostopchin, gobernador de Moscou, era un hombre de mérito, dotado de talentos i aun de espíritu, segun nos lo han asegurado; á esto añadia una cierta estravagan-  
cia de genio. Desde el principio de la guerra habia mantenido el espíritu de los ciudadanos con informes favorables i declaraciones leales, hechas para inspirar un sentimiento de seguridad. No obstante, despues de la suerte de Smolensko, i sobre todo despues que Bonaparte se puso en marcha ácia el éste, un gran número de los mas ricos habitantes de Moscou hicieron salir ú ocultaron sus mas preciosos efectos, i abandonaron ellos mismos aquella ciudad. A pesar de eso continuó Rostopchin dando las mismas seguridades, i se valía de varios medios para convencer al pueblo que no habia ningun peligro. Entre otras cosas, encargó á un gran número de mugeres que le construyeran un inmenso globo, por cuyo medio, como lo creía el pueblo, debia hacer caer una lluvia de fuego sobre los franceses. Con aquel pretesto, dicen, hizo una gran provision de piezas de artificios i combustibles, destinados para un proyecto enteramente diferente.

No obstante, á medida que avanzaba el tiempo, se alarmaron mas i mas los habitantes; i formándose una idea espantosa de los franceses, i de los horrores que acompañarian su entrada en la ciudad, abandonaron á Moscou por millares, no solamente la nobleza i los individuos de las profesiones sábias, sino tambien los negociantes, los mercaderes, i hasta los individuos de las clases inferiores, mientras que el gobernador, sosteniendo siempre su tono de seguridad, hacia cuanto podia para animar aquella emigracion, i para poner orden en ella. Se hicieron salir de Moscou los archivos i el tesoro público; se vaciaron todos los almacenes, i sobre todo los que contenian víveres, tanto como lo permitió el tiempo; i todos los caminos, en particular los que conducian ácia el sud, se hallaron cubiertos de hileras de carros, i de largas columnas de hombres, mugeres i niños á pie cantando los himnos de su iglesia, i echando de cuando en cuando una mirada ácia atrás sobre la ciudad magnífica que dentro de poco no habia de ser mas que un monton de ruínas.

El ejército grande ruso llegó sobre la posicion de Fili, cerca de Moscou, no para defender la ciudad sagrada, como se reconoció entonces, sino para atravesar las calles sacrificadas á la destruccion, recoger al paso la guarnicion i los hombres en estado de llevar las armas, i abandonar inmediatamente la capital á su destino. El 14 de setiembre atravesaron las tropas las calles de la metrópoli, con los ojos bajos, sin banderas desplegadas, sin toque de tambores, i salieron por la puerta de Kolomna. Sus largas columnas fueron seguidas

en su retirada por la mayor parte de la poblacion que quedaba todavía en Moscou. A pesar de todo, antes de salir Rostopchin celebró un tribunal público de justicia. Fueron conducidos dos hombres, el uno, ruso, entusiasta que se habia alimentado en Alemania con algunas de las antiguas doctrinas republicanas francesas, i que habia sido bastante exaltado para manifestarlas en Moscou. El otro era un frances, á quien la proximidad de sus compatriotas habia enardecido hasta el punto de soltar algunas proposiciones políticas indiscretas. Se hallaba presente el padre del delincuente ruso; se esperaba verle intervenir, i lo hizo en efecto, pero fué para pedir la muerte de su hijo.

»Yo os concedo, dijo el gobernador, algunos instantes para despediros de él i darle vuestra bendicion.

—;Yo bendecir á un rebelde, gritó el Bruto escita! ; maldito sea el que ha sido traidor á su patria!»

El culpable fué condenado á muerte en el mismo instante.

»Estrangero, dijo Rostopchin al frances, tu has sido un imprudente; pero es muy natural que desees la llegada de tus conciudadanos. Estás libre; vé á encontrarles, i díles que habia un traidor en Rusia, i que tu has presenciado su castigo.»

Entonces mandó el gobernador que abriesen las prisiones, i que pusiesen en libertad á los criminales que se hallaban en ellas; despues abandonando la ciudad desconsolada á aquellos bandidos i á la hez del populacho, montó á caballo, se puso á la cabeza de sus gentes, i siguió la marcha del ejército.

## CAPITULO XXII.

## RESUMEN DEL CAPITULO XXII.

EL 14 DE SETIEMBRE LLEGÓ NAPOLEON Á MOSCOU, QUE HALLÓ ABANDONADA POR LOS HABITANTES.—Á CIA MEDIA NOCHE SE DESCUBRIÓ QUE ESTABA ARDIENDO LA CIUDAD.—NAPOLEON ESTABLECIÓ SU CUARTEL GENERAL EN EL KREMLIN.—SE APAGÓ EL INCENDIO AL DIA SIGUIENTE, PERO VOLVIÓ Á PRINCIPIAR EN LA NOCHE INMEDIATA.—SE CREE QUE SE HA INCENDIADO LA CIUDAD Á PROPÓSITO, I SE PRENDIERON I FUSILARON MUCHOS RUSOS.—EN LA TERCERA NOCHE SE DESCUBRIÓ QUE ESTABA ARDIENDO EL KREMLIN.—SALIÓ BONAPARTE, I SE ALOJÓ EN PETROWSKI.—EL INCENDIO DURÓ HASTA EL 19, I DESTRUYÓ LAS CUATRO QUINTAS PARTES DE LA CIUDAD.—EL 20 VOLVIÓ BONAPARTE AL KREMLIN.—DISCUSION SOBRE LA VERDADERA CAUSA DE AQUEL GRANDE INCENDIO.—DESORGANIZACION É INDISCIPLINA DEL EJÉRCITO FRANCÉS.—DIFICULTADES SOBRE EL CAMINO QUE SE DEBE SEGUIR ABANDONANDO Á MOSCOU.—LAURISTON ENCARGADO DE UNA CARTA PARA EL EMPERADOR ALEJANDRO.—MARCHA DEL EJÉRCITO RUSO SALIENDO DE MOSCOU.—ENTREVISTA DE LAURISTON CON KOUTOUSOFF EL 5 DE OCTUBRE.—SU RESULTADO.—ARMISTICIO CONCLUIDO POR MURAT.—PREPARATIVOS DE RETIRADA.—EL EMPERADOR ALEJANDRO SE NIEGA Á TRATAR CON NAPOLEON.

## CAPITULO XXII.

El 14 de setiembre de 1812, mientras que la vanguardia de los rusos evacuaba á Moscou, llegó Napoleon á la altura del *monte de la salud*, así llamado porque es donde las gentes del país se arrodillan i hacen la señal de la cruz, apenas ven la ciudad santa.

Moscou parecia tan magnífica i tan imponente como nunca, con los campanarios de sus trescientas iglesias, i sus medias naranjas de cobre que brilla con el sol, sus palacios de arquitectura oriental, en medio de árboledas i rodeados de jardines, i su Kremlin, masa enorme de torres de forma triangular, teniendo la figura de un palacio i un castillo fuerte, que se elevaba como una ciudadela por encima de todo aquel conjunto de bosquecillos i edificios. Pero ni una sola chimenea esparcia su humo en los aires; ni siquiera un hombre se dejaba ver en las murallas ni á las puertas. Napoleon contempló un instante aquel espectáculo, esperando ver llegar una diputacion de boyardos con larga barba, para arrojarle á sus pies i poner su fortuna á su disposicion. Su primera exclamacion fué: „¡La vemos, por fin, esa ciudad célebre!“ i su segunda „¡ya era tiempo!“ Inquietándose menos su ejército de lo pasado que de lo venidero, tenia fijos los ojos sobre la mira de todos sus deseos; i el grito de ¡*Moscou!* ¡*Moscou!* pasaba de fila en fila.

Nadie interrumpió las reflexiones del emperador hasta la llegada de un mensajero de Murat. Se habian adelantado hasta dar con los cosacos que cubrian la retaguardia de los rusos, quienes concedieron voluntariamente una conferencia al campeon caballeresco que recogieron inmediatamente, habiéndole visto brillar tan á menudo en las primeras filas de la caballería francesa. El mensaje que enviaba á Bonaparte anunciaba que Miloradowitch amenazaba quemar la ciudad, si no se dejaba á su retaguardia el tiempo de atravesarla. Este era un tono de brabata; no obstante Napoleon concedió el armisticio, para salvar una ciudad en la cual no se hallaba ningun habitante para darle las gracias.

Despues de haber esperado dos horas, algunos habitantes franceses, que se habian ocultado durante la evacuacion, le hicieron saber la estraña noticia de que Moscou no era mas que una ciudad desierta. Que una poblacion de doscientas i cincuenta mil almas hubiese abandonado su ciudad natal, era lo que parecia increíble, i Bonaparte no dejó por eso de mandar que le condujesen los boyardos i los funcionarios públicos. No se le pudo convencer de lo que acababa de suceder, hasta que se hicieron comparecer ante él algunos individuos, desecho de la humanidad, espuma del populacho, únicos entes vivientes que se pudieron encontrar en la ciudad. En fin, cuando ya no pudo dudar que Moscou habia sido enteramente abandonada, gritó sonriéndose amargamente: » Los rusos aprenderán bien pronto á conocer mejor el precio de su capital. »

Entonces se dió á las tropas la señal de avanzar, i las columnas, sorprendidas con la soledad i el silencio que hallaban por todas partes, entraron en medio de aquel conjunto de chozas i palacios, donde parecia que habitaban la miseria i la indigencia puerta con puerta al lado de la riqueza i la profusion del oriente. En fin, se interrumpió el silencio con una descarga de artillería que algunos miserables fanáticos tiraron por lo alto de las murallas del Kremlin sobre las primeras tropas francesas que se acercaron al palacio de los zares. La mayor parte de aquellos energúmenos estaban borrachos, pero la obstinacion con que sacrificaron su vida, era otro rasgo de aquel patriotismo salvaje de que los franceses habian visto i debian ver todavia tantos ejemplos.

Cuando Bonaparte hubo entrado en Moscou, como si hubiera querido evitar la vista de las calles desiertas, se detuvo al principio del arrabal. Se alojaron sus tropas en la ciudad abandonada. Durante las primeras horas de la ocupacion, un ruido sordo, cuyo origen no se pudo descubrir, pero semejante á aquellos que se esparcen algunas veces al aproximarse de algun acontecimiento terrible, anunció que la ciudad se hallaria en peligro de ser devorada por las llamas en la noche siguiente. Parecia que nacia aquel ruido de aquellas circunstancias evidentes que hacian probable semejante acontecimiento; pero nadie hizo atencion hasta media noche, hora en que fueron despertados los soldados en sus cuarteles con los gritos que anunciaban que estaba ardiendo la ciudad. Prin-

cipió aquel incendio memorable por las tiendas i los talleres de los silleros, en el Bazar ó mercado general, cuartel el mas rico de toda la ciudad. Se atribuyó á un incidente, i los soldados franceses detuvieron el progreso de las llamas. Napoleon, que se habia despertado con el tumulto, corrió á los parages; i cuando se aquietó la alarma, en vez de volverse al alojamiento que habia tomado en el arrabal, se fué al Kremlin, palacio hereditario del único soberano que habia jamas tratado como á su igual, i sobre el cual el feliz éxito de sus armas le daba entonces una superioridad tan inmensa en la apariencia. A pesar de todo no se dejó alucinar con la ventaja que habia obtenido, pero se aprovechó de la luz del Bazar encendido para escribir de su propia mano al emperador Alejandro, i hacerle proposiciones de paz. Aquella carta fué enviada por un oficial ruso distinguido á quien una indisposicion habia impedido seguir el ejército; pero Napoleon no recibió jamas la respuesta.

Al dia siguiente habian desaparecido las llamas, i los oficiales franceses se ocuparon con placer en escoger entre los palacios desiertos de Moscou los que mas agradaron á la fantasía de cada uno de ellos para alojarse en él. Durante la noche se volvió á encender el fuego en los cuarteles del norte i del oeste de la ciudad. Como la mayor parte de las casas eran de madera, se propagó el incendio con la rapidez mas espantosa. Se atribuyó desde luego á las chispas i tizonas encendidos que llevaba el viento; pero últimamente se notó que todas las veces que mudaba el viento, i cambió

tres veces durante la terrible noche, se veían levantarse nuevas llamas, que partían siempre por el lado que el viento podía llevarlas sobre el Kremlin. El peligro de una esplosion aumentó todavia el horror de aquella escena. Habia en el Kremlin un almacen de pólvora, aunque todavia lo ignoraban los franceses, i debajo del balcon del emperador se habia colocado un parque de artillería con todas sus municiones. La mañana vino á ofrecer una escena espantosa. Durante toda la noche habia estado la ciudad alumbrada con una luz lúgubre i sobrenatural; por la mañana estaba cubierta de una admósfera espesa i sofocante, i llena de un humo casi palpable. Las llamas desafiaban los esfuerzos de los franceses; i se dice que se habia hecho inaccesible el acceso de las fuentes de la ciudad, cortado los conductos de agua, i destruído ó llevádose las bombas de incendio.

Llegaron en seguida los informes de que se habian encontrado granadas encendidas en las casas desiertas; de los hombres i mugeres que habian visto ocupados, como demonios, en mantener la actividad de las llamas, i que decian estaban provistos de materias combustibles para asegurar mejor el éxito feliz de su obra infernal. Fueron arrestados i fusilados inmediatamente muchos miserables, acusados de aquel crimen, probablemente sin una informacion muy séria. Mientras que era casi imposible desembarazar el tejado del Kremlin de los carbonos ardiendo que el viento hacia llover sobre él, seguia Napoleon con sus ojos desde su ventana los progresos del incendio que de-

voraba su hermosa conquista, i se le escapó esta exclamacion: »¡ Son unos verdaderos escitas! »

Los vientos equinocciales soplaron mas i mas durante la tercera noche, i se propagaron todavia mas las llamas, que ningun mortal podia ya detener. A media noche se apoderó el fuego del mismo Kremlin; un soldado de la policia rusa, acusado de ser el incendiario, fué entregado á la venganza de la guardia imperial. Entonces se dejó persuadir Bonaparte con las súplicas de todos cuantos le rodeaban, para que abandonase el Kremlin: aquella era la alhaja visible de su conquista, la que parecia tenia asida con la tenacidad de un leon que ha fijado sus garras sobre un fragmento de su presa. Retirándose del palacio encontró dificultades i peligros; i antes de poder llegar á la puerta de la ciudad, tuvo que atravesar con su comitiva las calles por encima de las cuales formaban las llamas un arco, i en las que se respiraba un aire sofocante. Al fin llegó al campo raso, i se alojó en un palacio del czar, llamado Petrowsky, á cerca de una legua de la ciudad. Volviéndose para mirar las llamas, que atizadas por el viento de otoño, se levantaban en torbellinos de los tejados del Kremlin como un océano infernal al rededor de un negro *Pandemonium* (sala de consejo de los demonios), no pudo contener aquella expresion de mal agüero: »Esto nos presagia grandes desgracias.»

El fuego continuó triunfando sin que nadie lo estorbase, i consumió en pocos dias lo que se habia levantado en muchos siglos. » Los palacios i los templos, dijo un historiador

ruso,\* los monumentos del arte i las maravillas del lujo, los restos de los siglos pasados, como igualmente lo que se habia creado la víspera, los sepulcros de nuestros antepasados, la cuna de la generacion actual, todo fué igualmente destruido; i no quedó de Moscou mas que el recuerdo de aquella ciudad i la firme resolucion de vengar su caída.

El fuego duró con la misma violencia hasta el 19, i entonces principió á disminuir por falta de alimentos: se dice que fueron reducidas á cenizas las cuatro quintas partes de aquella gran ciudad.

El 20 se volvió Bonaparte al Kremlin; i como para despreciar la escena terrible de que acababa de ser testigo, tomó medidas que parecian indicar que queria residir algun tiempo en Moscou; hizo tambien arreglar un teatro en el que representaron cómicos que habian venido de París, tal vez para hacer ver que el mas terrible de los elementos no tenia el poder de abatir su espíritu i cambiar en nada su manera de vivir acostumbrada. Con la misma indiferencia ó afectacion redactó el emperador, en medio de las ruinas de Moscou, una série de reglamentos minuciosos concernientes al teatro frances. No sabia hacerse superior á aquella afectacion de escoger parages lejanos i capitales estrangeras para poner en ellos las fechas de las ordenanzas sobre objetos domésticos i de ninguna importancia. Dictar desde el

---

\* Karamzin, historiador ruso distinguido, cuyas obras fueron espresamente exentas de la censura por orden del difunto emperador Alejandro.

Kremlin reglamentos para un teatro de París, daba á Napoleon un aire de hallarse en ambas partes. Ya se habia pronosticado que sacrificaria su ejército al placer de poner la fecha á un decreto desde Moscou.

El incendio de esta ciudad fué tan completo en su devastacion, tan importante en sus consecuencias, tan crítico en el momento en que principió, que casi todos los que lo han visto con sus propios ojos, lo han atribuido á un esfuerzo sublime, pero casi horrible, de constancia patriótica de parte de los rusos, de su gobierno, i particularmente del gobernador Rostopchin. La denegacion positiva del mismo conde Rostopchin no ha cambiado nada en la conviccion general de que habia dado las órdenes para quemar la ciudad; todavia en el dia de hoy continuan todos los oficiales franceses atribuyendo el incendio á individuos empleados por aquel magistrado.

Por otra parte, existen muchos datos excelentes de las probabilidades de un acontecimiento semejante, que han dado buenas razones para hacer creer que Moscou no ha hecho mas que sufrir el destino de una ciudad abandonada, que casi siempre es incendiada como tambien saqueada. Hemos referido en otro lugar los argumentos que se han empleado en pró i en contra; i nos ceñiremos aqui á hacer observar, que si los argumentos colocados en la balanza la hacian torcerse del lado del acaso, perderia la historia uno de los mas grandes i mas terribles incidentes que haya tenido que consignar jamas en sus fastos. Considerado como un acto voluntario de parte de los rusos,

el incendio de su capital, es un hecho de un carácter agigantado, que contemplaremos con respeto i terror, estando nuestras facultades turbadas de tal modo con la inmensidad del objeto, mirado bajo sus diferentes relaciones, que apenas sabemos si debemos llamarle crimen ó virtud, rasgo de patriotismo ó acto de venganza.

Que el incendio de Moscou fuese ó no la obra premeditada de los rusos, parecian deber ser de una naturaleza la mas importante los efectos que debia producir sobre la campaña. La mira de Bonaparte, despreciando todos los riesgos para marchar ácia la capital del imperio, habia sido la de apoderarse de una prenda para cuyo rescate no dudaba que aceptaria Alejandro las condiciones de paz que queria dictarle; pero el precio de su victoria, aunque brillante á primera vista, no era mas que cenizas i polvo, como el fruto fabuloso que dicen se cría en las orillas del mar Muerto.

Otra consideracion que no dejaba de ser de alguna importancia, era que perdia Napoleon por aquel terrible incendio una gran parte de los abastecimientos que esperaba le habria proporcionado la toma de aquella capital para sostener su ejército. Si hubiera existido en Moscou la poblacion ordinaria de una metrópoli, habria encontrado en plena actividad todos los medios de abastecer los mercados. Aquellos medios no eran de un género fácil, porque las provisiones no llegaban á aquella capital, como es lo comun, de los cantones fértiles situados en las cercanías, sino de comarcas lejanas de donde las conducian por agua durante

el verano, i con trineos rodando sobre el hielo i la nieve helada durante el invierno. Si Moscou hubiera conservado sus habitantes, habria sido preciso continuar enviando alli víveres para no reducir al hambre á una poblacion numerosa de mas de doscientas mil almas, como igualmente al ejército enemigo. Pero Moscou abandonado, Moscou incendiado, no siendo mas que una montaña de cenizas, no tenia necesidad de ser abastecido; i no podia suponerse que las provincias que enviaban alli ordinariamente víveres, continuasen haciendo aquellos envíos á un monton de ruinas donde no se encontraba nadie que mantener, sino los soldados de un ejército de invasion. Desde luego se presentó aquella desagradable conviccion al espíritu del emperador Napoleon i de sus principales oficiales.

A pesar de todo, las ruinas de Moscou i el resto de los edificios que subsistian todavia, proveyeron á los soldados un botin abundante durante su corto intervalo de descanso; i segun su costumbre gozaron de lo presente sin pensar en lo venidero. El ejército estaba esparcido en toda la ciudad, robando cuanto podia encontrar; descubriendo tan pronto masas de oro i plata fundida, tan pronto ricas mercancías i objetos preciosos que tomaba sin conocer el valor, i tan pronto objetos de lujo que hacian un extraño contraste con la falta general de los géneros mas indispensables. No era raro ver algunos miserables con guñapos i descalzos sentados en los fardos de ricas mercancías, ó cubiertos de chales de gran precio, de preciosas pieles i vestidos bordados de oro

i perlas. En otra parte se veían soldados que se apoderaban del té, del café, del azúcar, i otros objetos semejantes de lujo, mientras que apenas podian procurarse un pedazo de carne de caballo para comer, i agua canagosa para beber. El azúcar sobre tolo estaba en tan grande cantidad, que la echaban en el caldo que hacian con la carne de caballo. Causaba disgusto el ver, i presentaba un espectáculo de mal agüero, aquel contraste de los excesos mas singulares de la prodigalidad, con la falta de los objetos mas necesarios, que habia llegado hasta el mas alto grado. Los que podian procurarse licores fuertes, i escapar, por algunas horas de borrachera, á la escena de confusion que les rodeaba, se creían los mas dichosos de todos.

Tres partidos habia que tomar evacuando á Moscou, i todos tres fueron un objeto de serias reflexiones para Napoleon. Desde luego, podia marchar contra San Petersburgo, i tratar á la nueva capital de la Rusia como habia tratado á la antigua. Aquel era el proyecto que convenia mejor al genio emprendedor de Bonaparte, siempre dispuesto para adoptar el plan que ofrecia jugar el todo por el todo. Tambien habló de aquella medida como de una cosa resuelta; pero Berthier i Bessieres llegaron á convencerle deque la estacion avanzada, el estado de los caminos, la falta de provisiones, i la situacion del ejército, hacian aquella tentativa enteramente desesperada. El segundo partido propuesto era avanzarse ácia el sud por la fértil provincia de Kalouga, i de allí irse por el lado del éste á Smolensko, que era el primer depósito del ejército. Siguiendo aquel

camino, era preciso esperar un ataque general de Koutousoff, quien como lo veremos en seguida habia tomado posicion al sud de Moscou. Este hubiera sido, bajo bastantes aspectos, un motivo para que Napoleon marchase sobre Kalouga; pero una segunda batalla de Borodino, disputada con el mismo encarnizamiento, i cuyo éxito era tan dudoso, hubiera sido un mal modo de principiar la retirada; sus flancos hubieran sido ciertamente inquietados, aun cuando el ejército de Moldavia no le hubiera detenido de frente. El tercer plan era volver á tomar el camino por donde habian venido, i en el que, por medio de algunas plazas fortificadas de prisa, conservaba todavia una comunicacion precaria con Smolensko, Witepsk, i demas hasta Wilna. Pero aquella línea atravesaba un territorio arruinado i devastado con el primer paso del ejército, i en ella se habian abandonado todos los pueblos i chozas, quemados por los franceses ó rusos: seguir aquella direccion, era querer hacer cara al hambre.

La perplejidad de Napoleon sobre este punto importante se aumentó con la obstacion con que estaba todavia ligado á su propio plan, de terminar la guerra con una paz triunfante, concluida con Alejandro sobre las ruinas de su capital. Su espíritu, siempre adicto tenazmente á las ideas que una vez habia concebido, repasó las diversas ocasiones en que su voz, en semejantes circunstancias, habia dictado la paz prescribiendo las condiciones. La idea que se habia formado del carácter de Alejandro durante las entrevistas que habia

tenido con él en Tilsit i Erfurt, hacia que mirase al czar como flexible, i dispuesto á someterse á la influencia de su genio dominante. Pero juzgaba mal el carácter de aquel soberano i el de la nacion que gobernaba. El monarca, á pesar de que hasta entonces no habia experimentado mas que derrotas i desastres, estaba decidido á no someterse, mientras que sus inmensos recursos le procurasen medios de resistencia. El pueblo, segun todas las apariencias, no hubiera permitido á su soberano obrar de otro modo, porque la indignacion popular habia llegado entonces al último grado, i desde el palacio del czar hasta la choza del esclavo, no se respiraba mas que resistencia i venganza.

En vano, pues, esperó Napoleon que Alejandro abriria alguna comunicacion con él, respondiendo á la carta que le habia enviado con un oficial ruso, en la misma noche de su entrada en Moscou. Ultimamente se impacientó, determinóse á hacer nuevas proposiciones, i se dejó persuadir en fin, no sin alguna dificultad, en encargar de aquella mision al general conde de Lauriston, su edecan, de miedo que el rango superior de Caulaincourt, caballero mayor i á quien pensó enviar primero, no pudiese indicar que su amo deseaba tratar, menos por interes de Alejandro, que por su propia seguridad i la de su ejército. Lauriston, que conocia el carácter ruso, manifestó ciertas dudas sobre la política de la mision que se le habia confiado, i que podia hacer presentir al enemigo los embarazos en que se hallaba el ejército. Recomendó que sin perder un solo dia, se principiase la retirada por el camino

de medio día, dirigiéndose ácia Kalouga. Pero Bonaparte no cambió de resolucion, é hizo partir á Lauriston encargado de una carta para el emperador Alejandro, diciéndole por última instruccion: »Es preciso que logre la paz; i para obtenerla, lo sacrificaré todo, escepto mi honor.»

Antes de dar el resultado de la mision de Lauriston, es conveniente seguir los movimientos del ejército grande ruso, desde su salida de siniestro presagio atravesando Moscou. Salió de aquella ciudad por la puerta de Kolomna, i marchó dos dias en aquella direccion. Habiendo de este modo hecho creer al enemigo que queria cubrir el camino de San Petersburgo i dejar sin defensa las provincias del mediodia, ejecutó Koutousoff uno de los movimientos mas diestros de toda la campaña. Dejó al general Winzingerode con un ejército de observacion sobre el camino de San Petersburgo, i volviendo seguidamente ácia el sud, describió un círculo del cual Moscou era el centro, de modo que fuese su ejército grande por el camino de Kalouga. Marchaba sumergido en un silencioso descaecimiento, porque por distantes que estuviesen, el viento hacia llover sobre las filas de los soldados las cenizas de su capital abrasada, i en la obscuridad, parecian las llamas furiosas un inmenso océano de fuego. Aquel movimiento era muy atrevido porque, aunque sucedió á una gran distancia de los franceses, fué durante tres dias una marcha de flanco, i por consiguiente de una naturaleza muy delicada. No obstante, los rusos maniobraron con tanta precision, que efec-

tuaron aquel movimiento en toda seguridad; i mientras que las tropas francesas que se habian enviado en su perseguimiento, se divertian en seguir dos regimientos de caballería que se habian quedado sobre el camino de Kolumna, se supo con sorpresa que el ejército grande ruso habia tomado posicion por el lado sudoéste de Moscou, desde donde podia obrar sobre la línea de comunicacion de Napoleon con Smolensko i la Polonia, cortarla cuando quisiese, incomodarla, i cubrir al mismo tiempo la ciudad de Kalouga, donde se habian establecido grandes almacenes, i la de Toula, famosa por la fábrica de armas i la fundicion de piezas de artillería.

El fogoso rey de Nápoles marchó últimamente contra el enemigo sobre el camino de Kalouga, con la vanguardia del ejército de su cuñado; pero no hubo casi mas que escaramuzas, con que protegieron los rusos su retaguardia, hasta que se hubiesen establecido definitivamente en la fuerte posicion de Taroutino. Allí estaban admirablemente colocados para cubrir la importante ciudad de Kalouga. Tres caminos conducen de Moscou á aquella ciudad, i estando situado Taroutino sobre el del medio, puede un ejército que se encuentre acampado en él, ocupar sin mucha dificultad, por medio de un movimiento sobre la derecha ó sobre la izquierda, cualquiera de los otros dos caminos que le parezca mejor. El rio de Nava cubria el frente de la posicion de los rusos. Su campo estaba ampliamente provisto por los cantones ricos i fértiles que estaban detrás; i desenvolviéndose mas i mas el

espíritu público en el país, llegaban á montones los reclutas i los regimientos de nuevas levás. Los soldados veteranos no eran suficientes para ejercitarlos á las armas, á pesar de que el ruso por su docilidad i obediencia habitual, se acostumbra á la disciplina con una prontitud extraordinaria. La Ukrania i el Don enviaron veinte regimientos de cosacos, compuestos en gran parte de hombres que habiendo concluido el término de su enganchamiento, no estaban ya obligados al servicio militar, pero que volvieron á tomar voluntariamente la lanza i el sable en una crisis de una importancia semejante.

Murat marchaba al mismo tiempo adelante para establecerse al frente del campo de los rusos á fin de vigilar sus movimientos. Caminando pasó cerca de lo que habia sido una posesion espléndida perteneciente al conde Rostopchin, gobernador de Moscou. Estaba reducida á cenizas, i una carta del propietario informó á los franceses que la habia destruído para que el enemigo no pudiese encontrar en ella abrigo ni socorro de ninguna especie.\* El mismo espíritu reinaba entre los paisanos; ponian fuego á sus chozas en cuantas partes hubieran podido ser útiles para los franceses,

---

\* He aquí el contenido de aquella carta notable: «Franceses, durante ocho años he tenido el placer de embellecer esta habitacion de mi familia. Los habitantes, en número de mil i setecientos, saldrán cuando os acerquéis vosotros, i será reducida á cenizas para que ninguno de vosotros la manche con su presencia. Os he dejado en Moscou dos palacios i un ajuar de medio millon de rublos; pero aqui no encontraréis mas que cenizas.»

imponian pena de muerte contra todos aquellos que el temor ó la codicia arrastrase á dar provisiones al enemigo, i se la hacian sufrir sin piedad al que contravenia á aquella órden. Pero se habia sacado todavia mejor partido del patriotismo de los paisanos por el sistema de la guerra de partidarios ó guerrillas, cuyo ejemplo habia dado la España.

El teniente coronel Dennis Davidoff, que se dió muy pronto á conocer á los franceses bajo el nombre de *capitan negro*, habia sugerido aquel género de guerra al príncipe Bagration algun tiempo antes de la batalla de Borodino, i habia obtenido resultados distinguidos á la cabeza de un pequeño cuerpo de cosacos i húsares, por sus operaciones sobre el camino entre Gjatz i Wiazma, interceptando los convoyes, i batiendo á los pequeños destacamentos. Bien pronto se puso á la cabeza de una fuerza mas considerable, i se levantaron otros cuerpos francos de la misma especie, á los que se dió por gefes hombres llenos de valor i actividad. Recorrian el país bajo todos aspectos, incomodaban las líneas de comunicacion de los franceses, rechazaban sus puestos avanzados i los fatigaban sobre todos los puntos.

Los paisanos tomaron las armas i se formaron en cuerpos de partidarios, que se hicieron temibles por el perfecto conocimiento que tenian de los bosques, de las sendas apartadas i de los desfiladeros: i todo soldado de Napoleon que caía entre sus manos, era condenado á muerte sin escrúpulo ni piedad.

A pesar de todo, la caballería de Murat, que ofrecia el mejor medio de castigar i reprimir aquellas bandas, se debilitaba gradualmente á consecuencia de las fatigas i de la falta de víveres; i aunque poco acostumbrado á desanimarse ó inquietarse de lo venidero, escribió muchas veces al rey de Nápoles desde su puesto avanzado para apresurar á Napoleon á que no difiriese por mas tiempo una retirada que se habia hecho absolutamente necesaria. Mientras que los negocios estaban en aquella disposicion llegó el general Lauriston á las avanzadas de los rusos; i despues de muchas dificultades reales ó fingidas, fué admitido á una entrevista con Koutousoff el 5 de octubre á media noche. La acogida que tuvo fué de naturaleza capaz de hacerle pensar que se miraba su llegada con alegría.

Entró en negociacion proponiendo lo primero un cange de prisioneros, lo que naturalmente rehusó Koutousoff, pues sabia que los rusos no carecian de soldados, i que las filas de los de Napoleon debian estar mas claras cada dia. Lauriston le habló en seguida de las partidas francas, i propuso poner un término á aquel género de guerra inusitado, i en el que se cometian tantas crueldades. Koutousoff respondió que aquella especie de guerra de partidarios no dependia de sus órdenes, i que era el efecto del espíritu nacional del país que inclinaba á los rusos á mirar la invasion de los franceses como una incursion de tártaros. En fin el general Lauriston vino á parar al objeto verdadero de su mision, i le preguntó »si debia durar siempre aquella guerra, que

habia tomado un carácter tan inaudito," declarando al mismo tiempo que el deseo sincero de su amo, el emperador de Francia, era concluir las hostilidades entre dos naciones grandes i generosas.

El viejo ruso astuto vió en el deseo de la paz afectada por Napoleon, una prueba evidente de la necesidad en que se hallaba de hacerla, i tomó inmediatamente la marcha mas á propósito para ganar tiempo, lo que debia aumentar, de un lado los apuros de los franceses, i de otro los medios que tendria él mismo para aprovecharse. Afectó un verdadero deseo de concurrir á una pacificacion; pero declaró que le estaba positivamente prohibido recibir ninguna proposicion á aquel efecto i aun de transmitirla al emperador. Se negó pues á conceder al general Lauriston el pasaporte que le pedia para ir adonde estaba Alejandro; pero le ofreció despachar al general Wolkonsky, edecan del czar, para saber su gusto.

Siendo las instrucciones que Lauriston habia recibido de su amo las de que era preciso hacer la paz á toda costa, con tal que fuese sin deshonor no podia hacer objeciones á aquella proposicion, concibió tambien la esperanza de que conduciria al buen resultado de su mision: tanto le habia manifestado su satisfaccion el general Koutousoff, como igualmente los oficiales de su estado mayor, quienes parecian de comun acuerdo deplorar la continuacion de la guerra, i que llegaron hasta decir que en Petersburgo recibirian con regocijos públicos el anuncio de un tratado.

Se remitió aquel informe á Napoleon, i le embaucó con una falsa seguridad. Volvió á su primera opinion, que habia sido conmovida, pero no desarraigada, i anunció á sus generales con gran satisfaccion, que no tenian que esperar mas que unos quince dias para obtener una pacificacion gloriosa. Se alabó de conocer mejor que nadie el carácter ruso, i declaró que cuando llegase á Petersburgo la noticia de su apertura para la paz, no se verian mas que demostraciones de alegria.

Encerrado en los aposentos del Kremlin, persistia Napoleon en esperar una respuesta á la carta enviada con Lauriston. Se habia mandado á Petersburgo el 6, i no podia tenerse una respuesta hasta el 26. Hacer un movimiento antes de aquella época, hubiera sido una medida que hubiera podido parecer prudente bajo un punto de vista militar; pero considerada bajo el aspecto de la política, hubiera dañado mucho á su reputacion de sagacidad, i destruido la impresion de su infalibilidad. De este modo, conociendo que habia errado i casi conviniendo en ello, no dejó por eso de persistir en el plan que habia adoptado, seducido con la esperanza que la fortuna, que nunca le habia abandonado, le seria todavia favorable en aquel extremo.

Daru propuso entonces, segun dicen, un proyecto bien atrevido: tal era el de hacer de Moscou un campo atrincherado, i de establecerse en él en cuarteles de invierno. "Se podian, decia, matar el resto de los caballos i salar la carne; la pecorea haria lo demas." Napoleon aprobaba lo que él llamaba un con-

sejo de Leon. Pero el temor de lo que podria suceder en Francia, de donde aquel plan le hubiera separado por seis meses, le decidió definitivamente á desecharle. Podia añadirse que era muy probable que cada dia le seria mas difícil el procurarse víveres por medio de la pecorea, á medida que entrase el invierno i que aumentaria la penuria, sobre todo cuando las cercanías de Moscou estaban enteramente arruinadas. Por otra parte, si Napoleon se fijaba en aquella ciudad por todo el invierno, no solamente peligraba ser invadida la línea de comunicacion, sino tambien la Lituania i el gran ducado. Al sudoeste, no podia contar mas que sobre la fé incierta del Austria para resistir á los ejércitos reunidos de Tchitchakoff i de Tormasoff, que podian acrecentarse hasta el número de cien mil hombres, i apoderarse de Varsovia i de Wilna. A la estremidad septentrional de su línea de operaciones, Macdonald i Saint-Cyr podian hallarse fuera de estado de resistir á Wittgenstein i á Steingel; i Napoleon tenia la Prusia á sus espaldas, cuya poblacion segun creía con razon, estaba pronta á tomar las armas contra él á la primera ocasion favorable. El proyecto de establecerse en cuarteles de invierno en Moscou fué pues desechado, como una cosa que presentaba demasiados peligros.

A pesar de que una nevada recordó al emperador el rigor del clima que despreciaba, no hizo sus preparativos de retirada sino con lentitud i repugnancia, i algunas de sus medidas fueron mas bien dictadas por su vanidad que por su juicio. Hizo reunir todos los cuadros,

todos los ornamentos de las iglesias que no habian servido de pábulo á las llamas, i los hizo cargar en los carros para seguir la línea de la marcha, demasiado embarazada con los bagages. Para aumentar el número de tantos trofeos ya escesivamente pesados, se desmontó á fuerza de trabajo una cruz colosal, que se elevaba sobre la torre de Ivan el grande, el campanario mas alto de Moscou. Siguiendo el mismo principio, se enfureció Napoleon cuando le propusieron que dejase una parte de su inmenso tren de artillería, que era demasiado numeroso para un ejército reducido como lo era entonces el suyo. »No queria dejar ningun trofeo que pudiese ser un objeto de triunfo para los rusos.» Para transportar toda la artillería i todos los bagages, sorprendió á sus oficiales con una orden para comprar veinte mil caballos en un canton donde tal vez no habia ciento de venta, i mientras que todos los que ya tenia se morian todos los dias por falta de forrages. En cuanto á este último objeto, mandó que se preparasen los necesarios para dos meses en diferentes depósitos sobre el camino. Esta orden podia hacer conocer sus necesidades; pero como no podia ciertamente contribuir sino muy poco para procurarselos, solo debió darse para salvar las apariencias.

El emperador Alejandro se negó á escuchar toda proposicion de paz, i no hizo caso de lo que le habia sido transmitido por Wolkonsky sino para reprender á los oficiales rusos mezclados en aquel negocio, i al mismo príncipe Koutousoff, por haber tenido la mas mínima comunicacion con los generales franceses: re-

cordó al generalísimo cuan terminantes habian sido las instrucciones que le habia dado sobre aquel particular; que le habia encargado que no entrase en negociacion ni correspondencia con los enemigos por cualquiera motivo que fuese, i le renovó con mas fuerza que nunca sus órdenes anteriores á este efecto.

Puede suponerse que el general inteligente no se afligió mucho con una reprension que le habia sido dirigida como fórmula. Hizo conocer á sus soldados la invariable resolucion del emperador de no conceder ninguna condicion de paz á los enemigos; i esparciendo al mismo tiempo en su campo la noticia de la victoria de Salamanca i de la evacuacion de Madrid, les hizo notar que los franceses podian, como los demas experimentar derrotas, convidando á sus soldados á imitar el valor de los ingleses i el patriotismo de los españoles. Mientras que de este modo animaba á su ejército, se dispuso Koutousoff á acosar á Napoleon, poniendo fin al armisticio, i tomando una actitud ofensiva.

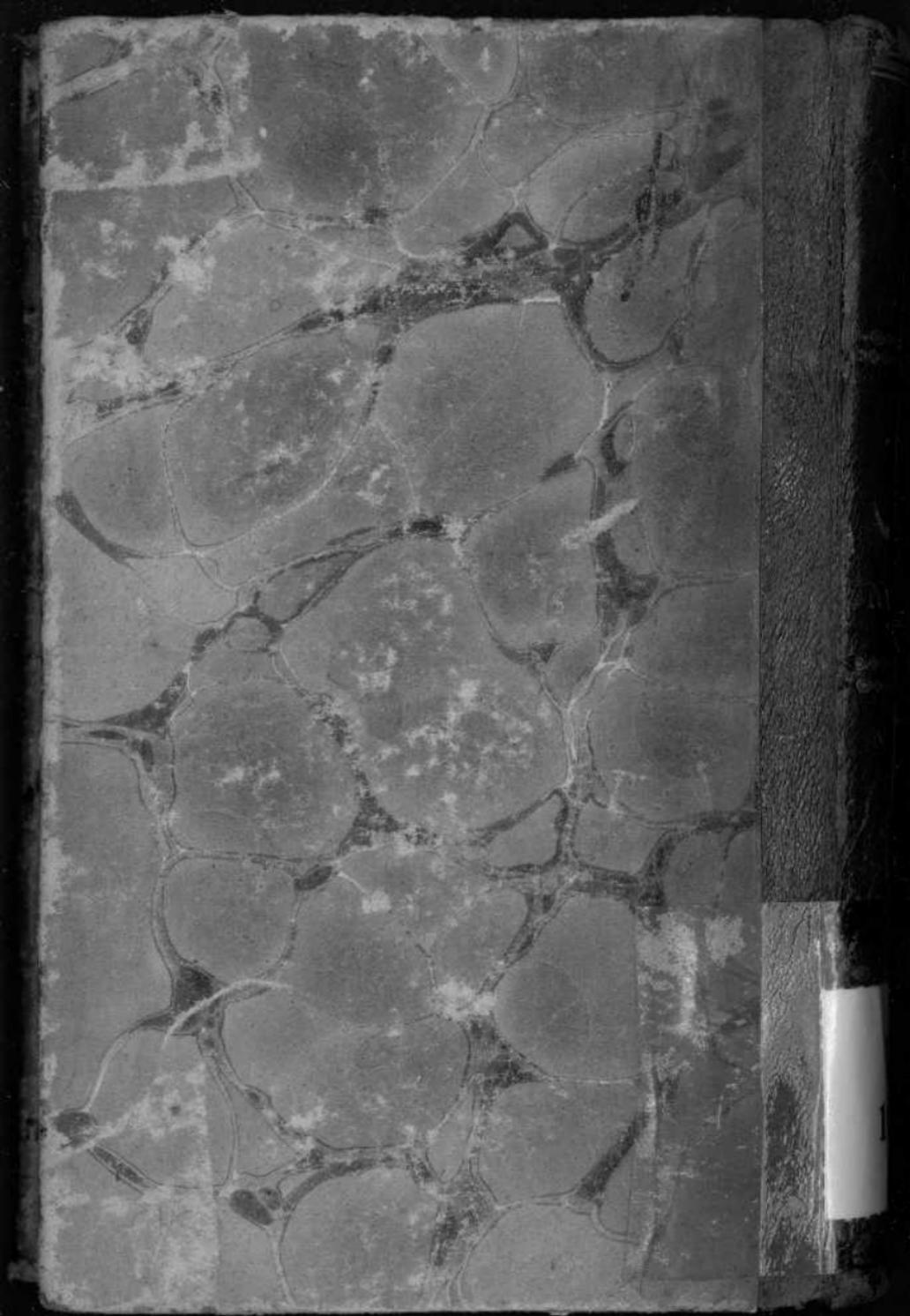




Biblioteca Pública de Soria



71656157 DR 10058 (V.6)



VIDA  
DE  
NAPOLEO

6

DR  
10058